

El colmillo del gato

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS
Summa de días

CARLOS OLVERA

El colmillo del gato

Antología póstuma

Compiladores

PATRICIA MAAWAD
Y PORFIRIO HERNÁNDEZ

Prólogo

ALBERTO CHIMAL
Y SAMUEL MANICKAM

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Erasto Martínez Rojas,
Raymundo E. Martínez Carbajal, Raúl Vargas Herrera,
Fernando Muñoz Samayoa

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

El colmillo del gato

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Carlos Emilio Olvera Avelar

ISBN: 978-607-495-326-8

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:
CE: 205/01/09/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

PRESENTACIÓN

La obra narrativa de Carlos Olvera (1940-2013) es diversa y vasta. Comprende el relato, el cuento y la novela breve; va del divertimento a la cavilación; de la cápsula literaria a la prosa de largo aliento; tanto dibuja personajes a vuelapluma o apenas los nombra, cuanto describe minuciosos detalles de una persona, un ambiente físico o psicológico; traza con precisión y rapidez remates climáticos, pero también deja a la libre interpretación finales de suspendida tensión...

Fue un narrador con numerosos registros y temas; sus fuentes fueron la cotidianidad de las relaciones humanas, las manifestaciones del arte, los equívocos de la vida diaria, el amor y la historia. Tal es la pluralidad de su obra, aquí reunida en dos libros:

La novela *Mejicanos en el espacio*,¹ precedida de textos escritos por el narrador y ensayista Alberto Chimal y el investigador y catedrático Samuel Manickam, sobre el contexto literario y social de la novela publicada en 1968 por motivación del crítico mexicano Emmanuel Carballo.

El libro *El colmillo del gato*, conformado *post mortem* con una selección de la prosa escrita por Carlos Olvera en el periodo

¹ *Mejicanos en el espacio*, novela de ciencia ficción publicada dos veces: Editorial Diógenes, México, D. F., 1968, y Tunastral, A.C., Colección Libros de la Tribu, núm. 12, Toluca, Estado de México, 2005.

1964-2012. Este grupo comprende textos breves, recreaciones, ambientaciones, relatos y cuentos —escritos en Francia, Estados Unidos y México— que el autor dejó inéditos, ordenados en cajas, manuscritos o pasados en limpio. El orden que aquí se presenta obedece a temas y tonos narrativos, ya que no fue posible fechar con precisión los textos.

Estos inéditos presentan a un escritor que en su temprana evolución experimentó con el lenguaje literario y se impuso convenciones, como escribir puntos suspensivos con tres y cuatro signos, o exclamar e interrogar sólo empleando el signo de cierre, o iniciar con minúsculas luego de un punto. Esta edición respeta esas convenciones originales. No obstante, Patricia Maawad y Porfirio Hernández, compiladores de esta antología, han añadido títulos o palabras que eran ininteligibles en el original, a efecto de completar el sentido de un escrito: los casos se encuentran entre corchetes.

El colmillo del gato también contiene prosa publicada en el diario *El Sol de Toluca* en 1974;² el volumen antológico *El flujo de la mariposa*³ —que reúne su obra narrativa breve publicada en la revista *Una Bolsa de Poemas Llena de Agujeros* en el periodo 1964-1965—, y *Los mil y un insomnios*,⁴ antología de los participantes del Festival de Cuento Brevísimos organizado por el Centro Toluqueño de Escritores en 2006.

Este volumen contiene sólo una parte de una obra narrativa que revela a un autor humorista, amoroso, reflexivo, inquisitivo,

2 “Las líneas perdidas”, en *El Sol de Toluca*, jueves 23 de mayo de 1974, duodécima sección, página 1 (con foto de Carlos Muciño y Carlos Olvera). Anotación: “Fragmento de la novela homónima, en preparación”.

3 *El flujo de la mariposa*, selección e introducción de Martín Mondragón Arriaga, Trunastral, A.C., Colección Tunastralia núm. 4, Toluca, Estado de México, 2005, 210 pp.

4 *Los mil y un insomnios*, antología del Festival de Cuento Brevísimos, Centro Toluqueño de Escritores, Toluca, Estado de México, 2006, 166 pp.

crítico e irónico, dueño de una estética rigurosa basada en sólidos principios artísticos y congruente con la escala moral de su vida pública.

PORFIRIO HERNÁNDEZ

Mejicanos en el espacio

CARLOS OLVERA Y LA CIENCIA FICCIÓN

1

Nuestra apreciación de la vertiente literaria que en lengua española suele llamarse *ciencia ficción* es equívoca desde su nombre mismo, que es una mala traducción: el término original en inglés, *science fiction*, debería traducirse atendiendo a la sintaxis inglesa, en la cual el modificador de un sustantivo suele ir primero que éste, y pasarse al español invirtiendo el orden de las palabras para darle un sentido claro en nuestro idioma: así, el término debería ser más bien *ficción científica*, o (menos literalmente) *narrativa científica*: basada en la ciencia o relacionada con ella.

Probablemente será imposible modificar un siglo de tradición y será preciso seguir utilizando la traducción incorrecta. Pero esta cuestión no es tan trivial como podría parecer: un término como *narrativa científica* daría precedencia a la *narrativa*, a la creación literaria, como sucede cuando se habla de la novela histórica (que no suele confundirse con el trabajo de los historiadores) o la novela policiaca (que no es equivalente al trabajo de la policía). Con frecuencia se cree que el sentido de la ciencia ficción está limitado a la especulación o la divulgación del conocimiento científico: que no puede ni debe aspirar a ser leído y juzgado como creación artística, como simple

literatura. También, en ocasiones, se tiene a la ciencia ficción como literatura “comercial” por definición y cargada, también por definición, de una serie de defectos asociados a lo “comercial”: una serie de obras sin calidad intrínseca ni otra aspiración que el entretenimiento más fugaz. Y estas dos posturas son erróneas: si bien a) hay obras de ciencia ficción que contienen información exacta y rigurosa, e incluso defienden de manera explícita una visión positiva de la ciencia y de su enseñanza como medios de lograr el progreso humano; y si bien b) ha habido periodos de auge mercantil de la ciencia ficción en ciertos países, todos marcados por la sobreexplotación comercial de obras convertidas en subgéneros comerciales y la proliferación de textos derivativos y de mala calidad, las posibilidades de la narrativa científica no se agotan ni en la divulgación ni en la explotación crasa. Más todavía, la ciencia ficción es menos un “género” (más bien subgénero) en el sentido anglosajón¹ que una serie de estrategias discursivas que se manifiestan en obras de todo tipo. Los más grandes autores que han utilizado a la ciencia ficción ocasionalmente (como un Cormac McCarthy), o se han dedicado a ella durante toda su carrera (como un Philip K. Dick), pueden medirse con los más grandes autores que se han dedicado a cualquier otro tipo de literatura. Obras que emplean las estrategias de la ciencia ficción pero, por cualquier razón,

¹ En el mundo de habla inglesa se suele utilizar el galicismo *genre*, mal traducido entre nosotros como *género*, para referirse a lo que con más precisión deberíamos llamar, si acaso, subgéneros: subconjuntos dentro de un mismo género literario, reconocibles por semejanzas de estilos, temas e intereses más allá de las características formales básicas que definen a un género literario, y que suelen ser producto de un proceso de explotación comercial por el que se intenta repetir el éxito de alguna obra produciendo otras similares. La ciencia ficción sí es un *genre* (o incluso varios) en inglés, pues en ese entorno sí existe un mercado de lectores suficientemente grande como para permitir la aparición de autores totalmente especializados, que puedan ganarse la vida escribiendo únicamente ciencia ficción. En México jamás ha habido un mercado semejante.

no han sido etiquetadas como tal, desde Tomás Moro² hasta Margaret Atwood, han merecido lecturas más serias y profundas que otras marcadas por prejuicios y apreciaciones sesgadas.

También, el uso de *narrativa* en vez de *ficción* podría señalar que (contra un prejuicio añejo, por lo menos, en la cultura hispanoamericana, y fortalecido en tiempos recientes por los medios masivos) la literatura de este tipo no tiene por qué leerse poniendo por delante la idea de “falsedad” o de “mentira” que se asocia trivialmente con la palabra *ficción*: tal vez podría recordarnos que la narrativa, aunque no se refiera directamente a hechos documentados, de todas maneras puede manifestar una forma de verdad.

En los años sesenta del siglo pasado, el escritor estadounidense Harlan Ellison propuso otro nombre para la ciencia ficción: narrativa especulativa (*speculative fiction*). Le interesaba subrayar que esta literatura parte de imaginar sus situaciones y personajes con base en personajes y situaciones *reales*, presentes, que luego son extrapolados más allá de lo realmente existente. El nuevo término no fue adoptado masivamente pero Ellison tenía razón. La ciencia ficción produce versiones hipertrofiadas de la realidad: mundos narrados en los que se exploran las implicaciones de ideas, acontecimientos y maneras de pensar que están entre nosotros, y que no necesariamente apuntan al futuro ni tienen intención profética alguna; de hecho, como ha observado el escritor canadiense William Gibson, la ciencia ficción suele decir más de su presente, del momento de su escritura, que de cualquier porvenir.

2 Como sabemos, las prescripciones formales de un subgénero pueden utilizarse (y se utilizan constantemente) para leer obras del pasado, e incluso de antes de la definición del subgénero mismo, con lo que la percepción de la obra, su lugar en la cultura presente, se modifica.

Todo lo anterior se puede decir, sin ninguna reserva, de lo mejor de la llamada ciencia ficción mexicana.

Así, por ejemplo, el cuento “Un viaje celeste” (1872) de Pedro Castera³ se escribe durante la modernización porfirista, y señala el carácter ambiguo de los cambios de la cultura nacional de ese momento, incluyendo el interés simultáneo en la ciencia y el esoterismo; así, *Xanto. Novelucha libre* (1994) de José Luis Zárate⁴ señala la llegada de la globalización a la cultura mexicana de fines del siglo xx (en conflicto con los últimos esfuerzos sinceros de preservación de una idea de “lo mexicano” en aquella época) y señala el auge de la posmodernidad en las artes y los medios masivos; así, *1874* (2013) de Bernardo Fernández, *Bef*, se escribe tras el declive del pensamiento posmoderno y la normalización de ciertas formas globales de intertextualidad,⁵ publicación y lectura, que por lo menos ciertos grupos de autores y lectores pueden ya considerar parte de su herencia y no una novedad o una infracción de normas inviolables...⁶

3 Un relato visionario, en la tradición del *Primero sueño* (1692) de sor Juana Inés de la Cruz, en el que un protagonista viaja al cosmos por vía de una suerte de experiencia mística.

4 La novela relata el conflicto, estrambótico pero contado totalmente en serio, entre los luchadores del cine nacional de mediados del siglo xx (Xanto es, desde luego, un trasunto de Santo el Enmascarado de Plata) y los monstruos primordiales de la mitología creada por H. P. Lovecraft: es el primero y el mejor de los homenajes que hasta hoy ha realizado.

5 Entre las obras de Zárate y Fernández está todo el pensamiento de lo que el narrador y ensayista Rafael Saavedra llamó lo *glocal*: la fusión de lo global y lo local que durante el paso del siglo xx al xxi se convirtió en una de las grandes novedades de la cultura mexicana tanto en sus bordes como (con menos énfasis) en sus obras canónicas, justamente en un tiempo en que las diferentes formas del canon tradicional empezaban a pasar por una crisis.

6 El libro de Fernández: una novela corta *steampunk* que imagina un pasado “alerno” de México, se difundió exclusivamente como una edición electrónica, a la venta para descarga por internet.

Hay muchos otros ejemplos. Se debe mencionar como uno de los más relevantes una novela señera, situada entre Castera, ya incorporado a la lista de los “raros” mexicanos, Zárata y Fernández, autores todavía en activo: *Mejicanos en el espacio* (1968) de Carlos Olvera, que aparece en un año crucial de la historia mexicana y que señala, como ha escrito Samuel Manickam en otra parte de esta edición, la intensidad de la rebelión y el descontento social que se vivían en esa época tanto en México como en buena parte del resto del mundo.

Algo más que señala la novela de Olvera es un modo particular en que la cultura mexicana ha abordado la idea del progreso, una de las constantes de la narrativa especulativa más poderosas y discutidas. México no vive las evoluciones de la cultura material de occidente de la misma manera en que las viven los países desarrollados, y en especial los de lengua inglesa, en cuyo entorno se inventó la etiqueta *science fiction*. Por lo tanto, las obras locales difieren grandemente en sus acercamientos a la cuestión, y lidian con fenómenos como los siguientes, que prácticamente nunca aparecen en obras de países desarrollados:

- a) Salvo contadas excepciones, los mexicanos nunca hemos sido grandes productores o renovadores de tecnología, y en cambio hemos sido usuarios, consumidores (y muchas veces víctimas) de ella.
- b) La novedad de la tecnología nunca es un atisbo de un futuro mejor ni siquiera de una actividad humana más eficiente o productiva. Antes que un aparato de último modelo, tenemos uno de segunda mano, de menor calidad o, de hecho, pirata, o bien, improvisado a partir de piezas heterogéneas (*hechizo*), o bien, robado, o bien

—un término más reciente— *hackeado*: intervenido de maneras no necesariamente previstas ni autorizadas por sus fabricantes originales. Este aparato, además, funciona mal de maneras imprevisibles.

- c) El discurso triunfalista de la sociedad de consumo y del desarrollo tecnológico industrial, que marca numerosas obras de la ciencia ficción en lengua inglesa, tampoco tiene sentido al llevarlo a la esfera de lo político o lo social en la cultura mexicana: las diferentes historias nacionales no están marcadas por victorias militares ni económicas (más bien al contrario), y la posición de subordinación y atraso de nuestros siglos como nación independiente es conocida y admitida.
- d) Finalmente, la idiosincrasia dominante de muchas vertientes de la narrativa nacional no proviene, como en el caso de Estados Unidos —principal productor de ciencia ficción como subgénero auténtico en el mundo—, de una cultura protestante, cuyo sistema de valores recompensa el esfuerzo y la productividad individuales y desalienta el uso de ciertos *lubricantes sociales* comunes en México, desde la familia como “red de protección” hasta las pequeñas infracciones de las normas que se producen, para facilitar la vida cotidiana, en toda clase de organizaciones.

3

En muchas ocasiones a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, estas diferencias culturales fueron percibidas por escritores mexicanos que, para resaltarlas, crearon parodias humorísticas

del discurso de la ciencia ficción. Sin embargo, muy pocas de estas versiones burlescas (por autores que iban desde Marco A. Almazán hasta Manú Dornbierer) lograban algo más que insistir en los lugares comunes del mexicano flojo, improductivo y corrupto que muchas veces parecen celebrarse, más que criticarse, en la literatura de ese periodo. Cuentos de autores como Juan José Arreola (“En verdad os digo”, “Anuncio”, “Baby H. P.”, “Informe de Liberia”), Pedro F. Miret (“Chocolate”, “La zapatería del terror”), Gabriela Rábago Palafox (“Pandemia”, “Orquídeas”) y otros, utilizan elementos de la ciencia ficción con propósitos del todo ajenos a la sátira o la crítica de costumbres nacionales; en la novela, por otra parte, sólo *Mejicanos en el espacio* de Carlos Olvera consigue a la vez ir más allá de la burla superficial y mantener el propósito crítico: fue probablemente la única novela mexicana *seria* de ciencia ficción en su tiempo, y no tuvo sucesores sino hasta décadas más tarde, con la primera explosión de los “géneros alternativos” en los años ochenta y la apertura todavía en marcha, y todavía difícil y compleja, del canon de la narrativa mexicana que comenzó a fines de los años noventa.

La literatura nacional —mucho más insular y cerrada que ahora— no podía tener, en aquel momento, más que una novela como *Mejicanos en el espacio*, excéntrica y a la vez afilada y pertinente. Tal vez la pueda tener hoy. Necesitamos visiones como la suya en este tiempo incierto, entre la violencia presente, la incertidumbre del futuro y el peso enorme del pasado.

ALBERTO CHIMAL

MEJICANOS EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO

En la ciencia ficción el tema del viaje espacial ha sido muy frecuentado por autores de todas épocas. Para satisfacer la curiosidad sobre lo que puede haber más allá de nuestro planeta hemos imaginado (y más tarde inventado) los cohetes y las naves que nos habrían de llevar a la luna, a otros planetas y, aun, a otras galaxias. Gracias a los vuelos imaginativos de Julio Verne, Edgar Rice Burroughs y Ray Bradbury, por mencionar sólo algunos autores consagrados, averiguamos cómo llegar a la luna por primera vez, nos aventuramos en Marte con criaturas exóticas y una princesa bellísima, y luchamos contra los marcianos antes de colonizar su planeta, respectivamente. Los autores de la ciencia ficción mexicana no se han quedado atrás, pues también han explorado el espacio por medio de su imaginación. De hecho, el relato que da inicio a este género literario en México (y en toda América Latina) —“Sizigias y cuadraturas lunares” (1775)¹ del fraile yucateco Manuel Antonio de Rivas— relata un viaje a la luna. En la novela *Un hombre más allá del universo* (1935) el Dr. Atl relata el viaje maravilloso de un astronauta que llega hasta el centro del universo en una esfera de cristal. Así, Carlos Olvera pasa a

¹ La transcripción completa de este cuento fue hecha por Ana María Morales, y publicada en la revista *Literatura Mexicana*, vol. 5, núm. 2, UNAM, México, D. F., 1994, pp. 555-568.

formar parte de una tradición fecunda de escritores mexicanos y extranjeros.

Sin embargo, un aspecto sobresaliente en su novela *Mejicanos en el espacio* es que a pesar de que casi toda la trama acontece en el espacio, ésta queda muy bien arraigada en la tierra mexicana, pues Olvera acierta incorporando el lenguaje, el sentimiento y el pensamiento de los mexicanos de su época, y sobre todo de la juventud de los años sesenta, pues es una novela escrita por un joven y para los jóvenes. Nuestro protagonista, Raúl Nope, es un joven mexicano inquieto y aburrido en búsqueda de aventuras exóticas como astronauta porque, dice, “no podía seguir soportando esa clase de vida pareja, insípida, sistemática y vacía”. En el siglo xxii, época de la novela, sigue de pie en México la institución del matrimonio, aunque en el resto del mundo ha sido abolida. Es decir, México sigue aferrado a las tradiciones ya obsoletas, a pesar de que ha conquistado el espacio. La enajenación existencial y la rebeldía contra el sistema son características típicas de la juventud en cualquier sociedad, pero el año en que fue publicada *Mejicanos*, 1968, no fue cualquier año. Llegando a finales de una década turbulenta en que los jóvenes —que sea J. F. Kennedy en la política o los Beatles en la música— habían comenzado a tomar las riendas del poder, 1968 fue un año marcado por la violencia con frecuencia sangrienta. La guerra en Vietnam había desembocado ya en miles de muertos de los dos contrincantes, hordas de manifestantes franceses en todas partes de aquel país fueron brutalmente reprimidos por soldados y policías, y poco después de que Martin Luther King, Jr., fue asesinado en Memphis, Robert F. Kennedy también se volvió víctima de un asesino en el verano de 1968. En octubre de aquel año en México, el gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz ordenó la matanza cruenta de cientos de manifestantes

indefensos en la Plaza de Tlatelolco, pues había que presentar un México pacífico y ordenado cuando llegara el mundo a participar en las Olimpiadas. *Mejicanos*, publicado sólo medio año antes de Tlatelolco, ya da voz a la inquietud no conformista de los jóvenes mexicanos que anhelaban la justicia social prometida por la revolución de 1910.

Al mismo tiempo, aún existían optimistas que se fijaban más en las estrellas y menos en nuestro mundo azotado por conflictos. El 6 de abril de 1968 se estrena la película que se convertirá en la más célebre sobre un viaje al confín del universo —*2001: odisea espacial*—. Con un guión escrito por el siempre soñador Arthur C. Clarke y dirigida por Stanley Kubrick, en esta película un astronauta llega a tener contacto con un ser extraterrestre desprovisto de cuerpo y rostro que más bien es un espíritu, una esencia avanzada en la evolución. En efecto, Clarke nos pone en contacto con una especie de Dios. En la ciencia ficción lo que parecerá un planeta lejano con una sociedad ajena a la nuestra acaba siendo un espejo en que nos vemos a nosotros mismos. En cambio, el viaje espacial de Raúl Nope dista de lo trascendental: se presenta una visión terrenal de astronautas mexicanos flojos y corruptos frente a estadounidenses trabajadores y enfocados en su empresa de colonización planetaria. La avaricia, el cinismo y el recelo son las cualidades definitorias de casi todos los personajes en este espacio corrompido. Por otra parte, los marcianos más bien se asemejan a “salvajes nobles”, pues algunos acaban creyendo que Raúl es un Dios. La visión sombría que nos presenta Olvera de un gobierno mexicano dictatorial que acaba encarcelando a nuestro protagonista ya desequilibrado mentalmente puede muy bien ser un pronóstico de lo que sucederá en Tlatelolco pocos meses después. *Mejicanos* no es una exaltación fantasiosa de los viajes espaciales, ni es una justificación de las empresas coloniales

humanas a la *Starship troopers* (1959) de Robert Heinlein, pues de otro modo no sería una novela mexicana.

Aparte del contexto sociohistórico, para poder apreciar mejor esta novela se la debe ubicar en el auge de la Onda de finales de los años sesenta. Escritores jóvenes como José Agustín y Gustavo Sáinz, entre otros, escriben novelas y cuentos que se alejan de los grandes temas literarios del día —la revolución mexicana, la identidad nacional, las culturas indígenas, etcétera— para trazar lo cotidiano de la vida juvenil por medio de lenguaje callejero formado por la música rock, las drogas, la experimentación sexual. Cuenta Agustín, “todo esto se hizo lúdicamente, con experimentación formal, juegos con las palabras, fusión de géneros, irreverencia, sátira, parodia, ironía y crítica social”, y agrega que, entre otros géneros, también existe “ciencia ficción”.² Todas estas cualidades que menciona Agustín describen bien *Mejicanos*, pues es una novela *ondera* aunque los críticos no la incluyan entre las obras canónicas de esta corriente. En una entrevista con Emmanuel Carballo, Olvera describe perfectamente lo que hoy podríamos definir como el espíritu *ondero* de su novela: “Le digo todo esto porque yo creo que *Mejicanos en el espacio* es un comic escrito, sin monitos, escrito muy en serio y no debe ser tomado tan en serio”.³ Veamos dos aspectos *onderos* de esta novela: el lenguaje y la situación existencial del héroe.

El apellido Nope de nuestro protagonista Raúl es una palabra del caló estadounidense que aparece en muchos textos de la Onda (*i.e.* *De perfil* de Agustín). Esta palabra, degradación

² “La Onda que nunca existió”, en José Agustín, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XXX, núm. 59, Tufts University, Maryland, EE. UU., 2004, pp. 9-17.

³ “Diario público de Emmanuel Carballo”, en *Excélsior*, 19 de mayo de 1968, México, D. F.

informal de “no”, señala a la vez un desafío del lenguaje literario sacralizado por autores mexicanos canónicos como Carlos Fuentes y Juan Rulfo (este último mantenía una actitud condescendiente hacia los onderos mientras que el primero llegó a apreciarlos), un desafío de la autoridad adulta por parte de los adolescentes (o sea, la indiferencia) y una actitud de *relajo* hacia la vida burguesa. En el ensayo *Fenomenología del relajo* Jorge Portilla define dicho término así:

Es un acto de desolidarización frente al valor y frente a la comunidad realizadora del valor. En este acto, el sujeto se define como no-participante de la empresa tendiente a la incorporación o realización del valor. El sujeto se niega a la conducta que permitiría llevar adelante el despliegue del valor en la realidad.⁴

Es decir, como un rebelde adolescente, Raúl reta el conformismo de su sociedad, no sólo con acciones sino también con lenguaje callejero, por ejemplo: “jijo”, “pos qué”, “chin”, “me habían cachado”, “puras sangronadas”, “rebien planeadito”, “esa cosota flotando”, “gacho”, “maricones”, etcétera. Trasladar tanta palabra del lenguaje oral a la página impresa legitima esta ruptura con las reglas de la sintaxis y la ortografía. Por otra parte, cabe recordar que Raúl nos está hablando a nosotros los lectores con este lenguaje callejero, y así la novela misma cobra un aspecto relajado e informal, en efecto, como un “comic escrito”. También, a veces Raúl inserta palabras en inglés, por ejemplo: “mi mental sanity”, “mejican-way-of-life”, “Rrrroooooaaarrrrr”

4 Jorge Portilla, *Fenomenología del relajo y otros ensayos*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1984, pp. 20. Portilla escribió este ensayo a mediados de los años cincuenta, mucho antes de la aparición de la Onda.

y “Cccrrraasshh. Boom”. Esto indica el proceso de colonización lingüística y cultural que los mexicanos del siglo xxii padecen en la novela por la cercanía con Estados Unidos. Al mismo tiempo Olvera parodia algunos valores estadounidenses al colocarlos en un contexto cómico, pues ¿quién puede ser “mentalmente sano” en un país tan determinado en sus empresas imperiales que ahora incluyen el espacio? También el autor resalta la ironía: ya no hay un modo mexicano de vivir si tenemos que acudir a palabras inglesas para expresar este concepto, en efecto, México se ha vuelto en el extranjerizado “Méjico”.

Respecto al carácter de Raúl, se le podría considerar un héroe cómico que se vuelve trágico. La novela empieza con un tono cómico —en efecto, como un comic— pero termina con una resolución trágica, o al menos sombría. *Mejicanos* se vale de una índole cómica por el lenguaje callejero, la parodia de los astronautas mexicanos, el descubrimiento casi absurdo de que el tequila les hace recordar a los marcianos su historia antigua y la misma descripción caricaturesca de los marcianos, por ejemplo. Una comedia debe terminar en la resolución feliz de los conflictos —con un casamiento o una intervención de *Deux ex machina*— pero esta historia no termina felizmente. El idealismo adolescente de Raúl lo lleva a entablar una amistad de iguales con el marciano Lobelto, representante del Otro, el Extraño, el Extranjero, el Bárbaro que uno debe tratar con recelos. Raúl, en cambio, se percata de que los marcianos también son seres inteligentes, sensibles y dignos de un tratamiento justo. Decide arriesgar su vida con tal de salvar a su amigo extraterrestre de las autoridades que piensan mandarlo a fusilar para encubrir una falla escandalosa de los militares mexicanos. Esta acción noble acaba otorgándole sentido a la vida de nuestro protagonista joven.

Dice Inke Gunia, estudiosa de la Onda, que en los años sesenta “La juventud mexicana por primera vez se atrevía al autoanálisis, a la búsqueda de una identidad propia y a la definición del papel personal dentro de la sociedad”.⁵ De allí, esto se vuelve un aspecto fundamental de la literatura de la Onda. Raúl Nope también rechaza la sociedad adulta que insiste en inculcarlo con sus normas del conformismo, acción que lo lleva al encarcelamiento solitario por treinta años sin derecho a juicio. La soledad juvenil es un tropo de la literatura ondera, pero aquí la cárcel no es metafórica sino literal. Raúl Nope bien podía ser uno de los jóvenes manifestándose en la Plaza de Tlatelolco que acabó encarcelado o, peor, desaparecido.

Cabe notar que el personaje físicamente encerrado o aislado de los demás es una figura predilecta en los escritos de Olvera. Cuando menos en tres relatos antecedentes a *Mejicanos* aparece dicho personaje. Por ejemplo, en “Disloque II”: “Encerrado aquí nada parece obvio”; en “Ixtubtún”: “Durante toda la noche estuve observando cómo me crecían las uñas, cómo la piel iba crujiendo para abrir paso [...] Creo que de ninguna manera saldré, aquí tengo todo lo necesario. Pero, desde la bomba, espero a Ixtubtún”; y en “Anotaciones sobre cómo murió El Primero en Llegar”: “Hemos visto demasiado las paredes que nos encierran, hemos dibujado hasta el último centímetro de ellas”.⁶ También, después de *Mejicanos*, aparece en un minicuento de Olvera un personaje encerrado, esta vez un astronauta que escribe en su

5 Inke Gunia, “¿Qué onda broder? Las condiciones de formación y el desenvolvimiento de una literatura de la contracultura juvenil en el México de los años sesenta y setenta”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año xxx, núm. 59, Tufts University, Maryland, EE. UU., 2004, p. 22.

6 *Una bolsa de poemas llena de agujeros: Tunastral una revista de la tribu (1964-1965)*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, Estado de México, 1965, p. 264.

cuaderno: “¿Qué más puede hacerse donde no hay nada? Las estrellas no pueden verse porque no hay paredes transparentes ni pantallas televisoras”.⁷ Por escribir francamente sobre su desengaño este astronauta queda encarcelado en su camarote como castigo. Por medio de la ciencia ficción Olvera da un giro nuevo a la figura del mexicano (ahora *mejicano*) aislado, atrapado, perdido en su laberinto de la soledad. A diferencia de la interpretación histórica de Octavio Paz, el mexicano de Olvera queda aislado por intentar rebelarse contra las normas de su sociedad, y en este sentido Raúl Nope es sumamente un joven moderno.

Quien dice que la ciencia ficción es sólo un juego infantil, un puro comic, escrito por hombres adolescentes, y para los hombres que adolecen de la madurez, no conoce bien este género. En la edad moderna la ciencia ficción se remonta a *Frankenstein* (1818) de Mary Shelley, novela que cuenta los horrores de la imaginación peligrosamente desbordante de un científico. Un compatriota de Shelley, H. G. Wells, es el otro gran fundador de este género cuyas novelas trazan, a veces de manera escalofriante, las posibilidades por venir en la historia humana. La época de la ciencia ficción popular comienza con Hugo Gernsback, quien acuña este término y funda *Amazing Stories* en 1926, revista que sí popularizó el género pero al mismo tiempo lo impresionó para siempre en la percepción pública como historietas baratas, es decir, *pulp fiction*. Lo genial de *Mejicanos* es que toma como punto de partida el género *comic*, pero termina siendo una novela seria que nos puede recordar a *1984* (1949) de George Orwell, pues en las dos novelas existe un gobierno dictatorial que vigila cuidadosamente a los ciudadanos. Carlos Olvera osa escribir

⁷ “Desde el despegue”, en *Tunastral*, diciembre de 1968, Toluca, Estado de México, p. 13.

una novela de ciencia ficción que se arraiga en la tierra mexicana mientras que se lanza hacia las estrellas para comentar sobre la condición humana universal; por ende, esta novela canónica de la ciencia ficción mexicana es digna de ser leída y releída para empezar a apreciar los muchos niveles de significación que ofrece.

SAMUEL MANICKAM

*Con todo mi respeto,
a Laika, la pionera*

Uno

Bueno, pues la astronave descendió suavemente en un vallecito, haciendo alarde de los conocimientos de sus constructores. Desde la Tierra seguían paso a paso las etapas del aterrizaje en espera de que encontráramos algo que valiera la pena. Pero no encontramos nada. Absolutamente nada. De cualquier modo no lo esperábamos, así que no hubo desilusión por parte de nadie ni hubo quién se sintiera defraudado. Todos recordábamos que ya desde que se nos dieron las órdenes habíamos dicho al almirante que no valía la pena la exploración, pero él se cerró en su determinación de burócrata y no transigió. Su orden fue terminante: “Todos los cuerpos celestes comprendidos en la sección C-49 han de ser minuciosamente explorados por naves nacionales en el término de tres meses”. ¡Tres meses! ¡Vaya manera de conducir a uno a la barbarie! ¿Acaso puede alguien imaginarse los estragos que causa en el organismo la absurda prisa en todas las actividades de a bordo? ¿Es normal ese afán por despojarnos de nuestra saludable calma? ¿No han leído las autoridades el famoso Informe Pandinsky? ¿No saben que la prisa en el espacio es triplemente peligrosa? Pues yo personalmente creo que el almirante tomó esa decisión porque está acostumbrado a los métodos de América, donde fue entrenado. Siempre insiste en que las exploraciones deben de hacerse siguiendo un método estricto y debidamente preestablecido. En nuestro caso, estaba necio en que toda la zona debería ser investigada en un

santiamén. ¡Jijo!, creía que quizá descubriéramos algo que pasara desapercibido a las expediciones de los güeros. Claro, para que después lo feliciten a él por nuestro trabajo y le pongan otra condecoración. “Lo que pasa es que quiere lucirse, pos qué”.

Así que algunos de los tripulantes del navío nacional MCM-777 Zaragoza tratamos de hacer algo para evitarlo, por supuesto a través de medios por completo legales y desprovistos de mala fe e imaginación y, claro está, a través del canal correspondiente. Cuando nos decidimos a entregar el oficio —redactado cuidadosamente, auxiliados por los códigos— lo hicimos en comisión. Llegamos hasta la antesala del almirante y fuimos recibidos por un oficial con el tipo del primitivo abrepuerta. Prometió considerar la posibilidad de entregar a su jefe nuestra petición y resolernos pronto. Le ayudamos con un billete de mil pesollars y entonces dijo que probablemente pasaría el documento antes del invierno. Total que, por no dejar, le confiamos nuestro escrito:

**Al Tte. Gral. y Almirante
Tomás Robles
Director de la Sección Espacial de la
Fuerza Aérea Mejicana Presente en Canal 6**

Señor: Respetuosamente, los infraescritos nos dirigimos a usted en uso del Derecho de Rupler (Arts. 47, 39 y 88), por escrito y a través de Canal 6, con el objeto expuesto a continuación:

Protestamos enérgicamente por las órdenes recibidas, mismas que obran en el expediente AC49-333z, entregadas a nuestro capitán del navío el día 7 del mes próximo pasado, y tomando en cuenta los artículos antes citados, consideramos:

Que, dadas las azarosas circunstancias en que se desarrollaron las pasadas cuatro expediciones a Deimos, creemos necesaria y pertinente la expresión de nuestra inconformidad para con el sistema acelerado de exploraciones tan recientemente puesto de moda por usted y su respetable Estado Mayor.

Y, dado que en ningún momento hemos dudado de la capacidad de sus colaboradores, nos limitamos a unir a esta protesta la sugerencia de usar el Manual de Jacobson en subsiguientes exploraciones, comenzando con la de Ganimedes, a nuestro cargo. Sabemos de antemano que una consideración de este alcance puede parecer demasiado pretenciosa, dadas las modestas condiciones de nuestra fuerza, pero como usted sabe en Sudamérica se han hecho ya exitosas pruebas con la aplicación de dicho manual, a pesar de lo limitado (mucho más que los nuestros) de los recursos del Bloque Chaucha. Respetuosamente suplicamos la inclusión de este documento en la sección histórica correspondiente.

Entregado a Canal 6, en la Ciudad de Centroméjico, el 5° día del mes de septiembre de 2147.

POR UN ESPACIO LIBRE

La Comisión

Cap. Gus Blázquez

Tte. Luisantonio Garcicreso

Tte. Raúl Nope

Cabo Alex Ramos

¿Acaso no se trata de un magnífico documento? Creo que en cuarenta años no se había dado un solo caso de protesta semejante a éste de nosotros, y menos en Centroméjico, donde las

cosas andan como andan (desde que nos gobierna el Consorcio) en todo lo que respecta a protestas y opiniones. Así nadie podrá decir en tono de burla —como lo hicieron esas pretenciosas publicaciones holandesas— que nuestras fuerzas eran puramente simbólicas y decorativas; como quien dice, puro aparato. Ahora el mundo entero iba a ver lo bien que sabemos usar nuestros legítimos derechos y que todos y cada uno de nosotros, los miembros de las fuerzas, somos tomados muy en cuenta por el gobierno. Y, al menos en lo que se refiere a calidad humana, *no* podemos ser blanco de ataques, pero sí de elogios, pues todos nuestros elementos son hombres y mujeres cuidadosamente seleccionados (sobre todo en el aspecto moral) y entrenados para sus funciones específicas en el espacio exterior. No, no podemos quejarnos. Pero en lo que se refiere estrictamente a astronavegación, si bien todavía no poseemos los novedosos navíos hiperaccionados, nuestras modestas naves han servido más de una vez en heroicas e inolvidables misiones de salvamento. Simplemente recuérdese el espectacular rescate efectuado por la nave nacional MCM Consentida, a la tripulación de un navío eurasiático naufragado cerca de Venus, hace pocos años. Y, por si fuera poco, la distinción que nos hizo la Convención de Ginebra al otorgar mención especial a nuestro H. Cuerpo, dándonos relevancia y reconocimiento universales y, por ende, la benevolencia de varias de las potencias más poderosas.

Pero nada de eso pudo convencer al gran jefe. Nada, ni siquiera las numerosas excitativas hechas por los estudiantes, que crearon un movimiento llamado “De la Vieja Calma” (que tiende a reinstaurar nuestros antiguos sistemas de vida, cuando éramos tan felices). A mí en lo personal me parecen excelentes esas ideas de los jóvenes, siempre me contagian con sus iniciativas, y en este caso hasta se me llenaron los ojos de lágrimas

cuando vi a las chuladas de muchachas llevando pancartas con leyendas como: “Calmantes Montes”, “No queremos rush”, “Calmita a nuestros espaceros”, etcétera, etcétera. Y luego los muchachos, vestidos con túnicas blancas, se sentaron en la banqueta del Almirantazgo, apoyándonos en nuestras peticiones. Nosotros los tripulantes, al pedir calma, no nos imaginamos que los estudiantes fueran a alentarnos con su respaldo, pero es que a ellos también los traen asoleados. Todos, ellos y nosotros, somos seguidores fervientes de San González, el mártir iniciador de los movimientos calmistas, allá por 2100.

Pero ante la terquedad del almirante Robles, ningún movimiento sirvió de nada, antes, se nos pasó a partir, ya que el hombre tiene particular tirria por los estudiantes, a quienes considera revoltosos y partidarios de la calma. De manera que siempre sí hubo reunión del Estado Mayor y se encargaron de confirmar ante el Consorcio la orden: “Tres meses como máximo para explorar el Sector C-49”.

En cuanto me di cuenta de que no teníamos la menor esperanza, decidí gastarme la paga de esos tres meses de manera edificante. Después de todo, nadie me garantizaba que regresaría de una pieza. Quizá mi integridad física resultara indemne, pero en lo que se refería a mi mental sanity otro gallo iba a cantar. ¡Tres meses con una combinación de velocidades endiabladas, un tercio de gravedad en el interior de la nave, y luego las absurdas condiciones de Marte y Ganímedes no iban a dejarme muy flamante que digamos! Así que enfilé inmediatamente hacia el centro de esparcimiento más cercano y estuve gastando a manos llenas, aunque guardé un poco para nuestra escala en Mars Marte y decidí buscar a Gus, mi cuate, para iniciar juntos la francachela, como siempre. Pero que me van diciendo que se había casado en cuanto supo la decisión final de nuestro Estado

Mayor; ¡chin!, ahora como recién casado iba a ser más bruto que de costumbre. De seguro que ya andaría en los alojamientos de lunamieles en Acapulco. ¡Qué lástima, nunca repetiríamos las hazañas de los viejos tiempos!

Me acuerdo muy bien cómo desembarcábamos en Marte, muy perfumados y dispuestos a probar toda clase de sutilezas para solteros que existen en el Universo. Hasta aguantábamos el ritual de bienvenida de las marcianas, que consiste en embadurnar la cara del visitante con una especie de jalea, que no es otra cosa que la caca de sus mascotas, los leluyos. Pero ni eso nos incomodaba verdaderamente, pues sabíamos que en Marte y sus alrededores éramos los mejicanos más conocidos y apreciados. En bares y prostimáticos se nos conocía como japi yúmpins (por aquello del arcaico *jumpin beans*, terminito que no hemos podido desterrar de los diccionarios. Y en confianza, debo confesar que yo nunca he visto uno de esos frijolitos, ni cuando niño; bueno, entonces fue la época de escasez de leguminosas). Pero, de veras, nosotros éramos de los clientes más asiduos, y siempre nos gastábamos la paga en una encerrona de tres y hasta cuatro y cinco días. Por ejemplo, siempre que nos estacionábamos en Marte, nos encerrábamos una semana en La Muñeca Loca del Cosmos, encantador lugar donde se ofrecen todas las delicias del Sistema Solar. Ahí se encuentran desde nopalitos y dátiles terrestres, hasta arroz y frijoles cultivados en Venus; desde las emigradas italianas hasta las hembras locales de larguísimos brazos y grandiosa capacidad para el amor. Ah, pero el evocar todo eso me pone triste. ¡Lástima que el matrimonio de Gus impidiera que hubiésemos seguido de alegres bohemios! En él comprobé después lo nefasto del matrimonio; no en balde ya está erradicado de todos los países civilizados.

Yo siempre he dicho que todas esas antiguas doctrinas prohogar son altamente subversivas; lástima que todavía tengan vigencia legal en nuestra patria chica. Y lo peor lo constituye ese contagio que se está extendiendo como reguero de pólvora y que ya estamos exportando al planeta vecino. Con justísima razón los marcianos ya nos ven con malos ojos a nosotros los mejicanos y sus hembras nos adoran. Pero, personalmente, creo que no tenemos ningún derecho a imponer a nadie nuestro mejican-way-of-life.

Gus, de quien estoy hablando, me dijo después que había conocido a su actual en uno de los viajes que él hacía a la Luna para visitar a su mami que estaba enferma del corazón y que, por eso, tomaba una cura de baja gravedad en la Moon Mayo Clinic. Cuando la chica supo que su galán del espacio iba a estar ausente tres meses, más los seis meses del camino de ida y vuelta, lloró y se casaron. Así nomás. Total que, cuando lo supe, recibí una impresión de la que tardé muchísimo en reponerme. Si lo conocieran como yo lo conozco, sabrían que ese matrimonio no va a ir a dar a nada bueno. Un spaciero es un hombre diferente a todos los demás, con una concepción diferente de muchas cosas. En primer lugar, Gus es muy mentiroso y así nadie lo va a aguantar. Por ejemplo, me contó un cuento chino acerca de su enlistamiento: que lo hizo por “razones de angustia”. Pero ya ven todas las cosas que se dicen acerca del reclutamiento, para justificar las ausencias tan prolongadas y sistemáticas de la vieja Tierra.

Yo nunca he tratado de aparentar lo que no soy, y créanme que en eso me distingo mucho de otros paisanos que sirven en las fuerzas y que inventan toda clase de cuentos absurdos. *Beau geste* y todo. Creen que esto es algo así como la antiquísima legión de los franceses. Pero la pura verdad es que para mí

resultaba muy aburrida la rutina de Tierra y eso fue todo. Nada de conflictos emocionales ni de ninguna clase, ni tampoco líos con la policía o con el gobierno. No, nada de eso. Nomás no podía seguir soportando esa clase de vida pareja, insípida, sistemática y vacía. Y luego que mi trabajo no me animaba gran cosa. Por ejemplo, el servicio de transportación que tenía que usar a fuerzas casi me mataba. ¡Si me hubieran visto! Tenía que correr, sin esperar a que me hiciera la digestión, después de lonchar, para tomar el destartado monorriel de segunda clase que había de llevarme hasta Toluca. Claro que el trayecto nunca pasaba de los veinte minutos, pero íbamos todos tan apretados que con muchos trabajos podía uno concentrarse en el televisor propio, y casi siempre se acomodaba junto a mí una gordita con trajes muy ceñidos y rabones que siempre sintonizaba uno de los canales del amor y romance y lo ponía a todísimo volumen, sin dejarme escuchar la emisión que yo siempre ponía en mi receptor: la serie *El Ermitaño del Espacio* (y a propósito, desde que me hice asiduo escucha de esta serie ya no se me pudo salir del cuerpo el gusanito del cosmos y sus aventuras. Sus capítulos, llenos de intrigas estelares, me decidieron a meterme en el servicio). ¿Así que se imaginan la barahúnda? Los pasajeros éramos casi siempre los mismos, con caras de aburridos. Cuando llegaba a Toluca, me instalaba en una de las aulas de la compañía donde trabajaba, Registros del Pacífico. El trabajo en sí era muy monótono, además de que todavía trabajábamos con semana inglesa y no podía descansar desde el jueves en la noche, como toda gente que se aprecie, pero en aquella época me hacía de la vista gorda y no protestaba. Pues la chamba consistía en conversar con los oyentes inscritos en cursos casi de por vida acerca de la Logística del Partido, que viene a ser algo así como la mística de nuestros gobiernos. Y al principio me

sentía muy halagado de ser instructor, hasta que me dijo un amigo, el profesor Camaro, que entre más tonto fuera uno, con más cariño lo trataría el Partido. Pues desde entonces comencé a pensar que tarde o temprano iba a cansarme de la rutina y de todo, hasta de la secretaria que atendía la oficina de recepción. Me impresionaba mucho cuando se arreglaba bien, y a veces hasta pensé en invitarla a la playa, pero de ahí no pasó. Mi aula estaba en el primer piso y de vez en cuando alguno de los alumnos me ayudaba a subir el portafolios, cosa que me molestaba porque casi todos eran ya viejitos, pero iban diario porque el gobierno daba una bonificación por charla recibida, y había muchos que ya no hacían nada: vivían de las bonificaciones, aunque se durmieran en la sesión.

Cada semana nos visitaba un inspector, checaba las tarjetas de los asistentes y hacía algunas preguntas. Yo recibía una felicitación por escrito, instándome a mejorar aún más mi sistema, pero de mejora de salario, nada. A veces pienso que Registros del Pacífico funcionaba al margen de la ley, aunque apareciera como filial del Consorcio y entre sus actividades no lucrativas estuvieran el perfeccionamiento del Espanglés y la enseñanza de la Lógica del Partido.

Pero toda esa época es verdaderamente triste y por eso no quiero recordarla en todos los días de mi vida. Dejé ese empleo a la primera oportunidad. Aún había mucho por hacer y, sobre todo, por ver. Mi educación y mi instrucción me dejaban aspirar a puestos mejor remunerados y más interesantes. Así que decidí entrarle a la energía atómica —siempre me había gustado eso—, y ya casi me disponía a llenar mi solicitud para entrar a la Estación Centro de Matehuala, cuando vi las llamativas convocatorias del Servicio Espacial y el corazón me dio un vuelco: “¿Quieres conocer mundo? ¡Pues ve más allá del mundo y

alístate!”. Sin pensarlo mucho me enrolé en el servicio y, después de unos cursitos, recibí mi grado de Teniente Anexo a Computadoras. Me asignaron a un navío feo pero cómodo, de modelo anticuado pero ideal para exploraciones, y ya estaba convertido en anexo de Rosita (nuestra computer). Ya era de la tripulación del Zaragoza. De ahí en adelante a aguantar.

Dos

“Novedades femeninas de importación... La Universal Export de los viejos tiempos viene a ser aquí lo mejorcito para procurarse toda clase de líos, de diversiones, de sabo...”.

—¡Ey tú! —me llegó bruscamente la voz de Gus a través de la banda escafandra-escafandra— ¿Qué andas haciendo tan misteriosozzzzzzzzzz —la estática interrumpió la pregunta.

—¡Shht!, ¡cierra! —traté de decir muy quedito.

Me quedé de una pieza. Frío frío frío. Por un momento pensé que ya me habían cachado. No podía ver nada porque me hallaba dando la espalda a donde se encontraban los demás, trabajando en la descarga del equipo de la nave. La voz de Gus me había hecho el efecto de una cubetada de agua fría. Eso de andarse robando pedazos de roca de los cuerpos celestes era un delito penadísimo. Frecuentemente les caían en esas maromas a los tripulantes y ni les cuento lo que les pasaba, aunque ellos dijeran que era para “traerles a sus hijitos un recuerdo del espacio”, lo que era verdad. Desde luego, uno creía que eran puras sangronadas las medidas de seguridad, pero nos convencimos de lo contrario cuando se soltó aquella terrible epidemia a consecuencia del regreso de Venus de la Expedición Mc Laren-Ocampo. Desde entonces uno no podía sacar absolutamente nada de los cuerpos celestes en vías de exploración y coloniaje sino con los vobos del geólogo y biólogo de la expedición respectiva, eso siempre que estuviera justificado plenamente

tal acto. Por eso estaba tan ciscado cuando Gus me habló así al tiro. Si me llegaban a caer en la maroma del viejito ya tendría para divertirme, de modo que escondí en mi bolsa de raciones la piedra que había recogido, la más brillante que pude encontrar en un radio de muchos kilómetros a la redonda. Caray, eso me estaba costando ya varias horas sin probar alimentos, pero bien valía la pena. Sacaría lo suficiente como para retirarme de la vida del espacio. El único problema sería pasarlo por la inspección aduanal al llegar a la Tierra, pero ni modo, ya estaba embarcado en el trabajito. Me hice tonto durante dos horas más, pues se suponía que me habían comisionado para picar el piso o suelo —se le puede decir de los dos modos— con un palito de aluminio graduado para anotar cuidadosamente (¡bah!) el grado de dureza de la superficie, ya que en ese terreno íbamos a levantar las torretas de radio. Pero aquella piedrita pesaba como cuatro kilos y ya no veía la hora de regresar a la nave y esconderla debajo de mi litera, entre unas cobijas que no usaba.

Ganímedes se ha convertido en los últimos tiempos en algo así como un reto a la temeridad humana. Satélite de Júpiter, casi del tamaño del planeta Mercurio, es lo bastante grande como para ofrecer miles de atractivos a toda clase de gente. A muchos se les antoja como para centro vacacionista, a otros como para refugio en caso de posible guerra; pero, a los más, como asiento de bases militares. Ya que es imposible poner pie en Júpiter, dada su fuercísima de gravedad, pues Ganímedes es el equivalente de Jupi (como le llamamos cariñosamente los espacieros) en las maniobras estratégicas de los terrestres. Ya dicen que dentro de unos cinco años abrirán las rutas comerciales y, claro, ya se ha puesto de moda y desde ahorita se andan peleando por las concesiones. Incluso en nuestro país ya hay muchas gentes con ganas exploradoras; sí, a lo Marco Polo y por su cuenta y

riesgo. Y eso no iba a ser ajeno a mi amigo don Paco Lomelí, de Guadalajara. Ese canijo viejito es el que me embarcó en el lío de la piedra. Lleva trece años gestionando un permiso exploracional y de navegación interplanetaria; reacondicionó una nave de desecho, de las que hacían hace veinte años el recorrido de lujo Tierra-Luna y la tiene equipada y lista para el momento en que le den el permiso. Solamente le faltaba un espaciero tarugo que se dejara engatusar, y ahí es donde yo entré en el cuadro. Pues ese señor es tan necio que cree que puede hacer el negocio de su vida explotando la ruta Tierra-Marte-Ganímedes, y para eso se le ocurrió una idea de miedo (que ni al gerente de Registros del Pacífico se le hubiera ocurrido); un gran bisnes a partir de la mochez de don Paco y congéneres: construir una basílica para una virgen... ¡en Ganímedes mismo! Ajá, yo tampoco lo creía, pero lo sencillo de la idea acabó por convencerme, y ya lo tenía todo pero si rebien planeadito, matemáticamente y con paleros y todo: Un día, el menos pensado (preferentemente cerca del doce de dic.), un meteorito caía escandalosamente del cielo en los terrenos de algún campesino (requisito indispensable); después don Paquito y secuaces se iban a encargar de “descubrirlo” en complicidad con el párroco local y, ¡oh maravilla de maravillas!, se encontrarían con que el meteorito tenía la forma de la estatuilla de cierta virgen de los alrededores (muy celebrada por milagrosa). Desde luego que el fragmento de roca iba a ser previamente tratado para evitar su inflamación al caer a través de la atmósfera, porque la harían caer desde órbita. Después la hacen examinar por científicos del gobierno y se llega a la conclusión indubitable de que la roca presenta todas las características de un fragmento ganimediano (y vaya si lo era, ¡que me lo preguntaran a mí!). Y ¡milagro milagro! Abogado del Diablo y toda la cosa. Pero absolutamente nadie iba

a poder decir *nada* en contra. Los hechos confirmarían que era una pieza venida del espacio exterior, pues todas las muestras obtenidas en exploraciones del cosmos estaban celosamente guardadas y bajo siete llaves, en cámaras subterráneas, inaccesibles a cualquier ladrón. De manera que no había pierde: se declara el milagrito y don Paco se ofrece de voluntario para hacer una recaudación entre los fieles creyentes para iniciar la construcción de la Basílica de Nuestra Señora de Ganímedes. Claro, después *él* explotaría la línea comercial y las peregrinaciones, y como el Vaticano todavía no se mete al espacio exterior por razones de territorialidad, los beneficios y limosnitas serían administrados por el gentil caballero don Lomelí, en nombre de nuestra Señora de Ganímedes. También *él*, por supuesto, protegería sus celestiales intereses en la Madre Tierra.

Bueno, pero todos esos planes se llevarían a cabo hasta después de que yo regresara de la expedición. Por el momento todo era cavar y cavar los agujeros donde iban a estar las habitaciones. Las máquinas tenían veinticuatro horas haciendo su trabajo, y yo decidí aprovechar la actividad general —los demás descargaban— para lo de la piedra. Después de esconderla fui con Rosita para calcular el tiempo a invertir en las construcciones: doscientas veinte horas para tener los alojamientos e instalaciones científicas listos. Miré al lugar en donde iba a quedar asentada nuestra base. Ocupando una superficie de cien metros cuadrados, las edificaciones de superficie dejaban un espacio libre de tres hectáreas aprox., situadas en una explanada extraña y fría. Pero a pesar de lo deprimente del paisaje, no dejaba de ser bonito. En Ganímedes se ven cosas únicas en el Universo, de una grandiosidad que asusta. Caray, creo que toda la gente debería ver las películas que sacamos desde nuestra base, y ver a Júpiter como nosotros lo vimos. Abarca todo

el espacio sobre nosotros, *todo*, dejando nomás una franjita de horizonte, con su disco cruzado por franjas rojizas y blanco-azuladas. De veras que hay que acostumbrarse a ver esa cosa flotando encima durante todo el tiempo, a veces hasta daba cuis, pues se ve así como una luneta que estuviera a punto de caerse sobre uno. Para ser más exacto, causa un sentimiento así como de opresión, ¿ven?, y aunque la luz que da era más que suficiente como para poder chambear muy a gusto y sin necesidad de usar las engorrosas unidades Lyndon de iluminación, los hombres nunca dejaron de quejarse por la falta del personal calificado que tanto nos prometieron los políticos. En ese tipo de misiones, los de la tripulación *no tenemos* por qué estarnos metiendo a constructores. Y mucho menos a colonizadores (para eso nos hacen falta las viejas), y *muchísimo* menos a científicos hechizos. Todas esas cosas deben ser hechas por gentes especializadas en ello, entrenadas y con navíos mejor equipados que el nuestro, pero como a la Academia Vocacional del Espacio sólo se meten los riquillos que nunca salen de Tierra, los que se fletan son otros, claro.

Total que los demás andaban en la explanada armando los domos, todos, excepto yo. Gus, Luisantonio, Alex, Apolinar el cocinero, Padillita el de comunicaciones, Soriano el geólogo, los tres reclutas y el mismo capitán se fajaban afuera mientras yo me quedaba dentro de la nave, bien calientito (al capitán no le gustaba que dijéramos “nave”, sino “barco” o “nao”) ayudándole a Rosita a digerir datos, pero también era mucho trabajo porque nunca compraban carretes nuevos, caray. Batallaba mucho desenredando con los dedos los alambritos cada vez que se borneaba un carrete. Pero después de todo no envidiaba nada a los que andaban afuera e iban a presumir al regreso de haber hecho todo el trabajo. Yo no, mejor me metía a la cocina por un

taquito. Bueno, lo de taquito es una mera forma de hablar, pues también las tortillas son sintéticas allá arriba. Hijo, ahora me acuerdo de lo cierto que es ese refrán que dice: “No hay peor taco que el que te atacas en el espacio”. Y miren que la gente no pierde ni una oportunidad para tomar esto a chacoteo y hasta para darle doble sentido y toda la cosa. Pero por la experiencia yo sé toda la verdad sobre estas cuestiones de refranes espaciales, y la verdad filosófica es que el estómago es el mejor juez en estas cuestiones literarias populares.

Pero por el momento el asunto de la piedra era el que ocupaba mis cinco sentidos. A fuerzas tendría que pedir ayuda a alguno de los cuates, por si las moscas. Luisantonio o Gus eran los indicados. Tenían que echarme una manita..., maniobré los controles del visor de proa y vi a un monito chiquito de escafandra anaranjada: Gus. Sí, él era el indicado para ayudarme. Dos hombres siempre piensan más que uno solo, y tratándose de engañar a los guardias de la inspección aduanal, Gus era el rey. Yo lo había visto más de una vez pasar de contrabando varias botellas de perfume (prohibidísimo sacarlas del planeta) y cosas así por el estilo. Sí, con un poquito de ayuda todo iba a ser pan comido.

Desde ese día, todas las noches, después de cenar, me recostaba en mi litera y soñaba con los ojos abiertos en montones de billetes, miles y miles. Hasta podría dedicarme a la pesca, sin hacer nada más que sentarme a la orilla de un arroyo, bajo un árbol; o a la caza. Y quizás hasta me casara, ¿por qué no? Pintaría de vez en cuando. En fin, ¡toda una vuelta a la naturaleza! Vaya si iba a poder permitírmelo. Si todo salía bien, me iba a ganar un buen pico.

—Pero hijito qué vas a hacer tú en esas cosas tan horripilantes e indecentes. Tú siempre has sido de lo mejorcito de aquí de ColóniAlta, D. F., y de lo más respetado entre los vecinos, que siempre te ponen de ejemplo con sus hijos. Eres incapaz de hacer algo tan malo como eso y mucho menos tan deshonroso para la familia o para nuestra comunidad. Ya ves, todo mundo te conoce y toda la gente sabe que eres un muchacho muy equilibrado y normal, pero ahora, precisamente ahora, salirme con que te quieres ir al espacio, ¡noo! Ahora ya nadie se quiere ir allá, eso es para los rufianes, nadie quiere irse a perder en esas negruras de infierno. Acá en Tierra pronto se olvidan de los que nos abandonan por andar de aventureros, saliéndose nomás de su mundo a la buena de Dios. Sabes muy bien que por esas alturas todas las cosas son muy pero muy distintas, la gente que se va vuelve huraña y pesada. Sí, eso me lo dijo Albita, la mamá de Rigo. Ay, no me digas que no te acuerdas de Rigo, sí, el de las pequitas que siempre se sentaba delante de ti en la escuela del señor Lastre. Ella me dijo que, desde que su hijo regresó del espacio, ya nadie podía entender las cosas que decía, uf, mucho menos la novia, que al fin y al cabo resultó ser la inocente víctima. ¿Y quieres que a ti, mi hijo, te pase lo mismo? (Voz chillona aquí). ¿Y tu novia (Sí, Leticiota), qué va a ser de la pobre? Además no creo que sus padres vayan a permitirle que siga contigo si saben que quieres irte al espacio ése y dejar de verla por años. Tú sabes, todas las mujeres tienen su corazón, pero también tienen sus necesidades, y ya no se dan Penélopes, hijito. Y si ahorita ya nunca la llevas a la playa desde que se te metió en la cabeza lo espacionauta, ¡qué será después! ¡Ay, pero qué hice yo para que el Señor me diera semejante hijo! Si tu padre te viera, ¡nada menos que espacionero! Vas a ser la deshonra de la familia, tan decentes que hemos sido todos. Si te vas al espacio se te van a pegar muchas malas mañas. Si te vas al espacio te vas a hacer estéril, y eso en el mejor de los casos. Sí, también

me dijo eso Albita, que se hacen toditos estériles y, en el caso de que lleguen a tener un hijo, les sale todo deformado y fenómeno... uy, ya no habrá quien perpetúe el nombre de Nope, ayay, y la familia de tu novia (Leticiota) es de tan buen nombre. Ella, ella era lo ideal para ti. Mis nietos sí que iban a tener dos apellidos. Estos muchachos, estos muchachos. Ojalá que lo rechacen en el examen médico (esto a la vecina Talipalis), y que se quede con nosotros para siempre, en un hogar decente y cristiano, rodeado de sus hijos y esposa, al fin que tiene un empleo de lo mejor, y muy respetado, mucho. Hasta tiene derecho a pensión y a un mes de vacaciones pagadas al año y derecho a departamento en las unidades de la colonia. Se había de conformar con ir a la Luna de vez en cuando. Pero no, ha de irse quién sabe a dónde. Te digo que te vas a llenar de malas costumbres, todos esos hombres de las fuerzas espaciales o como se llame tienen muy mala fama, y de seguro que la justifican con creces... imagínate nomás todo lo que harán, más bien, todo lo que no harán por allá solos, sin freno ni nada que les detenga, ya ni temor de Dios han de tener. También me dijeron que por allá por los astros ya hay lugares de ésos... no me acuerdo donde...

—Marte, mamá...

—¡Donde sea!, pero ya me estuvieron platicando todas las vergonzosas enfermedades que pescan con esas horribles viejas que salen de los otros mundos. Si eso no es nada natural, fuchi, hasta parecen animales... y lo de las drogas y todo eso que les dejan tomar a los espacieros. No, si debería haber una ley que impidiera estos desfiguros entre los jóvenes; no, si esto es el colmo, la perdición, no en balde el padre Ferrer dice que ahora sí se va a a c a b a r e l m u n d o . . .

Tres

Está en Marte, y por fuera tiene un aspecto muy inocente: una arcada de piedra verde y con apariencia mohosa (puro truco) sostenida por siete pilares, cosa que le da un aspecto muy fúnebre. Toda la fachada carece de ventanas y de características que la distinguan, y si no fuera por la chimenea, nadie se daría cuenta. Está a la mitad de una oscura callejuela de Nueva Atlantis, Mar. Y quien se atreva a penetrar en esos rumbos a una hora avanzada de la noche podrá ver las luces parpadeantes de los letreros, cada uno en uno de los idiomas cardinales de la Tierra, en el tiro de la chimenea. Este edificio fue construido en la época de la Prohibición (del sexo), durante el tristemente célebre gobierno de Glinys Russel, así que sus constructores tuvieron que disfrazarlo de tal modo que se pareciera al resto de las casas del vecindario, en aquel entonces muy elegante. Con el tiempo —y después de haber derrocado a Glinys la Purita— se fueron suavizando las censuras y al fin pudo funcionar sin tapujos. Ahora La Muñeca Loca del Cosmos mantiene todavía ese aire de misterio nada más para hacerlo interesante, más aún de lo que es.

Todo espaciero sabe que hay un santo y seña para entrar ahí, diferente cada semana, y nadie que no lo sepa puede penetrar, aunque traiga mucho dinero. Ahí no necesitan clientela, la seleccionan. El lugar es ya insuficiente y con los que entran se desquitan. Hacen dinero cuando y como quieren. Y aunque la mayor parte de la clientela está constituida por nosotros los

de las tripulaciones, de vez en cuando se descuelga algún millonario a gastar su dinero de un modo diferente e interesante. En cada espaciopuerto de Marte hay uno o varios enviados de doña Ema, la regente, y les echan el ojo a los tripulantes o a los que tienen tipo de ricachones, o a los de mucha confianza como yo. Les pasan una tarjetita donde está escrito el santo y seña de la semana, y desde el momento en que alguien consigue una, se puede considerar afortunado, pues se ha sabido de muchos ricos que han tenido que esperar hasta dos semanas para entrar a La Muñeca. Tal vez todas esas cosas sucedan por la famita que ha adquirido en todo el Sistema. Con decirles que hasta los propios marcianos quieren conocerla por dentro, cosa que, *desde luego*, nunca van a lograr, porque el día que un solo marciano entre ahí todos los terráqueos boicotearían el lugar. Uf, y si alguien se entera de que dejan entrar a un marciano y acostarse con una terrícola, o que le proporcionaron un prostimático, serían capaces de lapidar el edificio o quemarlo o vayan a saber qué no harían si se infligiera semejante afrenta. Imagínense, dejar que un nativo usara un prostimático, un aparato tan íntimo. Si se llegara a saber que ya se lo puso uno de esos cuates, no, nomás no. Y luego lo llenan todo con su olor, pues a pesar de todo lo que digan los universalistas anarquistas, los marcianos *sí tienen* un olor. Al menos todos los espacieros del mundo están de acuerdo en una cosa: en que deben mantener La Muñeca limpia de maleantes nativos. “Después de todo fue planeada y construida por humanos para los humanos. Así que va contra la lógica más elemental el pretender universalizar La Muñeca. Nomás no”.

Y pensar que este lugar maravilloso ha tenido que atravesar por crisis. Y buenas, no se crean, aunque nadie ha sabido nada de ello (por aquello de la preservación de la moral humana).

Por ejemplo, cuando los universalistas llegaron a Marte disfrazados de misioneros, siendo que iban a hacer una manifestación “pro igual trato universal”, que es el lema de esos revoltosos, estuvieron a punto de destrozar el edificio, y si no ha llegado a tiempo la Liga Humana —que tiene filiales dondequiera— no se salva el establecimiento de la quema y destrucción. Pues los de la Liga les dieron una buena tunda a los anarquistas, haciéndolos correr y olvidarse para siempre de meter nuestro refugio marciano en sus planes universalizantes. Desde entonces, todos los de la Liga Humana tienen especialísimo trato en La Muñeca, tanto por parte de doña Ema como de sus pupilas, lo mismo de las humanas que de las electrónico-mecánicas.

(Yo pertenezco a la Liga desde el 37. Tuve que hacer muchos juramentos y pasar por un montón de ceremonias secretas para ser admitido, pero, una vez dentro, me dieron mi capucha y mi folleto de instrucciones. Y sí estaba plenamente convencido de los fines de la Liga: preservar la civilización humana para nosotros solamente y evitar, a toda costa, que se les comunique a “otros”). Pues esa semana fatídica —y seguiré llamándola así porque fue cuando partimos a Gani— desembarcamos en Marte, Luisantonio, Gus y yo, todos cabizbajos. Sabíamos que en seis meses más no íbamos a ver la Tierra, además de que Gus estaba extrañando mucho a su vieja. Después de checar los permisos y documentos en el control aduanal tuvimos que estar dos horas metidos en los estabilizadores pulmonares. Como la atmósfera marciana equivale a la terrestre a una altitud de quince kilómetros, hay que usar los oxifiltros para poder respirar en ese aire tan enrarecido. Esos aparatitos no son más grandes que un frijol y se los mete uno en las fosas nasales, uno en cada una. Se acostumbra uno y luego con la gravedad tan bajita puede uno caminar muy rápido sin cansarse, o a grandes saltos (cosa prohibida,

porque hay algunos que no saben controlar sus movimientos y se van contra las vidrieras y aparadores).

Hacía ya como tres horas que había anochecido, de manera que tendríamos toda la noche para iniciar la pachanga, y quizá nos decidiéramos a quedarnos ahí los cuatro días que iba a durar el reabastecimiento de combustible. Prometía la cosa, pues como las noches marcianas son solamente quince minutos más largas que las nuestras, uno no siente la diferencia y puede seguirse la rutina a la que se está acostumbrado. Decidimos irnos caminando hasta La Muñeca; después de todo sólo eran dos kilómetros desde el espaciopuerto y los taxis son ahí recaros. A mí no me gusta mucho hacer ese recorrido a pie porque hay muchos limosneros nativos y no puede uno dar paso sin que lo estén jeringando. Y luego los barrios que rodean la ciudad, que parecen pocilgas colectivas. “Pero ellos mismos tienen la culpa de vivir como viven: son muy güevones”, pensaba.

—¿Cuánta lana traes? —me preguntó Luisantonio, rompiendo el silencio.

—No mucha, ¿por qué?

—Porque no pienso salir de La Muñeca hasta que nos vayamos.

—Uy —respondí. Había algo que no nos dejaba hablar, como una pesadez en el aire. Quizá todavía no nos acostumbrábamos a los oxifiltros.

Llegamos, dimos el santo y seña a la robot-portera: “Tengo una muñeca vestida de azul”, y se abrió la puerta del paraíso. Antes de entrar miré hacia arriba, tratando de localizar la Tierra, pero todo lo que pude ver (porque me jalaron para adentro) fue a Cefeo, la Estrella Polar de los marcianos.

Desde hacía mucho tiempo yo quería probarme uno de los famosos registradores sensoriales (que sirve para ver el grado

de sensaciones que uno puede aguantar), pero había tanta propaganda para todas y cada una de las especialidades, que me costó mucho trabajo decidirme por una. Había señales luminosas situadas a cada lado del corredor y, si uno elegía una puerta, ya no podía salir hasta después de haber recibido el servicio completo. Y hay que pensar muy bien en lo que se elige, ya que todo es igual de bueno. De ahí nadie sale defraudado.

Pero en nuestro caso, como el dinero no era eterno, habríamos de fijarnos muy bien antes de meternos a cualquiera de los cuartos. Por ejemplo, luego luego a la derecha estaba SEXITANTES. Muy difícil decidirse por eso, pues, una vez ingerida una de esas pildoritas, se tenía batería para un mes sin descansar de cualquier variante de las ahí presentes. ¿Y se imaginan qué haría yo en el espacio bajo los efectos de uno de esos brebajes empildorados? No, ya había sabido de varios que en iguales circunstancias se arrojaron por el desagüe de la nave o atacaron a lo primero que se les atravesó. De veras que era como para perder la razón; solamente los jubilados podían permitírselo: ellos tienen el tiempo suficiente como para encerrarse ahí un mes, y ya no tienen lo demás que se requiere para tales menesteres.

La primera puerta a la izquierda: PROSTIMÁTICOS (imaginemos las raíces). Además de haberle dado el nombre genérico a esa clase de establecimientos, el prostimático es uno de los avances más socorridos de la biocibernética. Yo francamente no sé gran cosa de ellos, nomás lo necesario. Como que han sido proscritos por todas las religiones, catalogados como invenciones diabólicas y también como “señal segura de la desaparición de la civilización a través del degenerere”, pero creo que es demasiado exagerado el juzgar así a esos juguetes porque para mí eso son, juguetes, aunque muy ingeniosos, eso sí. Los moralistas

dicen que para usar uno hay que tener una “absoluta falta de principios”. Pero, insisto, no creo que tenga nada de malo la mezcla de un órgano humano con un mecanismo electrónico. En lo que no estoy de acuerdo es que en lugar de usar partes genuinamente humanas deberían fabricarlas de plástico. Estoy seguro de que nadie notaría la diferencia, aunque en la autenticidad reside gran parte de su mérito. Dicen que nunca *nada* podrá reemplazar ciertas partes del organismo femenino en sus funciones específicas. Hay gente —como yo— que tiene prejuicios en contra de que haya muchachas que nomás porque no tienen dinero se presten a hacerse esas operaciones que abastecen prostimáticos. No hay derecho, se quedan para siempre con un culito de plástico, y el verdadero... bueno, pa qué les cuento.

Palabra, la primera vez que usé uno me dio mucha cisca porque no sabía nada respecto a ellos y es mucho lo que se cuenta por ahí. Me habían platicado que eran unos maniqués igualitos a las mujeres de carne y hueso, flexibles y toda la cosa (como las que inventó el doctor Arreola), y que el aparato lo tenían adentro. Otros me dijeron que era nomás un agujerito en la pared. De modo que hasta que los vi con mis propios ojos me di cuenta de que todo era puro cuento de exagerados o de mentirosos, pues es más sencillo de lo que todos se imaginan. Generalmente la primera vez resulta muy novedoso, tanto que ni tiene uno tiempo para darse cuenta de lo maravilloso de la cosa (francamente no me explico cómo se las arreglaban nuestros antepasados sin los auxilios de la ciencia). Resulta que lo meten a uno a una habitación común y corriente, hay un rótulo que indica desnudarse y tenderse sobre una cama de aspecto muy inofensivo e inocente (ahí está el truco), pero en cuanto se apaga la luz, de las paredes comienzan a salir montones de viejas, todas cuerísimos (nomás son proyecciones

estereoscópicas, pero dan la pala) y empiezan a bailar alrededor de uno. Es tan real que hasta se puede sentir su olor, y entre más bailan y hacen todo tipo de muecas se empieza a sentir el deseo de agarrar a una de ellas. Yo no sé cuánto tiempo pasa, pero cuando uno menos se lo espera, ya se está abrazando *algo*. Nadie, fuera de los inventores y los que regentan la cosa, saben a ciencia cierta cuál es el truco. Lo cierto es que uno abraza algo, quién sabe, a lo mejor es el efecto de una de las tan mentadas *drogas prohibidas*. Pero todo esto no es sino el principio. ¡Ay, Dios! Cuando eso sucede, cuando mete uno la cosa, ¡jijos!, aquello parece de sueño, pero siendo de a deveritas, ése es el chiste, que es real lo que uno siente, y además uno está plenamente consciente de que es con *algo humano* que ha aumentado al mil de sus posibilidades originales con la máquina. Cada fibra muscular es accionada por separado por corrientes eléctricas independientes, *mejor* que si eso estuviera vivo, de modo que funciona perfectamente acorde con el usuario, y entre más alto es el grado de excitación, más responde la maquinita. A veces hasta da miedo, pero se pasa luego porque uno se vuelve completamente loco.

Y no se crean esas mentiras de que se puede pasar una noche entera con un prostimático. No hay nada más falso. Toda la operación no dura más de cinco a seis minutos, por muy aguantador que uno sea (no me refiero a los que usan los sextantes, esos son degenerados). Además con esos maravillosos inventos ya no hay por qué preocuparse absolutamente para nada por ellas, las mujeres. Aquí nomás a lo que se viene y listo, decididamente yo soy un adepto incondicional del prostimático.

Pero en esa ocasión no me sentía como para durar tan poquito. Primero y antes de “sumergirme en los placeres” iba a ser conveniente entrar a la sala general para inflar un poco,

animarse y ver un show que nos quitara lo agüitado, al cabo que contábamos con cuatro días. Nos dirigimos a la puerta del final del corredor, depositamos las monedas necesarias para que se abriera y penetramos al antro: todo lleno de humo de tabaco, tanto que casi no se distinguía nada del espectáculo gacho que se presentaba ahí en un forito. Los parroquianos no le hacían caso, pues eran en su mayoría patanes fogoneros de las naves comerciales, que todavía preferían buscar entretenimiento en carne viva. Sí, pues todavía les gusta el contacto directo con las viejas que escogen. Había muchas, como setenta —entre marcianas y coterráqueas—, sentadas o bailando alrededor de las mesitas como de café parisino. Ellos llegan y se arreglan como en los viejos tiempos, dándoles a ellas el dinero y toda la maniobra al estilo romántico de antaño. Lástima que tenga tantos inconvenientes de higiene y sea así de engorroso. Pero, en fin, cada cabeza es un mundo. Por ejemplo, Luisantonio estaba emocionadísimo:

—¡Mira nomás, compadre, qué cuerito!

(Al “degenerado” no hay nada que lo caliente más que una marciana.)

—¿Cuál, cuál?

—Ésa, la del vestido morado —dijo señalando a una gorda que atravesaba la pista central y parecía dirigirse hacia nosotros.

—No la friegues —le respondió Gus—, eso está como para los nativos, viejito.

En efecto, se acercaba la famosa morada, echándonos ojos de acá nomás. Para no dejar, ni Gus ni yo fuimos majaderos con ella, sobre todo para no ofender a Luisantonio, que era siempre muy quisquilloso con respecto a sus gustos, nos fuimos juntos a una mesa a seguir la cosa. Pedimos licor local para no pasar por presumidos ante tal concurrencia y bebimos casi en silencio.

Ninguno de nosotros estaba animado, tal parecía que presintiéramos algo o que no nos sintiéramos bien. Nadie a nuestro alrededor era gente decente, digo, oficiales o capitanes de navío: pura raza y ya a medios chiles.

La barahúnda era espantosa, parecía que los motores de la Zaragoza funcionasen a todo escape y nosotros estuviéramos afuera, aturdiéndonos.

Cuatro

Otro capítulo de la emocionante y apasionante serieeeee...: ¡El Ermitaño del Espacio! Taa, ta, tachún tachún, tuuuuu... Hoy, y todos los días bajo el patrocinio de los jabones Zoom, dedicamos éste, como todos los capítulos, a nuestros heroicos compatriotas en el espacio...

En nuestro anterior episodio, el intrépido héroe del cosmos, Pepe López, agonizaba entre los hierros retorcidos de su astronave, la Acateman, en la superficie del inhóspito sateloide Negro, donde fuese derribado por los pillos de Plutón. Nuestro héroe se queja lastimeramente, a pesar de su valentía, al tratar de librarse de las garras de acero que lo aprisionan dentro de la destrozada carlinga de su navío superultrahiperaccionado. ¿Logrará salir de este terrible peligro? ¿Morirá dejando al cosmos sin su mejor guardián? En esta ocasión no tiene a su fiel ayudante, Chupamirto, que, como todos recordamos, quedó en Júpiter recargando las pistolas de Pepe López. Así, no hay quien pueda ayudarlo, pero escuchemos:

—Aaaarrrrrggghhhhhh... agggghhhhhh... ay... ay mamá... Nuestro héroe hace desesperados esfuerzos y usando su hercúlea fuerza, reminiscencia de sus antepasados de bronce, logra romper uno de los hierros que lo aprisionan:

¡Crac!

—Aggghhhh... al fin... al fin puedo desprenderme de este hierro retorcido por el ataque de... agghhhh... qué dolor... pero debo sobreponerme... agghhh... mi lucha no ha terminado todavía, los

pillos de Plutón andan sueltos... agghhhh si tan sólo Chupamirto estuviera aquí para ayudarme... pero agghhh, mi brazo izquierdo es una pulpa sanguinolenta e informe... atrapado bajo este otro hierro retorcido... ay... no puedo... si tan sólo pudiese alcanzar mis píldoras, mis milagrosas píldoras reconstituyentes... aghhhh... aghhh... aghhh... gllubbb... glluubbbb...

Nuestro héroe se ahoga en su propia sangre, que mana espantosamente de una gigantesca herida en la yugular. Sangre roja y mejicana que se esparce en gruesos chorros sobre el suelo del maldito sateloide Negro... pero, cuando está a punto de perder el sentido, se escucha un zumbido en el cielo...

*¿Quién puede ser? ¿Acaso los pillos de Plutón?... Escuchemos:
Zuuuummmmmmmmmmmmm.*

—Arghh... un zumbid... o en el ciel... lo... argghh...

Zuummmmm.

En efecto, una astronave de diseño misterioso desciende a pocos metros de donde nuestro héroe agoniza... Escuchemos:

—Arrgghh... la justicia me necesita para defender el orden... en el... arggh... cosmos... y oh... arggh... ¿Qué es lo que ven mis ojos? Ayy... una nave de forma desconocida y extraña... ayy ayyhh glluuubbbb... no... la... re... conozco... argh...

En efecto, la extraña nave ya se ha posado en tierra, y del interior desciende una rara figura, un hombre alto y delgado... Escuchemos:

—Arghhhh. ¿Quién es ese extraño ser? Ayy... es muy alto... ¿Será Dios que me recoge?... Argghh... no, todavía no, todavía estoy vivo... Oh, tiene una larga barba morada... entonces, entonces, es... El Ermitaño del Espacio.

El Ermitaño del Espacio. Nuestro héroe se desmaya al reconocer al personaje legendario, objeto de consejas que cuentan a la luz de sus satélites las viejas de Marte. La leyenda toma forma,

toma vida y rescata a nuestro héroe de entre los hierros retorcidos de su nave. Y sacando de debajo de su larga túnica un extraño objeto, lo aplica a las heridas del exánime Pepe López, sanándolo al instante. Pero los milagros siguen, y con otro extrañísimo aparato, repara la nave de nuestro héroe en menos de diez segundos. Pero, escuchemos:

—Soooooy... El Eeeermitaño del Espaacioo.

Y sin decir más, despega en su misteriosa nave. Mientras tanto, nuestro héroe, despierta.

—Ohh, ¿dónde estoy, qué me ha pasado? Oh, platillos volantes. Ahora recuerdo, los pillos de Plutón han vencido por esta vez... Pero, oh, ¿quién me ha salvado? Mis heridas se han restañado como por arte de magia. Oh y oh, ahora caigo, fue... fue... El Ermitaño del Espacio.

Tatatatatatatachún chunchúntachúuuuuuun.

—Subiré a mi nave. Oh, está milagrosamente reparada. Bien, entraré en ella, me meteré en la cabina. Acciono los controles, y... despego.

¡Rrrroooooaaarrrrrr!

Nuestro héroe despega del maldito sateloide Negro. Va en busca de nuevas aventuras, va en busca del mal para aplastarlo con su bota plástica. ¿Qué le espera ahora? ¿Acaso los pillos de Plutón? Pero, ¿qué sucede? Los instrumentos de su nave se vuelven locos. Pepe López va en picada, su nave va a entrar en barrena.

—¡Rayos cósmicos. He entrado en un campo electromagnético-atómico. Voy a estrellarme contra el planetoide. Noo!

¡Cccraasshh! ¡Boom!

Hisssss s s...

En efecto, nuestro héroe se ha estrellado sobre la superficie del planetoide magnético. ¿Qué pasará? ¿Morirá entre los hierros retorcidos de su nave? Escuchemos:

—Arrrgggghhhh... agg... agggg...

No dejen de escuchar el próximo capítulo, mañana a la misma hora.

—¡Buu!, siempre nos dejan así, picados en lo más emocionante. Ching.

—Sí, hombre. Parece que tenemos todo el tiempo para estar esperando.

—Deberían de pasar tres o cuatro capítulos de un solo tranco, ¿no?

Cada vez que el capitán no se daba cuenta, nos poníamos a escuchar los capítulos de *El Ermitaño*. A todos nos encantaba, pero al capi no. Nos tenía prohibido terminantemente oír esa serie. Y ahora aprovechábamos que él andaba en el exterior, pero lástima, el capítulo duró muy poco...

Música:

Tral tla, la la
pues tu mirada
se perdía
entre las estreellas.
Estrellas
con el brillo de tus
ojos.
Luz de mi vida,
luz en la Luna
en mi vida
y las estrellas...

Ésa era una voz bonita. Las bocinas de la nave seguían conectadas a la radio, y nos estamos poniendo nostálgicos y hasta el copete de tanto trabajo en ese satelitito jupiteriano.

Lo peor era que ni siquiera podíamos acomodarnos a gusto porque los domos e instalaciones no estaban listos todavía y teníamos que apiñarnos en el interior del navío, como si anduviéramos en plena travesía, y luego con eso de que muchos no se bañaban...

Aquí la dobleú desde Centroméjico... la voz privilegiada de Doria de la Luz Blanca cantando especialmente para ustedes... Nubes de Angustia Diferida.

esta angustia mía
que me quema y me delira
tará sube hasta mi boca
tatá toda diferida...
(aquí es donde entran las maracas, ay)

Y de pronto, desde la puerta:

—¡Se me van a Calixto!

Sácatelas. El capitán nos había cachado.

—Pero, señor... —fui el único que me aventé a tratar de dar una explicación.

—Que nada. Véame en mi cabina dentro de tres minutos, Nope. Tres —y se volvió bruscamente, taconeando muy fuerte mientras se alejaba, dejándonos de una pieza.

—Maldito vetarro. No tiene por qué meterse con nosotros. Hay que divertirse como se pueda, ¿no? Pero si nos trae a su hermana... —dijo alguien.

Rabia, rabia. Estaba temblando de rabia de pies a cabeza. Cerré los ojos bien fuerte, haciendo un desesperado esfuerzo de voluntad, de coraje, de valor, de acopio de fuerzas, de estimulación colectiva, de ganas de matar, de grr. Imaginando cómo serían las cosas de diferentes si tuviéramos un poquito más de valor y no nos dejáramos tener tan agorromados por el veje-te, si tuviéramos un poquito más de, bueno, de pantaloncitos:

—¿Qué les parece si hoy (miro el reloj) a las veinticuatro, cuando las luces se apaguen y se enciendan las farolas de guardia (todos a mi alrededor lo más misteriosamente que se pueda), tú, Gómez, te encargas de la guardia del puente y les rebanas el pescuezo a los esquirolas si es necesario; tú, Gus (que da un paso al frente y me saluda marcialmente), la sección de máquinas (después los señalo a cada uno con el índice mientras les doy las respectivas instrucciones); tú, Luisantonio, de la proa con todo y sus maricones, y te doy amplios poderes para echarlos por el desagüe si se resisten; tú, Padillita (dándole una misión importante recobrará la confianza perdida en sí mismo; Dios mío, me encanta ayudar a la gente), tú, Padillita, te encargas de comunicar a Centroméjico ¡fíjate bien, bruto, para que no la riegues! Que el capitán ha perdido la chaveta, y te me haces responsable del renglón comunicaciones ¡con tu vida! Y yo... yo por supuesto, desde el momento presente y a nombre del Almirantazgo, me hago cargo del mando de esta expedición, así como de todos sus logros y riesgos, desde ahora...

—¡Bravo! ¡Viva el teniente Nope!

—¡Calma calma! Hombres (ahora me subo a una silla): calma o todo se irá por la borda. Ante todo deben seguir mis instrucciones

al pie de la letra... ¡Les va la vida en ello! ¡Y reventaré las tripas con una descarga de láser al primero que se oponga! (los miro a todos retadoramente). ¿De acuerdo? (todos asienten con miedo en los ojos). Ahora, ¡sincronicemos relojes! (es bonito ver a todos cuando sincronizan relojes antes de una misión importante, y si es en la semioscuridad, más aún).

Me sacudieron por un hombro:

—Oye, ¿no vas a ir? Dijo tres minutos. ¡Anda, pícale!

Les dediqué a todos una mirada de decisión, así en redondo, girando muy lentamente para que pudieran ver la expresión de mi rostro. Les miré así para que me adivinaran el pensamiento, como si todos me fueran a seguir con ese gesto lleno de coraje. Pero nadie se movió. Es más, ahora que lo recuerdo me parece abominable, *se estaban riendo*. Bueno, yo creo que es porque no captaron el silencioso mensaje de mis facciones, o vayan a saber qué, después de todo “son una bola de sacones”...

—¿Qué?!

—No, nada —salí rápidamente.

—¡Prtt!

“Uf”.

“Pero a Calixto no”, pensaba mientras iba llegando a la cabina capitancia. Todos los expedicionarios, todos los hombres del espacio se aterrorizaban ante el solo pensamiento calixtécnico. Parecía que todos los gobiernos se habían puesto de acuerdo para castigar a sus espacieros indisciplinados enviándolos a Calixto (otro de los satélites de Jupi), lugar de los mil demonios. De tamaño es casi como Ganimedes, e igual de frío, pero con la

diferencia de que ahí no hay nada que interese a nadie, ni nada que justifique el gasto de un solo gramo de oro. Por eso no hay instalaciones de ninguna especie para albergar seres humanos, nomás unas casetitas donde viven dos gentes que son relevadas cada seis meses por otra pareja. Pues ahí no hay nada. Con decir que ni siquiera vale la pena intentar la instalación de una beneficiadora de bauxita, fíjense. Las fuerzas que hay ahí (los dos hombres por cada país) son puramente simbólicas, nada más para cumplir con el LXXXVIII Tratado de Ginebra y evitar que una sola potencia reclame el satélite para fines bélicos particulares. Apenas hay lo necesario en Calixtus, y luego que las naves de suministro van nomás cada medio año.

Con todo y miedo llamé a la puerta del capitán.

—¡Pase!

Abrí muy despacio. La lamparita de noche iluminaba con trabajos el grueso contorno del viejo, que fingía no verme. Pasé, procurando hacer el menor ruido posible; no quería incomodarlo más de lo que ya parecía. Me escurrí dentro de la habitación casi ceremoniosamente, mirando las paredes mientras adoptaba la posición de firmes. La Virgencita de Guadalupe en la mampara-cabecera; dos fotos de la familia colgando de la pared, bueno, más bien estaban pegadas; en el espacio *nada* cuelga, ni siquiera...

—¡A Calixto! ¡Sí, señor —canturreó—, a Ca, lix, to!

—Pero, señor capitán...

—¡No hay pero que valga! —dijo bruscamente, echando el cuerpo hacia atrás— Usted y el tal Gus me están relajando la disciplina. Y Calixto se va a sentir muy honrado de tener entre sus distinguidos huéspedes a los ilustres Nope y Blázquez... ¡cabrones!

—Mi capitán...

—¡Vaya con éste! —se levantó, jugando con una medallita que siempre llevaba en el cuello—. Ya no hay ni quién quiera trabajar porque a usted siempre se le ve sentado en la sala de computadoras dizque trabajando... nomás güevoneando con el pretexto de su famoso aparatito. Insisto, usted les da el mal ejemplo. Y luego, en complicidad con Blázquez, conectando la radio para escuchar esas pendejadas que quebrantan la moral de mis hombres.

—Jefe, usted sabe que Rosita...

—¡Cállese! —y prosiguió muy despacito, como viendo el efecto que producían en mí sus payasadas— Rosita *no* necesita de sus constantes mimos para funcionar bien. Si no lo sabré yo. Toda su labor se reduce a aceitarla de vez en cuando, a desempolvarla (sí, dijo *eso*, allá en el espacio) y a suministrarle información una que otra vez, pues usted sabe que las rutas las tiene ya inscritas en la memoria desde antes de despegar. Lo demás, bah, cualquiera de nosotros puede hacerlo. Todo eso me lo sé al dedillo, no en balde llevo estas insignias y estas medallas, no sea bruto.

Parecía que la cosa iba verdaderamente muy chueca conmigo. Sabía que si no manejaba la situación con tacto me iba a cargar patas, me iban a mandar a Calixto. Chirrión, ¿por qué tenía que ser yo el que siempre se metiera en líos? Lo buena gente nunca se me iba a quitar, y todo ¿por qué? Nomás porque no salía a trabajar a la superficie, o de plano porque el capitán ya me traía en jabón, o de planísimo porque yo le caía gordo al cap. Pero hice de tripas corazón y se me ocurrió algo para ganar tiempo mientras pensaba en algo mejor.

—Bien, señor... er... capitán: según la Ley de Rupler, tengo derecho a una certificación personal y por escrito del motivo que lo obliga a usted a enviarme a Calixto, con tres copias,

y a una radioemisión privada. Y de acuerdo con la última Convención Centroamericana y del Caribe, me hago acreedor a una copia de la carta estelar con nuestra ruta, especificada y firmada por usted...

El viejo palideció como si de pronto le hubieran chupado la sangre por debajo de los pantalones. ¿Qué pasaba? Quién sabe, pero yo empezaba a olerme que ciertos trapitos iban a salir al sol. O de plano me refundían en Calixto, o me ganaba una buena posición cerca del Capitán Gordo. Se estaba dominando, aparentaba tener los nervios de acero. Por fin dijo (según él, muy sereno):

—Desde luego... desde luego, teniente. La tendrá usted al instante —se dirigió a su mesa.

Yo sudaba, él revolvía entre los papeles nerviosamente.

“Ya la regué, estoy frito. Me va a agarrar la palabra. Ora sí”.

Me miró con aire intrigado:

—¿Qué sabe usted?

—¿Señor...? —me hice el inocente, abriendo tamaños ojos.

—¡No se haga! Si me pide la certificación es porque usted ya ha de saber cuáles son mis órdenes precisas, ¿no? ¡Usted y su maldita maña de esculcarlo todo! ¿Ya lo sabe todo, no es cierto?

—Sí, señor (mangos, no sabía *nada*).

—¿Qué sabe exactamente, *reptil*?

—Muy poco —y aquí fue donde me aventé el quién vive—. Solamente que he podido observar un comportamiento demasiado sospechoso de ciertos elementos de la tripulación...

—¡Concrete!

—Usted... mi capitán, ha estado muy raro estos últimos días, y sé, a ciencia cierta, que no estamos cumpliendo con lo ordenado expresamente...

—¡Ayyyyy! —aulló, como herido de muerte— ¡Usted lo sabe! ¡Nada menos que usted!

Bueno, se ponía color de hormiga toda la cosa. Por pura casualidad le había atinado. De retache. No seguir las órdenes es siempre cosa grave. Y ahora, sabiéndolo yo, peor tantito para el capitán: una expedición costosísima, arriesgar tanto, hombres y equipo así por nomás... no, eso no estaba nada bien. El capi estaba en un lío.

—¡Sepa que ésa es información clasificada! ¡Nadie debe saberlo! ¿Me entiende? ¡Nadie! Si por error algo de esto llega a saberse, estamos fritos. ¡Fritos, fritos!

Mi sorpresa era grande. Nunca me imaginé nada así. Está bien que nunca haya creído en los cuentos de las exploraciones, pero jamás me imaginé que *esto* (todavía no sabía de qué se trataba) mereciera la etiqueta de información clasificada. Era cierto que las exploraciones eran cosa de mera rutina para nosotros, pues los güeros ya habían explorado hasta el último centímetro cuadrado del satélite antes que llegáramos; pero usar esta expedición como pantalla era ya otra cosa. Y si se trataba de alguna misión secreta, nada mejor que cubrirla bajo la inocente capa de una “exploración”, pues ya se había acostumbrado la gente a ellas. Nosotros los espacieros sabíamos que eran nomás de cajón, pues los güeritos siempre nos dejaban creer que “explorábamos” y que “descubríamos” lo que ellos querían que descubriéramos y exploráramos. No por nada se nos asignaban las zonas correspondientes desde muy arriba. Por eso también no nos extrañaba que nunca una expedición mejicana hubiera descubierto siquiera una sola veta, por insignificante que fuera, o algo que justificara tantísimos trabajos y toda la mojjanga. Yo desde hacía mucho tiempo me había olido todo eso y me preguntaba por qué no nos sentábamos a descansar (como lo

hacían las demás expediciones nacionales) en lugar de andar haciéndoles el juego a otros. Total, cuando regresáramos, nomás poníamos en el informe que “por factores físicos ajenos a nuestra voluntad los tres meses asignados no fueron suficientes para la exploración” o algo por el estilo. Después de todo, sobre los mapas, el Sector C-49 estaba formado por tres satélites de Jupi: Ganímedes, Calixto y Europa. Pero este último es muy chiquito, casi del tamaño de la Luna y nadie puede poner pie en él porque todavía está en litigio (llegaron primero y al mismo tiempo dos expediciones, una rusa y una francesa), así que descartamos éste; Calixto, a dos millones de Km. de Júpiter, es lo que ya les dije, casi una colonia penal militar; Ganímedes, donde estábamos nosotros, y donde ya tenían bases militares los norteamericanos y nosotros y los del Bloque Chaucha y los árabes y los australianos y los franceses y los rusos, bueno, hasta los españoles. De modo que realmente no había nada que explorar, sino nuestro cachito de terreno y ya.

(Explorar no sé qué, porque nos encontrábamos frecuentemente latas vacías de cerveza Schlitz). En resumidas cuentas, que a eso quedaba reducida la misión asignada por el almirante Robles.

El capi me miraba fijamente.

—Y ni una sola palabra de esto a nadie, ¿entendido?

—Me temo, señor, que ya hay alguien más enterado —mentí deliberadamente, pensando en lo útil que sería inmiscuir a otro en esta movida.

—¡Ay, Virgencita, ayúdame! Estos de seguro ya lo han divulgado todo, esto es la ruina, el acabóse, mi desgracia, mi prestigio. ¡Me van a fusilar!

—Vamos, jefe, levántese. Hincado ahí no va a arreglar nada. Además, todo eso tiene remedio, no se achicopale —le

palmeé la espalda cariñosamente—. Mire: Gus, quiero decir, el capitán Blázquez es una persona de integridad moral irreprochable, no es capaz de abrir la boca. Digo... *si no hay buenas razones para ello*.

La mirada que me dedicó fue como para fulminarme. Se las pescaba todas al vuelo.

—Está bien —meditó—, pero no le comunique nada que no sepa hasta el momento. Porque ahora, y para que se le quite... usted me va a ayudar. Usted va a ser mi lugarteniente en este trabajito. Compartiremos responsabilidades. Venga.

Me enseñó un montón de cartas celestes, y cuando llegamos a la que nos interesaba, me trazó con el índice el camino que habíamos seguido para llegar a Ganimedes, donde detuvo su señal. Me miró con atención. Yo de plano todavía no entendía nadita, pero fingí interés de espía.

—¿Ve, Nope? Ahora estamos en el punto señalado por las órdenes.

—Sí. Según los planes que no son los de a de veras. Pero, ¿dónde comienza lo bueno?

—Calma. A eso, a eso me va a ayudar, pero no se apresure. Antes tiene que estar verdaderamente convencido de que lo que va a hacer es justo y por la causa de la libertad entre los hombres.

Me senté sin pedirle permiso y prendí uno de sus cigarrillos. Me rasqué la cabeza y me aflojé el cuello del uniforme. No ha de haberle parecido muy bien, pero se aguantó las ganas de regañar y se sentó también, del otro lado de la mesa, en su sillita roja.

—Mire, Nope —me señaló con su índice—: nuestro país inicia con esta expedición y a través de nosotros algo tan arriesgado, que va a elevarnos a usted y a mí a la categoría de héroes. Si

no ahora, dentro de unos cincuenta años se nos reconocerá el mérito (¡uuh!). Desde hace siglos, muchos siglos, nuestros compatriotas, que han sabido conquistar relevantes metas a base de trabajo y dignidad, de constancia y patriotismo, se desenvuelven en situaciones desventajosas dentro del panorama mundial. La revolución de mil...

—Pero, jefe. Yo me sé eso al dedillo, a mí no me venga con eso.

—Con un demonio —se revolvió en su sillita—. ¿Va a oírme?

Nomás eso me faltaba. Oír otra vez la cantaleta. No, por favor. Había oído las mismas palabras desde que entré al kínder, después en la escuela y en la otra escuela, y finalmente en la compañía Registros del Pacífico.

—Jefe, mira, yo, este, yo fui instructor titular de Lógica del Partido antes de alistarme...

—Entonces, Nope —lo tomó con la mayor naturalidad del mundo—, su conciencia ciudadana debe de estar agudamente desarrollada, así como su capacidad de comprensión de asuntos de índole política. Asimismo, no debe serle extraño el que nuestro gobierno —el Consorcio— haya decidido de una vez por todas abandonar su ya anacrónica posición neutral. Mire, todos progresan a nuestro alrededor y nosotros nos hemos quedado muy a la zaga en cuestiones, er, digamos, de índole... tecnológica.

—Pero siempre se nos está diciendo que nuestro país no necesita de progresos belicistas...

—Sí —respiró hondo—, es lo que siempre se dice. Por desgracia. ¿Y qué quiere que hagamos?, hombre. Pero usted sabe que siempre hay que decir lo más verosímil. Pero dejemos eso para los políticos, nosotros somos soldados, concretémonos a obedecer y a no preocuparnos por las doctrinas, que al fin y al cabo no nos van ni nos vienen.

Ya comenzaba a entrar en la cuestión. Yo disimulaba mi curiosidad requetebién. Lo malo era que todavía no me daba cuenta de en dónde yo le entraba al toro.

—Para ser exacto y explícito —continuó—: estamos a cien años de atraso con relación a nuestros vecinos, los del norte, desde luego. No, ni diga nada, ya sé lo que me va a argumentar; pero en este caso, *no* me refiero a refrigeradores domésticos, porque tal parece que su entendimiento llega hasta ahí nada más.

Me incomodó mucho esa alusión.

—Me refiero a esto —señaló a su alrededor—, a materia de astronavegación, exploración, equipos, personal, adiestramiento, en fin, a todo esto.

—Pero, mi capitán, eso no es nada nuevo. Lo supimos antes que usted.

—No me chotee. Sabe a lo que me refiero. Y sabe también que *no* es nada agradable. Ellos tienen todos los navíos hiperaccionados, pueden recorrer los setecientos millones de Km. que nos separan del Sol en sólo tres días. Mientras nosotros tenemos estas tinajas que hacen tres meses de la Tierra hasta aquí y que apenas pueden despegar la barriga del campo gravitatorio de Calixto (¡y dale con Calixto!).

Se levantó furioso, aleteando mientras hablaba, dándole vueltas a su silla roja y estrujando el cigarro. Se veía muy chistoso así de enojado. Echaba mucho humo, como si se estuviera tatemando.

—¿Y sabe lo que tienen esos condenados gringos a menos de quince kilómetros de aquí? —se me acercó tanto que pude ver las venitas coloradas en el blanco de sus ojos—. ¿Sabe?

—N... o.

—¡Tienen una de las bases militares más supersecretas de los últimos tiempos! Superequipada y superdotada y

superguardada —se quedó quieto mientras continuaba—. ¿Y no le parece nada raro que nos permitan estar tan cerca de *eso*? ¡Hay'stá lo intolerable, porque nos consideran tan inofensivos, que nuestra inocencia o nuestro pendejismo, lo que sea, les ha hecho rebasar sus propias medidas de seguridad! Es más, ni los propios rusos se imaginan que aquí cerca haya algo tan caliente. ¿Y sabe por qué? Porque aquí cerquita estamos nosotros. Y donde andamos nosotros es donde no hay ni madres. ¡Por eso!, porque somos su escudo, su parapeto.

“¡Sácatelas!: *Antiseguridad...*” Ahora sí que me quedé de una pieza. Nunca de los nuncas me hubiera pasado eso por la cabeza —a pesar de mi IQ de 147—, que nos estuvieran utilizando de tan cochina manera. ¡Chingá, no había derecho! Nosotros haciéndole al tonto, al güey, amolándonos por algo que ni siquiera era nuestro y que no valía la pena. Y yo que ya me estaba creyendo partícipe en un asunto nacionalista. Eso ya no era jueguito, de ninguna manera. Ni siquiera los capitanes del navío debieron haber estado enterados del porqué se nos había asignado ese lugar para base, porque si lo han sabido se declaran en huelga y ya nadie se arriesgaría en las mentadas exploraciones. El capitán que ahora me caía mejor porque lo habían agarrado de chivo expiatorio (dicen que nosotros siempre simpatizamos con el débil), me miró como aliviado de un gran peso. Pobre viejo. Visto así, me daba lástima. Tener que andar a diario disimulando mucha energía y mucho amor a la disciplina nomás para no bajarle la moral a sus hombres. Jijo, cada cosa que se ve en la vida. Y todavía dicen que la rutina de los espacieros es aburrida, ¡no, qué va a ser!

RADIOGRAMA RECIBIDO A LA 22:00
AL TTE. RAÚL NOPE
BASE CENTROMÉJICO/GANÍMEDES

Muy querido Raulito:

Es probable que para la fecha en que recibas ésta ya me haya suicidado. No te asustes, mi vida, pero estoy al borde de una crisis nerviosa a causa de tu ausencia tan prolongada. Escíbeme pronto diciéndome cuándo vienes, pues si te sigues tardando no sé lo que voy a hacer.

Anoche estuve leyendo una historia muy conmovedora en la revista *Amor y Cosmos* acerca de una chica que se queda abandonada para toda la vida porque su novio siempre está en el espacio, y tres días antes de la boda se descubre que ya tenía tres esposas marcianas. No creas, pero me impresionó muchísimo. No porque yo crea que andas con marcianas, sino porque cada vez se me hace más difícil ir a las fiestas y rehusarme a aceptar otro pretendiente. Mira, Raulito, no quiero desmoralizarte, pero yo sé que allá no piensas mucho en mí; la prueba es que ya ni me escribes ni nada, y créeme que yo todavía te quiero mucho, pero mis papás siempre me dicen que no sea tonta y que procure irte olvidando poco a poco. Yo creo que son un poquito extremosos al pedirme eso, pero francamente debo reflexionar mucho porque tú no me has dado todavía una seguridad sobre nuestro matrimonio, ni fecha ni nada.

Pero ya no quiero hablarte de cosas que no te gusten y te voy a contar lo que he hecho desde que te fuiste: estoy inscrita en

el Centro de Futuras Madres, para prepararme cuando llegue el momento. Ahí ya me enseñaron todos los secretos de la maternidad y me dieron muchas dosis de anticonceptivos, los suficientes como para aguantar hasta el día en que llegues. Así no tendrás la preocupación de que mi primer hijo no sea tuyo. Sabes todo lo que te quiero y sabes que voy a esperarte para tenerlo juntos. Tu mamá quiere que se llame Raúl, si es hombrecito, o Leticia, si es mujercita, cosa que yo prefiero, desde luego.

También estoy tomando cursos de corte y confección, porque tengo el antojo de hacerme yo misma el traje de novia; ya verás cómo te va a gustar en cuanto lo veas, será muy bonito y original. Está inspirado en la línea Crucero que tanto te gusta en mí. Además las clases de cocina y de economía doméstica que me dan son muy interesantes y nunca me aburro.

Los fines de semana salgo casi siempre con mi amigo Leoncio Clan, lo conociste en mi fiesta de quince. Dice que no quiere que vuelvas porque le gusto mucho y dice también que si corto contigo se casa conmigo luego luego. Juntos hemos ido a Acapulco y a Las Vegas y a Baja California y a infinidad de partes, pero ya sabes que con él no puedo pensar en serio, nada más contigo, mi cielo.

Bueno, aquí termino porque tengo que ir con mi hermana al centro y tengo mucho que hacer aquí en la casa. Espero que me escribas pronto y me digas algo en firme.

Te adora hasta donde estés.

LETICIA.

Centroméjico, a 2 de febrero de 2149.

Cinco

—Siqui tisiquti siquititi tisiquti. Bam ba ra bam ba baa (y sonidos raros e ininteligibles como: rszhthrr, shbwwzz).

Volví a sacudir la máquina, tratando de encontrar la falla. El marciano me miraba con sorna (si es que a la expresión de unos ojos de minúsculo iris y sin pestañas se le puede llamar “mirada”). Seguramente que el nativo del planeta rojo se estaba burlando de mí, o tomándome el pelo. Así son ellos de malditos. Y luego basta con que no quieran hablar claramente para que la máquina traductora se haga bolas y se pierda el tiempo tratando de encontrar las expresiones más sencillas.

—¿Eres tú, Lobelto? —dije al micrófono y el aparatito emitió una serie de crujidos.

El marciano hizo un gesto amplio con el brazo derecho, haciendo que su delgada túnica formara elegantes pliegues. Su cráneo abultado se movió afirmativamente. Tomó de mis manos el micro y se lo acercó al agujerito que les sirve de boca, no sin antes repetir su sonrisita burlona.

—Zrrricccttrrrrrsrt —y la máquina soltó casi de inmediato—: Sé que me has mandado llamar y aquí estoy después de tres semanas de complicado e incómodo viaje a bordo de sucio trasto.

Vaya, no creía que tuviera tan desarrollado el sentido de la comodidad. Miren que haberlo mandado traer en la Eréndira (nuestro más rápido navío), que era una distinción y honor para

cualquiera, menos para este cabezón calvo y flacucho. El tal Lobelto tenía fama de ser uno de los mejores “colaboradores” marcianos. O sea: un tipo sin escrúpulos de ninguna especie y listo a colaborar con los terrícolas (casi ningún marciano lo hacía) si le llegaban al precio, que generalmente era muy elevado. Según el capitán, sería el principal enlace entre nosotros y los marcianos que colaboraban con los americanos en el super-secreto proyecto de Gani. Un mes antes lo habíamos mandado buscar, mientras los hombres continuaban el trabajo fuerte en la superficie. La “pantalla” tendría que montarse perfectamente, y nadie habría de olerse el verdadero motivo de nuestra estada en el satélite. Para esas fechas, yo era ya el ayudante personal del viejo, de modo que ya podía referirme a los demás como: “los hombres”, o “los muchachos”.

Pero localizar a Lobelto no fue tarea fácil. Unos decían que andaba en Suramérica haciendo la guerra de guerrillas; otros, que estaba establecido en el barrio marciano de Los Ángeles, pero al fin, y después de muchas *mordidas*, nuestro representante diplomático en Marte logró dar con su paradero, ponerse de acuerdo con él y embarcarlo en la Eréndira muy a tiempo para alcanzarnos.

Ahora me tocaba a mí el paquete de entenderme con él, cosa nada fácil. Tendría que echar mano de todos los manuales de semántica si algo se me atoraba, y dada la misión que tenía que encomendarle creí conveniente usar palabras muy sencillas y expresiones *ídem* para que no se fuera a trabar la máquina y él me entendiera perfectamente. El pago ya no había que discutirlo, pero lo dificultoso iba a ser el explicarle los pasos a dar, tan minuciosamente planeados. Me tenía que forzar cada vez que intentaba decir algo, pues está descartado cualquier tipo de comunicación mente-a-mente: eso era absurdo y apenas

lo estaban ensayando en los laboratorios. Caramba, eso de las comunicaciones es precisamente donde ha habido más fallas y fue también lo que más se descuidó en *todas* las expediciones a Marte. Ya ni tienen abuela: iban cargados hasta los topes con pertrechos y equipos de guerra, pero absolutamente a nadie se le ocurrió pensar en las formas de comunicación con los nativos. Todos pensaron que ellos iban a comunicarse con nosotros por telepatía, que bastaba con que alguien se pusiera un dedo en la frente para que “comenzaran a fluir ideas y palabras dentro de nuestras cabezas”. Falso falso. Debían haber visto los detallazos que se aventaron algunos que intentaron comunicarse por sus propios medios. Era un verdadero merequetengue. Un verdadero relajo, como para morir de risa.

Cuando se llegó a Marte y se descubrió a los marcianos, se pensó que se trataba de animales, de simios, de changos de alguna especie desconocida en la Tierra. Como son tan parecidos a nosotros siempre era medio feo eso de verlos dando brincos por todas partes y gruñendo y pataleando cada vez que se trataba de acercárseles. Andaban completamente encuerados, hembras y machos, y parecía que nunca tenían frío a pesar de lo extremo del clima marciano. Pero son reterraros: muy muy flaquitos y con una cabeza casi dos veces más grande que la nuestra, y sin cejas ni pestañas ni pelo de ninguna clase.

Los primeros en llegar a Marte (adivinen quiénes fueron) se llevaron a Texarcana unas cuantas parejitas dizque para examinarlas en las condiciones de vida terráquea y para someterlas a estudio en los laboratorios que tienen ahí. Ya saben cómo son esos cuates cuando se deciden a estudiar algo, tercicos los desgraciados. Tests y exámenes de todas clases (hasta vivisecciones, palabra) y nada de que daban señales de inteligencia. Durante cinco años los estuvieron jeringando hasta que al fin

se cansaron y los devolvieron, aunque, *por supuesto*, ya vestidos, quesque porque no era bueno para la moral de los colonizadores el “ver órganos sexuales expuestos con demasiado candor”. Después que los vistieron a *todos*, fue cuando nos asignaron a los demás nuestras zonas de exploración y colonizaje. Así que cuando llegamos, los marcianos eran ya una cosa aceptada y natural, viviendo en los alrededores de la primera ciudad terrícola en Marte: Bradbury Port.

Pero por fortuna fue un compatriota, Güicho Reyna, el que un día, sin saberlo, dio uno de los pasos más importantes en los anales de la cosmobiología y cosmosicología y cosmotodo. Y eso sin ser más que fogonero de tercera clase del desaparecido cañonero Querétaro. Resulta que una vez que su nave estaba varada en tierra, se le acercaron varios animalitos marcianos, dando brinquitos a su alrededor. Güicho estaba sentado afuera de la nave, recargado en unas cajas de pertrechos y fumando tranquilamente. No le pareció nada raro ver que los marcianos se le acercaban, pues en nuestra base (que es la única que no está cercada de alambradas electrificadas) ya son cosa del diario. Pues he aquí que los bichitos comenzaron a tratar de jugar con él, que los manda a donde debía con unos guantones y saca su anforita para combatir el frío echándose un traguito de buen tequila. Aquí fue donde comenzó todo, y fue muy inesperado. El azar que trastornó todo sobre Mars: uno de los marcianitos le arrebató la botella y le dio un trago, los demás lo imitaron y cuando se les acabó se fueron corriendo por la llanura levantando nubes de polvo rojo. Güicho no dio mayor importancia al asunto, ni pensó en ello (los terceros fogoneros generalmente *no* piensan), pero a las tres horas empezó a escuchar una especie de zumbido que iba creciendo en volumen. Al principio no le dedicó mucha atención, pero al cabo de algunos

minutos se dio cuenta de que el zumbido se transformaba en gritos, gruñidos y una especie de canto. Se volvió hacia el lugar de donde procedía el sonido y casi se queda paralizado por lo que vio: una gigantesca manada de marcianos se dirigía hacia él, gesticulando y llenando el aire con sus chillidos. Como pudo, empezó a gritar para dar la alarma, pero apenas iba entrando a la nave cuando le dieron alcance las avanzadas de la horda y lo sujetaron fuertemente. Para entonces, algunos compañeros de la tripulación ya habían salido y cuando se disponían a usar los lanzallamas, se quedaron con la boca abierta: Güicho era llevado en hombros y estaba siendo cubierto de flores y todos los marcianos *le cantaban*, postrándose ante él.

Claro que la sorpresa fue mayúscula e inmediatamente se radió la noticia a las demás bases. Excuso decir el revuelo que se armó. Noticias de primera plana y “conmoción en el mundo de la ciencia”, pero no habían pasado ni dos horas cuando se presentaron ya saben quiénes y se llevaron a Güicho y a los marcianos del suceso y nadie los volvió a ver en años. Nosotros supimos después que los habían sometido a sus famosos estudios, descubriendo cosas importantísimas, entre ellas, que un etanol destilado de cactus y oxigenado en los organismos marcianos produce en su metabolismo considerables cambios síquicos, tantos y a tal grado, que comienza a funcionarles una especie de memoria retroceptiva-colectiva, que les hace recordar cosas que acontecieron cientos de generaciones anteriores. En otras palabras, que el tequila hace que se acuerden de todito, hasta lo que les pasó a sus tatatatatarabuelitos. También descubrieron que hace aproximadamente un millón de años (nuestros) cayó en Marte una especie de maldición bíblica y que su dios les condenó a “vagar por las llanuras y por el universo, sin conocer palabra, en castigo a su disipación”, y que solamente

serían liberados “el día en que un ángel de las estrellas diera a un alma buena el elíxir del pecado sin intención malsana”. ¿Qué, a poco no está raro? Y resulta que el elíxir del pecado es el tequila, yaa. Y el colmo, jaja, Güicho, “ángel de las estrellas”, jaja.

Pero en serio, parece que en todo esto hay algo de fondo, porque en los exámenes que les hicieron primero, no había nada que denotara inteligencia en los marcianos. Dicen que se trataba de un mecanismo síquico de “cierre y bloqueo”, que no podía ser roto sino hasta que ciertas condiciones estuviesen reunidas en el tiempo y lugares precisos. “Una posibilidad entre diez millones”, según las computadoras.

Después, ya se pudo trabajar en una máquina traductora y se dieron a todos los marcianos pequeñas dosis de “elíxir del pecado” para ayudarles a “despertar”. Luego los mandaron a la escuela primaria y asunto concluido. Ahora están perfectamente adaptados a la civilización occidental-terrestre y la gozan en grande. Si no lo creen, nomás vean los lugares que han construido (igualitos a La Muñeca Loca del Cosmos) y lo verán.

—De manera que te parece sucio nuestro “trasto”, maldito pelón
—la máquina crujió débilmente y Lobelto permaneció impasible frente a mí.

—Szxrtswzh: No entiendo.

Cierto. Las máquinas no pueden traducir insultos o expresiones peyorativas. No se imaginan lo terrible que es tratar de ser decente frente a un marciano. Ahí estábamos frente a frente, en mi nueva cabina de dos literas, sentados a cada lado de la mesa, donde descansaba la famosa maquina desgraciada con

su letrerito “Please try to avoid ALL irregular verbs. Use adjectives before nouns”. La calma era lo mejor, si perdía la paciencia menos íbamos a entendernos. El capitán me había dicho: “Usted se hace responsable de que el bicho ése le entienda, aunque le lleve treinta años marcianos”.

Me incliné al hablarle, muy despacito:

—Te trajimos para una importante misión.

Crujidos. Sonrisa de Lobelto, expresión de duda.

—Rssxxcr: ¿Misión de trabajo o misión de misionero con cruz?

“Chin. Más cuidado con las palabras”.

—Te trajimos para un importante trabajo. Algo debes hacer para nosotros...

Crujidos. Asentimiento mudo.

—Debes acompañarme en peligroso trabajo.

Después del crujido arqueó lo que de tener pelos, deberían ser las cejas. Repetí:

—Sí, peligroso. Hay que ir a quince kilómetros de aquí, hasta la base norteamericana, y espiar...

—Zhharstso: ¿Espiar?

(Se estaba haciendo pendejo.)

—¡Vigilar, observar, ver, mirar, tomar notas, tomar fotografías estando escondidos! ¡Tomar mentales notas!

—Rshpingsdcrkaveww: ¿No puedes hacer eso estando solo?

—No, porque hay muchos marcianos trabajando con los güeros en un secreto proyecto.

—Kstd Skstd: Krakupzzzzdturg Btrtsgbdoysrdhnxxxx (no hubo traducción. Quizá maldijo).

—¡Sin palabrotas, por favor, Lobelto!

Su expresión cambió un poco y se aguantó de decir lo que parecía iba a decir. Se calmó.

—Suokkktrurhe Ytrheñsst: Supe que setenta marcianos embarcaron sin pasar por control migratorio. Y viajaron en hipers, esos kraktucu tucu (otra vez).

—¿Lo sabías?

Esbozó una amplia sonrisa de satisfacción y guardó silencio. Estos canijos son muy ceremoniosos cuando se crecen y hay que hacerles la barba durante horas para que suelten una sola palabra, hay que hablarles con imágenes para que no se sientan ofendidos, dando rodeos, etcétera, etcétera. Quedé sin moverme, esperando que él diera el siguiente paso. Le sonreí de manera forzada para que no fuera a creer que era descortés con él. Me sentía muy incómodo. Todavía sonrió más maliciosamente el malvado Lobelto.

—Rsarthsfracsamambittlo Unfht Kath: De hoy en adelante suplico a tu terrestre generosidad, iluminada por mil soles, que a partir de este momento me llames “Lobelto el de la Botella Llena” —dijo con una expresión de insolencia y chasqueó la lengua un par de veces, muy discreta y significativamente.

Conque empezábamos el jueguito. Bien, así que me levante y como quien no quiere la cosa saqué una botella del “elíxir”, sirviendo dos copas. Le acerqué una.

—Rshtdcvrrritddghrtsb Uyrredd: Veo que tenemos el deseo de sentir en la mente un bello pensamiento o imagen, mientras en nuestras gargantas se desliza un poco del buen elíxir de la vida y del antiguo pecado...

—Estoy de acuerdo, venerable amigo del cuarto y hospitalario planeta (¡Jijos!).

Vaciamos nuestras copas de un solo trago.

—Bien, Lobelto el de la Botella Llena —dije calmadamente, sintiendo al tequila quemar todo el caminito hasta el estómago—: lo que tú vas a hacer es muy sencillo. Vas a estar junto a mí durante nuestro trabajo en la superficie de este satélite, por si alguno de tus conmarcianos se nos atraviesa. Si así fuera...

—Rscxht Rscxstresh: El de la Botella Llena desea descansar sus sentidos y mojar una vez más su sedienta boca antes de continuar con este fatigoso y por demás prosaico asunto interplanetario —la voz impersonal de la maquinita chilló por breves momentos antes de callarse. Era tarde, el bobito no hablaría más ese día.

Fijó sus ojillos en el paisaje del calendario que estaba en la pared y se sirvió otra copa, olvidándose de las cortesías marcianas. Seguramente quería emborracharse, so, para no herir sus delicados sentimientos, saqué mi última botella; se la puse delante y me senté de nuevo. De pronto:

—¡Shtaaarrrds!: ¡Salud, compadre!

—Salud... (vaya, me seguía intrigando el marciano).

Bebió durante una larga hora, sin hablar, hasta acabarse mis dos botellas. Después se quedó dormido sobre la mesa. Uy, esa noche yo *no* iba a dormir ahí, ¡agh!, son más cochinos que nosotros cuando se les pasan las cucharadas, sobre todo que no reconocen sexo y se van sobre lo que encuentran. No, yo ahí nomás no me quedaba, así que salí para reportarle al jefe los progresos, cerrando cuidadosamente la puerta por fuera. Caminé por el pasillo semioscuro hasta la cabina del capitán, que todavía estaba despierto leyendo en su camita.

—Buenas, jefazo. Reportando progresos con el *Martianus Vulgaris*.

Acomodó sus cobijas: era recatado. Dejando su libro a un lado, me señaló su silla roja con un ademán imperioso.

—Se quedó bien borracho —dije, sentándome—, pero al menos me comprendió lo principal. Parece gustarle la idea, pues no replicó.

—¿Y...?

—Dígame, jefe, ya a lo derecho. ¿Qué es exactamente lo que voy a hacer?

Con un gesto de resignación, estiró el brazo y sacó de su buró un cartapacio y me lo alargó.

—Aquí está detallado hasta el máximo el objetivo de nuestra misión. Estúdielo y memorice la parte más importante. Estúdielo ahora mismo en su cabina.

—Pero si ya es bien tarde, jefazo...

—Estúdielo.

Caramba. Pero a lo hecho pecho. Recordé que de todos modos no iba a regresar a la cabina, de modo que me fui directamente a mi cubículo de trabajo, junto a Rosita. Si alguien me veía siempre podía decir que andaba atrasado de chamba y que estaba haciendo algunos calculillos. Me senté y encendí una de las luces de trabajo. Parecían papeles muy importantes: en la cubierta del expediente estaba el sellote del Almirantazgo de Centroméjico y debajo decía: “Para personas estrictamente bajo el Control Regidor. No puede ser leído si no es en presencia del titular Capitán Reyes Barajas. PROHIBIDO radiar, por cualquier banda o canal, así como transmitir por tv, información total o parcial de su contenido. SUPERSECRETO. BAJO LEY NEGRA”.

¡Zaz! La famosa Ley Negra, código de honor mezclado con pena de muerte o ley fuga. En raras ocasiones se llegaba a aplicar, pero cuando esto pasaba, era sin proceso ni nada. Nomás se lo enfriaban a uno sin decir agua va y enviaban a casa un “muerto en cumplimiento del deber”. De plano que sudé frío y las manos me temblaron cuando deshice el nudito del cordel

con que estaba atado aquello. Saqué las hojas: papeles normales de color azul, de aspecto inofensivo y con el sello verde blanco y colorado. Empecé a leer:

Documentación estrictamente para personas indicadas en cubierta.

OPERACIÓN GUNSMOKE

Se toman como antecedentes:

a) —Desde el descubrimiento de la inteligencia en los especímenes marcianos, se nos ha ocultado sistemáticamente, y a pesar de nuestra buena fe, el acceso a los resultados obtenidos en los estudios llevados a cabo en Texarcana a los citados especímenes. Todos los informes que nuestro Estado ha recibido se concretan a copias de las informaciones dadas a las agencias noticiosas. Los verdaderos datos permanecen en el más absoluto secreto.

b) —Sabemos a ciencia cierta que la razón por la que no se nos permite situar navíos o estaciones orbitales, sobre o alrededor del satélite marciano Phobos, es porque se ha comprobado, desde que las primeras expediciones norteamericanas se situaron en su cercanía, que se trata de un satélite hueco y, por ende, construido por seres inteligentes y en posesión de una tecnología muy avanzada.

c) —La rotunda negativa ante nuestros insistentes pedidos solicitando permiso para establecer bases y guardias simbólicas en Phobos, ha dado pie a las siguientes conjeturas:

I.- Dado que desde hace tiempo se sospechaba que los actuales marcianos no fuesen sino residuos de una supercivilización, estamos seguros de que en Norteamérica se estudia y experimenta concienzudamente con un gran número de marcianos —cosa demostrable por los frecuentes embarques de ellos en navíos yanquis—, trabajando sobre su memoria colectivo-retroactiva, para fines de investigación estrechamente relacionados con Phobos y la supuesta civilización marciana.

II.- Fotografías aéreas tomadas sobre la base yanqui en Ganímedes muestran irregularidades sobre el terreno, que no figuran en los mapas, debidamente camuflajeados que, lejos de tratarse de instalaciones militares, como en un principio se creía, no son otra cosa sino *ruinas...*

(¡Mi madre, ruinas!... ¿en Ganímedes?)

...que suponemos pertenecen a la cultura marciana, hoy desaparecida.

III.- Concluimos que se trata de ocultar al mundo, y en especial a nosotros, descubridores de la inteligencia marciana, logros y descubrimientos que pueden ser de altísimo valor estratégico y científico.

Por todo lo anteriormente expuesto, recomendamos el desarrollo de una operación de espionaje, usando para el efecto la mayor discreción e inteligencia. Estando en conocimiento de que, una vez obrando en nuestro poder las pruebas necesarias, nuestro Estado ganará aún mayor prestigio.

Procedimiento a discreción.

POR UN ESPACIO LIBRE

Almirante y Tte. Gral.
Epigmenio López Rosario

Inteligencia del Consorcio
X-4567342...

¡Con razón! Ahora ya no me extrañaban muchas cositas. De veras que ya ni la fregaban. ¿Por qué Calixto sí debía tener fuerzas simbólicas y Phobos no? Y así empezaron a saltar infinidad de preguntas: ¿Por qué nunca se supo nada de las expediciones a Phobos?

2. ¿Por qué ninguna nación (excepto Rusia) había reclamado derechos sobre el satélite marciano?

3. ¿Por qué tanto misterio y top secret con Phobos?

4. ¿Por qué la zona de cuarenta y cinco mil Kms. alrededor de Phobos era zona prohibida?

Las respuestas se me mostraban ahora con toda claridad, y todavía estaba la cuestión ésa de las ruinas de Gani, ahí mismo, casi debajo de nuestras narices. La tan buscada prueba de la civilización de Marte, las respuestas a las preguntas formuladas desde el descubrimiento de los canales, estaban ahí y nosotros no podíamos echarles ni siquiera un ojo.

Todavía me quedé sentado un rato frente a los papeles. No podía salir de mi atarantamiento. Lo peor era que yo, precisamente yo —enemigo de dificultades—, por hocicón iba a ser el encargado práctico de la tal misión de espionaje. Si al menos me hubiera conformado con el negocio de la piedra y don Paco. Pero no, tenía que andar de metiche. Pero pos ni modo.

Apagué la luz y me recargué sobre la mesa. Me quedé dormido casi instantáneamente, soñando con canales y edificios llenos de marcianos

Seis

Caminábamos sigilosamente sobre la llanura helada. Todas las precauciones habidas y por haber para esta clase de misiones habían sido tomadas. “Operación Gunsmoke” sería un éxito rotundo. Ya nuestros compatriotas podían irse sintiendo orgullosos de que el teniente Raúl Nope hubiese nacido en Nuevo Casas Grandes, Chihuahua.

Todo se desarrollaba en el más absoluto silencio. La radio permanecía muerta debido a que, por precaución, nada debía salir al aire, pues estábamos en área prohibida. Al menor descuido y nos amolábamos. Como en todo trabajo clandestino, los pasos eran dados con un cuidado rayano en la exageración. Mucho silencio e intercambio de miradas a la luz de Júpiter.

Visto así, el paisaje era de veras muy bonito, lástima que no pudiéramos admirarlo a nuestras anchas. Allá muy arriba resplandecía serenamente el más grande de todos los planetas de nuestro sistema, mostrándonos con toda claridad sus bandas horizontales. Toda la explanada estaba impregnada de su luz lechosa. ¡Caracho!, qué lindo era todo aquello, de un azulito muy tenue. Si yo siempre he dicho que tengo algo de poeta, y si no hubiera sido por lo peligroso de aquella misión, de buena gana me quedo a tomar fotos, aunque no puedan dar ni una pálida semejanza de la grandiosidad de ese espectáculo.

La poca gravedad nos permitía movernos con mucha rapidez. Lobelto era más ligero que yo y naturalmente se me

adelantaba. Él también parecía apantallado por aquello. De cuando en cuando nos deteníamos, acechantes, para abrir la radio y escuchar atentamente... nada excepto crujidos y el silencio frío de las estrellas en el cielo negro. Era muy probable que se acercaran patrullas en un momento dado; en tal caso deberíamos tirarnos de barriga y esperar inmóviles hasta que se alejaran. Ellos tienen aparatos que son capaces de detectar el menor movimiento en miles de kilómetros a la redonda. Para confundirnos con el terreno, teníamos escafandras mimetizables y equipos de supervivencia con duración de veinticuatro horas, para el caso de tener que esperar escondidos; además no llevábamos ninguna clase de identificación y nos habíamos embadurnado la cara con grasa negra. En el caso de ser capturados, cosa difícilísima, no obtendrían de nosotros más que datos de nacionalidad, nombre y rango... Y por si las recochinas, llevábamos una cápsula de cianuro en una muela ahuecada para tal efecto. No había pierde.

Habíamos caminado casi cuatro horas cuando empezamos a vislumbrar la zona de penumbra que anticipa el lado nocturno de Ganímedes: la base de marras estaba en el lado “noche” del satélite. Apretamos el paso y redoblamos las precauciones. Una hora más y estaríamos en nuestro destino.

De pronto:

¡HIIIISSSSSS!

El zumbido me taladró los oídos. Lobelto, al sentirlo, echó a correr hacia un promontorio rocoso situado a unos cincuenta metros de nuestra derecha. Le seguí trabajosamente, pero lo más rápido que pude, mientras de reojo alcanzaba a ver, todavía lejos, las luces parpadeantes de las patrullas surcar el cielo en todas direcciones. “Ora sí —pensé—, si no fuera por esta lomita nos achicharraban”; y me reagué lo más que pude al suelo,

con la esperanza de que el radar nos confundiera con las irregularidades del terreno que nos proporcionaban temporal refugio.

Nos embarramos materialmente a las piedras heladas. El frío nos traspasaba de una manera que daba miedo, a pesar del plastinio que llevábamos pegado a la piel como material aislante para evitar ser localizados por detectores caloríferos. Nuestro calorcito personal podría delatarnos, pero estábamos como paletas, en parte por el susto y en parte por la temperatura ambiente. Palabra que nunca he sentido un frío tan desgraciadísimo.

Muy arriba, las patrullas de los US recorrían el cielo sistemáticamente, como sólo ellos saben hacerlo, barriendo el terreno palmo a palmo con sus haces de radar.

Se acercaban. Hijo, si nos quedábamos quietecitos teníamos el chance de pasar desapercibidos, era cuestión de suerte... Pero a lo mejor tenían gráficas detalladas de la orografía de la religión, y sus aparatos pueden delatar el espesor de un alfiler que no esté previamente señalado en sus mapas. Solamente nos quedaba esperar que no fuesen demasiado meticulosos. Estábamos sudando a pesar del frío. Vimos cómo seguían su sistema, cuidadosamente preestablecido: volando en círculos, cada una de las navecitas cubría un área determinada, sin dejar nada fuera de control. Pasaron sobre nosotros y contuvimos la respiración durante larguísimos instantes. Eran siete patrullas, volando como a cien metros de altura. Podíamos escuchar el ronroneo de sus motores. Me sorprendí de tener la boca seca como papel, pero por fortuna nuestros planes eran demasiado perfectos como para fracasar.

Lentamente se alejaron. Vi el dial luminoso de mi reloj: diez minutos había durado la angustia. Aflojé el cuerpo y me dejé deslizar desde las rocas hasta el suelo; vi que el pelón hacía lo mismo, dejándose caer cuan largo era. Oprimí el botón

debajo del codo izquierdo y un chorro de agua refrescante me llenó la boca. Ahora sí, todo marchaba a las mil maravillas, viento en popa. Cerramos la radio y descansamos durante un minuto antes de reemprender la marcha. Tendríamos que ir más rápidamente para evitar que la otra ronda de patrullas nos sorprendiera. Después, llegaríamos hasta las alambradas, cortándolas con nuestras pinzas aislantes; entraríamos en terrenos de la base, acercándonos a las edificaciones y tomando las fotos y las notas mentales; memorizaríamos hasta el máximo los detalles y regresaríamos sigilosamente por el mismo camino.

Todavía antes de levantarnos checamos por última vez los cuatro cargadores de nuestras gigantescas pistolas de láser, capaces de pulverizar a un elefante en una milésima de segundo y con una descarga mínima. En caso de refriega, venderíamos muy caros nuestros pellejos y nos llevaríamos por delante a unos cuantos, dejando tras de nosotros una estela de cadáveres carbonizados.

Hice señas a Lobelto para que me siguiera. Ya me estaba quedando entumido por el frío, y tendríamos que correr para entrar en calor. Salimos de nuestro refugio, tomando infinitas precauciones. No se oía nada fuera del leve crujido de nuestras botas contra el hielo. Comenzamos a movernos cuando

—HOLD ON!

Una luz intensísima me cegó momentáneamente. La voz había salido estridente, de un altavoz invisible para nosotros. Después de reponerme de la sorpresa, traté de echar a correr, pero otra luz se encendió por la retaguardia, y después otra, y otra, hasta vernos rodeados.

—Stop, mexican! Stop or I'll shoot!

Todo fue demasiado rápido. Tanto, que los detalles se me escapan. Todo lo que recuerdo era que estábamos copados,

rodeados por los güeros. Había como cincuenta, cada uno con su metralleta apuntándonos. Estaba aturdido, mareado. Volteé a ver al marciano, pero ya estaba inmovilizado por unas bandas brillantes que le rodeaban el cuerpo, y custodiado por dos hombres. ¿De dónde habían salido, con todo y el vehículo-oruga que estaba hasta con el motor en marcha? Sepa. El caso es que nos agarraron como a corderitos.

—¡Esto es un atropello, una hijez! ¡No saben con quién están hablando! —grité, debatiéndome entre aquellos anillos metálicos que acababan de caerme encima, por todas partes, y que apretaban más y más a cada movimiento. Con muchos trabajos pudieron meterme en el vehículo, ya que yo no me dejaba. Y, sobre todo, no dejé de hablar. Vaya si me oyeron la boca—. ¡Suéltenme, hijos de su pinche madre! ¡No me jalen! ¡Yo voy solito! —y le grité al que parecía ser el jefe—: ¡Y a ti, puto soldadito, vas a ver lo que te va a pasar, desgraciado...!

Y luego la voz del altoparlante, que debía estar detrás de las luces:

—This is restricted area, restricted area! Do not try to resist, do not try to resist...!

—¡Desgraciados montoneros! ¡Así serán buenos! ¡A ver, uno por uno! ¡Uno por uno me la persignan!

Luego sentí un pinchazo y todo se me borró.

Ulises del Espacio abraza a Penélope Leticia (Leticiooota). Ulises Héroe, Ulises de Chihuahua, Ulises el Magician, Ulises de Itaca DF, Ulises Rey de las Estrellas Enanas, Ulises Rey de las Supernovas, Ulises Homérico de los Confines Estelares, Ulises Talámico de las

Manos Tibias, Ulises Puro, Ulises de Honeymoon, Ulises Flamígero en las Venganzas de tu Raza y de tu Estirpe de Varones Broncíneos, Ulises que Alimentas los Volcanes: Gracias, ¡oh, Héroe del Espacio, Conquistador del Universo!: tu Penélope ha esperado tejiendo largas y delgadas telas de filamentos dorados durante el tiempo de espera mirando los satélites de Júpiter, desde donde tú nos miras, ¡oh, Salvador de la Patria, Salvador de las Tradiciones Olvidadas! Gracias a nombre de los pueblos mayas y toltecas y aztecas y matlatzincas. Gracias, Ulises Xochipilli. Tu alma será siempre loada en todos los confines. La Galaxia te recibe, ¡oh, Libérrimo entre los Libres, Azote de los Opresores...! Aquí te desposamos en este lecho de muelle pluma, a la luz de los satélites. Te desposamos con esta maravillosa criatura de los ojos de estrella, que han adquirido luz esperándote al resplandor de nuestra Luna. Te entregamos esta dulce alma que ha soñado cada noche en el encuentro con la aurora más allá de Urano, más allá del Sistema donde juntos cabalgarán indómitos sobre corceles blancos de acero y titanio y plexiglás. El Olimpo Infinito te recibe, ¡oh, Caudillo Indómito e Invencible!, Líder de la Mano Sabia, Guía de Nuestros Hijos, Espejo de Grandeza... Levanta la Cabeza... levanta la cabeza... levanta la cabeza... levanta la cabe...

—¡Le digo que levante la cabeza, estúpido, o se va a ahogar!

—¿...?...

—¡Vamos, despierte!

—¿...?...

—¡Beba esto, ande!

La imagen comenzaba a aclararse: el rostro del capitán emergía de una nube rosada y sobre su oreja derecha estaba un angelito leyendo poemas debajo de un árbol muy verde y tan alto que sobrepasaba el techo del palacio. Con mucho trabajo pude hablar:

—Abráceme...

—¡Pero está loco! ¡Se está haciendo el loco!

La cara del capitán era verdaderamente muy simpática y se veía muy bien con esa diadema de flores. Se le hacían hoyuelos en las mejillas y el angelito se los llenaba con miel, que después le libaban unas chuparrosas suavemente. Pero no podía verlo todo entero porque estaba sumergido hasta el pecho en un mar de leche tibia y su cuerpo gordito se bamboleaba graciosamente al compás de la música que inundaba todo el ambiente... ¿música?... ¿ángeles?

—Pero, Nope, ¿qué barbaridades está diciendo?

¿Nope...? Recordé todo de un golpe. ¡Lobelto! ¡Los güeros desgraciados! ¡El piquete!

Quise moverme, pero me lo impidió un dolor de los mil demonios en las muñecas y tobillos... “las ataduras”. Bueno, hasta la boca me dolía, a pesar del sabor dulzón.

—¡Desgraciados, nos agarraron a la mala!

Era cierto. Los detalles que lograba recordar me decían que no nos habían dejado ni meter las manos. ¡Qué gachos! No nos dieron chance de nada. ¿Pero a ciencia cierta, qué había pasado? Según la expresión del jefe no era nada agradable. A lo mejor ya íbamos camino a la Tierra para ser convertidos en reos de la Ley Negra...

—Ay, jefecito...

—Ya ni se queje —dijo, como con mucho coraje, un poco con lástima—. Dese de santos que los trajeron vivos.

—¿El marciano?
—Todavía inconsciente.
—Jefe...
—¿Sí?
—¿L...la Ley Negra?
—¡Jajajajaja!

Me cayó muy gordo que se riera así porque yo sí estaba asustado. A poco nomás porque uno es grande y porque es espaciero ya no va a tener miedo. Yo le sacaba a la Ley Negra, y a él tan en gracia que le caía. A lo mejor ya estaba pensando echarme la culpa del fracaso y lavarse las manos. ¡No!

—No se burle —pude decirle con timidez.

Se puso serio. Dijo secamente:

—¿Qué pasó?

No supe qué decir. Se suponía que él ya lo sabía todo, ¿no? Que ya tendría un reporte completo donde constaran los errores.

—¡Hable!

—Pero, capitán... ¿de veras *no* sabe nada?

—No. Nada fuera de lo que me dijeron sus captores cuando lo trajeron.

—¿Nada de nada?

—¡Vaya cinismo! ¿No le da vergüenza? —se levantó y fue hasta su mesa, de donde sacó una copa y la llenó de tequila, me la dio y di un traguito que me hizo sentir mucho mejor.

—¿Vergüenza, por qué, jefe?

—¡Nos puso en evidencia a todos los mejicanos! ¿Le parece poco?

—Fue superioridad numérica, capitán —me enderecé un poco.

—¡Qué superioridad ni qué mis calzones! ¡Los trajeron aquí cargando! ¡Y usted hablaba como un verdadero idiota, desembuchando todo! Por fortuna éstos no entienden ni jota de español —se agarró con fuerza al respaldo de su silla, como para aguantarse las ganas de pegarme.

Yo estaba avergonzado. Haber estado preparando todo con tanta calma y minuciosidad, para salir con mi domingo siete, ¡carajo!

Él me siguió regañando:

—Pero eso no es lo peor, ¡nuestra dignidad nacional ha sufrido un revés que nos va a convertir en el hazmerreir de toda la Galaxia! ¡Esos tipos ni siquiera se tomaron la molestia de interrogarlos, fíjese bien en eso! Y el colmo: a mí *tampoco* me preguntaron nada, a pesar de ser el jefe de la expedición. ¡Pero qué falta de respeto! ¡Abominable! Se limitaron a decirme: “Ahí le deixamos a esos dous de su trripulacioun, cuidei quei nou sei lei vueilvan a peirdeir”... ¡bah!

Eso sí que era insultativo. “¡Que nos habíamos perdido!” Completamente imposible que ellos mismos pensarán semejante posibilidad; de plano que nos estaban viendo la cara. Esto era una ofensa, y de las grandes. Tantos planes que ya debían tener en la Patria, para que en un dos por tres un par de tarados lo echaran todo a perder. Seguro que de ésta no salíamos vivos. Ya no había remedio, ya ni siquiera podía pensarse en reparar el honor...

y recuerden que valen por dos cosas,
en primer lugar porque son hombres
y en segundo, porque son mejicanos...

¡Qué claramente llegaban ahora las palabras del director del Comando Aéreo cuando nos entregaron las insignias!

La Patria siempre necesitará de hijos
que estén dispuestos a ofrendarlo todo,
hasta la vida misma, en aras de la integridad nacional...

—No masculle tanto, Nope, y cuénteme exactamente lo que sucedió.

—Oiga, jefe, ¿y si intentamos algo para salvar el honor? De todos modos ya nos cargó patas.

—¡Cállese! No quiero oír sandeces.

—No, capi. Pérese —traté de incorporarme un poco, animado, pero la cabeza me bailoteó—, espérese tantito.

—¿Qué se trae entre manos? —dijo, comenzando a interesarse.

—¡Se me acaba de ocurrir algo que puede salvarnos a todos, una idea genial!

Me miró fijamente durante unos segundos, como dudando en tirarme a loco o no. De seguro estaba calibrando todas las posibilidades. El viejo era muy listo.

—Bueno... ¡Más se perdió en Roma! —dijo, y se sentó a escucharme.

Siete

La flota habría de llegar tres días después. Entonces todo iba a ser actividad, ya que el trabajo era a marchas forzadas. Las torres de radio deberían quedar completamente instaladas en un término máximo de doce horas. Los domos con todas sus instalaciones subterráneas estaban casi montados. Se trabajaba duro, aunque a los hombres no les pareciera nada bien. Caramba, si así trabajáramos siempre, la de progresos que haríamos.

Se estaba echando mano de todo, hasta de los materiales que llevábamos nomás para ser usados en caso de “encontrar indicios de algo que valiera la pena”. Desde luego que era muy aventado el arriesgarse de ese modo, pero así era el plan y ya ni modo de echarse para atrás. A indicación mía se radió a Centroméjico un mensaje cifrado: “GUNSMOKE *necesita muletas*”. Los de Palacio replicaron inmediatamente pidiendo más detalles, pero se les respondió terminantemente que no podíamos arriesgar tal tipo de información por los canales convencionales, que de seguro estaban interceptados. Al día siguiente de haberse mandado el recadito todo era excitación en nuestra base. Les íbamos a demostrar a los de la flota (que se dejó venir inmediatamente desde Marte) que podíamos desarrollar el trabajo de pantalla en un santiamén. ¡Qué tres meses ni qué ojo de hacha! En *dos* meses les íbamos a tener hecha su porquería de trabajo de exploración del Sector C-49. A ver después con qué embajada nos salían. Por otro lado, el ruido que se iba a

hacer con la famosa operación Gunsmoke. Pero todo a su debido tiempo. Calmantes Montes.

Gus y yo montábamos las torres de radio. Me había decidido a ayudar en los trabajos de superficie y éste era de los más livianos, porque los que estaban armando los domos se la rifaban a cada rato y tenían que trabajar diez horas diarias cargando las unidades Lyndon. No, a mí no me metían a los subterráneos. Dije al jefe que me asignara con Gus a armar torres, que después de todo es como jugar con un mecano grandote. También le dije que “quería colaborar con la tripulación para el logro de otro jalón en la carrera exploracionista y colonizadora”. ¡Jaja! Eso sí que estaba bueno. Nada menos que yo, preocupándome por llevar a cabo los postulados del Partido. Eso sí era peligroso: si comenzaba a hacer lo que el Partido indicaba, era hombre al agua y al rato pediría que me integraran a las infanterías de las Brigadas Juveniles de Admiración Controlada (hordas fascistas que defienden las esencias de la patria). No, a otro perro con ese hueso; preferiría irme a Calixto de guardia simbólico. Le dije al capi esa sarta de tonterías porque quise que creyera que yo era ya un convencido.

Pero eran muy vaciados esos de la Admiración Controlada. Generalmente comenzaban su adiestramiento cuando todavía eran chiquitos y crecían en la ciega creencia de que todo lo que decía el Partido era la verdad absoluta. Después de años de observación, los más fanáticos eran automáticamente alistados en el cuerpo de los temibles Guardias Meshicas que, como todos saben, son una mezcla de gestapo con santa inquisición y policía

judicial (todas de antaño). Todo lo que sucede en el país lo saben inmediatamente los de la Guardia, todo. No puede haber nada que pase desapercibido para ellos, hasta los más ínfimos detalles están bajo su control. La única ventaja es que a veces se pelean por razones políticas con los del Ministerio del Interior y entonces del relajo no sale nada que perjudique a nadie.

Yo tenía la esperanza de que ningún Meshica anduviera metiendo las narices en nuestro proyecto (viéndolo bien, cualquiera de la tripulación podía ser uno de ellos). De ser así, ya estarían enterados del fracaso... y si eso era, el capi y yo íbamos a amanecer cualquier día con un agujero en la barriga.

—¡Agárrale bien aquí! —me gritó Gus. Las bocinitas de mi escafandra rezumbaron.

—¿Eh? ¿Dónde?

—Andas en la Luna, compita. Desde hace rato te estoy mirando y nomás mueves la boca a lo loco y te me quedas viendo y no ves nada.

—Oye, Gus —dejé de sostener la barra de metal, que cayó lenta y pesadamente—. ¿Tú crees que entre nosotros ande colado alguno de la Meshica?

Abrió los ojos como si estuviera viendo visiones.

—¡Cállate! Eso no se pregunta.

Tenía razón. Además el estado de nervios ya me estaba haciendo ver visiones. Era verdaderamente imposible que los Guardias supieran lo que en realidad hacíamos. Seguimos trabajando en silencio y terminamos de armar las torres hasta muy tarde. Estaba tan descontrolado que ya ni sabía lo que estaba haciendo; mis movimientos eran de autómatas. Pero si el plan que le había expuesto al capitán daba resultado, los que vinieran en la flota a meter las narices iban a creer que Gunsmoke era ya pan comido.

Y tres días pasaron y nada que llegaba la famosa flota. Todo el trabajo estaba terminado y nos aburríamos de lo lindo. La tripulación era la de ganar, ya que se la pasaba todo el día jugando baraja y limpiando y relimpiando todos los adornos de la “nao”. El segundo oficial (Blázquez) tuvo tiempo suficiente como para descolgar y lavar la cortinita que adornaba el parabrisas de la cabina de mando, de volver a amarrar el zapatito de su primogénito a una de las palancas y de retocar las letras novogóticas del letrerito que estaba sobre el tablero principal de mando, con el nombre de la esposa del capitán: Chabela.

Mientras tanto, los alojamientos recién construidos permanecían esperándonos, vacíos, porque primero deberían ser inaugurados formalmente por uno de los meros meros de las fuerzas, que por cierto venía con la flota, en la nave insignia. Y de veras que estábamos esperando algo que no llegaba: La Flota Mejicana.

La tribunita que habíamos instalado afuera de la nave también estaba lista, con su mesa y sus sillas y sus banderitas. Los de la cocina ya habían hecho el ponche desde hacía doce horas y todos estábamos ya bañaditos.

El capitán no hacía sino pasearse de un lado a otro checando todo. Repasaba mentalmente todos los detalles de nuestro plan. Y si el almirante se lo creía, estábamos salvados. Todo era cuestión de esperar. Yo estaba muy aburrido de no hacer nada y preferí irme a ver Júpiter desde la claraboya del navegante. Cada vez me gustaba más ese planeta, y miren que a casi nadie le gusta mirarlo de tan cerca porque impone. A mí sí, y mucho. Sobre todo, ver cómo se mueven sus franjotas a una velocidad del diablo; ya casi envidiaba a los primeros hombres que llegaran a su superficie. En esos momentos, recordaba el poema

que le escribí a Júpiter, el que me publicó la revista literaria *Estrella Marinera*:

Desde nuestras débiles barcas
siempre te vemos
acechante,
esperante;
y todos queremos verte más de cerca
y sacar nuestras talegas llenas
de semillas,
y sembrarte...
y sembrarte.

Luisantonio (que era el que más sabía de literatura) siempre me andaba diciendo que tuviera cuidado con escribir más poemitas por el estilo, porque dice que me voy a volver loco. Dice también que tengo un “complejo fálico frustrado” porque quiero desperdiciar semillas en tierra estéril, y una bola de cosas más de las que ya no me acuerdo.

“¡Todos a sus puestos de protocolo!”, empezó a vomitar el alto-parlante. Al fin, esa ruptura del silencio significaba que la flota debería estar acercándose. Efectivamente, después escuchamos otro “¡Todos a los puestos de protocolo!”. “¡La Flota Nacional se aproxima y equipará órbitas en cuatro minutos! Repitiendo: ¡Todos a sus puestos de protocolo!”.

Todos iban y venían rápidamente de un lado a otro vistiendo los uniformes de gala. A mí me correspondería ocupar

el puesto detrás del capitán en el momento del recibimiento y de la ceremonia. Después, me mezclaría con la raza. Era muy emocionante el momento. Todos estuvimos listos en menos que canta un gallo y pudimos ver en las pantallas las maniobras de aterrizaje, a menos de cien metros de nuestra nave. Qué bonito es ver una nave bien maniobrada. Pero así ni chiste tenía, porque todos esos aterrizajes de protocolo los ensayaban hasta el cansancio. La nave insignia encabezaba majestuosamente la formación. Era un navío chulísimo, esbelto y plateado, que desafiaba la escasa gravedad accionando sus chorros de freno, intermitentemente. Sobre la cola-timón se ostentaba glorioso el gran escudo del águila y la serpiente, flaqueado por las seis estrellas centroamericanas. Qué orgullo hubiera sido servir en la nave insignia, la Tenochtitlán. Después de ella, aterrizaron las demás en perfecto orden jerárquico: la Baja California, la Isla Tiburón, la Zihuatanejo, la Potrero del Llano, la Encarnación, la Relámpago Azteca y, por último, la Mazatlán... Toda la flota espacial de Centroméjico.

—Abnegados hijos del Anáhuac —comenzó diciendo el almirante en su discurso—: encuéntrome hoy aquí, entre hermanos de raza, después de haber surcado el infinito. Me encuentro a miles y miles de kilómetros de la lejana Tierra para, en nombre del pueblo y gobierno de Centroméjico, rendir mi más modesta pleitesía a este grupo de hombres heroicos que lo han dejado todo para hacer posible que nuestra madre se enriquezca con otro pedacito más de tierra, en esta ocasión perteneciente a este helado confín del Universo...

De buena gana hubiera cerrado mi radio, pero todos lo habrían notado, máxime que yo estaba en el estrado, a muy poca distancia de la tribuna. Los hombres parecían escuchar muy respetuosamente, sentados sobre hileras de cajas, codeándose discretamente de vez en cuando.

—...y la causa de la libertad entre los hombres resplandecerá dentro de cada uno de ustedes. Y sepan que los envidio (¿sí?) cada vez que pienso en sus acciones, porque cada vez que ustedes clavan el zapapico o el arado en la superficie de otro planeta, lo hacen apoyados por todos nosotros, los que en Tierra sufrimos por ustedes. Les pediré una cosa: que cada vez que respiren el aire comprimido de sus escafandras, recuerden la causa por la que lo hacen, recuerden que la Patria espera de cada uno de sus hijos el máximo sacrificio. Hombres: dense valor recordando a la madre o a la noviecita, y ¿por qué no? a la abnegada esposa. Que cada vez que duerman lo hagan pensando en casa. En fin, que sepan que la Tierra siempre les está brindando, desde más allá de la pálida Selene, su recuerdo. Y que ahora y siempre... ¡el Universo es patrimonio humano, y que todo lo que nuestras humanas fuerzas den será para conseguir y defender un espacio libre!

Clap clap clap clap clap se veía el movimiento de todas las manos enguantadas. Un aplauso silencioso. El capitán se levantó y dio un gran abrazo de felicitación al almirante Robles, quien muy agradecido sonrió a diestra y siniestra, saludando con la mano en alto.

Y miren qué cosa, la ceremonia de inauguración resultó todo un éxito social. La tripulación del Zaragoza obsequió al almirante unas espuelas de titanio, se tocó el himno y se procedió a cortar el simbólico listón que cerraba el paso a las instalaciones subterráneas. Se sirvieron galletas y sidra y el ponche, en un

ágape que se prolongó hasta altas horas de la noche, en medio de la animación, jovialidad y algarabía que caracterizan a todos los integrantes de las fuerzas espaciales mejicanas.

Todos agarramos la borrachera. Comenzamos a cantar la canción mixteca en cuanto el almirante se fue a conferenciar con el capitán. Yo de purititos nervios seguí tomando, no quería pensar en lo que pasaría si el mero jefe no se tragaba la historia que le habíamos cocinado. Lo bueno era que él también se había echado sus traguitos y eso ayudaba cantidad. Pero el capitán era hombre listo y sabría cómo presentar las cosas de manera más conveniente. Ya me podía imaginar lo que estaba diciendo: “Mire, señor, la peligrosa misión de espionaje resultó exitosa. Capturamos, el teniente Nope y yo... (¿quién? Nope, un bravo soldado), durante una suicida misión de comandos, a uno de los marcianos que colaboran más estrechamente con los yanquis. Todo lo que nos resta hacer es entregarlo sano y salvo a usted para que, al llegar a la Tierra, sea interrogado. Es un tipo muy terco y aquí no ha querido soltar prenda, pero allá saben cómo ablandarlos. Él les dirá todo lo que hay que saber acerca de tanto misterio..., él está perfectamente enterado, se lo aseguro...”.

—¡Pero no! ¡Pobrecito de Lobelto, él no sabe nada, no! ¡Que no se vaya a morir!

—¿Y ora, tú? —preguntó Gus, que estaba cerca de mí, dejando a un lado su vaso y mirándome muy raro.

—Solito se va a morir.

Me agarró del cuello y me jaló hasta un rincón. Los demás estaban ya tan burros que no se daban cuenta de nada.

—A ver, dime, ¿qué tanto estás diciendo del marciano?
—¡Pobrecito! ¡Ay, no sabe lo que le espera! —continué, arrastrando la lengua— Nos... nos lo vamos a enfriar... ¿no entiendes?
—Ahí sí que no l'entro —dijo muy serio—. ¡No l'entro!
—Sí, tienes que ayudarme. Hoy, hoy hay que dinamitar ahí donde lo tenemos encerrado... hic, sólo así nos salvamos de la quema...
Me dio dos bofetadas y me dejó sentado en el suelo, sintiéndome muy miserable.

Ocho

Se ve cada cosa en esta vida. Y se puede decir que son muy pocas las que pueden sorprender verdaderamente a un espaciero como yo, a pesar de tener en mi haber solamente ciento ocho mil horas de vuelo —incluido el entrenamiento—. Pero hay circunstancias que de verdad colman la medida. Uno siempre cree que nunca se va a desconfiar de nadie, sobre todo en esta profesión, donde dicen que todos los hombres son iguales y donde se supone que hemos de mantenernos unidos. En parte es cierto, pero no creo que en la realidad se vean estas cosas como la mutua comprensión y cooperación. Yo de plano no lo creo. He visto demasiadas cosas y que le vayan a otro novato con el cuento de la “hermandad del espacio” y del “trabajo creador para la humanidad”. A veces ni fe tengo en lo que hacemos los humanos. ¿Ultimadamente para qué? ¿Para que dentro de cincuenta años haya otra guerra —que ya andan profetizando, entre amarillos y blancos— por el domino del Sistema Solar? ¿Y para que después los ganadores, como ya sucedió una vez, se adueñen de lo mejor de los planetas vecinos y esclavicen a sus habitantes con el pretexto de “incorporarlos a la civilización”? ¿O para que al correr de otros cien o doscientos años, cuando ya se prepare el gran salto hacia las estrellas, suceda nuevamente lo mismo?

No. No creo que valga la pena seguir en este círculo vicioso. Claro que nosotros no vemos las cosas con el apasionamiento de

los rusos y los gringos, es imposible; casi siempre recibimos de refilón las ventajas y desventajas de uno y otro. Y si siempre hemos estado en medio, no veo por qué vamos a dejar de estarlo; bueno, al menos que las cosas se volteen al revés, cosa que los dos bandos se empeñan en evitar a como dé lugar.

Los científicos están haciendo constantemente nuevos descubrimientos en el campo de la espacionáutica, y en verdad creo que dentro de poco las naves verdaderamente hiperaccionadas serán una realidad, quiero decir, que serán vehículos completamente seguros en cuanto a la eficacia de su funcionamiento. Y miren que si antes me quejaba de los cacharros que tenemos en Centroméjico, lo hacía nomás fijándome en las apariencias, lo reconozco. Valen —en seguridad— mil veces más nuestras navecitas viejas y destartaladas que esos potentísimos navíos de los güeros. Ellos son muy aventados, eso sí ni quien lo niegue, pero *todavía* están en su fase experimental. ¿Eso no se lo sabían, verdad? Pues casi ningún civil lo sabe. Se cree que ya están perfeccionados, pues nomás no. Y bien que se mantiene en secreto lo de las tripulaciones que se les han perdido en ese afán maldito por adelantarse siempre en todo para llegar primero a algún pedazo de roca que no valga ni un peso en desecho atómico. Y esto lo digo porque yo he estado *allá arriba* y sé lo que es en realidad un pedrusco como Calixto o Io, donde no hay absolutamente nada que valga la pena, excepto como estaciones militares o como futuras estaciones radio-emisoras de enlace, cuando se comience a volar más allá.

Y siguen con la necedad de llegar cada vez más lejos y cada vez en condiciones de seguridad más precarias. Esto lo sé de buena fuente porque tengo un amigo que vive en Los Ángeles y por varios años estuvo en la Flota de los Cheyennes (orgullo norteamericano), y le tocó presenciar el advenimiento

de las naves hiperaccionadas. Se supone que mucho de lo que él me dijo era supersecreto, pero ya saben el efecto que hace conversar con un cuate después de cuatro meses de confinamiento espacial. Él me dijo que al principio pedían voluntarios para experimentos en trineos de alta velocidad, para probar combustibles, pero poco a poco se fueron dando cuenta de que en realidad eran naves de tipo experimental que iban y venían a la Luna en nada menos que catorce minutos. Y no tenían nada de particular las naves en sí, pero el combustible que experimentaban era de un tipo completamente nuevo, capaz de liberar una inmensa cantidad de energía en una fracción de segundo, la que siendo debidamente canalizada movía un objeto en dirección determinada, eliminando por completo las toberas y los chorros de las naves convencionales. La virtud principal del megalocón (el combustible) es que acelera todas las moléculas del navío, incluyendo las de los tripulantes y la carga, evitando de este modo el peligro del famoso Límite del Puré (porque en esto se convertían todos los espacionautas al llegar, en ciertas naves desbocadas, a un límite de velocidad) que tanto asustaba a los tripulantes de las naves de propulsión a escape, como las nuestras. Pero ahora sé que el peligro de los navíos a base de megalocón consiste en que hasta la fecha nadie se ha preocupado en diseñar y construir una nave especial para ese combustible. Así que ya pueden imaginarse la serie de despanzurrados que hay a cada rato. El combustible nuevo es capaz de acelerar un vehículo hasta los ochenta mil kilómetros/segundo, *pero* cuando no se calcula exactísimamente, la nave se sigue de filo y cuando la quieren parar es que ya se les agotó el combustible o fueron a parar en medio del campo gravitatorio de los asteroides (cuando en realidad querían ir nomás a la Luna), o que se pierdan en el infinito cuando deseaban ir

a Marte, o que se vayan de cuernos al Sol cuando trataban de aterrizar en Venus.

Por eso me da coraje que seamos así. A nadie le interesa ya un comino la vida humana. Claro, como somos tantos, uno más uno menos no importa. Además, ¿quién quiere gastar los millones que se requieren para la proyección de estas nuevas naves? Nomás nadie, prefieren seguir “adaptando” los viejos cascos a los nuevos motores (como todas las espacionaves parten desde el espacio exterior, sin tocar para nada la atmósfera, es fácil hacerlo) de megalocón, aunque se les pierdan cuatro de cada diez tripulaciones. Y luego tampoco se puede confiar ciegamente en los cálculos de las computadoras, porque carecen de información estrictamente necesaria, claro, ya que nada se ha investigado sobre las velocidades sublumínicas ni sobre los campos de fuerza ni sobre los márgenes de error con el uso del megalocón.

Todo comenzó cuando Gus me dejó noqueado después de la fiesta de inauguración que tuvimos en Ganímedes. Comprendí con esos golpes que lo que iba a hacer era la mayor cochina del mundo y que mi plan era la cosa más rastrera posible. Muchas veces yo había juzgado a Gus como anticuado y moji-gato, pero la mera verdad era que gracias a él pude reaccionar a tiempo. La culpa no era mía por completo, todos tuvieron una poquita, porque si el capitán hubiese procedido correctamente, él solito hubiera llevado a cabo la operación Gunsmoke y no se habría dejado impresionar por lo que yo le dije. Y si hubiera sido derecho no hubiera aceptado la idea que le propuse, pues, a decir verdad, no me dejó ni que se la explicara por segunda

vez; él se encargó de atar los cabos sueltos y de pulir los detalles. Y lo que más coraje me da es que la idea principal —matar a Lobelto— salió de mí y que cuando lo dije fue con la mayor tranquilidad del universo.

Se trataba de encerrarlo en uno de los compartimientos estancos del extremo sur de nuestra base; como tendría que tener puesta su escafandra, sería muy fácil volar toda la sección para que, cuando lo encontraran (lo que quedara de él), pudiéramos decir que, tratando de escapar, hizo dispararse uno de los mecanismos automáticos de seguridad y que se había llevado su secreto a la tumba. O bien, que los mismos güeros nos habían saboteado, matándolo para impedirle hablar. El plan parecía muy sólido y lo estuvimos repasando y repasando durante horas, hasta que todo quedó listo y no hubo más que esperar a la flota para la inauguración. Además, el propio almirante sería el testigo del sabotaje. Mientras tanto, yo mantenía al marciano a régimen de tequila, para evitarle lucidez y tenerlo eufórico y confiado. Nadie estaba enterado de esto, pues los alojamientos todavía no se ocupaban y, así, yo entraba y salía a mi antojo de los subterráneos.

Pero aquellos golpes me hicieron ver las cosas de otro modo. De veras que nada me importó en esos momentos, solamente la idea fija de salvar a Lobelto a como diera lugar. Pero, ¿cómo hacerlo? Era muy peligroso, casi imposible. Y sobre todo, ¿con qué excusa? Era ya muy tarde para inventar otra historia; el capitán no querría hacerme el juego otra vez por miedo a perder su posición de intrigante mayor y con toda seguridad para ese momento ya debía de haberle contado el plan al almirante. O sea: la primera etapa de la intriga estaba ya en plena marcha. Palabra que nunca me he sentido tan mal como entonces, en parte la cruda y en parte esos pensamientos que ya no

me dejaban. Hasta traté de dormirme, pero nomás no pude. Constantemente veía a Lobelto volando en mil cachitos y gritando que lo salvara, y me despertaba todo asustado y sudando. No, de plano que tendría que jugarme el todo por el todo: Desertar y llevármelo.

Ésa era la única solución posible.

Pero no crean que no me sentía triste y apachurrado por tener que tomar esa decisión. Claro que sí. ¿Se imaginan lo que es ver la carrera de uno truncada así de repente, nomás por un arranque de quijotismo? Es refeo, no cabe duda. Ya me veía pudriéndome para siempre en el asteroide María la Grande purgando cuarenta años por deserción; o huyendo siempre, con papeles falsos y disfrazado; o teniendo que vivir escondido para siempre en BradburyPort; o de colono en Venus. Pero la pena que sentí en ese momento por el marciano era superior a todo el miedo, ya que nunca creí que alguna vez iba a estar en mis manos la vida de alguien, y cuando así fue, de plano que no supe ver claro hasta que me hubieron enfriado la cabeza (gracias desde aquí, Gus). Humano o no, aquel tipo sentía, pensaba y quizás hasta amara a alguna de su raza; y sobre todo: *confiaba en nosotros*. No. Todo antes de dejar que se lo escabecharan.

Esperé hasta que todos estuvieran profundamente dormidos. Los efectos del ponchecito ayudaban. Me vestí apuradamente y me coloqué una de las mejores escafandras, una Morris, tan buena como para poder sobrevivir en el espacio exterior durante un mes. Tomé también tres bolsas de alimentos y la famosa piedra de don Paco. Sigilosamente me fui escurriendo hasta

el ala sur. Los pasillos estaban desiertos y en los puntos donde se suponía un centinela no había ninguno, ya que seguramente estaban durmiendo la mona. Qué bueno. Las lucecitas rojas en el techo del corredor me daban la dirección a seguir. Muchas veces había entrado ahí. Otro de seguro se perdería en los pasillos, pero yo los conocía hasta con los ojos cerrados. Sin novedad hice el recorrido hasta el compartimiento estanco sur. Por ahí mismo habría de salir, no podíamos arriesgarnos a regresar para salir por la entrada principal. Maniobré la manivela y abrí la pesada puerta. Cerré tras de mí. Ahí estaba Lobelto, profundamente dormido en la pequeña cámara, incómodo por lo largo de sus piernas. Las botellas vacías de aguardiente estaban esparcidas por el suelo. Lo primero que hice fue checar el contenido de aire en los tanques de su escafandra: casi llenos. Eso era lo principal. Lo sacudí fuertemente.

—¡Despierta, despierta!

Empezó a gruñir muy feo, no quería despertarse, de seguro todavía no se le pasaban los efectos de la última botella. Por fin abrió los ojos. Sonrió al verme y emitió su habitual serie de crujidos. ¡Si al menos hubiera traído la traductora portátil! Pero de todos modos no había venido para platicar, así que a señas le indiqué que me siguiera. Empecé por poner a funcionar el sistema respiratorio de su escafandra. No protestó. Vacié el aire del compartimiento. Un zumbidito indicó el escape al exterior del poco aire que quedaba, cuando abrí con mucho cuidado y poco a poco la puerta. Éste era el paso más peligroso, pues esa puerta no podía ser cerrada desde afuera, solamente la principal; de modo que habría que dejarla abierta. Pero peligro: si alguno estaba de guardia en la sala principal de controles notaría de inmediato la chicharra y el foquito de alarma indicando una compuerta abierta. Rogaba que no hubiera nadie, por

lo menos hasta que llegáramos a las naves. Una vez ahí, había pensado tomar la Eréndira, por ser la más pequeña y veloz y que podía ser manejada por dos hombres solamente. Ojalá que tuviera los tanques llenos, si no, adiós plan y adiós vida. Una vez estando afuera ya no podría echarme para atrás. Cualquiera que fuese sorprendido así, y además con el marciano, ya tendría para divertirse contando los ladrillos del penal para el resto de sus días.

A gatas salimos a la superficie. Era ya la segunda vez que el marciano y yo estábamos en situación semejante. Estoy seguro de que él me seguía por pura imitación; no desconfiaba ni hacía ningún movimiento sospechoso. Yo estaba seguro de que me seguiría aun cuando lo llevara a echarse de cabeza a un horno nuclear. Lástima que la luz nunca se atenuara (nuestra base estaba, como ya lo dije, en el lado “día” del satélite. Como siempre le pone la misma cara a Jupi, éste siempre está con su luz de lleno). Esperaba que tampoco cerca de las naves estuviera nadie de guardia, pero cuando nos acercamos a los hangares pudimos distinguir claramente a un centinela haciendo su ronda. “¡Ching! —pensé—, seguro es uno de esos cadetes celosos de su deber”. Tenía que actuar muy rápidamente, no había más de una hora antes de que los demás despertasen; además, alguno podía darse cuenta de la compuerta abierta, por la alarma. “Actuar con rapidez y seguridad”. Se me ocurrió algo muy arriesgado, pero lo único posible de llevarse a cabo, y todo debería hacerse con una precisión de fracción de segundo. Sólo me restaba esperar a que el marciano me comprendiera perfectamente bien. No había lugar para errores.

Me enderecé y caminé con toda seguridad hasta los hangares. En ese momento el centinela estaba dándome la espalda, y para prevenirlo, abrí mi radio en canal común y tosí

discretamente. Se volvió rapidísimamente, apuntándome de inmediato con su rifle.

—¡Quién vive!

—Raúl Nope, teniente, oficial del Zaragoza —grité, pero por las dudas, levanté las manos.

No podía ver sus facciones, a lo mejor se trataba de alguno de mis compañeros de nave y en ese caso todo iba a ser más difícil. Bajó el rifle y respiré desahogado. “Ahora viene lo peor”, me dije, “buzo, Nope, buzo”. Me acerqué despacio para no despertar sospechas. Bueno, no me había equivocado, era uno de los novatitos de la nave insignia.

—Teniente, ¿qué hace usted afuera a esta hora? —dijo señalando su reloj de pulso, muy autosuficiente el condenado.

—Le llaman urgentemente de la Tierra... —dije muy serio.

—¿De... la Tierra? ¿A mí?

—¿A quién más? —sonreí para darle confianza—. Ande, vaya, yo le relevo.

Estaba tan contento que me dio su arma sin pensarlo dos veces. Ése fue el quiebre, porque con la velocidad que me caracteriza, le apunté inmediatamente al centro del pecho.

—¡Un solo movimiento y te quedas más frío que Neptuno!

Se quedó de una pieza, incrédulo. Me miró con chicos ojos, seguramente creyendo que iba a matarlo, pero lo tranquilicé:

—Mira, muchacho... somos espías.

Lo dije para crear mayor confusión (y todavía de bruto, para no meter al capi en un lío). Hice señas a Lobelto, que salió corriendo de atrás de una barraca y llegó junto a mí en un santiamén. Por ademanes le hice entender que inmovilizara al guardia, cosa que hizo muy diestramente por cierto. Lo dejamos acostado en un rincón del hangar principal y corrimos hasta la Eréndira.

Por suerte no estaba cerrada con llave ni sus instrumentos habían sido purgados de datos, lo que nos permitió corroborar las coordenadas hasta Marte. Chequé rápidamente los controles y revisé cuidadosamente la computadora de a bordo. Por fortuna solamente tendría que hacer manualmente las maniobras de despegue; después, los controles automáticos se encargarían de todo. Los tanques estaban a tres cuartos, suficiente como para alcanzar el planeta rojo. Lobelto estaba que saltaba de gusto después de darse cuenta al observar la ruta de que íbamos a su planeta natal. Después desapareció tras la mampara que separa la cabina de mando del compartimiento de mapas y reapareció al rato con una traductora portátil. No se aguantaba las ganas de platicar:

—Zrrattrastrastras: ¿A dónde me llevas, terrícola loco?

Él sabía a dónde, pero, cosa extraña en un marciano, me interrogaba directamente, sin los rodeos de costumbre en sus congéneres.

—A tu casa, flaco —dije cariñosamente. Ya me empezaba a caer bien el cuate ése.

Sonrió ampliamente y se sentó en uno de los sillones de mando. Sentí miedo de que empezara a meter mano en los controles, pero se limitó a observar respetuosamente las maniobras que yo ejecutaba. Me sentía como un verdadero idiota. Solamente había visto una que otra vez cómo maniobraban los pilotos en las maniobras de despegue. A mi derecha estaba el súich que conectaba la corriente; debajo, el cloch, para meter la primera de arranque y, al frente, el volante como el de todo navío aéreo. No era muy difícil, lo peliagudo estribaba en calcular exactamente la altura para agarrar una órbita que nos permitiera alcanzar la necesaria velocidad para llegar a Marte sin derroche de combustible. Todo eso yo debería

hacerlo calculando a ojo el punto preciso para romper el círculo de la órbita (a manera de honda, ser disparados al cosmos). Usualmente las máquinas calculaban exactamente el punto preciso donde los cohetes deberían ser disparados a su máximo de potencia. Pero yo, siempre adjunto a computadoras, solamente recibía una serie de cifras, con los que alimentaba a Rosita y los llevaba a la cabina de mando. Al capitán correspondía interpretarlas y dar las órdenes adecuadas a los pilotos y maniobrar los motores de tal o cual manera. Ahora debería prescindir de los cálculos y echar mano de algún sexto sentido. Lo bueno era que todavía me sentía muy sabroso por el efecto de los ponches mezclados con euforidina-3 y ni siquiera me importaba morir si se nos cebaba la cosa. Pero cuando uno se avienta las cosas salen mucho mejor, estoy seguro. Pues el despegue salió que ni pintado y los de abajo no se dieron cuenta (las paredes de los domos están muy bien aisladas). Lobelto continuaba observando mis maniobras, que modestamente hablando eran de lo mejor.

Tengo muy buena memoria y, a decir verdad, no había sido en vano el estar observando siempre cómo se las arreglaban cuando algún computador les fallaba.

A los veinte minutos del despegue llevábamos recorridas dos terceras partes alrededor de Ganimedes. Después todo sería cuestión de vigilar atentamente el indicador que llevaba enfrente, el que me iba a indicar el punto preciso para soltar los motores planetarios, ya que el despegue de tierra firme se hace con sencillos motores de propulsión, pero lo suficientemente potentes como para despegarnos de la escasa gravedad del satélite. Tenía la mano como engarrotada en la palanca que accionaba los chorros..., si se me iba un segundo ya la había regado. Debería esperar a que en el medidor apareciera la cifra dada por el computador para poder lanzar la nave a la curva

perpendicular al plano de la elíptica (a poco creen que iba a irme en *línea recta* a Marte... y el cinturón de asteroides, ¿qué?). Tres milésimas de segundo antes de que apareciera el último cinco en la pantallita del indicador, bajé la palanca: un rugido estruendosísimo y la aceleración nos hundió en los sillones anatómicos. Quedé paralizado, si había habido un error ya ni modo. No podía mover ni un solo dedo, además el combustible se iba a razón de veinte mil litros por segundo. El acelerador se iba a cortar automáticamente al llegar al punto de “entre” en la curva que seguiríamos hasta Marte, pero si me había equivocado, iríamos a salir hasta Plutón... pero por el otro lado, atravesando en ciento cincuenta años todo el Sistema.

Por fin y después de larguísimos minutos, los motores planetarios se callaron. La situación parecía normal. Me deshice de los cinturones de seguridad y me levanté para checar las cifras de la computadora. ¡Jijo! ¡Todo estaba correcto! Le había dado al clavo. El combustible era el justo como para poder aterrizar en Marte. La ruta era muy segura, sin peligro de encontrar naves comerciales, como sucedía en la ruta Tierra-Marte. Si los de la base radiaban pidiendo nuestra captura, era muy difícil que nos pescaran en pleno espacio; ninguna nave se arriesgaría a quedarse sin combustible intentando maniobras para equiparar naves y agarrarnos. Tampoco había el riesgo de que llamaran a algún hiperaccionado, pues equivaldría a entregarnos en las manos enemigas. Si acaso, en Marte nos estarían esperando los de la Guardia Meshica, pero yo no iba a aterrizar en BradburyPort. Ahí estaba la cosa.

Pues chiripa o lo que quieran, pero la Eréndira ya navegaba segura y plácidamente rumbo a Marte.

Nueve

El teniente Raúl Nope es un héroe del espacio. Por favor traten de no molestarlo mucho. Está en extremo fatigado, los viajes a velocidad sublumínica que ha emprendido últimamente han tenido como consecuencia una fatiga tremenda, claro que él posee una extraordinaria resistencia física, nada puede afectarle hasta el punto en que nosotros (pobres subordinados de él) lo notásemos. Además, sería abominable que nosotros viésemos en él síntomas de la fatiga del espacio. Eso le sucede solamente a los endebles que salen de las academias, nunca a él. Sí, sí, por favor hablen quedo, señores. La televisión está con él ahora, después podrán ustedes interrogarlo a sus anchas, pero procuren no fatigarlo. Ha hecho demasiadas cosas y quizá todavía no se dé cuenta de la importancia de las acciones que acaba de llevar a cabo. De ser posible, no le hablen directamente del asunto de la amenaza de Plutón, ni de su heroica misión venusina... y, sobre todo, procuren no mencionar de ninguna manera su misión ganimedeana. Es tan modesto que es capaz de molestarse con todos ustedes si se atreven a preguntarle algo de eso. Vean, él quiere que todo eso de Ganímedes (Gani, como él lo llama) permanezca en el más absoluto secreto, al menos para el gran público; él no desea que se enteren de que él precisamente es el benefactor. Me ha dicho —sí, a mí me tiene mucha confianza— que no podría salir a la calle si se le considerase un ídolo. Quiere seguir conservando su modesta posición de hombre del espacio. Dice que todos los honores que desea se reducen a uno: que le dediquen una función de

la ópera El cazador sin permiso..., no, no recuerdo al autor. Pero eso podrán ustedes mismos preguntárselo, yo, francamente no me he atrevido a tanto. Vean, todo lo que yo sé acerca de él ha sido por su propia boca; es claro que no ha tenido a nadie cerca durante todo el tiempo que duró su cuarentena al regresar del espacio, pero les aseguro que no me hubiese dicho nada si no lo hubiera querido. Así que, por favor, señores, tengan paciencia y esperen hasta que la televisión termine de interrogarlo, hasta que la tv acabe con él. Pero sí, desde luego que puedo adelantarles alguna información, sobre todo la relativa a eso que ustedes no deben preguntarle. Y eso es casi una orden, ¿eh? Aunque sé que los chicos de la prensa son casi omnipotentes, pero en este caso deben hacer caso a mi súplica; una pregunta mal orientada o tendenciosamente puesta puede ser fatal para su fatigada mente. Ha estado sometido a tantas tensiones y emociones fortísimas que no sé cómo las ha podido soportar. Estoy seguro de que un hombre común y corriente no hubiera aguantado ni la décima parte de lo que este héroe tuvo que soportar. No cabe duda de que nuestro país se enorgullece por tener entre sus hijos a tan valeroso caballero del espacio. Y confidencialmente les diré que el señor Presidente del Consorcio vendrá a presentarle sus respetos... y creo que trae para él un nuevo nombramiento, aunque si a mí me lo preguntan, diré que será mejor si le dan un puesto de Tierra... no creo que vuelva a soportar lo mismo, porque estoy seguro de que si regresa allá arriba otra vez va a meterse en líos... bueno, a luchar. Pero, señores, no se ofendan si les señalo tantas limitaciones, es que sencillamente el país no puede permitir que tantas experiencias vayan a desperdiciarse. Vean: entre la razón y la locura hay un límite tan sutil y delgado como un cabello. El teniente Nope ha estado durante los últimos tres años muy cerca de romper ese delgado tabique, ha sometido su resistencia hasta el máximo, por eso no se le ha sometido todavía a los interrogatorios

científicos, ni se le ha hecho corroborar todos los datos que obran en los archivos de su navío, para no forzarlo más. Los médicos opinamos que eso puede esperar, primero hay que hacerlo descansar y que se sienta en confianza. Una vez que su cerebro y su sistema nervioso se hayan habituado nuevamente a la situación de Tierra, podrá recordar con todo detalle lo acontecido durante los últimos tres años. Imagínense cómo se ha acostumbrado a la acción: no puede estar ni una sola hora sin estar viendo los episodios televisados de El Ermitaño del Espacio. Además tiene debajo de sus almohadas una pistola de láser, por supuesto descargada, nada más porque dice que no puede conciliar el sueño sin sentir la reconfortante dureza del iridio debajo de su cabeza. Díganme si no es para preocuparse, pero gracias a los adelantos de la medicina moderna, hemos descubierto que solamente, y por fortuna, se trata de un ligerísimo caso de esquizofrenia, cosa que podrá ser absolutamente olvidada dentro de dos o tres meses. Por otra parte, las autoridades del Consorcio se han visto en la penosa necesidad de negar a todo reportero extranjero el privilegio de entrevistar al teniente Nope, ¿no lo consideran justo? Sí, y más si tienen en cuenta que todas las publicaciones extranjeras han tachado a nuestra última expedición como ¡obra de lunáticos...! ¿Verdad que es acertada tal medida? Yo personalmente he puesto de patitas en la calle a tres periodistas islandeses que pretendían adueñarse de toda la historia, en exclusiva, y ofrecían una considerable cantidad de pesólares, no crean. Inadmisible, inadmisible. Esto que hemos logrado a costa de tanto trabajo es exclusivamente nuestro y no vamos a permitir que se nos arrebate. Pero, señores, les ruego que tengan un poquito más de paciencia. La historia de su vida ya será dada a conocer al público, a ustedes compete solamente el reportaje sobre la última misión.

Después de haber arriesgado la vida valerosamente en los límites del Sistema Solar, Raúl Nope, excelso hijo de Centroméjico, ha regresado una vez más al seno de la hospitalaria Tierra. Pero en esta ocasión no se trata de un regreso común y corriente. Esta vez regresa para la gloria del planeta entero. Después de haber vencido la amenaza de Plutón y la amenaza de Venus, ha sabido mantener su modestia, y como todo buen mejicano ha preferido seguir en el anonimato, antes de convertirse en un ser inútil y excesivo para la economía. Pero el Consorcio ha decidido dar a conocer al público las hazañas de Raúl Nope, héroe del espacio, adjudicándole de inmediato el título de Vencedor de Amenazas Espaciales, nombre con el que será conocido de hoy en adelante. Jabones El Diluvio dará a conocer desde mañana los interesantes capítulos televisados de la vida de Raúl Nope: desde su tierna infancia, hasta la época del heroico comportamiento, pasando por las etapas del primer amor y de la primera decepción. ¡No se pierda estos capítulos, que han sido revisados y aprobados por el Consorcio, para información de todos los compatriotas! ¡Arriba Nope!

Como pueden ver, señores periodistas, estos capítulos contienen ya la información objetiva de las primeras actividades del teniente. Personalmente me inclino a creer que serán de gran utilidad para ustedes, ya que darán a conocer otro aspecto de su vida. Estoy absolutamente seguro de que la gente ya espera ansiosa sus reportajes, sobre todo los que se refieren a la última etapa de tan grandiosa empresa.

Esa hermosa chica que ahora entra al pasillo y que ostenta el salvoconducto amarillo de Seguridad, es nada menos que la

prometida del teniente. La envidiamos, pues podrá entrar a su habitación sin ningún trámite. El propio Raúl ha pedido verla. Pasa cerca de nosotros quien devolverá por completo la razón al ilustre enfermo con sus tibias palabras...

Ahora, ¿quién no recuerda la infancia de Raúl Nope? Aquellos que le conocieron entonces sonríen satisfechos de haber podido convivir con el ángel mejicano (reciente sobrenombre). (Hemos de agradecer al Ministerio de Información y Propaganda el habernos proporcionado los datos de la infancia del héroe. Todo por servir a nuestros lectores.)

Ciudadano NR-40997-CM/ACC/NVCCH/O fue su registro en la guardería, a donde llegó a los cuarenta días de nacido. Su infancia transcurrió como la de cualquier infante de Mesoamérica. Llevado a la escuela elemental, su espíritu adquirió sediento los programas constructivos elaborados a principios de la Centuria del Partido; educado también dentro de las más estrictas normas de patriotismo, se desarrolló en una atmósfera plena de cooperación y amor a su país. Desde los dos años aprendió los secretos de las letras y los números, y fue imbuida su mente, a través de las analizadoras coercitivas, la idea de un país feliz y próspero que le esperaba con los brazos abiertos a su salida de la escuela. En su mente nunca se formó la idea de un mundo hostil o traicionero. Él, como todos nuestros jóvenes, emergió a la lucha por la vida con un gran sentido de responsabilidad, producto de la tranquilidad de que gozamos.

Nope es, pues, la prueba viviente de la infalibilidad del Consorcio en materia educacional y sirve como ejemplo de libertad individual, o ¿acaso no cambió de empleo cuando mejor le convino? Nuestro país —aquí se ha afirmado— respeta la libertad del hombre a diferencia de muchos pueblos que aún son oprimidos por sus gobernantes. Nosotros no deseamos planificar extremosamente

las inherentes capacidades de cada ciudadano. Nope demuestra cómo respetamos la personalidad humana.

Al cumplir los catorce años fue entregado a su hogar y destinado al aprendizaje especializado de la Clasificadora MX-33, pero gracias a su intuición decidió ampliar estos estudios con la lectura intensiva de la Lógica del Partido, que le permitiría aumentar sus ingresos conferenciando, si así lo desease.

Fue un adolescente ejemplar, y como muestra de ello están los libros de contabilidad de la taquería donde trabajaba en sus horas libres a cambio de un estipendio apenas decoroso, pero que en mucho ayudaba para pagar las medicinas de su abuela enferma, que muriera años después a consecuencia del gusto que le causó el saber que su nieto era nombrado instructor de Lógica del Partido, honor que había sido concedido a muy pocos. Por último, he aquí las palabras de su primer patrón: “Siempre supe que él iba a llegar a algo”.

(Algún día se va a decir todo eso de mí.
Estoy seguro. Cuando me escape de aquí.
Seré famoso y venceré a todas las amenazas del cosmos.
Seré el héroe y la gloria
de mis compatriotas
y ya nadie se acordará de
esta misión ganimedean.)

¡Zaap! ¡Zoop! ¡Zuuuup!

Ese sonido sólo era producido por rayos que rozaran el casco de la nave.

—¡Asterooides errantes! —exclamé—. ¿Qué diablos sucede aquí?

El marciano no contestó, pero no estaba asustado.

—¡Ea, pedazo de tobera chamuscada! ¡Levántate y ven a ayudarme! —insistí, maniobrando los controles. Era maravillosa esa sensación. Por primera vez en mi vida me sentía como un verdadero espacionauta. El peligro venía a desentumirme. ¡Sí, ésa era mi verdadera vida!

¡Zaaaap!

El último pasó demasiado cerca. Las luces se apagaron al instante. Vuelta la iluminación, seguí dando tumbos a través de la cabina mientras Lobelto se reía.

—Son rayos de captura, terrestre. ¡Ja ja!

A lo mejor era cierto. Los rayos de captura, en cuanto hacen contacto se solidifican, formando una red alrededor del objeto capturado. De súbito, la Eréndira dio una vuelta completa sobre su eje, lanzándome contra la mampara de controles. Las luces se apagaron definitivamente.

¡Zooooop!

De seguro algún rayo había hecho ya contacto, podía decirlo por los zumbidos de todas clases que se escuchaban afuera, y por los movimientos bruscos. Creí que ya nos habían agarrado las patrullas americanas o algo así, de modo que me resigné y me quedé quietecito, acurrucado en un rincón.

Durante algunos minutos se siguieron sintiendo las sacudidas. Luego la nave recobró su posición normal y las luces se encendieron nuevamente.

¡Klank!

Ahora de seguro estaban pegando el tubo de abordaje a la escotilla. Sudé frío: nos iban a abordar ahí mismo. Volteé a ver a Lobelto, pero él seguía riéndose como si nada, tranquilo. Me levanté y me dije que no había que perder la dignidad ante nada. Fuese lo que fuera yo iba a salir muy airoso de ésta. Me paré en posición marcial frente a la puerta y cuando estaba a punto de abrirse, hice el saludo militar. La escotilla se abrió lentamente (yo accioné el mecanismo) y entró un hombre corpulento, en (¡oh, sorpresa!) una de las escafandras Morris usadas por las fuerzas mejicanas. Pero no podía saber quién era (visera polarizada). Era chaparro y gordo. Mis mecanismos deductivos se recalentaron tratando de averiguar la identidad del recién llegado. La escotilla se cerraba con una lentitud desesperante. Por fin empezó a descubrirse (hasta que la cámara estanca se hubo llenado de aire), y ¿quién era?

El capitán Reyes Barajas en persona.

Se metió como bólido a la cabina de mando y me dejó parado, luciendo como un tonto, con la boca abierta y saludando. ¿En qué había llegado? Se lo pregunté pero no me respondió. Parecía muy enojado, como nunca lo había visto antes. Yo me moría de miedo, pero creo que aparenté ser muy machito. Le dije muy quedito:

—Está bien. Me doy, me rindo.

Silencio. Miraba los paneles de control, revisaba las coordenadas. No me contestaba.

—Capitán, me doy.

Al fin habló, con un acento helado.

—¿Hacia dónde diablos se dirigía usted... señor?

—A Marte, jefe, a buscar asilo político con los chinos.

Empezó sonriendo, pero después soltó la carcajada más hiriente que he oído en mi vida. Tuvo que agarrarse bien del respaldo de un sillón para no empezar a volar (aunque en el interior

manteníamos siempre 1/3 de gravedad normal). ¡Noo! Otra vez se burlaba de mí.

—Jefe, estoy rindiendo mis armas ante usted, no se burle...

—A Marte, ja, ja, ja —dejó de reír bruscamente, encendiéndose—. ¡Cochino desertor! ¡Traidor! ¡Poco hombre!

No. Que no me dijera eso. Sentía muy feo. De veras, yo solamente había querido salvar a Lobelto. Me dolía mucho eso.

¡Crac!

—¡Pronto, jefe, agárrese! —le grité.

¡Crac! ¡Crac!

—¡Y hasta collón! —no se movió—. Es la red que se suelta. No tenga tanto miedo, no le va a pasar nada.

“Gulp”, pensé.

Y dicho y hecho: que me saca una pistolota y me apunta derechito a la barriga. Se me fue la respiración. Lobelto, desde su sillón, miraba intrigado.

—Nope desgraciado —dijo con gusto—, ¿creíste que te ibas a salir con la tuya, no? ¡Pendejo!

No respondí. Estaba paralizado de miedo.

—¡Camina!

“No, la ley fuga, ¡no!”.

—¡Obedece, cabrón, que todavía soy tu jefe! ¡Y soy más listo que tú!, ja, ja. ¡Pude haberte mandado al espacio bien amortajadito desde que estabas en Ganimedes, pero quise que supieras que en ningún momento me viste la cara! Yo supe siempre qué era lo que andabas haciendo. ¿A poco crees que me dejé llevar por tus babosadas? No, chiquito. Aquí y en Neptuno el más chingón soy yo. ¡Yo soy el chingón de los chingones!

“Sácatelas, ya perdió la razón. Como Hitler y Stalin y Mao y todos los locos de la antigüedad”.

Prosiguió:

—Pero antes de carbonizarte, me vas a dar tu piedrita...
(¿Cómo supo...?)

—Ya ves, yo lo sé todo... Las paredes oyen. ¡Y me la vas a dar ahorita mismo! ¿Sabes por qué? ¡Porque yo la voy a llevar!

Ora sí. Estaba reloco. Con razón a veces se portaba medio raro. El miedo me estaba haciendo sudar a chorros. Empecé a recordar una oración para no irme derechito al infierno, porque de ésta no iba a salir vivo. Iba a disparar de un momento a otro. Pero mi cerebro siempre ha funcionado muy bien y ésa no iba a ser la excepción: recordé uno de los episodios de El Ermitaño, en el que los villanos locos van a matar a Pepe López, mientras estaban montados en un asteroide. Pepe los hizo hablar y hablar hasta que llegó la policía. Quizás eso resultara.

—Un momento, jefe —dije tratando de que no se me notara el nerviosismo—. Jefe, jefecito, dígame, ¿cómo hizo para enterarse de nuestra escapada?

No me respondió. Se quedó quieto, mirándome fijamente con sus ojos de loco. El negro cañón de la pistola ahora me apuntaba a la frente. Su dedo temblaba sobre el gatillo. Hijo, se siente horrible. Creo que morir se siente tan feo.

—Jefazo: yo creí que mi plan de fuga era perfecto, pero ahora sé que sólo una mente tan desarrollada como la suya pudo haber descubierto todo tan a tiempo.

La pistola se movió un poco, vacilando. Sonrió satisfecho. Yo trataba de que no me temblara la voz.

—Sé que usted me descubrió y no lo siento, es más, creo que es un honor morir a manos de tan gran hombre y tan distinguido navegante del espacio. Pero, jefe, a todos los condenados se les concede una última gracia. Por favor, jefazo, mi última voluntad...

Titubeó, pero el efecto de las palabras ya se había dejado sentir.

—Diga, pero que sea muy breve —dijo después de consultar los instrumentos—, porque dentro de poco caeremos en órbita alrededor de Marte.

—Cuénteme. ¿Cómo es que se dio cuenta de todo, y quién lo trajo hasta acá? Por favor, dígamelo, no quiero irme con la incertidumbre...

Aproveché para sentarme y acomodarme en un sillón listo a dar el salto felino en el momento oportuno. Aproximadamente cuatro metros me separaban de él, pero con un tercio de gravedad podría llegarle y descontarlo en un tris. Yo siempre he sido vigoroso y el capi era bastante fofo, pero si se le ocurría apretar el gatillo, aunque fuera con un mínimo esfuerzo, yo iba a salir disparado con un agujerote del tamaño del ojo de buey de una nave.

Comenzó a hablar, pero sin dejar de encañonarme:

—Ándele, pues. Le voy a decir todo nomás para que vea que guardo cierta consideración a mis hombres —dijo con una cara tan inocente que cualquiera que lo hubiera oído no creería que le patinara tan feo.

”Arrieros somos y en el espacio andamos, camarada Nope; pero usted nunca se imaginó que su capitán fuera un hombre tan astuto, ¿o no? Mis planes, hasta ahora, nunca han fracasado, siempre me he salido con la mía. Por eso sé que estoy predestinado a triunfar. Siempre. En el presente caso, usted solamente se convirtió en el títere ejecutor de mis pensamientos. Yo supe desde el principio que ibas a ser el vehículo ideal, supe que, aunque te saliera bien la misión con el marciano, yo iba a ser el de todo el mérito, jeje. Y escapándoteme me abres la puerta para mi triunfo, jeje...

—¿Y cómo le hizo para alcanzarnos tan pronto?

—¡Ah, jaa! Eso es lo máximo, Raulito —estaba contentísimo el condenado. Yo seguía esperando el momento de brincarle encima—: Primero: en el momento de la estúpida fuga de ustedes, di

la voz de alarma. Digo al almirante que un miembro de mi tripulación se ha convertido en cómplice del marciano, liberándolo y escapándose con sus secretos de estado, seguramente para venderse a los rusos. ¿Ves qué fácil? Me lavé las manos... así de sencillamente. ¡Inteligencia!

”Segundo: llamo a la base americana y denuncio que el marciano y un mejicano traidor han escapado de Ganímedes en posesión de información secreta sobre su base (microfilm) y que forman parte de un complot internacional para despojarlos de sus derechos sobre Marte. Al principio no me creyeron, pero después, por si las dudas... jeje, van por mí porque me he ofrecido a tratar de pactar con usted, señor Nope, y me traen hasta aquí en una de sus naos... ¿ves, también, qué fácil? Jaa, ¡astucia!

”Tercero: les he prometido entregarte vivo y coleando en sus manos, para que te saquen la información. Pero dentro de unos cuantos segundos voy a tener que pulverizarte “en defensa propia” y también asunto concluido. ¡El capitán Reyes Barajas será honrado a su regreso a la Tierra! Por éste —añadió señalando a Lobelto—, ni te preocupes, va a acompañarte a visitar a tus ancestros...

”Cuarto: la piedrita yo la voy a entregar personalmente y yo también voy a cobrar el premio. Y le voy a decir cómo lo supe: nunca confíe de sus cuates demasiado buenos. ¡Ese Blázquez denunció sus planes de contrabando desde hace tres semanas, dizque por hacerle un bien, ja!

”Y por último: oficialmente, y según reporte radiado a Centroméjico hace veinticuatro horas, Operación Gunsmoke fracasó por usted y su apestoso amigo. ¡Yo, he salido con el plumaje immaculado, ja ja! Y además le haré un favor desapareciéndolo para siempre, pues ya no tiene lugar alguno donde ir a meterse. A cualquier parte que vaya lo van agarrar. Si no somos nosotros, serán

ellos. Así que le ahorro muchas molestias... A eso llamo yo infalibilidad, ¿eh? ¿Ve qué facilito, Nopecito?

Levantó la pistola, listo a oprimir el llamador. Casi me desvanezco. Pero como relámpago salté sobre él, derribándolo, al tiempo que le soltaba un rodillazo entre las piernas. Bufó y salió disparado tres metros hacia atrás, soltando la pistola. Se me dejó venir a lo loco tirando golpes. Logró atinarme en la punta de la barba y sentí que todo me daba vueltas. Eso sirvió para darle nuevos ímpetus y derribarme, usando todo el peso de su cuerpo. Caí pesadamente, espaldas al suelo, y que se monta en mí y trata de estrangularme. Veía su cara desencajada por la rabia, muy arriba, como si estuviera a cien metros de altura, perteneciendo a un gigante. Todo comenzaba a volverse rojo, confuso... pero Lobelto (todavía no sé cómo surgió tan a tiempo) le llegó por detrás y lo noqueó de certero golpe de karate-do.

Jadeando, me levanté como pude. Cogí la traductora y traté de coordinar mis ideas, porque allá afuera estaban ellos, y si se daban cuenta de la batalla, nos liquidaban sin más.

El gordo estaba en el suelo, inconsciente. Le coloqué el casco de la escafandra y se lo puse a funcionar. Lobelto me ayudó a cargarlo para ponerlo en el tubo de abordaje, donde lo dejamos para el momento de estar listos. Traté de esbozarle el plan de acción:

—Mira, Lobelto, cuando yo te diga, bajas esta palanca, así de rápido —e hice un movimiento ilustrativo—. ¿Me entiendes?

Hizo una rápida señal de asentimiento. Hasta ese momento me di cuenta de la serenidad del marciano. Yo temblaba como una hojita de árbol y por más que trataba de dominarme solamente lograba que me temblara más la voz. Creí que iba a desmayarme, sentía un agujero en el estómago, todo se me resbalaba de las manos, pero al ver la tranquila expresión de Lobelto me sentí más decidido a todo. Si al menos tuviera una poca de euforidina.

Lo senté ante los controles y fui hasta la cámara estanca para cerrar la puerta que, una vez sellada, accionaría el mecanismo automático, separando el tubo de nuestra nave. El capi iba a quedar casi casi en el vacío, pero con la escafandra nada le pasaba. Sus amiguitos tendrían que recogerlo.

Calma. A repasar todo mentalmente y calibrar todas las posibilidades. Sí; teníamos un 98 por ciento de probabilidades de éxito. Nuestra ventaja mayor consistía en que la Eréndira podía maniobrar muy rápidamente en distancias cortas, en comparación con la navezota hiperaccionada que estaba afuera, que forzosamente tendría que dar al menos tres vueltas enteras al planeta antes de poder posarse en su superficie. Esas naves no sirven para maniobras orbitales, y las nuestras sí.

Si lograba llevar a cabo toda la maniobra exitosamente, podríamos aterrizar en cualquier punto de la superficie marciana y escaparnos de ellos. Y estando abajo sería otra cosa. Por el momento, lo más urgente era alejarse de ahí a como diera lugar. Y todavía tuve un gesto humorístico: fui por mi piedra y la amarré al cuello del capitán, antes de aventarlo por el tubo; al fin y al cabo iba a llover mucho antes de que yo pudiera regresar a la Tierrita (¡snif!).

Cerré rápidamente la escotilla y escuché el sonido de ventosa que produjo el tubo al desprenderse del costado de la Eréndira. Corriendo llegué hasta mi puesto en los controles y grité, como para darme valor:

—¡Yaaaa!

Al mismo tiempo accioné los chorros. Lobelto había entendido las instrucciones y había bajado la palanca en el instante preciso. Tracé la ruta nerviosamente, oprimiendo los botones de comando directo. La navecita dio un gran respingo y salimos disparados en curva descendente, casi perpendicular a la superficie del planeta, mientras los güeros —de seguro— se quedaban fríos. Conecté todas

las pantallas telescópicas: ¡jijos!, caíamos a una velocidad endemoniada, que aumentaba a cada segundo debido a la fuerza de atracción de Marte. La aceleración nos mantenía paralizados contra los respaldos, incapaces de mover un solo músculo. El rugido que indicaba que comenzábamos a entrar en la atmósfera anunciaba un nuevo peligro: si los motores no se detenían según mis manejos y cálculos en el instante exacto, nos íbamos a convertir en meteorito, al incendiarse la nave debido a la fricción contra la tenue atmósfera marciana. ¡Si esas capas atmosféricas fuesen como las de la Tierra, nos habríamos achicharrado desde el momento en que comenzó la aceleración! Los recubrimientos exteriores empezaron a crujir y a ponerse al rojo vivo... y aún faltaban siete segundos para que se detuvieran los motores y se estabilizase la posición... seis y ya se cimbraba todo... cinco y el calor comenzaba a sentirse en el interior, a pesar de todas las capas aislantes... cuatro y pude ver en las pantallas cómo el resguardo externo se iba rasgando, presa del espantoso calor... tres... casi perdíamos el sentido... dos... y finalmente una sacudida que nos volteó el estómago al revés.

La nave había aguantado. Se dirigía rápidamente hacia abajo, pero ahora planeando suavemente. Verifiqué la ruta y saqué el dato: íbamos directo a la zona marcada en los mapas como ST, o sea, constantemente azotada por vientos hasta de trescientos km/hora.

—Bien, Lobelto el de la Botella Llena —me atreví a bromear, aliviado—, ¿dónde quieres iniciar nuestro picnic?

La maquinita crujió y dijo:

—Dirígete a la sección BT-56874.

Asombroso. ¿Cómo estaba él enterado de nuestras claves secretas? Bueno, de cualquier modo yo no desconfiaba ya de él y le hice caso. Manipulé las teclitas y la nave comenzó a virar suavemente en noventa y cinco grados hacia el norte. Disminuyó su velocidad automáticamente y ya estábamos volando muy tranquilos, a

ocho mil metros de altura, ocasionalmente envueltos en bancos de nubes blancas como las nuestras... como si fuera un viaje de recreo.

Todo había sucedido tan rápidamente, que apenas tenía una noción de la realidad, de todo lo que había pasado. Pero, a pesar del constante peligro que nos amenazaba, me sentía mucho mejor. En el marciano había encontrado un amigo verdadero, derecho como él solo. Nunca se echó para atrás.

Abajo el paisaje se deslizaba rápidamente, mostrándonos lo monótono de la geografía marciana: solamente unas cuantas colinas separadas por cientos de kilómetros entre sí. Colinas y más colinas rojizas. Miré el mapa para localizar la sección BT-56874. Se trataba de una pequeñita aldea situada a unos veinte Km. de New Klondike, la ciudad más austral de Marte.

Mira, mano: con la ayuda de Lobelto fue muy sencilla la maniobra para deshacernos de la nave. La regalamos a unos traficantes nativos, que la desarmaron rápidamente y se la llevaron para venderla por partes en el mercado negro.

Pudimos evitar relativamente los cinturones detectores de radar antes de tomar tierra en las afueras de la aldea. Produjimos gran excitación entre los lugareños, que me miraban con mucha desconfianza; pero Lobelto, con una serie de crujidos los convenció de que yo era un verdadero amigo de los marcianos, apaciguándolos y logrando que me ofrecieran hospitalidad.

El primer día de mi estancia en Rkkiff, que es el nombre del villorio, estuve muy molesto y deprimido. Rodeado de marcianos desconocidos, con la perspectiva de nunca volver a mi planeta, al menos con mi verdadera identidad. Luego para acabarla de joder uno de los

oxifiltros no funcionaba bien, y apenas me movía y ya me estaba asfixiando. No veía un futuro muy halagüeño, pero todo era mejor que estar orbitando en calidad de cadáver alrededor de Marte.

Al cabo de dos semanas mi organismo se adaptó casi perfectamente al uso de un solo oxifiltro y pude comenzar a ver las cosas de otro color. Los campesinos son, después de todo, gente simpática, aunque sean marcianos, y a los pocos días se olvidaron de mi condición extranjera. Me atendían muy bien y me dedicaban sus mejores sonrisas cuando pasaban frente a mí. Todas las mañanas me sentaba a la puerta de mi choza y dejaba pasar el tiempo reflexionando y tratando de comprender cuál fue la razón que me hizo aventarme así como lo hice. Ahí entre los marcianos vi muy claramente que mis congéneres ya no iban a poder ser lo mismo para mí.

A veces los acompañaba hasta sus campos de cultivo y les enseñé muchas cosas que ellos ignoraban. Al poco tiempo comenzaron a admirarme, porque las cosas que de mí aprendían les resultaban benéficas. Les enseñé a criar unos escarabajos que abundaban en esa región y que daban algo muy parecido a la seda. Les dije cómo trabajarla. Les inventé varias clases de aperos de labranza y comenzaron a cultivar la tierra de manera más civilizada; me ofrecieron varias esposas y las decliné gentilmente; por mí saben cómo aprovechar los residuos orgánicos al usarlos como fertilizantes; también cómo construir pequeñas represas y canales de riego, etc., etc.

Construyeron para mí una vivienda que más que eso era un templo en forma de pirámide y comenzaron a rendirme pleitesía, no de soberano, sino de divinidad. Yo me dejaba hacer para no desilusionarlos. Sabía que si les dejaba creer que mi origen era divino, tendrían más fe en las cosas que les había enseñado; me llamaron “El Hijo de los Cielos” y también comencé a impartir justicia desde lo alto de mi pirámide.

Pero sabía que tarde o temprano habría de huir y dejar tras de mí una estela de leyenda. Lobelto se aburría y planeaba irse a pie hasta New Klondike. Claro, para él iba a ser muy fácil disfrazarse y pasar desapercibido. No para mí. Y también existía la posibilidad de que ya hubiesen localizado los records del vuelo del día de nuestra llegada a la aldea. Me localizarían, eso era un hecho.

Sólo había una posibilidad: la huida.

Una vez en New Klondike, tratar de contactar un terrícola discreto y leal y, disfrazado, llegar hasta BradburyPort.

¡El Hijo de los Cielos ha desaparecido!

¡Oh, desgracia para nuestro pueblo!

¡Dicen que se desvaneció en el aire, en medio de una columna de humo!

¡Regresó a los Cielos!

¡Siempre te veneraremos! ¡Oh, benefactor!

Diez

Hace mucho tiempo que no veo a Gus. No ha venido, a pesar de que sabe cuáles son los días de visita. Desgraciado, ya me las pagará. Bueno, a lo mejor no es por su culpa, quizá su mujer no lo deje. Tampoco Luisantonio ha venido.

Hay un guardián que viene dos veces al día y me deja la comida en el suelo, como si yo fuera perro. Ayer en la mañana me dieron una sopa fría y dos pedazos de pan que seguramente tenían diez años almacenados, pues he tenido que remojarlos durante dos horas antes de poder meterles el diente. Estoy muy débil y no puedo recordar todo con mucha claridad, pero estoy seguro de que tengo aquí más de dos años; aunque no hay manera de contar el tiempo porque la ventanita está tan pegada a otra pared, que no se puede ver el cielo y nunca sé cuándo es luz artificial y cuándo luz de día. Duermo durante la mayor parte del tiempo, y mientras estoy despierto trato de no perder la noción de la realidad y me niego a aceptar las cosas que no me gustan. Ultimadamente, ¿por qué?

Todo fue (estoy seguro) muy distinto y me porté como todo un hombre durante el juicio, aunque los periódicos hayan afirmado que lloré durante todo el tiempo que duró el proceso y que toda la culpa se la haya echado al marciano y al capitán Reyes Barajas. Pero los delitos eran muy graves: “Deserción y robo de materiales extraterrestres con fines de lucro personal”, y creo que sí flaqueé en algunos momentos.

Me agarraron cuando quería aterrizar en Marte..., ¿o fue saliendo de Ganímedes?

Creo que sí. Más bien, creo que fue mientras quería echar a andar la Eréndira...

¿Pero, por qué me metieron luego aquí? Yo les dije que necesitaba hacer una defensa muy bien preparada y digna de figurar en los anales del Derecho, pero el fiscal me dijo que en esta clase de juicios militares no hay derecho a defensa alguna, o sea que me tiraron a loco desde el principio. Francamente no es justo. Si no fuera por mi fuerza de voluntad no sé qué cosa hubiera hecho.

El primer día, cuando acababa de llegar, luego luego se me aventaron encima una bola de güeyes y me quitaron lo que traía encima; nomás me dejaron los calzones. A cambio de mi uniforme nuevo me dieron uno que se caía de viejo (y que llevo hasta la fecha). Luego querían que fuera yo el que limpiara las mesas del comedor colectivo y los excusados, pero yo nada tonto le di una patada al primer celador que entró y me dieron trato de “rebelde” y me confinaron a esta cosa que se llama “aislamiento saludable”.

A veces hasta me dan ganas de que los gringos me hubieran agarrado, pero el Consorcio no me soltó y dijo que a nosotros “correspondía allanar nuestras pequeñas irregularidades sin necesidad de molestar a nadie”, al menos eso dijo un periódico que he leído ya miles de veces, ya que no dejan entrar nada que yo pueda leer. Y mientras no tenga dinero para darles a los celadores, eso no va a arreglarse.

Una vez me invitó otro recluso a su celda y estuve muy contento porque vi varios programas de televisión; pero ya nunca me

volvió a pedir que fuera a visitarlo, no sé para qué me llamó una sola vez. Mejor me hubiera dejado como estaba. Ahora también yo quiero tener un televisor en mi celda.

Los treinta años de la sentencia pueden reducirse a la mitad si observo buen comportamiento y si acepto trabajar en los talleres de la prisión. Aún estoy pensándolo, porque también hay otra posibilidad: unirme a los trabajadores que van a Venus. Allá al menos estaré al aire libre (aunque sea con escafandra, al fin que ya me estaba acostumbrando a usarla siempre), no importa que la chamba sea dura. Los dueños de las plantaciones, que casi siempre compran a uno durante diez años, alimentan bien a sus trabajadores para que rindan más. Sólo tengo que hacer una solicitud al alcaide para que me incorpore en la próxima remesa, pero eso también es para pensarse mucho.

Tengo ganas de ponerme a limpiar las paredes de la celda. Ya están muy sucias.

El celador que me trae la comida se llama Alberto y hoy por la mañana sonrió un poco.

Pienso seriamente en enrolarme entre los trabajadores de Venus.

Creo que corre el año 2151.

El colmillo del gato

[UNO]

Una mañana don Ray, propietario de la tienda de la esquina, despertó creyendo que él era Pepe, el *Toro*. Se levantó más rápidamente que de costumbre, hizo unos *rounds* de sombra, desayunó bistec con papas y en lugar de ir inmediatamente después a abrir la tienda, como diario lo hacía, se fue al mercado y compró una docena de playeras de una talla inferior a la suya; como dicen que hacía Pedro Infante para verse más fornido y atlético de lo que en realidad era. Antes de abrir la tienda fue a la estética a que le pintaran las canas de negro, y mientras le crecía el bigote, se pintó uno con el lápiz que su mujer usaba para las cejas. Sentía que un entusiasmo nuevo se apoderaba de su ser, que nuevas y desconocidas energías animaban todos sus actos. Por ejemplo, no podía evitar que las muchachas que llegaban a comprar el refresco, el azúcar o el huevo, se ruborizaran o se enojaran con sus comentarios, que él mismo sentía obligados: “¡Ándele, mi alma, que bonito salió hoy el sol, que hasta sus cachetitos relumbran!”; o piropos que prácticamente le salían de la boca, sin que él tuviera ningún dominio sobre ello: “¡Váaaalgame Dios, qué haría yo para que usted se me apareciera, mi alma!”.

Las señoras del rumbo concluyeron, y con mucha razón, que don Ray se había vuelto loco, pero también llegaron al veredicto de que así era mucho más agradable y simpático que antes.

Algunas incluso dijeron haberle encontrado algún oculto rasgo de guapura, y otras hasta empezaron a usar rebozo y a peinarse de trenzas.

[DOS]

Policarpo es su nombre verdadero. Es policía y por eso, supongo, nadie le cree que tal sea su nombre. Desde niño fue Poli y siguió siendo Poli, primero por nombre y después por oficio.

Un día encontró, muy tempranito, entre la basura que habían dejado los peregrinos frente a la iglesia, un envoltorio hecho con un rebozo. Era del tamaño de un balón, y pesaba mucho. Lo palpó sintiendo algo muy duro adentro, y de inmediato deshizo los siete nudos que lo ataban.

Con mucho trabajo contuvo un vómito al ver el contenido del envoltorio. Le echó encima un periódico —que fue lo primero que encontró— y se alejó de ahí corriendo muy trastornado para ir a dar parte.

Desde esa misma noche, los clientes habituales de la vitrina de tacos extrañaron mucho su diaria presencia, por ahí de las nueve. Poli siempre les invitaba tacos de los que a él le gustaban: de cabeza.

Nunca volvió a aparecer por ahí a esa hora. Dicen que ya nomás come tacos de nopales o de guacamole.

[CON FU Y CON FA]

Había una vez en un país ni muy lejano ni muy cercano, habitado por gente ni feliz ni desgraciada, un rey que no era ni bueno ni malo y que tenía una hija que no era ni hermosa ni fea, ni virtuosa ni viciosa.

Un día ni soleado ni nublado, una vieja que no era ni bruja ni hada le dijo a la princesa que rumor no confirmado decía que un príncipe joven pero casi maduro, ni feo ni guapo, viajaba hacia el reino con el propósito insinuado de conocer a la princesa. Ella permaneció indiferente ante la perspectiva romántica, pero cuando el pretendiente llegó y le propuso matrimonio, aceptó con desgano.

Después de una boda privada, pero transmitida por televisión a todo el reino, se instalaron en un palacio de interés social, donde vivieron muy felices poco tiempo porque no tuvieron hijos, y sí muchas mascotas.

Y colorín descolorido que este cuento ni ha empezado.

[TRES]

Los tres excursionistas habían visto muchas veces la película *El proyecto de la bruja de Blair*. Les fascinó ese concepto cinematográfico de un terror indefinido que se mete a los huesos y va aniquilando lentamente. Los tres, como aficionados al excursionismo, deseaban pasar noches de espanto cinematográfico en medio del bosque. Esperaban encontrarse con entidades desconocidas, con brujas, o ya de perdida con el nagual. Y todo grabarlo en video, por supuesto.

Bautizaron su plan como “El proyecto de Juan, Lorenzo y Raúl”, que eran sus nombres, y decidieron iniciar la aventura en los bosques aledaños al Nevado de Toluca. Pidieron prestado un equipo profesional de video para grabar todo íntegramente; compraron víveres, brandy y baterías, e iniciaron las acciones un viernes por la tarde.

Juan, Lorenzo y Raúl experimentaron el verdadero terror, no el de las películas. Se encontraron, de pronto, con un miedo y una angustia tan intensos que fue lo último que experimentaron en su vida, junto con el indescriptible dolor de asarse a fuego lento. Durante la tormenta que se desencadenó esa noche, un rayo derribó un pino gigantesco que cayó envuelto en llamas directamente sobre la tienda de campaña.

Todo quedó fiel y detalladamente grabado por el equipo de video automático que habían emplazado estratégicamente para

registrar la totalidad de lo que sucediera en la tienda y sus alrededores. El videocasete que contiene lo sucedido es un documento espantoso que muestra cómo el árbol, al caer, no aplastó a los excursionistas, sólo los atrapó al inmovilizarlos enredados con la tela de la carpa y el tupido ramaje del frondoso pino.

El fuego consumió con lentitud —debido a la lluvia— a Juan, Lorenzo y Raúl, protagonistas de su propio proyecto terrorífico. Murieron dando escalofriantes alaridos, mirando con ojos desorbitados por la desesperación, como buscando ayuda, hacia una indiferente y fría cámara de televisión.

EL RELOJ DE CENIZA

El rey de Imneris tenía, entre sus tesoros, un reloj que en lugar de marcar el paso del tiempo, lo detenía. Su forma era la de un común reloj de arena, con sus dos ampollas de cristal comunicadas por un diminuto orificio; ambas sostenidas por una estructura de caoba exquisitamente labrada. Este reloj, en lugar de arena, contenía las cenizas del primer alquimista que hubo en el reino, que al presentir su muerte, preparó con sus discípulos más fieles el complicado ritual que dio como resultado el maravilloso reloj que paraba el tiempo mientras las cenizas pasaban de arriba abajo. El reloj, único en su clase, fue obsequiado originalmente a un remoto antepasado del rey de Imneris.

Este soberano usaba el reloj únicamente los días de su cumpleaños. Detenía el tiempo a su gusto y arreglaba sin interferencias los asuntos de Estado, mientras todos permanecían congelados en una dimensión sin sustancia. Cada año, antes del alba del día de su aniversario, el rey —que era magnánimo y amaba a su pueblo— operaba el reloj en secreto y remediaba todos los errores mientras los demás permanecían flotando en el no-tiempo.

Como resultado de sus manipulaciones, los súbditos despertaban con el gozo de un júbilo sobrenatural que les hacía olvidar durante muchos meses las penalidades propias de los

mortales. El día del cumpleaños real, los habitantes del reino encontraban sus dificultades solucionadas: despertaban con una sensación de paz y, en medio del asombro, loaban a su rey.

Una mañana, el esclavo que tenía a su cuidado la limpieza del reloj, lo dejó caer y se deshizo en mil pedazos. El rey, poseído por la furia, hizo descuartizar al infeliz en castigo a su imprudencia. Ofreció sacrificios a los dioses y obligó a todos los súbditos a ayunar durante cuarenta días. Pero todo fue en vano, la moneda del reino sufrió una vertiginosa devaluación, la deuda externa creció hasta el infinito y todos vivieron infelices muchos años.

ESPUMA DE DETERGENTE

La imprudente mujer, distraída con la tele colocada encima del refrigerador de la cocina, tropezó con una jerga olvidada sobre el piso y derramó dos litros de leche hirviendo sobre el rostro de su marido, que esperaba el desayuno sentado, después de sorber un yogur dietético.

Su primer reflejo fue quitar de la cara de Rafa el ardiente líquido con la jerga del piso. La levantó y casi la arroja sobre la humeante cara del señor de la casa, mas al ver la suciedad del trapo, decidió enjuagarla en el fregadero. Mientras lo hacía, lo más rápidamente que pudo, su mirada descubrió las tazas donde había servido el chocolate de la noche anterior. La visión de las costras embarradas en sus bordes la impulsó a lavarlas, a pesar de los aullidos de dolor emitidos por don Rafa, que ya se retorció sobre el suelo. La corbata, la camisa y el saco vaporizaban, a la par que las mejillas del hombre. Para ella, todo el escándalo era pura distracción. Lavar la loza era lo importante, im-por-tan-te. Ni una mancha de grasa, su cocina reluciente, re-lu-cien-te.

A las tazas del chocolate siguieron los platitos del postre, también de ayer, y los vasos de la cerveza que acompañó al futbol, y los cuchillos de la carne y la olla de los frijoles. El detergente cumplía con su función, la televisión seguía a todo volumen.

Cuando Rafa perdió el sentido y entró en *shock*, con los ojos cegados y la piel hervida, comenzaba la telenovela de las nueve de la mañana, con su anuncio del detergente, que la dama en cuestión usaba feliz en ese momento.

LAS TIJERAS DE HARRY

Harry era uno de esos hombres acostumbrados a la acción inmediata. Cuando sus amigos le dijeron que las huellas digitales equivalen a una firma única, tomó las tijeras de su madre y se rebanó las yemas de los dedos, una por una, hasta sumar una serie de diez *clicks* algo macabros. Con las manos chorreando de sangre, puso las tijeras en el lavabo y soltó el chorro de agua para lavarlas. No era suficiente, cada uno de sus dedos era un surtidor de rojo líquido; el agua del grifo corría y tal remolino despertaba en Harry el recuerdo del agua de fresas.

Cada corte —nip, nip, nip— presentaba sus resistencias, y en algunos dedos se produjo un sonido de rabos de cebolla bajo un cuchillo. Primero era un ruido rasgante, justo antes del golpe de metal contra metal, al final del tijeretazo. El dolor era lo de menos. Harry era un tipo rudo y las lágrimas que bañaban sus mejillas eran como cosquillas; vamos, tan sólo un pequeño signo de humanidad.

La madre de Harry era modista. Las tijeras, del mejor acero inoxidable y de marca alemana, fueron su mejor herramienta de trabajo, hasta el día en que, de pronto, dijo ella, que “ya no cortaban como antes”.

ENCUESTA

Llegó la señorita de las encuestas, enarbolando un bolígrafo: En primer lugar, y para empezar, respóndame: ¿Recuerda usted los nombres de pila de los derrotados candidatos a la presidencia grande? Dos, ¿cree usted en los hombres lobo?

Yo no supe qué responder. No recordaba el nombre de los candidatos ni tenía una opinión sobre esos espantosos seres de película.

La señorita de las encuestas llevaba una visera roja sobre la frente y gotitas de sudor se le escurrían por detrás de las orejas. Luego, insistía: ¿Guarda usted su cepillo de dientes con las cerdas hacia abajo o hacia arriba? ¿Estaría usted dispuesto a erradicar los calcetines? Si come papas fritas, ¿prefiere la salsa picante sintética o natural? ¿Por qué? ¿Roja o verde? ¿Por qué? ¿Juana de Arco participó en los Juegos Olímpicos? Responda sí o no.

Cuando terminó la entrevista, la señorita de las encuestas salió del edificio de departamentos, y apenas a unos metros de la puerta de la calle fue atacada y mordida por un perro amarillo que salió corriendo de una casa y se fue directo a la pierna. Primero, gruñendo de satisfacción, hincó colmillos y dientes en el tobillo derecho de la señorita de las encuestas; después afianzó la tarascada con todo el hocico. Le desgarró la media, la piel, la capa muscular y la cápsula sinovial, que es la que forra toda

la articulación. El filo de los molares de los canes está diseñado para sajar limpiamente, desgarrando y cercenando fibras musculares y cartílagos, con gran facilidad.

Ahora ella responde a las preguntas de otra señorita:
¿Estaba vacunado el perro? ¿Era suyo o de un desconocido?
¿Era de raza o cimarrón? ¿Conoce usted a un veterinario de confianza? ¿Cree usted en el sistema de salud del gobierno federal?
¿La han atendido bien?

TRES DE CABEZA

No obstante que al entrar a la taquería percibió un tufo de podredumbre, se sentó a una de las mesas grasientas y ordenó que le sirvieran tres de cabeza. El olorcillo corrompido seguía flotando en el aire, acentuándose cuando le llevaron su orden, acompañada de cebollas fritas. A pesar de ello devoró la ración, acompañada de una coca *light*.

Durante la madrugada, después de una serie de extrañas convulsiones, se vio a sí mismo transformado en un horripilante monstruo, lanzándose de inmediato a las calles, en medio de un arrebato salvaje, para asustar a la gente. Encontró a unos trasnochadores ebrios que bajaban de un taxi y les propinó el susto de su vida. Aullaba y babeaba, mostrando gigantescos colmillos; sus afiladas garras se agitaban en el aire, amenazantes. Corrió por muchas calles, presa de júbilo, y asustó a muchísima gente. Nunca había sido tan feliz. Luego, todo se le borró, hasta que despertó en su cama, desnudo y lleno de tierra.

Cinco noches después, cubierto sólo con el abrigo que un policía le echó encima, declaraba ante el ministerio público tras haber sido detenido por andar haciendo escándalo, corriendo y gritando desnudo por Los Portales de Toluca. Alegaba con lágrimas su inocencia, afirmando que de verdad era un monstruo, y su principal argumento de defensa era: “¡Pero es que los tacos eran de la misma taquería, y eran de cabeza!”.

LA ARDOROSA POETA

Había una vez una poetisa que siempre salpicaba sus versos con las palabras: “nuestra ardiente piel”. Una tarde, mientras planchaba las camisas de su marido, se quemó severamente el dorso de una mano. Los temas cambiaron: ahora sólo versifica sobre tímidos lirios y frescas brisas.

Habla mucho de las ranas y da conferencias sobre los batracios. Los admira por su fría y lisa piel, con ausencia de cicatrices y resequedades.

UNA GUITARRA NUEVA

Aunque Damián trabajase mejor cuando el sol se hacía sentir desde atrás de las nubes, iba a soportar nuevamente el calor.

Despertó maquinalmente, como todos los días. Una semiconsciencia pegajosa por la transpiración nocturna, los ladridos del estómago.

Damián, tendido sobre el camastro, se encorva.

Pereza. Después, mientras observaba a la bañista de almanaque, calzándose los viejos zapatos, marca un ritmo conocido de sobra: primero el derecho, después el izquierdo.

“Me gustaría tener calcetines”, piensa, arrepintiéndose casi en seguida. “No, primero mi guitarra nueva”. Su mirada tropeza con las paredes grises del cuarto desnudo. En un rincón, un viejo instrumento reposa expectante.

De nuevo la misma caminata por las calles polvorientas. Otra vez “buenos días” inclinando la cabeza. Aroma de café con leche saliendo de las viviendas, en algunas a pan fresco. Nuevamente se cruza con la adolescente que lleva los libros bajo el brazo y el pelo húmedo y oliendo a jabón; la madre siempre escoltándola y extendiendo el peso antes de subir al camión. “Si algún día te encontrara solita...”.

Cuatro calles hasta la parada del autobús, las mujeres caminan unos pasos atrás. A las ocho de la mañana el viento es ya seco, levanta un polvo amarillento que parece metérsele debajo

del alma. Huellas, las mismas de siempre, unas sobre otras, en interminables estratos de hastío.

Patea una lata vacía que levanta nubecitas al alejarse con un retintín destemplado. Se prepara a subir al camión, el chofer quizá desee oír música. El estribillo temblequeante le recibe haciendo eco.

—Nomás hasta la glorieta, ¿sí?

El ceñudo conductor responde con un súbito arrancar.

Los ojos se clavan sobre el camionero. Siempre le molestan esas miradas aún hinchadas por el sueño, las mujeres huelen a desodorantes calientes, algunas faldas suben más que otras, dejando ver rodillas morenas.

Damián tararea su canción. Sabe que sólo cantando podrá desayunar como los gringos que viera a través de la vidriera del restorán; abrían desmesuradamente la boca y dejaban ver una mezcla amarilla y marrón entre la lengua y el paladar.

Termina las tres canciones, no quiere cansar a los viajeros, el viejo instrumento guarda silencio. Trece pesos. “Es mucho, nomás me faltan ciento treinta”.

Las dos de la tarde.

Damián compra una torta grasosa antes de esperar otro camión. Come con pereza, sin desperdiciar nada, ni siquiera la hoja de la lechuga con bordes negros. El estómago se aplaca un poco. Se limpia los dientes con la uña del dedo meñique.

El pavimento reverbera poniendo a las imágenes lejanas una ondulación agradable. Las casas que se ven más allá del terreno baldío se alejan perdidas en una ola cálida. Todo impregnado de un movimiento inexistente, casi líquido. Le recuerda los campos pelones de su tierra, tan lejos, tan atrás; Damián creía entonces que todas las ciudades estaban a la orilla del mar o, si no, muy cerca. El viejo Apolinar le había enseñado a tocar

la vihuela y contaba historias de marineros. Los versos que se sabe también los aprendió de él.

Algunas moscas zumban entre el calor, se oye muy lejos un eco chirriante amplificado por el pesado aire. Viene el camión. Una anciana pequeñita está junto a él, todos sonríen cuando él la ayuda a subir.

Motor en marcha, traqueteo. La guitarra se niega a dar el tono debido.

—¡Maldito vejestorio!

Todas las expresiones tienen hambre, el ambiente es denso, huele a sopa.

Él canta. Una nueva guitarra le bailotea en la imaginación.

—Otra —golpea el fondo de la copa vacía contra el grasoso mostrador—, sírveme otra.

La lluvia había puesto su espejo triste durante horas. Damián termina la jornada en la cantina de Blas.

—¿Qué trais hoy? —interroga sonriendo el cantinero.

—Nada, nunca traigo nada.

—A ti algo te pica, pero —se encoge de hombros—, si no quieres soltarlo.

Sigue observando atentamente al cancionero.

—Bien que lo sabes: me falta mucho para poder comprar la guitarra que vi en el empeño —dio un gran sorbo al tibio mezcal adulterado, se secó los labios con la manga—, es usada pero pos pa'mí como si fuera nuevecita. Así ganaría más.

—No seas ingrato.

—¿Ingrato? —Damián parece no comprender.

—Sí. Mírala —dice Roque señalando el viejo instrumento que descansa en una silla—, ésa ha andado siempre contigo y la quieres soltar ya. No hay derecho.

—Ya no sirve.

Una carcajada líquida estremece los cien kilos del cantinero, que enseña los dientes amarillos.

—¿Qué más quieres? —sirve otra copa— ¿A poco no tienes para irla pasando? Ya ves, te fío cada que quieres y luego ni te cobro nada —una larga pausa mientras Damián bebe—. Lo que tú necesitas es una vieja.

—No seas pendejo, la única hembra que necesito es una guitarra nueva.

Silencio pesado y turbio. Entre las únicas cuatro mesas sucias circula el sueño como guardián celoso. Sobre una silla, el instrumento parece observarlos haciendo una grotesca mueca; en su cara —una vez nueva— una gran descarapeladura. El grisiento listón rojo del que ocasionalmente pende de un clavo es ya casi marrón a fuerza de mugre.

Las monedas suenan opacamente en la madera.

—Ai nos vemos.

—No se achicopale, ya le dije lo que necesita —responde Blas recogiendo el dinero y riendo burlonamente.

Damián zigzaguea entre las mesas antes de llegar a la puerta. El aire frío le azota la cara; las luces de aquellos andurriales semejan fuegos macabros danzando en el cementerio.

Escupe su rabia a la noche y siente un presentimiento húmedo en el pecho.

Otro día. Se levanta optimista, se afeita con la vieja maquinilla y se corta dos veces. La caminata no es tan pesada ahora, cierta frescura en el ambiente le hace sonreír ampliamente. El sol aparece más frío. El camión ya se acerca.

Al subir se manifiesta algo nuevo, trata de ubicarlo observando detenidamente las caras que siguen sus movimientos maquinalmente. Un rostro que nunca antes ha visto. Un hombre colorado y gordo.

“Debe ser rico, todos son colorados”. Venciendo el nerviosismo que le provoca la perspectiva de una buena propina, se acerca y le interroga con la mirada. El otro, impassible, parece no enterarse de la presencia del cancionero.

—Señor, ¿le canto algo?

—¿Eh? —parece despertar— ¿Qué?

—Que si quiere le canto algo.

—Bueno, ¿te sabes alguna de Guty? —responde el hombre después de verlo de arriba abajo.

Damián sonrío asintiendo, prepara la guitarra, que, cosa rara, da el tono al primer intento.

—*Murió de pronto mi flor queriida...*

El gordo aprueba con la cabeza, entrecierra los ojos y su mano llena de venas azules lleva el compás. Le gusta.

En el pecho de Damián hay miedo a una falla de la guitarra, eso arruinaría todo. “Pero si me da diez pesos, me faltará menos”.

Entonces lo ve.

Los ojos se clavan en el objeto con la fuerza de un lanzamiento. La billetera del hombre había resbalado lentamente de su bolsillo al sacar un pañuelo. Había caído junto al pie derecho de Damián.

Un tumulto de ideas se agolpa intempestivamente, furiosamente en su conciencia, el cuerpo empieza a llenarse de

emociones en remolino, agolpándose en el pecho, subiendo en violentas oleadas hasta la garganta para diluirse en vahos de sabor amargo. Todo tan claro, bastaría un movimiento para que todas sus ilusiones se materializaran... sí, todo.

“La guitarra nueva”.

Canta. Cada nota y cada palabra comienzan a existir ahora, los dedos vuelan sobre las cuerdas, llevan pedazos de alma hasta la madera hueca. Más ideas se desbordan, el volumen se hace casi estridente. Todos sonríen. Las venas del cuello no soportan más el éxtasis desenfrenado. El mundo da vueltas. Blas-Rojo-Negro-La billetera-Guty... canta más fuerte... Rojo-la guitarra-Dinero-la guit-... ta...

Los curiosos se arremolinan alrededor del autobús. Una sirena.

—Perdone, ¿qué ha pasado?

—Nada, parece que el cancionero que venía en el camión se murió de un ataque.

THE BLACK DAY

Un día de julio del año 2070, el monumento dedicado a Cristóbal Colón en la ciudad de Toluca amaneció derretido.

No estoy hablando de una metáfora ni de algo que se le parezca, digo y narro lo que todos los toluqueños vieron con asombro durante ese amanecer veraniego: lo que había sido el gran monumento escultórico que identificaba el sur de la ciudad, en el cruce de los paseos Colón y Toluca, de la noche a la mañana se había convertido en un escurrimiento grisáceo, como si una vela gigantesca se hubiese derretido a causa de un calor desmesurado.

Automovilistas y transeúntes se detenían —causando un caos vial que llegaba hasta Lerma— a ver aquello que rebasaba los índices de lo normal. La mayor parte de la gente que a diario pasaba por ese punto de Toluca estaba acostumbrada a mirar de reojo al gigantesco Cristóbal Colón de pie sobre el gran globo terráqueo de piedra. El monumento era parte del paisaje.

Pero, verlo de pronto convertido en la masa informe de una materia gris viscosa, invadiendo tres carriles de la vía y obstaculizando el paso a Valle de Bravo... eso era inusitado. De ahí el desconcierto y posterior desorden que irradió sus nefastas consecuencias en kilómetros a la redonda.

Según el diario *El Clarín de Centro*, el coronel Remigio Azcona, jefe de la Guardia Mexiquense, atribuyó los aconte-

cimientos a una acción terrorista “blanda” del autollamado Comando Matlatzinca, como parte del movimiento reivindicatorio separatista que pretende convertir a Toluca y sus alrededores en un Estado Libre y Soberano de la República Mexicana. Con ese hecho se consumaría la verdadera libertad mexiquense, provocando la creación de otra entidad federativa, como consecuencia natural después del reconocimiento de los cuatro nuevos estados: Soconusco, La Huasteca, Zapopan y Ecatepec, a mediados del siglo. El *Mexico City Times* comentó en su edición del día siguiente que “*The toluacan events are a sign of disruption in the mexican panorama*”.

Los artistas de la región se apoderaron de la masa gelatinosa e instalaron sobre ella estructuras de alambre, luces láser, hologramas y banderines con lemas estridentes. Los teatristas improvisaron *performances* y kermeses mediáticas, lo que provocó más afluencia de gente y por consecuencia mayor desorden vial.

Por otra parte, Azcona y su equipo de expertos asesores llegaron a la conclusión de que el reblandecimiento de la piedra que constituía el monumento, así como el bronce de la estatua del descubridor de América, se debió a ataque intencional terrorista mediante un virus “multidisciplinario de reciente diseño”, capaz de atacar y disolver piedra, madera, metales y resinas.

Total: ese día, Toluca vivió una de sus fechas más negras.

LA LAGUNA HAMBRIENTA

En Valle de Bravo vivía un niño que antes de cumplir los nueve años se ahogó en el lago. Donde hoy hay una terraza frontera a una piscina de agua purificada, Luisito jugaba con un barco de juguete en una fuente de piedra. Cantaba en voz muy baja, como para él mismo, e ignorando todo lo que no formaba parte de su mundo. Su barco surcaba los mares...

Una mañana, Lisa, su madre, enloqueció de dolor. Dicen que caminó desde el embarcadero hasta la iglesia con el niño muerto entre sus brazos, y que no lloraba.

Dicen que fue la primera víctima de la laguna.

DEL BESO

No me habló.

Me miró con su profunda y hermosa mirada azul. Ella me veía por primera vez. Me veía con agrado, con ese agrado dulce y suave que sólo tienen las mujeres cansadas. Creo que hasta había una música alrededor.

Me sacó de entre los míos brutalmente, sus finos dedos me estrujaron de manera febril.

Tuve miedo.

Antes de que pudiese reaccionar, me vi frente a ella. Era la suya una presencia brusca y plana, tuve conciencia de tener sólo dos dimensiones ante ella. Cuando quise regresar a los míos ya era demasiado tarde. Había perdido el momento de decisión. El momento de las batallas había transcurrido.

—Eres tú o eres él o eres yo o qué eres si siempre has estado ahí con tu muda presencia blanca.

Ella me estrujaba, en su rostro había una sensación de coque. Su mirada estaba cubriéndome todo. Quise...

Quise que ella me besara.

A escasos centímetros de su rostro su aliento me llegaba en oleadas cálidas. Olía bien, ciertamente. Fui atraído con lentitud hasta su boca, inexorablemente. Sus labios iban adquiriendo una suavidad de música. En sus comisuras había restos de no-sé-qué.

Sentí que me rodeaban fragmentos de vidrio cuando me besó, algo me cortó desde muy dentro de mí. Sensación de fuego, fuego quemante circulando por todo mi cuerpo, por cada uno de mis poros.

—Está bueno... pero qué tienen que ver los líos raciales... si todo está hecho... me molestan los dedos cada vez que quiero abarcarlo...

Le gusté, le había gustado. Sus ojos azules de mirada negra me envolvieron en gusto puro. Su pelo rubio se le enredaba sobre la frente y acaso llegué a pensar que se parecía a Kraala. Me siento atragantado por ese cabello.

—Mira... un péndulo se mueve allá lejos... tiene que caber por el ojo de una aguja... el antejo puesto al revés nos mira inversamente a los dos.

Creo que ahora ella desea aniquilarme. Alguien dijo, mientras me arropaba hace dos semanas: “La guerra va a llegar...” ...la guerra va a llegar... pero ella me toma de nuevo y me besa, esta vez la sensación quemante se acerca más a mi alma... la guerra va a llegar y ella se distrae un momento para observarme nuevamente con mirada pegajosa.

Todos los que me observan lo hacen distraídamente, creo que ella es la única que lo ha hecho con atención. Siento sobre mí el pegajoso peso de su lápiz labial.

A veces creo que va a escupir mi beso.

Pero a ella ya le gustó besarme y creo que hasta quiere comerme. Ojalá pudiera. Me gustaría tanto poder conocerla por dentro. ¿Será tan bonita por dentro? ¿Qué tendrá por dentro a la altura del ombligo?

Oigo hablar de medias lunas y todo se me pierde entre espirales estelares. No alcanzo a escuchar más porque un hombre ha llegado y se sienta junto a ella. El hombre me elogia y no

quiero que él me vaya a besar. Ella se muestra envidiosa de mi olor y me besa nuevamente, en presencia del hombre.

Ya no me gustan sus besos, son cada vez más dolorosos, no alcanzo a sentir sus dientes, creo que me estropearía más si los sintiese. Los míos me observan como condenados a muerte, otros yacen inertes, al fondo, hechos ceniza.

Me conformo con sus labios dolorosos que van dejando en mí su pintura.

Ahora sí, siento que se va la vida de mí. Estoy dando a ella mi vitalidad. No tengo fuerzas ni para caerme. Veo sus ojos nubladamente, entre humo azul. Me toma una vez más y me dirige con una mirada lánguida. Me besa por última vez con fruición, sus ojos se entrecierran, sus mejillas se hunden para succionarme toda la vida, la última que me queda.

Me observa con lástima la última vez. Ríe y me aplasta despiadadamente sobre el cenicero.

EL VOLKS DE JULIA

Son treinta mil pesos los que necesita Julia en este momento. El mecánico, con el cabello engrasado, peinado en artísticas y elaboradas ondas, fue tajante al estimar el costo de la reparación del desperfecto:

—Son treinta mil pesos. Nueve quinientos de la enderezada de la defensa, más ocho quinientos de la hojalateada van veinte y luego entre nueve quinientos y diez de la pintura. Treinta, y mire que yo no voy a cobrarle nada que no sea lo del material y la mano de obra de aquí de los muchachos. Yo de veras con estos trabajitos no me gano nada. Si quiere, vaya a ver a otro taller y verá como le van a querer cobrar de menos cuarenta y cinco mil pesos. Mire, ayer vino un joven con un golpecito la mitad de lo que el suyo y le va salir en cuarenta. Ora que si lo quiere llevar a la agencia, allí sí le sale en sesenta, porque ya ve que esos cuates siempre le quieren poner a usted pura pieza nueva.

Le quieren poner a Julia las piezas nuevas, según el maestro éste. Ella mira con aire desamparado la abolladura en la carrocería del auto, muy cerca del fanal delantero izquierdo. No mide más de diez centímetros de diámetro y el parachoques apenas está ligeramente doblado.

—En fin, ái piénsele —añade el mecánico.

Julia sigue mirando su auto, con aire desamparado.

SUS MANJARES FAVORITOS

Antes de dormirse, el licenciado Ubaldo se santiguó, como todas las noches. Y también, como cada noche, temió no volver a despertar. Sentía pavor de quedarse dormido para siempre en las pesadas tinieblas del sueño. Últimamente, a la primera gota de conciencia en cada amanecer, con las primeras luces de la aurora, daba gracias al Creador por haber amanecido vivo y disfrutando de los dones de la existencia.

Pero, durante una fría madrugada de diciembre, soñó que no despertaba. En su boca había un amargo sabor y la respiración era angustiada. El universo era una pesadilla tan poderosa que se confundió con la realidad y encadenó al durmiente, para siempre, en un sueño largo, profundo y letal.

La necropsia descubrió en su estómago e intestinos una mezcolanza de residuos de origen animal en estado de descomposición. Un posterior estudio patológico descubrió muchos meses después —así funcionan los sistemas forenses— que los pellejos ingeridos llevaban meses congelados y habían llegado en una remesa de desechos de Tucson, Texas. La venganza del texano en tierra de Moctezuma. Ya estaban podridos cuando llegaron al taco.

Lo único que se supo con certeza, porque hay muchos testigos, es que en la víspera, a eso de las ocho de la noche, el licenciado Ubaldo hizo un alto camino a casa y, caminando pegado

a la pared para que nadie lo viese, cenó tacos al pastor, escondiéndose de las miradas, devorando con grandes y ávidos mordiscos esos sus manjares favoritos.

NI SE ENTERÓ

La maestra se colocó el cinturón de seguridad antes de poner el auto en movimiento. Sin embargo, esa mañana, las cosas no sucedieron como de costumbre.

Todos sus alumnos del quinto año de primaria sabían de memoria —gracias a ella— los procedimientos para conducir un automóvil con los mayores márgenes de seguridad. Ella se encargaba de repetir y remachar diariamente las normas para desplazarse con seguridad en el espacio vial de la ciudad.

Era siempre la primera en estacionar su auto en el lugar asignado, siempre diez minutos antes del inicio de las clases. Respetaba todos los señalamientos de tránsito al pie de la letra. Era, lo que se dice, un ejemplo circulante. Sin embargo, desde su operación estética del busto, ya nada fue igual.

Un anuncio de revista la llevó hasta un procedimiento quirúrgico caro y de mediano éxito; si bien cada seno había adquirido mayor volumen, cualquier contacto resultaba doloroso, incluyendo el simple roce de la prenda interior o de una camiseta. El cinturón de seguridad de su chevinova, al sujetarla, le producía sensaciones de fuego doloroso, como miles de alfileres al rojo recorriendo las delicadas regiones del pecho. Una mañana decidió no usar el cinturón porque el jabón había irritado su piel más delicada. Cerró con firmeza la portezuela, puso en marcha el motor y enfiló al trabajo.

El golpe que recibió su coche, casi de frente, de un taxi fuera de control, la proyectó violentamente a través del parabrisas, a más de diez metros de distancia, hecha un muñeco descoyuntado. Ambos vehículos circulaban a más de cien por hora, por el Paseo Toluca. Cosa normal.

Sus alumnos de quinto hicieron guardias ante su féretro. Algunos hasta lloraron. El cirujano estético ni se enteró.

[CUATRO]

Nadie hizo caso de las sirenas de alarma.

Todos los volcanes hicieron erupción al mismo tiempo y nadie se dio cuenta.

Los semáforos de alerta siempre estuvieron en amarillo, desde que fueron instalados. Nunca estuvieron en verde; jamás se supo lo que era una condición tranquila; tampoco en rojo, por miedo a desencadenar el pánico entre la raza.

Bajo un pórtico de las ruinas de la catedral, el vendedor de tacos de canasta ofrece sus especialidades. Algunos de sus clientes más antiguos le reclaman que hay veces en que dentro de un taco encuentran pedazos de dientes, y hasta uñas enteras.

UN AMOR PARA UN HOMBRE SENCILLO

Caray, amigo, mire usted nomás que haber gente que se atreva a decir estas cosas, a estar pagando para que salga su aviso en uno de esos periódicos. Le digo que hay gente que no tiene vergüenza, mire que haberse atrevido a decir eso. Por qué, hombre. ¿Qué necesidad había? Es cierto que Tomás ya estaba muy carcacha, bueno, para ser exacto, ya es viejo. Qué es eso de andar dando lástimas, porque cuando Antonia leyó el aviso más bien se lo imaginó como ya viejito de pelo blanco, chance hasta achacoso, de esos viejitos que ya nunca se abrochan la camisa porque sienten que se ahogan, y que usan camisetas y luego se les ve su pescuecito como si fueran pollitos flacos... Bueno, pensó ella, a lo mejor hasta es de esos que se peinan con vaselina yóqueiclu.

Pero cómo hacerle, dice Antonia, para que de a tiro no me crea tan peor, porque cuando él pide una divorciada, aunque sea dejada, ya está esperando agarrar lo que salga, pero yo no, yo no, dice Antonia, yo nunca he sido dejada, ningún hombre, palabra, ha dejado abandonados mis favores. Todos se han ido porque yo fui quien quiso darles el cortón. Luego se ponen muy necios, viera, quieren empezar a celarla a una, y eso como que pos no va conmigo. Y eso que ya este Tomás se había dirigido a todas esas doctoras del corazón y a todas les pedía exactamente lo mismo. Con unas palabras u otras, pero siempre se

salía con la suya. Siempre las doctoras ésas le sacaban sus avisitos en las revistas ésas de los destripados. Yo supe que hasta de Estados Unidos le habían mandado cartas que contestaban su avisito, pero pues no logró apalabrarse con ninguna porque todas le pedían harta lana para venir a conocerlo y el pobrecito nomás tiene su pensión de ferrocarrilero que no le sirve ni para pagar la renta del cuartito que renta allá en la vecindad de la prolongación Jiménez de la colonia Nueva Aurora en Torreón, allá en Coahuila.

UN DÍA MAGNÍFICO

—¡Maldita sea! ¿¡Dónde diablos pusieron el agua de colonia!?

—vociferó Arnaldo con un tono insoportable. Un tono que sólo usaba cuando se sentía verdaderamente importante. Hoy era un día de éstos y todos sus gestos revelaban una escrupulosidad rayana en la vulgaridad.

”¿¡Dónde diablos han puesto el agua de colonia!?” —martilleó otra vez.

”¡Ya les he dicho mil veces que no toquen mis cosas!

Tenía apenas veintiséis años, pero él creía que eso no era menoscabo alguno para su personalidad. Actuaba como un “hombre de mundo”, según le decía a sus amigos. “Hombre de mundo” eran palabras mágicas su círculo. Arnaldo seguía pensando: “Soy práctico, muy práctico. Nunca tendré tropiezos”.

—Ya te he dicho que no toquen mis cosas —dijo brusca-
mente a su madre cuando ésta le entregó la tan codiciada agua
de colonia.

Se vistió con su habitual calma, poniendo un esmero exagerado en los detalles que él consideraba más importantes, la corbata debería tener una curvatura muy especial a la altura del pisacorbata, y debería tener un nudo que tocara muy suavemente el cuello de la camisa; además, ésta debería ocultar sus puntas muy discretamente bajo la solapa del saco. “Ah —solía decirse— tengo una excelente figura”.

Después de un desayuno apresurado, y de dar a su madre un beso oloroso a crema dental, se dispuso a sobrellevar lo que él ya llamaba “un día magnífico”. Tenía un paso elástico que no dejaba de ser agradable para el observador exigente, esa mañana iba silbando una tonadilla de moda. Resultaba especialmente encantador para las quinceañeras que lo observaban, como a diario, al pasar frente a la escuela de mecanógrafas. No dejaba de ser halagador sentir en la nuca las miradas de esas niñas, y de vez en cuando darse el gusto de voltear la cabeza de forma inesperada y producir una ola de rubor y desconcierto entre las adolescentes.

Ah, pero tenía un gran inconveniente el pasar por ahí, justamente después del edificio escolar había un gran pedazo de calle sin pavimento, y Arnaldo odiaba ensuciarse los zapatos. Un día le preguntaron si prefería unos zapatos limpios o un honor ídem. El sigue limpiándose los zapatos.

Arnaldo deseaba poseer un auto, especialmente rojo. Así podría pasar a diario frente a las adolescentes y no ensuciarse los zapatos. Mataría dos pájaros de una pedrada.

Terminaron sus cavilaciones en cuanto penetró al edificio de uno de los más importantes diarios de la capital. Se sintió lleno de una importancia muy especial, una importancia de “reportero estrella”. Desde ese momento ya se consideraba un periodista hecho y derecho, pero, en realidad, su nuevo empleo distaba mucho de lo que él realmente quería. Saltó con agilidad al elevador, que empezaba a ponerse en marcha y se sumergió en halagadores pensamientos.

—Quinto piso, buen hombre —dijo al viejo ascensorista, que, impresionado por el tono, sólo acertó a aspirar el aroma del agua de colonia.

Al detener el ascensor su marcha de péndulo, se encontró en el quinto piso. Se armó de valor para presentarse al jefe de personal.

Para impresionar a sus futuros compañeros de labores, encendió un cigarrillo precisamente frente al cartelito que rezaba “PROHIBIDO FUMAR”. Siempre consideró que uno de los secretos de su personalidad era el saber encender cigarrillos en el momento oportuno y de la manera adecuada. Y así, con el cigarrillo en ristre, tocó suavemente la puerta de vidrios esmerilados en donde una vez hubo un letrero, del cual sólo quedaba “ivado”.

—¡Adelante! —golpeó una voz desde el interior.

Penetró y se encontró frente a un escritorio atestado de papeles y recortes. En uno de los extremos de tan atestado mueble, bailoteaba en precario equilibrio una lámpara. Detrás de todo esto estaba la cara más vulgar que uno pudiera encontrar detrás de un escritorio, pero, esta cara estaba unida a un cuerpo.

—¡Diga! —fue la bienvenida que le dieron.

—Soy Arnaldo Linpe.

—¿Y....? —fue la respuesta, aunada a una mueca de disgusto.

...y él, que siempre creyó que su nombre sería la llave mágica para abrir todas las puertas, para que todos ensayaran la servil sonrisa al sólo escucharlo, pero, ¡bah! Por lo menos habría que esperar un tiempo para que eso sucediera, por lo pronto habría que “hacer concha”.

Pero, lo que más le disgustaba es que lo mirasen de la manera como lo hacía su futuro jefe. Parecía que lo desnudaba con la vista, y él sabía que sin ropa no valía nada. Los ojillos oscuros del hombre vulgar, después de terminar su crítica revisión, se posaron al fin sobre los de Arnaldo, haciéndole bajar la mirada.

—No sirve —dejó caer el hombre— no necesito a nadie por el momento. Pero...— balbuceó.

”Nada, nada, necesitaría ser un día extraordinario para que tomara a alguien tan ridículo como usted.

EL CÍRCULO VICIOSO

—Ahí va otro! —dijo alguien detrás del hombre que observaba los fuegos.

Otro cohete acababa de elevarse, consumiéndose en su maravillosa cauda silbante hasta ir a transformarse allá arriba en un penacho titilante y multicolor. Los juegos de pirotecnia danzaban crepitantes contra el fondo azul de un firmamento pleni-lunar. Cientos de ojos expectantes seguían las circunvoluciones lumínicas elaboradas por la pirotecnia indígena. Cuellos que evolucionaban a cada giro viajero de las bengalas. Luz, mucha luz desparramándose en incontables explosiones sobre los rostros relucientes de los espectadores.

Leo sintió nuevamente un latigazo en el estómago. El cuello le dolía. Tenía sed, el alcohol ya no le sentaba bien. Apoyado sobre una pared y con las manos en los bolsillos seguía atento el desarrollo de la fiesta campestre, aunque se aburría. Se aburría mucho.

Luis y Felipe —sus amigos— le habían dejado solo nuevamente cuando se acercaron aquellas muchachitas insulsas disfrazadas de vampiresas. Ellos se habían acercado servilmente a saludarlas. Leo no las conocía, ni deseaba hacerlo, además, odiaba las presentaciones. Odiaba esos balbuceos que emitimos cuando estrechamos la mano sudada de un desconocido

al tiempo que nuestro yo grita: Váyanse al cuerno! Todas esas formalidades eran estúpidas.

—Ya se conocían?

—Hum de vista....

—Mucho gusto, señorita, Perengano de Tal....

—Igualmente, Menganita Fulanez. Bbllllggbb (nunca podía entender lo que decían después).

Bah! Se dijo mientras se oprimía el estómago con la mano izquierda.

Siguió mirando disimuladamente los fuegos de artificio. No le importaba lo demás, todo lo que le rodeaba estaba exento del interés que él perseguía. Aunque ni él mismo supiera qué era lo que en realidad deseaba. Así que se apostó bajo un árbol, cerca de un grupito de niñas que gritaban escandalosamente cada vez que algún maldoso lanzaba un petardo cerca de ellas.

Hacía mucho frío. Y Leo tenía veinte años.

—Ah, jijo!

—Shht, cállate!

Eran ellos, que con sus comentarios de siempre le hicieron volver a la realidad. Detrás de él acababan de aparecer los amigos. Estaban ataviados extrañamente. “Quieren vestirse como charros”, pensó Leo mientras observaba la extraña indumentaria de Felipe y Luis. Pidió un cigarrillo.

—No ha llegado Lourdes? —interrogó uno de ellos arrojando vapores alcohólicos sobre la nariz de Leo.

Por debajo de un zarape le extendieron furtivamente una transparente botella. Dio un gran sorbo viendo cómo las burbujas formaban caprichosos juegos de colores con los reflejos de las luces del jardín.

—Uf, tequila otra vez! —dijo al tiempo que hacía una mueca de repugnancia.

—Qué querías, coñac? —Luis respondió guardando la blanca botella ante las miradas sedientas de los demás.

Hacía frío. Y Leo creía estar enamorado.

[EL SILENCIO]

Leo observa con atención las lucecillas, sus manos se mueven con agilidad a lo largo del tablero, oprimiendo teclas, sintiendo bajo las yemas de los dedos las vibraciones que indican la vida de la máquina. La mujer que está detrás de él acerca una mano y la posa sobre su hombro, que tiembla imperceptiblemente a cada parpadeo de las luces. Al percatarse de su presencia esboza una leve sonrisa, animándola a seguir los movimientos de las figuras de la pantalla que tienen al frente.

La transmisión se interrumpe de pronto con un chasquido seco. El silencio —turbado sólo por el suave rumor de los motores y el zumbido de los extractores— invade la cabina. Ellos, inmóviles frente a la pantalla, miran las cifras que de cuando en cuando aparecen en un indicador.

En la orilla misma de la barranca hay reverberaciones extrañas. En cada uno de los guijarros blanqueados por el sol está presente la misma fuerza que se presiente en cada movimiento de la vegetación circundante, que se materializa en un vaho casi tangible. Ella y tú sintieron lo mismo, experimentaron la influencia de esa reverberación que parecía marcar un límite, una salida. Ni tú ni ella trataron de explicarlo, ni siquiera tuvieron el impulso de entender lo que comenzaba a suceder. Sencillamente sintieron esa presencia en forma de cortina de calor a la orilla de la hondonada. Supiste, de alguna manera no

explicada, que algo había de suceder durante ese momento de calor, que algo especial debería estar sucediendo muy fuera de los acontecimientos llamados “naturales”, algo mecánico y ya inscrito en los anales del tiempo.

—¡Silencio, cabrones!

—Se podrían decir muchas cosas acerca de las adivinaciones del pasado y de las predicciones. También podría yo mostrar a ustedes las inscripciones donde se manifiesta el testimonio escrito del naufragio...

¿Lo recuerdas? Tú ya estabas ahí. Descubriendo, redescubriendo la Polinesia.

SÍ

—¿Sí?

—¡Sí!

Ese *sí* era un golpe para Silverio.

Ese *sí* lo esperaba, pero lo esperaba con terror. Sabía que tenía que llegar tarde o temprano, cualquier día. Así, como ahora, inesperadamente, tomándolo desprevenido, como ahora sucedía.

Estaba allí parado, en el centro del patio universitario, tenso y rígido, “No puede ser”. “Sin embargo así es.... tenía que suceder” —pensó—. “¿Por qué?”.

Gruesas gotas de sudor empezaron a perlar su frente, dándole un aspecto ridículo. Pero.... ¿era posible que Silverio pudiera trastornarse así?

—¿Qué te pasa, Silverio? —Interrumpió la dulce vocecita de una niña-ninfa.

Aquello venía a echar por tierra sus aspiraciones ni él mismo sabía por qué, pero le desagradaba esa respuesta, le desagradaba en absoluto. “Acaso no soy un muchacho normal?... Sí, sí que lo soy, muchos quisieran tener mi tipo, mi figura, las chicas andan locas por mí, pero....”.

—¡Silverio, contéstame! —Volvió a interrumpir la niña-ninfa.

“Por qué? No voy a permitirme flaquear, no sé cómo, pero tengo que vencer....”.

—¡Silverio!

—....¿Eh?

—¿Qué te pasa? De pronto te quedaste ahí, como una estatua, y mira, estás blanco como papel.... Si he sabido que te ibas a poner así de chocante no te habría contestado ahora.

—Perdóname, Roxana, es que.... Así de pronto.... me tomaste por sorpresa, francamente no lo esperaba tan pronto....

Claro que no lo esperaba tan pronto, cuando se había declarado a Roxana ni él mismo sabía por qué lo había hecho, más exactamente, nunca sabía nada. Silverio era uno de esos tipos que lo hacen todo, sin saber por qué lo hacen.

“Vamos, Silverio, que vamos a pensar cosas feas”. Le habían dicho sus amigos habituales, “no te conocemos ni novia, ni.... ni nada de nada, pues....”. No pareció afectarse por esas malintencionadas palabritas, pero se fueron a clavar como certeros dardos en el blanco de su amor propio. Tan lleno estaba de amor propio que no se daba cuenta que los demás no eran “tontos” —como él los llamaba— sino personas normales (según ellas).

Sí, él, Silverio Roland, declarándosele a la muchachita más codiciada de la Universidad. Aún se recordaba él mismo haciendo un papel —según su modo de ver— “degradante para el sexo masculino....” un papel de enamorado apasionado y, el colmo, recitando las palabras que leyera en una novela rosa, jugando al enamorado, ahí, en un jardín, y como decía la tal novela: “A la luz romántica”.

RELATO DE UNA PEQUEÑEZ

Al abrir los ojos, lo primero que vio fueron las nubes pesadas y grises. Se asomaba a la ventana curiosamente. “Va a ser un día lluvioso”, pensó, “si salgo a la calle, tendré que refugiarme frente a una mesa grasienta en un café. Beberé un brebaje amargo y miraré el uniforme ir y venir de las gentes. Las aceras estarán húmedas”.

La humedad estaba en los huesos, no hay otro lugar en que pudiera sentirlo. No le gustó dejar la tibieza de las sábanas por el incierto bienestar que probablemente iba a proporcionarle el baño tibio. Un baño de tina. No pensar en nada, sólo el baño de tina. Tibio. Le fascinaba estar largo rato sumergido en el agua tan acogedora, tan suya; chapoteando infantilmente, con la barbilla sumergida, dando tragos pequeños de vez en cuando, dejándose acariciar el cuerpo desnudo por aquel elemento, el más femenino de todos.

Una incertidumbre: quizás estuviese descompuesto de nuevo el calentador, como hacía tres meses. Esa sola e intolerable idea lo paró en seco a mitad de la pieza. La pijama estaba terriblemente ajada. Othón enseñaba los tobillos flacos y peludos. La mano izquierda había quedado entre los cabellos, se rascaba. La duda se hacía omnipresente. Casi se convertía en una certeza, el calentador estaría estropeado y no podría tomar el baño de tina.

—Es muy eficiente —había dicho la portera del edificio, refiriéndose al plomero que vino la última vez—. Es muy eficiente, aunque habla mucho y creo que hasta es comunista.

Ah, ese plomero, lo recordaba perfectamente, parado junto a su querida tina de baño, hablando y blandiendo peligrosamente una gigantesca llave con peligro de golpear la blancura de la bañera. Lo que más le desagradó de él fue su peculiar manera de expresarse de las tinas. Recordaba sus palabras como si las estuviese oyendo en ese instante, rebotando una a una en las blancas y lustrosas paredes del baño:

—Estos cacharros no sirven para nada, la era moderna los rechaza, ahora ya nadie tiene el tiempo suficiente para estar sumergido horas y horas en ese caldo mugroso. ¿Ha visto usted cómo flota la mugre después de quince minutos de estar adentro? Es repugnante. Ahora que el automatismo se impone es necesario dar paso a su majestad, la ducha; sí, suena vulgar, pero es la pura verdad.

“Su majestad, la ducha”. Esas palabras resonaban irónicamente dentro de su cabeza como estribillo de una canción vulgar. Othón odiaba las canciones vulgares. Decía que eran las expresiones puras de una democracia en ruinas. Además, decirle semejante barbaridad a él, un adorador de la tina de baño. Era intolerable. En fin, el plomero se había callado, no sin antes darle una conferencia sobre los baños de ducha. No hubo comentarios y el plomero revolucionario calló. “Es muy eficiente”, había dicho la portera. Eficiente no es la palabra apropiada para un plomero como ése. No es el término adecuado para nada, se usa para nombrar algo de lo que nadie está convencido. “La palabra ideal del vendedor”, pensó.

Pero él necesitaba saber si podía tomar su baño de tina. Aún se rascaba la cabeza con la mano izquierda y tenía abierta

la bragueta, la incertidumbre se hacía más grande. No supo si pedir a la portera que cosiera uno o dos botones al pantalón de la pijama o mandar llamar al plomero. Estaba casi seguro de que ese maldito calentador estaba descompuesto nuevamente. “Hoy es un día glorioso”. Se asombró él mismo al captar ese pensamiento. No supo ni cómo había venido a su cerebro, se había colado como un invitado extraño. Ese pensamiento: “es un día glorioso”.

Reaccionó y avanzó el pie derecho hasta hacerlo salir de la alfombra. El piso frío hízole acelerar el paso para llegar al lugar. No había ahí una palabra que encajara, era simplemente *el lugar*. El dominio del gran calentador. Sintió la presencia de *él* como algo vivo, como algo maligno que se solazara en hacerlo sufrir, supo que algo definitivo pasaría.

—Que no esté descompuesto otra vez, Dios mío —musitó mientras se armaba de valor para ir a encenderlo. Al llegar junto a él, lo sintió erguirse malignamente como un ser todopoderoso, con su imponente blancura de metal barnizado. A Othón siempre le había parecido un vaso de leche. Sería porque nunca le había gustado la leche cruda.

Se plantó resueltamente ante él, pero todo el valor desapareció al ver abrirse la negra boca del hornillo. ¿Se habría abierto sola o su mano había actuado autónomamente? Sin duda, Othón se encogería al tocar el metal helado. Con gran precaución, fue abriendo lentamente la llave del gas, psss... el zumbido no se hizo esperar, empezó a inundar el ambiente con su musiquita dulzona. ¡Por fin! Ahora sólo encenderlo. Con actitud retadora frotó la pelirroja cabecita contra el negro hueco de un ausente azulejo y aplicó la llama al surtidor sonriendo sádicamente. ¡Pluff! Las llamitas empezaron a danzar alegremente en su anillo de fuego.

La inquietud había desaparecido, Othón se sentía magnífico. Era un día glorioso.

—La cara que pondrían mis compañeros si me viesen tan a gusto.

EL COLMILLO DEL GATO

Cuando bostezó, estirándose sensualmente, el gato clavó en mí su helada mirada verde. Desde entonces, no puedo dormir tranquilo.

DEL FRÍO

Aunque ese día flotaran en el ambiente miles de extraños aromas, yo sabía que ella estaba ahí. Catorce horas hacía que yo estaba inmóvil esperando. Las grandes columnas de aquel recinto eran negras, el piso se untaba a mis pies y yo era incapaz de moverme. Trece horas después empezamos a levantar las manos todos aquellos que esperábamos. Los demás se movían con viveza, yo empezaba a cansarme.

De pronto empezaron a flotar en el aire esos aromas mezclados con sonidos y supe que ella ya había llegado.

Volví a levantar las manos y sólo pude ver mi reflejo en la columna más próxima. En la boca se me empezaba a formar un grito, sentí claramente las letras llegar, una a una desde muy hondo; cómo los dientes empezaban a forzarse hacia afuera, cómo la lengua dejaba su alvéolo y salía desesperada hacia el aire caliente del exterior.

El grito vino: ¡Kraala!

El eco: ¡Kraala!

Los zumbidos empezaron a hacerse más pesados a mi alrededor y caí al suelo, arañando desesperadamente la fría superficie de la columna. Estaba caído. Ella andaba ya ahí, seguía sintiéndola. Sólo quería que no se fuese pronto.

Sentí el líquido que ya llegaba hasta el nivel de mis orejas. ¿Cuánto tiempo seguiría ahí tirado? Quizá me ahogaría en

el líquido y nadie llegaría a tiempo para levantarme. A lo mejor ni siquiera ella.

Ahora que me encontraba así, sentía no encontrarme, deseaba encontrarme yo mismo, pero, ¿dónde estaba en ese preciso momento? Yo lo sabía, pero aquel lugar no se podía ubicar con palabras. Ah, si al menos hubiera podido elegir mi propia sombra. Pero no, yo tenía ahora la calidad de esos sueños olvidados sobre la cama antes de un viaje.

El grito anunció su náusea sonora, otra vez esa angustia subiendo desde el esófago para encontrar sólo una lengua de piedra, que se negaba a salir de su mutismo.

El líquido seguía ascendiendo. Jamás creí que el tiempo fuese líquido. Seguía subiendo lentamente, ahora ya me cosquilleaba la nariz.

¡Kraala!

DE LA CARNE CRUDA

Obsérvame ahora y verás que siento lo mismo que las moscas. Estoy ahora tragando más carne porque soy civilizado y sé que ya no vendrán profetas a la tierra. Claro, ya no habrá más tedios calientes y monótonos porque ahí, ahí precisamente, donde se pide perdón, ahora crecerá un árbol.

Ahora, después que me besaste he tenido que arrancarme los dientes, abortos de hilaridad amarilla.

Te lo dije, hay veces en las que uno quiere salirse del planeta mientras traga carne. De todas maneras, ya no puedo pensar.

Creo que en lugar de bombas necesitamos prostitutas, pero no, no te asustes, pues el día de la Gran Explosión viene ya y todos los gatos se meterán en las casas de los humanos. No hay destino más halagüeño que morir siendo comido. Bah, probablemente me convierta en el único ser fecal viviente del mundo.

Emigre al planeta donde vive Kraala y escupa para ahogar al que quedó.

DE LAS SEMILLAS

Otro cohete acababa de elevarse.

No quedó nada en sus ojos después de mirarme. Kraala se vaciaba en cada mirada.

El negro espacio se tragaba los chorros de las astronaves. Las primeras. A veces desde muy alto, la veía y ella saludaba con la mano blanca. Su sonrisa subía y todas las rutas convergían en algo. Siempre regresábamos. El universo se cerraba cada noche.

Otro cohete se elevaba.

Esta vez ella estará presente. Tomará las semillas y las plantará en silencio, por mí, allá arriba. Habrá una pausa de verdor en la llanura roja. Yo, estaré cansado.

Otro cohete.

Su turno llegará muy pronto. Ya bostezan las toberas. Estoy siempre en ella.

Otro cohete acaba de elevarse.

Ella sigue mirando el espacio negro y frío.

YO HABÍA NACIDO EN EL MISMO MUNDO

*cuatrocientos besos
que serán los mismos en las mil generaciones...*

era esa voz otra vez. repetía, repetía, repetía aquel estribillo hasta el cansancio. sugería tantas cosas y a la vez no decía nada, absolutamente nada. sólo me dejaba con aquel sentimiento de soledad.

esas situaciones eran pestilentes, parecía que agua sucia goteara lentamente desde el techo, envolviéndome en una porquería absoluta.

era de noche y hacía mucho tiempo que había empezado a dormir.

a mi lado, kraala seguía respirando rítmicamente. me acerqué más a ella, su aliento era tibio y reposado, contrastaba con la humedad exterior que ya empezaba a metérseme a los huesos. la vocecilla lánguida seguía llegando con su estribillo dulzón:

*cuatrocientos besos
que serán los mismos en las mil generaciones...*

parecía como si me lastimase la cabeza contra una pared de piedra. las sombras del miedo parecían seguir llegando. vi

a kraala nuevamente y pensé para ella: “en la noche eres tú la más amada”.

ah, si al menos pudiese recostarme sobre su pecho, estaba fatigado, había librado la terrible lucha de las repeticiones diurnas. yo vencí una vez más. tuve que recostarme sobre su vientre. era más tibio.

así, las cosas parecían más suaves de lo que en realidad eran. la humedad ya no molesta tanto. dicen que en los países tropicales andan casi desnudos.

hace mucho tiempo que no veo llover, pero todavía recuerdo cómo son las gotas de agua, sobre todo cuando están escurriendo de las hojas de los árboles y parece que quedarán ahí suspendidas para siempre, como si fuesen de vidrio... aunque aquí todo sea oscuro y no vea más allá de mis narices. apesta. allá afuera apesta, es asqueroso. por eso hemos venido a refugiarnos aquí. por las noches hace mucho frío y yo me pico la cabeza con las rugosidades de la piedra.

pero ya no me importa, ya no me importa nada.

allá adentro, en las profundidades kraala escucho un terremoto, quizá sea un verdadero cataclismo. quisiera meterme dentro de ella y no salir jamás, un día se lo dije y contestó que el día que eso suceda tendría un hijo mío.

ah, las hojas verdes de los árboles, hasta ahora que he dejado de verlas me pregunto cuántas clases de hojas diferentes debe de haber. ¡cómo me gustaría tomar un puñado de ellas y apretujarlas hasta que mis manos quedasen verdes! después me las acercaría a la nariz y creo que lloraría de alegría. y, ¿por qué no? a lo mejor habría también un gran sol amarillo observándonos. no, kraala me ha dicho que en la tierra no existe un lugar así, todo está contagiado por los reptantes. si no fuese por ellos, la tierra sería un lugar prodigioso.

no debo seguir recordando cosas agradables, kraala me lo ha prohibido. si ella despertase ahora vería en mi sonrisa que he estado añorando el mundo de los reptantes. me dejaría, no me lo perdonaría.

además no me importa, ya no me importa nada.

cuatrocientos besos

que serán los mismos en las mil generaciones...

si al menos se callara la boca. un líquido caliente sube desde mi esófago pero nunca llega; ah, si al menos pudiese vomitarlo. no, eso nunca sucederá, el asco nunca se vomita, siempre permanece aletargado, sólo asalta cuando nos sentimos bien, o al menos cuando estamos en presencia de algo agradable.

cuadros y más cuadros bailotean ante mis ojos. colores, líneas, trazos que me llevan al devenir, a contemplar mi propio movimiento. líquenes de experiencias viscosas se enredan entre mis brazos y no me dejan escapar. ahora tengo que recordar irremediamente, es inútil que trate de alejar los recuerdos. cada noche es lo mismo, no puedo cerrar los párpados sin antes saborear lo amargo de lo pasado. uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, tantos meses o años o siglos atrás, retorciéndose en el laberinto de la inconsciencia y entreviendo a una ariadna demasiado lejana y con hilos destrozados por mi estupidez.

uno de los cuadros queda fijo. estático. el panorama ha empezado. miles de gentes que visten de negro permanecen mudas en una gran llanura donde ni viento hay. yo estoy ahí, en medio de ellas. nada parece vivir, sólo esos ojos diabólicos asomando entre las sombras. en una de mis manos hay una cadena de oro, suelta los eslabones como si fueran gotas, caen uno a uno en lento desgranar metálico. una mujer corre desesperadamente

alrededor de un cadáver putrefacto, de vez en cuando se inclina y lo besa. grita, grita desesperadamente y a cada grito la multitud va haciéndose cada vez más numerosa y más pesada, el ambiente se vuelve vacío de pronto el aire parece haberse esfumado y no existe nada aparte de los que estamos observando con ojos muertos a la mujer vociferante. nadie respira, los corazones se han quedado paralizados. la mujer se levanta después de haber besado el cadáver y sigue corriendo frenéticamente alrededor de él. aúlla. aúlla con una fruición que parece que ese grito saliera de las mismas entrañas de la tierra. de pronto aparece mi propia imagen y yo la observo caminar hasta la mujer, ella la toca y mi imagen cae retorciéndose a sus pies. la multitud empieza a aullar también. la tierra donde estamos parados es negra y caliente, suelta fluidos que se nos pegan a los pies, todo ahí se vuelve negro. me tapo los oídos para no seguir escuchando los aullidos, pero es en vano, siguen taladrándome el cerebro. la mujer abre aún más y más la boca, el volumen del chillido se hace más fuerte, empieza a alcanzar una frecuencia que pronto dejará de ser audible para los humanos. de pronto, por su boca, empiezan a salir pedazos de ella, pedazos de sus entrañas, toda ella empieza a salir destrozada a través de su garganta, de su grito. su sangre salpica todo lo que está cerca de ella, empieza ahogarse en sus propios intestinos, sigue corriendo en círculos, pero de súbito rompe el último círculo y con centrífugo ímpetu se lanza en línea recta hacia el horizonte, pero ahora ya no va sola, arrastra mi cadáver con la cadena dorada. creo que esto es el principio de los tiempos. la canción de dolor sigue desgarrando tímpanos.

el caos absoluto.

la multitud empieza a seguir a la mujer, que ahora ya es sólo un punto en la línea de ese horizonte negro. primero,

todos caminan quedamente, como arrastrándose sobre las plantas de los pies, de pronto, llegan a un declive en el terreno y la corriente humana empieza a hacerse tumultuosa, arrebatadora, violenta, frenética. me veo arrastrado a seguirlos. la cadena sigue goteando eslabones y dejando un rostro dorado tras de mí. tropezaban, se aplastaban pero seguían en su loca carrera tras la mujer. ella corría, nosotros la seguíamos.

pero como si una voluntad se hubiese adueñado súbitamente de todas la voluntades, la corriente humana paró formando un círculo ondulante alrededor de la mujer. ella se había detenido, ya no gritaba, pero ahora estaba vacía, toda ella se había vaciado a través de su garganta y de sus aullidos, se había detenido al pie de algo gigantesco que descansaba en una depresión del terreno, negro también. era algo tan grande que se elevaba hasta alturas insospechadas. era un embrión humano de proporciones gigantescas, enclavado en la tierra llana y caliente. tierra llena de movimientos esporádicos.

la mujer se arrodilló, la multitud imitó el acto. yo permanecía de pie. un cántico fúnebre empezó a inundar el pesado aire, mientras el monstruoso embrión se movía convulsivamente, encharcándose en los fluidos que seguía excretando la tierra... ella, como si fuese una vestal de algún rito espantoso, empieza a aullar de nuevo, convirtiendo su chillido en una sola nota, sostenida y lacerante. la multitud se movió y todos ellos clavaron la cabeza en aquella tierra. la mujer empezó a retorcerse hasta quedar inmóvil, la multitud seguía con la cabeza enterrada. después, sólo reptaron. su propio origen animal les impedía levantarse.

*cuatrocientos besos
que serán los mismos en las mil generaciones...*

un sabor agrio me hizo abrir los ojos, amanecía.
kraala seguía respirando rítmicamente. amanecía.
aunque nunca le había dado cuatrocientos besos, ella me lo había prohibido.

otro amanecer empezaba. terminaría cuando la luz solar llegase.

la almohada ya no era de piedra, era suave, muy suave, ahora. kraala seguía a mi lado, dormida, dorada, no tardaría en despertar. sus mejillas rosadas estaban calientes.

después de otra noche pegajosa sabía que tenía que seguir viviendo. era irremediable. yo había nacido en el mismo mundo. sólo la kraala, nocturna y dormida, y yo escapábamos noche a noche. de día reptábamos como todos los demás.

kraala despertaba, estaba tibia como todas las mañanas. estaba glutinosamente bella. habló:

—anoche tuve una pesadilla.

respondí:

—yo también, mi vida —y la besé.

NO SOY ESTÚPIDO, ES SÓLO ESTE AFÁN TARDÍO DE RETENERLA Y AMARLA

1

Una catedral que deja de serlo al contacto de un demonio impío y malévolo. Ya no, todo me recuerda al páramo yermo y sombrío sembrado todo de huesos.

Que la vida es sólo una colección de cosas putrefactas, de vómitos olvidados sobre la cama antes de salir del viaje.

—Te quiero —dijo.

—No sé lo que es eso —repuse.

Repitió ella:

—Te quiero.

—Vete al diablo...

Un sable endemoniado corta mis cabellos y yo decido eructar. Así como las ruedas insisten en girar, así hay un dios muerto que gira por la panza.

Yo decido pernoctar bajo la sombra de un cerebro electrónico. ¡Cibernética, nos estás aniquilando!

Hace mucho, mis terminaciones nerviosas aún reaccionaban ante el impulso de unos labios femeninos.

Números y más númenes.

Me meteré dentro de la máquina del tiempo y viviré dentro de mil años, los cabellos rubios de Kraala seguirían siendo

los mismos después de las mil generaciones que deben de pasar, después de los recorridos cronológicos de Baco y Venus acompañándome siempre en inconstante e inconforme vagar por el cielo, que entonces ya no será azul sino rojo de sangre.

De lo menos que hay que estar contento es de estar vivo.

Liquidemos la existencia. Las sonrisas lubricadas por un bigote siempre te pondrán nerviosa.

Pero aquí en la época futura ya no hay infelicidad, sólo felicidad en dimensión suprema. En este ciclo, los budistas imaginaron que yo podría encontrar a Mahoma en el Himalaya. El contrasentido del *ser*, el absurdo del *estar*.

Me dedicaré a la magia negra. Hoy he comido queso y mis amigos me han dejado.

Diga *cheese* y muera sonriendo.

Hubo una vez un hombre que quiso amar y se vio rodeado de colmillos femeninos.

Una mujer quiso amar y se hundió en las arenas movedizas.
“Toma el tren de las 8:20”.

2

Por última vez acaricié su pelo rubio y lleno de cardos silvestres. El viento aún estaba cargado de aromas de la luna. Fobos o Deimos, no recuerdo cuál. Salí de entre los maizales al mismo tiempo que la luna. Quise sentirme como ella y rodee su talle con mi brazo lleno de tics. En su aliento se respiraba la noche pasada. Sus dientes blancos tenían ahora las huellas del amor y en su espalda ya había toques violáceos.

Temblé como sólo se tiembla ante el fracaso.

Lunas, mares, tierras. Hojas de maíz que nos envuelven,
tierra que nos entibia el cuerpo. Fluidos vitales que se escapan
por las grietas.

Año veinte mil, hoy te viví, noche de las estrellas conquis-
tadas, hoy te he dominado.

IXTUBTÚN

Ixtubtún, Ixtubtún.

Era maravilloso verse crecer paso a paso. Durante toda la noche estuve observando cómo me crecían las uñas, cómo la piel iba crujiendo para abrir paso.

—¿Qué te detiene, Ixtubtún?

—¡Bah! —repitió la vocecilla dentro de mi oído—, quizá dentro de veinte siglos vagues por las piedras.

Oh, uno no puede dormir cuando lo asaltan vocecillas, especialmente si hablan del tiempo. He dejado de observar el crecimiento de mis uñas y quiero dormir, pero parece que él ha regresado... no, es solamente la vocecilla que berrea nuevamente:

—¿Cuántas veces has querido dormir?

—...

—¿Lo ves? Siempre tengo razón.

Ixtubtún, Ixtubtún...

Esta noche se hace más pesada que las otras, probablemente dentro de tres meses terrestres amanezca y pueda abrir las contraventanas, ya quiero respirar. Espero lograr el completo silencio para cuando Ixtubtún llegue, si no, jamás volveré a dormir y me convertirán en una contracción más. Ellos, los de la superficie, no toleran extraños. ¡Bah! Creo que de ninguna manera

saldré, aquí tengo todo lo necesario. Pero, desde la bomba, espero a Ixtubtún.

Otra vez me asaltan las vocecillas. ¡Tiene que haber silencio!

Ahora llega Ixtubtún. Duermo.

PROSITAS

1. LOS FRASQUITOS DE 4964

En aquella tumba de los siglos pasados se encontró la solución. Desde entonces todos se untaron la piel con esencias aromáticas. A veces usaban un anillo o un brazalete de cobre. Margún fue un pueblo que olía bien.

El rey y la reina no cesaban de admirar la elegancia de sus súbditos. Los sabios de la corte habían hecho una gran labor al encontrar aquellos frasquitos olorosos en la tumba tan extraña que se había descubierto bajo toneladas de tierra. La reina tiene esos raros pomitos. Con unas cuantas gotas usadas como muestra, los químicos del reino habían logrado reproducir los aromas, pero sólo ella tenía los originales. Esos salvajes antepasados habían encontrado la fórmula para oler bien. Ahora todos podían oler agradablemente.

La reina, orgullosa, mostraba a las damas de su corte los preciosos frasquitos de la tumba rara. Lástima que nadie pudiese descifrar los jeroglíficos grabados en ellos: Guerlain, Lancome, Dior.

Yo estaba tendido en aquel lóbrego terreno. Había caído horas antes y no había modo alguno de levantarme. De pronto, una ululación persistente llegó a mí hasta hacerme perder el sentido paulatinamente. Uuuuuuuuuu, sueño y uuuuuuuuuu, recuerdos postreros uuuuuuuuuuuuuuuuu.

Las piedras calizas empezaron a desmoronarse cuando mis párpados se cerraron. Todo fue oscuridad después.

Los chorros de las primeras astronaves empezaron a enfriarse cuando perdí el conocimiento.

3. IXTUBTÚN

I

Es maravilloso verse crecer a cada paso. Durante la noche estuve observando cómo las uñas crecían, cómo la piel crujía para abrir paso.

—¿Qué te detiene, Ixtubtún?

—¡Bah! —dijo la vocecilla—, ahora nadie te entiende, quizás cuando mueras resultes comprensible; mientras, atórate en la realidad.

Uno no puede dormir cuando hay vocecillas que lo asaltan. He dejado de ver el crecimiento de mis uñas y ahora quiero dormir. Parece que él ha regresado. Escucho. No, es sólo la voz que berrea nuevamente:

—¿Cuántas veces has amado dentro de los ojos?

No respondo, sé que esa voz no existe, pero me molesta.

II. Bajo la Pirámide

Esta noche es más pesada que las otras. La Gran Pirámide me ha tragado y su piedra me lleva más hondo cada vez. Si sólo hubiese unas ventanas para poder respirar el aire fresco de la mañana. Tres siglos esperando la llegada de Ixtubtún. Tres siglos convirtiéndome en polvo y escuchando la voz. Siempre, siempre tendré que ocultarle la verdad al infecto gusano que me habla escondiéndose en lo oscuro. Deberé decirle que a él no lo he esperado nunca. Callaré cuando Ixtubtún me libere. Tiene que llegar, o yo no volveré a dormir.

Tres siglos antes empecé a dormir aquí en lo profundo, cuando vino el fuego. Quiero despertar definitivamente y salir a la luz. Quiero ser otra vez. Entonces, estoy seguro, Ixtubtún no permitirá que las miradas se crucen de nuevo. Yo estaré y todos formaremos la vida. Digo al gusano:

—¿Me dejarás hablar cuando él llegue?

—Ixtubtún ha muerto —responde—. Está sepultado bajo las tumbas de acero. Allá arriba.

4. LLAMADO

Se siente nuevamente ese influjo que mueve las banderas. Kepís bajo la luz. El llamado de Kraala se siente en ese viento.

Cierta situación debe estarse volviendo insoportable ahora, algo debe estarse moviendo locamente bajo la piel. Lo experimento. Debe haber una tensión desmesurada en las vísceras. No importa.

Kraala llega a saber que no existe nada sin el respectivo respiro rancio. Las luces entre los árboles llegan al suelo llenas

de porquería. Colocado bajo concreto me convenceré de que no existe ya influjo de la náusea. Creemos más y acabemos pronto.

Las imposibilidades se ciernen absolutas sobre las pretensiones del sexo. Las actitudes acusadoras regresan. Ella las trae.

No tengo que decir dónde me encuentro cuando llega el llamado. Sé que cualquier lugar me parecerá húmedo ahora. Embrionismo.

Ella camina lentamente y me toma de la mano. Yo tenía miedo de que mis inquietudes se hicieran eco en ella. El llamado llega y sé lo que me rodea.

—¡Me lleva el carajo!

—¡Cállate el hocico!

El pelo debe estar hacia atrás para que se mantenga el equilibrio, los pasos deben medirse cuidadosamente.

—Sigue soñando, estúpido.

—¡Sácale el aire, pa' que aprenda!

Nadie debe saber lo que acontece, Kraala ha llamado y yo no la he escuchado.

La gente sigue hablando.

LA DECISIÓN

Siempre los niños y los perros
cuando la bomba...

ROBERTO FERNÁNDEZ IGLESIAS

I

Uddla llegó cuando sonaron las cuatro campanadas. Atravesó corriendo la blanca llanura que la separaba del lugar donde vivía Brilo. Las cuatro campanadas sonaron por segunda vez, era la hora de comer. Al llegar a Brilo sus facciones estaban húmedas, una ligera lluvia caía pertinaz. Juntos fueron hasta el gran domo que albergaba los comedores de la comunidad. Corrieron para alcanzar a entrar antes que las campanadas sonaran por tercera vez.

Sentado se encontraba ya el Gran Padre rodeado de los Moradores Salvadores, parecía que trataba de decir algo importante.

Uddla sólo tenía apetito. No quería escuchar nada ni ver nada que no fuesen las galletitas diarias. Pensaba que el Padre y los Salvadores irían a disertar nuevamente sobre la palabra “Refugio”, pero la mirada tranquilizadora de Brilo a través de la mesa le devolvió la ecuanimidad. Pero, ¿qué se creían

aquellos hombres?, pensaba Uddla cada vez que los oía discutir tan acaloradamente sobre la palabrita. Si bien era cierto que era la única palabra escrita conocida hasta entonces, nadie sabía su significado y, por lo tanto, a nadie importaba. Nadie estaba preocupado por leer o por escribir, y mucho menos por hablar.

Hacía cuatro siglos que habían visto esa palabra grabada sobre la puerta de sus moradas, y sólo habían aprendido a leerla mentalmente. Su significado era lo de menos.

II

Brilo tampoco hablaba nunca. Uddla y él empezaron a estrecharse las manos desde que eran niños, todos los días sus rodillas se entrechocaban amistosamente. Salieron de los comedores y se dirigieron al lugar de Brilo. Al pasar por la llanura blanca recordaron su niñez y sus juegos, recordaron a los hombres de las praderas comer la blanquecina hierba que ahí crecía. Ellos nunca habían comido la hierba, podrían considerarse privilegiados, pues eran de la comunidad del Gran Padre.

Éste y sus Moradores Salvadores habían rescatado de todas las viviendas unas raras máquinas que elaboraban las galletitas que todos comían, ahora había muy pocas. ¿De dónde venían? A nadie le importaba saberlo, sólo sabían que cuando eran niños ya existían las máquinas, y sus abuelos ya las habían conocido. Ahora sólo quedaban cuatro máquinas, y el Padre había prohibido la procreación. Les asustaba la idea de tener que pastar. Además, querían comer bien.

La idea nació en sus cerebros al mismo tiempo. Sus rojizos ojos se encontraron y resplandecieron de júbilo. Huirían. Sí, huirían lejos, aunque tuvieran que atravesar la región de la

niebla venenosa, nada importaba, sólo alejarse de ahí y ser felices. Aunque fuese cuatro siglos tarde.

Se alejaron dando grandes saltos. Procrearían y comerían carne cada nueve meses.

ANOTACIONES SOBRE CÓMO MURIÓ EL PRIMERO EN LLEGAR

Farko estuvo escuchando atentamente las palabras del que habló, esperando que continuara.

—Hemos visto demasiado las paredes que nos encierran, hemos dibujado hasta el último centímetro de ellas. Estos muros nos cansan de nosotros mismos. Debemos salir ya.

Farko miró varias veces a su alrededor. Sobre las únicas cuatro articulaciones útiles de El Primero en Llegar empezaron a verse las manchas rojizas que habían hecho morir a los más viejos. Trabajosamente puede moverse ahora; mira a Farko y trata de hablar nuevamente. Ya no puede hacerlo, sufre mucho.

Sobre su frente resbalan gruesas gotas de sudor. Farko dice:

—El Primero en Llegar debió habernos dejado salir cuando callaron las sirenas.

No hay respuesta, todos lo miran. Desde ese momento su nombre será olvidado y se convertirá en El que Habló.

Los puños de todos se cierran con desesperación, saben que desde más allá de los valles y desde más allá de estas paredes vino la niebla. Nunca quisieron verla, ni aun a través de los gruesos vidrios del segundo piso, clausurado ahora.

“Julio Baker llena sus tarros del líquido amarillo. Se prepara. Llegará a la puerta cerrada después de muchas horas de caminar bajo la luz del Sol. El calor, insoportable. Se refugiará

en algún lugar. Las puertas estarán cerradas. Kilómetros de distancias yermas. Muchos meses vagando. HAMBRE”.

Las manchas han seguido apareciendo sobre las articulaciones de El Primero en Llegar. Solamente el constructor de goznes se ha ofrecido a curarlo, no pudo. Han esperado que muriera, pero vive todavía. Alguien trata de abrir desde afuera, ojalá logre hacerlo.

(Hemos pasado aquí tantos días, tantos meses, que no sabemos si la noche sigue al día.)

Las llaves de El Primero en Llegar no están al alcance de nadie.

“Julio Baker vence la cerradura. Dentro, un anciano lleno de manchas rojas, lo remata de una puñalada en el vientre; tres cadáveres y uno que agoniza, a éste lo guardará”.

(Al fin respiré el aire de afuera, he salido del lugar en que nací. He visto el Sol.)

UN BUEN DESCUBRIMIENTO

Aún no llegaba la estación de las lluvias cuando las hordas comenzaron a moverse hacia el norte. Las hierbas blanquecinas se mecían suavemente al impulso del viento seco.

Otra vez, después de muchos siglos, el aire era puro.

Estón e Ikkra, en lo alto de la colina, veían el lento y penoso desfilar de sus congéneres. Eran privilegiados, pues pertenecían a la casta de los Descendientes. Sus cabezas, redondas y cubiertas de una pelusilla que revelaba su origen, siempre se inclinaron ante los mayores desde que les habían apareado, durante las festividades con motivo del redescubrimiento del fuego. Elegidos entre tantos otros para la Gran Emigración, serían los colonos principales de la región de las llanuras verdes, recién descubiertas.

Estaban ya quedándose solos. El polvo que levantaban todos los emigrantes se perdía en microscópicas partículas en la espesa atmósfera del atardecer. Él se inclinó a recoger las pertenencias de Ikkra; les tocaba iniciar solos la marcha, eran los únicos que habían de ir hacia el lado del sol. La mirada de ella se entristecía. Estaban solos. La vegetación enana hizo eco de sus palabras:

—Vamos, Ikkra.

Las nubes eran grises cuando terminaron el descenso de la colina, todavía hubieron de caminar mucho antes de llegar al

pie de los grandes árboles. Estón atrapó unos peces pequeños que arrastraba una corriente verdosa y frágil; Ikkra los asó al fuego y, después de comer, pernoctaron.

El amanecer vino tibio y claro. El miedo se reflejaba en los grandes y oscuros ojos de la mujer. Unos animalillos los despertaron al saltar a su alrededor.

Caminaron cuatro jornadas, los bosques quedaron atrás; caminaron bajo la luz del sol, el calor inclinó sus cabezas. Ikkra se lamentaba y se detenía a cada paso. Las dos figuras se perdían en la inmensa llanura seca. Buscar. Caminar.

Al quinto día se terminó el agua que llevaban en el cuenco de arcilla.

—Hemos de encontrar agua —dijo Estón, llevándose la mano sobre los ojos.

—¿Por qué no regresamos? Nadie se daría cuenta.

—No, atrás no hay nada por hacer —fijó la mirada en algo lejano, fruncía el entrecejo para mejorar la visión. Se puso tenso.

—Mira, allá —señaló con el índice— allá, ¿no ves?

—¿Dónde? —ella no vio, había fatiga en su rostro.

—Allá, algo brilla. ¿Puedes verlo?

—Sí, creo que veo algo; es blanco —sonrió—, es blanco.

Estón corrió desesperadamente, empleando sus últimas fuerzas, ella lo seguía penosamente. El punto blanco agrandándose visiblemente.

Estaba semienterrado en la arena blanda, era grande, más que los dos parados uno sobre otro. Tenía la forma de una gran naranja.

Ellos, como todo miembro de la casta de los Descendientes, sabían descifrar los caracteres de los antiguos pobladores de la Tierra; grandes símbolos negros en sus costados:

—Estón —dijo lentamente Ikkra—, mira, esto debió haber sido abierto hace tres siglos.

—Sí, después del siglo del Gran Castigo.

Encontraron un resorte que hizo abrirse la esfera en dos mitades. Nunca hubiesen imaginado hallar tal diversidad de cosas desconocidas. Los hombres de la época del Castigo eran más avanzados de lo que supusieron. Estón buscaba agua, ella encontró un pedazo de metal negro y reluciente, con pequeñas piezas móviles, que se ceñía perfectamente a la forma de la mano cerrada.

—Mira, ¿qué puede ser esto?

Un ruido semejante al de las nubes al anunciar tormenta, una aguja de fuego saltando del objeto y yendo a clavarse en la mitad de la frente de Estón, que tiende una mano angustiada; después, queda inerte.

Colt. Made in Hartford, Massachusetts.

Ikkra mira tranquilamente a su pareja inmóvil. Empieza a buscar algo qué beber dentro de la cápsula de los siglos pasados.

Tiene una sed espantosa.

RELACIÓN

“El Nuevo Sol puede ser el verdadero Dios, pero yo sigo viendo que la Tierra es cada vez más gris y que los hombres de arriba siguen golpeando a los de abajo.

Han pasado veinte siglos desde que la Gran Guerra sembró la Tierra de cadáveres negros; entonces, las nubes tomaron ese tinte rojo que tres siglos después se desvaneció. Hace veinte centurias las palabras dejaron de tener significado, el Gran Reino nacía.

Sé que la verdad jamás llegará hasta el corazón de los hombres, por eso hoy escribo sobre la hoja de la planta amarilla y dejo registrado un poco de lo que he visto. Seguramente los sacerdotes del Nuevo Sol se encargarán de hacer que mis palabras lleguen hasta el final de este tiempo.

Muchas veces tuve que purificar mis manos bajo el Nuevo Sol antes de tocar los libros antiguos. En sus páginas leí las cosas que mis ojos aún ven. Palabras comprendidas sólo por sabios, guardadas celosamente por los santos de esta era, sucesos que hacen a la sabiduría perdurar a través del tiempo.

En los libros de la antigüedad aprendí que los antepasados bárbaros eran capaces de encender luces en el aire y de hacer que los hombres pudiesen volar sin más auxilio que un armazón de metal. Ciertamente los ignorantes y los esclavos jamás podrán comprender las maravillas de los siglos de la barbarie,

pero doy gracias al Nuevo Sol porque ya nunca habrá entre nosotros la división que hizo a los antiguos verter su sangre y dejar sus huesos mondados en las llanuras.

Y he aquí transcrito detalladamente lo que pude traducir de tales documentos guardados bajo el polvo de los siglos.

Noviembre 15 AP Los orientales rechazan enérgicamente la petición de Estados Unidos.

Noviembre 16 AP Estados Unidos se niegan aceptar las propuestas orientales.

Noviembre 17 AP La situación es tirante, se trata de llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

Después de esto no se registra nada. Me propuse encontrar la causa de lo que ocurrió, pero sólo puedo dar fe a los testimonios verbales de los abuelos de los mutantes, que oyeron directamente de los mutilados la verdadera versión de los hechos, que guardan celosamente de padres a hijos. Sólo ellos conocen la historia del cataclismo.

Ahora, en el siglo xx después del Nuevo Sol, los hombres parecen haber recobrado la razón. Los esclavos están satisfechos de su condición y los grandes son más grandes cada día. Pero yo he sido condenado a morir en la hoguera por atreverme a mirar en los textos antiguos.

¿Hice bien? No sé, pero al menos mi espíritu ha quedado satisfecho...”

(Until here the account of Arthur, apprentice of historian executed in the xxth Century of the New Sun Era.)

LAURITA

Cuando quiso volver a salir ya era demasiado tarde, pues la Gran Boca la había engullido.

Todo empezó cuando recibió una extraña carta que no iba dirigida a ella, pero que ella abrió, iba dirigida a un tal Frolin y el remitente era un tal Frolin, ella la abrió de todas maneras. El sobre estaba cerrado herméticamente, tanto que cuando lo abrió escuchó el silbido que se produce al cambiar la presión atmosférica dentro de un recipiente cerrado. Hasta hubo algún tufillo raro por ahí. Ella lo abrió de todas maneras.

La carta sólo decía una cosa en grandes caracteres:

11 – 11 UNDERBLOTZ

Fue a esa dirección y allí fue engullida por la Gran Boca. ¡Vaya con este planeta loco! Allí supo que Itzamná es el padre y creador de toda la humanidad, que es la imagen del sol que nace, que representa la luz, la vida y la sabiduría.

Y Laurita supo que mientras estaba en la Gran Boca iba creciendo, sus piernas iban poniéndose gorditas e iban adquiriendo arrugas que en nada la favorecían. Hasta sus ricitos empezaron a caérsele y acabó por quedar calva.

Cuando ya no cupo en la Gran Boca hizo su solicitud para ser escupida. Después del papeleo burocrático lo logró y cayó

en una banqueta, donde un perro la orinó, pues como estaba calva la confundió con una toma de agua como las que se ven en las películas de gánsters. Sí, como ésas en las que siempre se estrella el auto de los bandidos.

Allí conoció a Frolin el de la carta y con él se casó, dando origen a los ocho enanos y muriendo juntos en la Gran Caries.

EL TIEMPO

en la papeleta de pago había un nuevo descuento. dos comidas menos, otra vez lo mismo en un solo periodo de trabajo.

—no aguantaré esto mucho tiempo —se dijo alfo, guardándose el cartoncito en el bolsillo. había perdido ya mucho tiempo tratando de encontrar un calendario adecuado para el mundo, los días se encerraban en un mutismo uniforme y se convertían en enigmas— ¡bah!, de todas maneras nadie sabrá el día que mueran todos.

esa mañana había interrogado a su padre acerca de las antiguas medidas del tiempo. el viejo no sabía nada; después había visto a uno de los reguladores y tampoco recibió respuesta satisfactoria. decididamente él solo tendría que encontrar la medida del tiempo.

cuando era más joven, había visto en la biblioteca, en uno de los doscientos únicos tomos del libro sagrado, una representación gráfica de la división de los días, estaban agrupados en columnas de siete, unos marcados en rojo, los demás del mismo color, y todos con unos pequeños caracteres ininteligibles debajo de cada uno de ellos. tenían la figura de la luna, pero nadie sabía cuál era la relación. decididamente en siglos pasados sí sabían llevar un estricto control del tiempo.

pasó sus largos dedos por el cabello blanco y decidió encaminarse a casa. las veredas estaban bien cuidadas en esa época,

de cuando en cuando se veían los monumentos de los antepasados, las ruinas más bien. empezaba a nacer una hierba grisácea al pie de aquellas edificaciones que tanto diferían de las actuales. era inconcebible cómo pudieron vivir aquellas gentes, en casas amontonadas, una sobre otra, como en el parque de lunt-rak, donde había una ruina más alta que veinte árboles de los más altos, colocados uno sobre otro. los relatores decían que de uno de esos templos (pues no podían ser otra cosa) se habían encontrado los diez veces veinte tomos de libros sagrados, donde estaba concentrada toda la sabiduría de los antiguos habitantes de la corteza.

al llegar a casa vio que los granos seguían apareciendo en las articulaciones de gran padre, de seguir así, pronto se quedaría inmóvil, como todos los viejos que habían estado en su puesto antes que él.

LA AGENDA DE TALLINN

1. MEMORIA DE UN FIN DE AÑO

Hace ya algunos inviernos, seducido por el exotismo de los campos nevados de Europa, me decidí a llegar a Tallinn, una alejada ciudad de la costa del mar Báltico, ciudad ni muy grande ni muy chica, asentada junto al mar helado del norte.

París me había agotado tras una temporada teatral demasiado intensa y prolongada. Durante cuatro meses había sido traspunte en el Theatre de la Huchette, durante las cincuenta y ocho presentaciones que se dieron de *Las sillas*, bajo la dirección de uno de mis profesores. Estaba saturado de trabajo y de luces, del polvo de las tablas del viejo escenario y de luces, siempre las mismas luces de los mismos reflectores, noche tras noches, excepto los lunes.

Cuando comenzaba diciembre hubo receso de fin de año —y de temporada—. Reunida toda la compañía alrededor de muchas botellas de champagne, despedimos a los compañeros que no regresarían el próximo año y, los demás, después de abrazos y besos, prometimos encontrarnos en enero. Unos permanecerían en París, otros visitarían a sus familias: unos en Polonia, otros en España o Italia, y así... sólo el mexicano no tenía lugar a dónde ir a pasar las navidades. Por ese entonces

me encontraba solo y sin compromisos... pero también melancólico y solitario.

2. EL RELOJ DE MADERA

Vista desde el aire, a bordo de un avioncito a punto de aterrizar, la silueta de Tallinn se recorta nítidamente en el horizonte. Los quince pasajeros del avión de la Svenska Luft, en su vuelo semanal entre Estocolmo y Tallinn, mirábamos con aire aburrido, durante el aterrizaje y momentos previos, el claro perfil de la vieja ciudad. El horizonte se recortaba en ribetes de cúpulas, espiras y agujas contra la fría transparencia del cielo.

Tallinn es ciudad vieja. Fría como el mar Báltico, se aprecia olvidada a pesar de la gloria y el poder que ostentó a lo largo de los siglos XIV y XV como metrópoli de poderosos comerciantes del norte europeo, la antigua Liga Hanseática.

Mi contrato de trabajo estipulaba dos conciertos en Tallinn. El director de la orquesta me acompañaba al hotel al terminar los ensayos. Parecía ansioso de decirme algo que probablemente por timidez —yo me decía— no se atrevía a expresar.

En una de sus más venerables iglesias hay un reloj del siglo XVII, hecho enteramente en madera.

Fue ahí precisamente, frente al gran reloj, donde la estudiante de violín conoció a la anciana que se desmayó frente al mecanismo de los ruidosos engranajes de madera.

En la iglesia del Espíritu Santo no hay una enfermería o un servicio de primeros auxilios. La mujer, que también contemplaba el reloj, levantó del suelo a la vieja y la llevó en brazos hasta el exterior y la recostó sobre una banca cercana a la entrada del templo.

“En la vida real todo es diferente”, se repetía la joven que, arrodillada, reanimada a la anciana con los eficientes movimientos de una persona de cabeza fría que sigue paso a paso las rutinas de un curso de primeros auxilios.

La anciana se encontraba en esa antiquísima iglesia, frente al reloj de madera, casi por casualidad. Una serie de circunstancias poco usuales la habían llevado hacia ahí, desde una lejana aldea costera de Irlanda “a donde llegan más turistas de la cuenta y todo está echándose a perder”, recitó Bridget en cuanto recuperó la conciencia y se presentó, llena de disculpas.

3. MANTEQUILLA DE UCRANIA

Ya durante aquellos largos paseos a orillas del Báltico aparecían los mismos huecos en el aire frente a uno.

Llegaban como deslizamientos imperceptibles y uniformes que me desembocaban directo hasta las cinco de la tarde, cuando el sol era amarillo y se ocultaba por el rumbo de Tallinn y Vana-Vändra. Como culebritas saboteando discretamente, corroyendo despacio mis mejores esfuerzos para articular los elementos de la vida cotidiana. Así nomás, como un puente tendido sobre el día. Puente armado a cada paso,

hasta el pequeño café frente al muelle, las repetidas tacitas de café tomadas en la mesa del rincón donde, junto a la vidriera, se iban las dos primeras horas frente al cuaderno frío y blanco. En blanco. Luego venían los largos paseos frente al mar, siempre por la misma ruta gastada entre las rocas, mirando los barcos navegar lentos hacia el puerto. Después encerrarse en aquella habitación con ventanas hacia el huerto y conectar la brillante grabadora plena de mecanismos casi mágicos: cinco, cuatro, tres, dos, dos puntos y aparte. De cómo comenzar un texto telepático. De cómo las conciencias no lo son. De cómo se da inicio a un buen texto críptico. Del cómo del motor escribánico.

Más tarde, justo antes de ir a la cama, Irina colocaba la charola de plata con la minúscula copa de vodka helado y el cigarrillo único sobre el cenicero de obsidiana.

4. LA COLECCIÓN SHARTERYS

En el periódico *Finland News*, que se publica diariamente en Helsinki en idioma inglés, correspondiente al 3 de abril de 1997, apareció una nota anunciando los preparativos de una subasta que se llevaría a cabo en el Kansallismuseo, donde dos o tres veces al año los ricos compran muebles y objetos de arte. En la nota se menciona la probable venta de un célebre y extraño conjunto de camas muy peculiares, la colección Sharterys, integrada por muebles que fueron creados para adaptarse a anatomías de antiquísimas reminiscencias. Se decía que un millonario de Hamburgo iba a ofrecer una verdadera fortuna, pues ya había construido en su castillo de Luneburgo un ala especial para albergar las famosas camas.

Cada una tenía detalles que la singularizaban y que podían hacerla destacar individualmente. Sin embargo, el haberlas agrupado en una colección resaltaba su extraña naturaleza, concebida para “una visión torcida de la realidad”, según dijo un autorizado experto romano después de admirar la colección. Fue lo único que dijo ante la prensa especializada. Después no quiso hablar del asunto, por más que se lo rogaron los enviados de algunos corredores de arte, ofreciéndole dinero a cambio de sus palabras.

El industrial de Hamburgo temía que un competidor suyo proveniente de Chicago le ganase la colección, algo que le parecía ultrajante, pues las camas habían sido diseñadas en Europa y en Europa deberían quedarse. Los norteamericanos, con su típico salvajismo, pensaba el noble alemán, serían incapaces de comprender las exquisitas irregularidades que insinuaban las formas de los muebles. Se afirmaba que si uno podía sostener la mirada durante más de tres minutos sobre un mismo punto de cualquiera de las camas, invadía al observador una inexplicable sensación de angustia, algo así como cuando se percibe de reojo una sombra cuya forma desconocemos.

Durante la última exhibición pública de las camas, tuvo lugar un suceso que causó inquietud en la sociedad culta de la ciudad de Lucerna. Durante el segundo día de la exposición, un estudiante de filosofía, fanfarroneando de anarquista ante sus compañeros, se acostó en una de las camas y simuló copular sobre ella con una amante invisible. Cuando colocó su cuerpo sobre el mueble, la peculiar forma de la cabecera le obligaba a torcer la cabeza, como si estuviera roto de esa parte del cuerpo, dando como resultado una imagen ridícula y de macabra comicidad. Los custodios de la exhibición expulsaron al estudiante y a sus camaradas, no sin antes haber tomado los datos

personales de todos y cada uno. La policía suiza se encargaría de multarlos, de eso no se escaparían.

La multa correspondiente a Kaspar, que así se llamaba el estudiante bromista, nunca pudo ser pagada. El día siguiente a su visita a la exposición lo encontraron muerto en su habitación con el cuello roto. Lo extraño del caso es que estaba perfectamente acomodado en su lecho, dando la impresión de que en medio del tranquilo sueño, *algo* le hubiese partido las vértebras cervicales como si fueran palillos de dientes. Además, el cuarto estaba cerrado con llave por dentro. Este incidente y otros varios muy semejantes, que siempre implicaban una relación con las camas y que también resultaban en acontecimientos de violencia o desgracias, añadían un morboso atractivo para los coleccionistas ávidos de emociones fuertes.

Por esos días se celebraban en Tallinn, ciudad a orillas del mar Báltico, grandes reuniones de artistas de teatro. Sobre una de las mesas del Teater Baar, encontré el periódico que alguien había dejado abandonado y donde resaltaba, por estar enmarcada con lápiz rojo, la nota sobre las camas. El diario debió ser olvidado por uno de los integrantes de la compañía teatral de Helsinki que esa tarde se había presentado en el festival. Como Tallinn y Helsinki están separadas sólo por tres horas en *ferry*, las perspectivas de asistir a la subasta eran prometedoras, ya que la anticipación crecía entre los aficionados a la búsqueda de rarezas. Los magnates, el norteamericano y el alemán, seguían enfrascados en los preliminares de la lucha.

Los sucesos degeneraron y ganaron fuerza por sí solos, fuera ya del control de los contendientes. El camión remolque que transportaba la colección Sharterys fue detenido por un grupo de encapuchados armados en las afueras de Londres, lugar de su custodia permanente. Hasta el momento se desconocía el paradero de las camas. Nadie sabía si las habían robado o sólo se trataba de un truco publicitario. En Helsinki, los organizadores de la subasta declararon que se trataba de un malentendido y rogaban a los visitantes que ya se encontraban en la ciudad esperar unos cuantos días. Como la mayor parte de los visitantes para la subasta era gente acomodada, la mayoría permaneció en una espera saturada de reuniones sociales, fiestas y heladas excursiones a los alrededores. Durante uno de estos paseos, mientras un pequeño grupo de excursionistas caminaba por el parque Esplanadi, otros sostenían una misteriosa reunión en un bar no muy iluminado; ahí se dijo que alguien había asegurado que las camas sí habían sido robadas y estaban a la venta en el mercado negro, incluso estaban ya en la ciudad, y los vendedores planeaban ofrecerlas a los posibles compradores contactándolos individualmente.

Uno de los más ansiosos compradores, además de los dos millonarios ya mencionados, era un mexicano que aparecía poco en los lugares públicos, pero que había estado dispuesto a pujar fuerte en la subasta. Vestía de manera poco discreta y con detalles muy notorios, como un abrigo de pieles que le llegaba hasta los tobillos y un gorro de astracán. Dado que ya no estaba asegurada la celebración de la venta, los presuntos clientes hablaban en público de las cantidades que estaban dispuestos a pagar por la colección de las veinticuatro camas, con la esperanza de que las ofertas llegasen a oídos de quienes estaban en posesión de los muebles. El mexicano ofrecía hasta un

millón de dólares por cada pieza, de modo que estaba dispuesto a desembolsar veinticuatro millones. Se decía que el hombre y sus acompañantes no hacían mucha vida de sociedad debido a que él era prófugo de la justicia de su país, que había sido un prominente político y que estaba condenado a no volver a casa en muchos años, so pena de ir a dar con sus huesos a la cárcel. Un persistente rumor decía que vivía en una pequeña isla que había comprado en el Golfo de Finlandia. Lo acompañaba siempre un jovencito de apariencia raquítica que parecía su hijo y una mujer robusta de mediana edad, con el pelo teñido de rubio platino, muy llamativa y con los dedos cuajados de sortijas de diamantes.

Pasaron varios días. El entusiasmo por la subasta de las camas fue decreciendo a medida que los compradores comenzaban a regresar a sus lugares de origen. Como de costumbre, siempre había versiones no comprobadas y rumores que despistaban a los competidores: que algunos habían comprado ya equis número de camas, que las estaban vendiendo al menudeo y que por ello algunos habían abandonado ya Helsinki cargando su tesoro.

Varias semanas transcurrieron. La expectación despertada por la colección Sharterys fue desvaneciéndose. Los últimos que permanecieron en la ciudad se convencieron de que, en efecto, la colección había sido desintegrada y que habían vendido las camas separadamente entre los interesados. Nadie volvió a pensar en ello hasta mediados de ese año, cuando las noticias locales comenzaron a reseñar unos macabros hallazgos en el parque de Seurasaari. Una mañana los deportistas madrugadores dieron parte de tres dedos cercenados que estaban pulcramente alineados a la orilla de un sendero. Algunos días más tarde los niños que jugaban cerca de una escuela descubrieron

cuatro dedos más envueltos en papel celofán. Los exámenes practicados en los apéndices revelaron que pertenecían a la misma persona, y seguramente no con características raciales nórdicas. En la prensa se especuló mucho sobre el asunto, pero también cayó en el olvido. Si no había un cadáver, todo quedaba reducido a delito menor y nadie se interesó más.

Pero a principios de 1999, en el aeropuerto de la ciudad de México se interceptó a una mujer que, acompañada por un jovencito, pretendía introducir al país cuatro paquetes hábilmente escondidos en las maletas. Después de un somero estudio del contenido de los paquetes se llegó a la conclusión de que se trataba de pedazos de carne humana desecada. La mujer, que llevaba encima una fortuna en joyas, exculpó al muchacho, asegurando que él ignoraba todo lo relativo a los paquetes. Cuando él fue interrogado, sólo dijo que su papá siempre había querido ser enterrado en el Panteón de Dolores, en el Distrito Federal, no en una perdida isleta en medio de un mar siempre frío, y que su madrastra sólo había querido cumplir con su última voluntad.

Ninguno de los judiciales que interrogaron a la mujer creyó la historia que ella narró. Estaba loca, eso era seguro. Aseguraba y perjuraba que en cuanto su marido —el licenciado X— comenzó a dormir “en una cama muy rara”, empezó a portarse de manera muy extraña y, aunque parezca increíble, comenzó a desbaratarse en pedacitos. Primero tiraron los dedos, luego tuvieron que ingeniárselas para deshacerse de brazos y piernas, orejas y genitales. Sólo cuando quedaba el tronco y la cabeza llegaron a la conclusión de que algo habría que dejar para cumplir con la voluntad del interesado.

Ella nunca quiso acompañarlo a acostarse en esa cama.

AQUELLOS MOMENTOS

La noche se acercaba. La tarde se había escurrido húmedamente. La lluvia había dejado de caer sin que nos diéramos cuenta, afuera todo empezaba a inundarse con esa frescura eufórica que siempre sigue a las gruesas gotas del verano. Claudia se había levantado y se arreglaba frente al espejo. Arqueaba las cejas. Permanecí inmóvil, viendo las nubes grises muy lejos, a través de la ventana. Los automóviles hacían crepitar el pavimento mojado. En el aire de la habitación se respiraba sólo el aroma de ella. Después, durante horas, permanecimos silenciosos. Yo hacía un infinito de cada uno de aquellos momentos.

NO SOPORTABA

No soportaba un día más en la ciudad. Las calles mismas se iban convirtiendo en una constante molestia. Las caras uniformes de los metropolitanos, hechas de lo cotidiano, hechas a dejar el último aliento bajo un neumático caliente. Instintos escondidos. Yo vomitaba mis creencias a través de un Sartre deformado por mi mestizismo. Viejos y jóvenes. Sólo rostros y sonrisas mecánicas ametralladas por la caries ambiental.

Desde el tranquilo restaurante, siempre salía algo de mí por los ojos e iba a instalarse entre el humo y los pies en movimiento. Ahí, donde todo se mueve, yo estallaba cada noche. Todas las angustias acumuladas en mí y amenazando desbordarse. Escape.

Claudia dejó de toser y me miró fijamente. Sus ojos castaños adivinaron todo en ese momento. Se había roto la barrera de las palabras. El punto más difícil estaba alcanzado. Me entendía en el silencio. La idea había venido al exterior en forma de un pinchazo agudo sentido en la piel; había venido subiendo en espiral y sólo se necesitaba una palabra para materializarla. Ella esperaba en silencio, con el mentón recargado en una mano, con la otra se tocaba el cabello. El anillo se me hacía resbaladizo. Los vasos hacían su habitual ruido a nuestro alrededor y una súbita pendiente aparecía frente a mí. Una situación en la que no deseaba que apareciese la palabra *yo*. Ella tenía miedo.

Una mujer frente a nosotros bostezaba haciendo ruido, yo estaba plenamente consciente de ello, de cada una de las cosas que nos rodeaban. En aquellos momentos todo vivía, todo acababa de nacer y caía en mi misma pendiente. Todo tomaba su parte en la situación. Quise seguir los movimientos de Claudia, pero sus manos se movían de una manera ausente, en rápidos movimientos nerviosos. Esperaba, y su mirada no era de frente ya. Hablé pensando hacia arriba, me sentía en el fondo de todo.

Extendí la mano a través de la mesa.

—Te amo.

Me miró. Habló tan lentamente que sentí que cada una de sus palabras también caían, hasta el fondo, abajo, muy abajo.

—Sólo una condición, no trates de hacer esto infinito.

ABRO LA VENTANA

Abro la ventana y respiro el aire de la madrugada. Sostengo la hoja de madera, impido la salida del pesado silencio que se mueve como algo vivo dentro de la habitación, a mis espaldas. En las paredes quedan todavía ecos de las risas de Ursa, de su risa cansada después de hablar durante horas de las casas de la colina, donde se ven desde muy lejos las luces ambarinas al anochecer, cuando sirven un plato de sopa junto a la chimenea.

El frío purifica mi reflejo sobre los cristales de la ventana. Miro: es como si una sombra se hubiese apoderado de la mitad inferior de mi rostro, dándome el aire de un profeta precoz, componiendo el gesto que malogrará el día. Este día, lleno de pensamientos grises, quietos y musgosos, como olvidadas figuras de barro. El agua escurre todavía del tejado. Escucho con esa fruición que todo me lo convierte en música, proporcionándome una manera nueva de encerrarme, de seguir encontrándome en medio de la espera alargada, dentro del sucesivo imaginar en llegar y abrazar y ver por primera vez. Se huele el viento, el mismo que la trajo mezclada con hojas amarillentas y papeles descoloridos, entre minúsculas gotas de agua. “Soy en el deseo de verte”, fueron sus palabras de recién llegada. Respondí que de todas maneras, nada cambiaría, que todo seguiría siempre igual, que todas nuestras respuestas estaban verdaderamente muy abajo, enterradas por cifras exactas, terribles.

Afuera, la luz mortecina del amanecer se difunde uniforme, ayudada por la humedad que descansa sobre las calles relucientes, poniendo un halo a las casas, haciéndolas perder sus perfiles en una masa de formas achatadas por el frío. El amanecer crece tímidamente, pondrá en movimiento a las nubes afiladas que ahora reposan sobre nosotros, como viejos estandartes desgarrados. Será otro día plano, iniciado por quienes despiertan mirando atontados sus paredes, por quienes tienen sus respiraciones pegajosas y el cuerpo lleno del vaho oscuro de la noche. Hoy, muchos matices han amanecido muertos, y su ausencia sólo marcará el paso de las horas que se nos deslizarán por encima, por la pulida superficie de nuestras espaldas.

Comienzo a formular preguntas. Debes responderme a pesar de la costra que te formas cada mañana a base de palabras nuevas y frases ingeniosas. De giros frescos a tus oídos, de ritmos que no dicen nada, pero que te sustentan aún por la noche, cuando esas mismas palabras carecen de consistencia y justificación, evaporándose en cuanto salen de la boca y se integran al aire circundante, haciéndolo más irrespirable. Dime, ¿en qué podemos creer ahora? No lo sé. Pero es imposible seguir mirando las mismas cosas, seguir pensando las mismas cosas para tratar de rehacer el mundo. Podría abrir la ventana, pero tienes frío y te envuelves en la sábana, diciendo algo que ya no recuerdo. A pesar de que trato fuertemente, hay una barrera que impide el acercamiento a ciertas letras, que si pudiera recordar formarían la palabra que se espera, la palabra que pronunciaste ya una vez al inicio de la madrugada.

SU ESPALDA

—¿Has abierto la ventana?

—Sí, hacía calor —apenas respondí.

Sentí su calor a pesar del espacio que nos separaba.

—Me siento mejor cuando entra el aire fresco —dijo con una voz perdida entre sueño.

A tientas busqué su espalda. En silencio le hice saber que en ese momento la amaba.

LAS DOS DE LA MAÑANA

—No puedes saber si te llevaré conmigo —dije viéndola pesadamente a través de la modorra.

—Antes que tú llegaras, soñé una vez que podía dibujar un gran árbol verde en un lienzo blanco. —Se detuvo al ver que me incorporaba un poco para verla mejor— ¿Sabes?, era tan verde que aún siento húmedas las manos.

Tomé su cabeza entre las manos y froté la nariz entre sus cabellos, dije:

—Tienes cuello de jirafa y hueles bien.

Reímos y quise verla dormir. Apenas eran las dos de la mañana.

VIVIR

Vivir es dar a luz costras de miedo, poner una palabra donde hay un espacio blanco, poner un punto donde no hay nada, llegar donde somos esperados.

—Apenas toco tu mano y ya crees en el amor —dijo Claudia frotándose los ojos cansados e insomnes—, ten en cuenta que esto ha sido sólo una prueba.

Había hecho un calor insoportable durante toda la noche. Yo había dicho algo después de cerrar la ventana.

—Nunca podré pensar en ti después de esto.

—No hace falta, ven junto a mí y trata de dormir —había respondido.

FRÍO

Salvador y Jacobo estaban frente a mí. El bar semidesierto.

Todo ese tiempo el frío estuvo dentro de cada uno de nosotros, se había adueñado de todo. El neón de la entrada parpadeaba, poniendo matices sombríos e intermitentes en nuestros semblantes. Ellos hablaban de sus planes. Jacobo se frotaba constantemente la rodilla izquierda al hablar. Hablaba casi sin abrir la boca.

—Caray, nunca pensé oírte hablar así de una mujer.

—¿Y por qué no? Ya sabes, a mí no me gusta dar rodeos innecesarios —dije casi para mis adentros, estaba cansado y frío.

—No hablen de mujeres, es perder el tiempo —interpuso Salvador al pellizcarse una espinilla. Tenía la manía de cortar de cuajo toda conversación que incumbiera a él directamente. Me ponía de mal humor con sus arranques egoístas. Estábamos nerviosos y teníamos muchas ideas en la cabeza. La literatura egipcia no era fácil.

Esa inutilidad de las ideas adormiladas, salen a medias y después vuelven a dormir plácidamente. Sólo antes de dormir pensamos en lo bueno, en todos “nuestros buenos”; durante la duermevela, como decía el maestro de sicología. De cualquier manera, nuestras ideas nunca llegaban a madurar. Yo nunca logré nada por la noche. Tendido en una cama limpia mis

pensamientos tomaban un cariz antiséptico y prefería pensar en mujeres. Malestar estomacal y desinterés completo.

En ese mismo restaurante-bar de la calle de Hamburgo, unas tardes antes yo había esperado a Claudia. La ciudad acababa de exhalar su vaho de mediodía al colocarme cerca de la vidriera ahumada. Podía observar a los transeúntes sin ser visto. El calor seco contrastaba con la húmeda frescura del interior. Los libros descansaban junto a mí, en una silla. Las manos entretenidas con el cenicero de barro que tanto me gustaba. Rutina agradable. Claudia, cigarrillos y una cerveza mientras despanzurraba sueños que después caían como cenizas ensuciando el mantel.

LA MUERTE

Al acercarse la muerte no podré pensar en nada, porque ella la conoce mejor que yo. Claudia siempre habla de la muerte, entonces su rostro se convierte en algo muy dulce, como si la sola idea de morir le rasguñase por dentro produciéndole un placer morboso; sus ojos se fijan en la figura de un número que sigue transformándose en días. Los meses eran golpes en el mismo tambor destartalado. Las noches sólo parpadeos dentro de un agua fresca y verde. La muerte nada que nos haga ver hacia atrás y estrujarnos las manos, como el miedo que nos roe la espalda al salir de un cuarto oscuro. Siempre le dije a ella que la idea de estar rígido me asustaba. Nunca seré “el que no [se mueve], nunca”.

Lo que me oprimía es lo mismo que sentiré cuando arrojen el primer puñado de tierra gris. Estaré muerto en un deseo absurdo de llenarme con mis propios huecos.

[EN LA FINCA]

La tierra es negra. Verde y negro en esos campos. Pirules frescos sombreando el camino. Casitas alegres con sus perros flacos, amarillos casi todos. Tras un recodo, la magnífica finca. Hemos llegado.

Me muestra mi habitación y se retira a dar órdenes pertinentes para la comida. Es una habitación soleada y amplia. Dos grandes ventanas permiten ver el paisaje. Las montañas azules se ven a través de las ramas de los árboles que rodean la casa. El piso es de ladrillo rojo, brillante y limpio. La mesa y los burós están cubiertos con carpetas de *crochet*. En todo se adivina una organización sencilla y eficaz.

Comemos en silencio, estamos solos. Alicia y Felipe —sus hermanos menores— se encuentran en Querétaro, estudian y estarán aquí el fin de semana. Los tenedores pesados permanecen ociosos, el café es bueno. Salimos a la terraza. El campo luce esplendoroso a esta hora de la tarde. Hora de siesta. No quiero desperdiciar una sola hora y permanezco pesadamente despierto, dejándome integrar con lentitud a todo lo que me rodea. Paz sencilla. En los pisos de reluciente mosaico aún resuenan los ecos de la actividad que se desató a mi llegada. Un olor agradable y nuevo. Todo reconfortante.

Dejo que Roberto se adormezca lentamente junto a mí. Estamos en la terraza de brillante piso marrón, lustrado por

las mujeres fuertes que parecen formar legión alrededor de mi amigo. Los equipales rechinan a cada movimiento del cuerpo. La finca está situada en la falda de una montaña, domina por completo el vallecito cuadriculado por los sembradíos. Vuelto hacia el sur, a nuestra derecha el sol declina suavemente, llenando la atmósfera de matices dorados, de una luz casi líquida, la ropa parece más ligera, el viento se hace suave y mueve pesadamente las ramas de los árboles. Las bestias son conducidas de regreso a sus pesebres. Todo está bañado de ese vigor cobrizo de la luz crepuscular. Una que otra choza leva un humillo azul. Todo se extiende ante mí y sé que sólo yo comprendo ahora la presencia de toda la naturaleza. Me percato de todo, desde la huella que deja el asno cargado de leña, hasta la presencia omnipotente del firmamento. La terraza, enmarcada en grandes arcadas blancas, contrasta con el ocre de las tejas; los largos corredores dibujan con sus sombras alargadas caprichosas figuras. Los ojos de Roberto, antes de rendirse al sueño, miran fijamente a la lejanía, como aquilatando en parpadeos el trabajo de esa tierra. Su tierra. El viento se lleva con timidez el humo de mi cigarro, haciéndolo formar espirales que estrangulan el cuello de las oscuras botellas de cerveza, aún perladas por el frío de la refrigeradora. Horas calladas. El sol sigue su camino hacia el occidente, bandadas de pájaros cruzando el cielo bermejo en grandes manchones de movimiento oscuro. Somnolencia llena de aroma de especias. Alguna lucecilla temblorosa empieza a titilar en la lejanía. El cigarro ha muerto, dejándome una postera evacuación de ceniza sobre el pantalón gris belga. Dentro de la casa adivino los corredores en penumbra, las habitaciones iluminadas débilmente. Las mujeres empezando a encender los quinqués labrados, ahora adaptados a la electricidad. Los grillos se hacen presentes.

*

Comprendí la situación perfectamente, la muchacha estaba turbada. Era una de esas ocasiones en las que uno dice cosas sin pensarlas y después quisiera que se lo tragara la tierra. Hablé para romper el silencio embarazoso que flotaba.

—Bah! Sé perfectamente que soy un viejo, además ya estoy acostumbrado a oírlo.

—Ay, hija —murmuró Roberto—, cuándo aprenderás a tratar a la gente. Ve y dile a Soledad que preparen todo para cenar a las ocho, y, mira, prepara unas rosquitas de esas que sólo tú sabes hacer, eh? Anda.

Beatriz desapareció rápidamente detrás de los pilares divisorios de la terraza, al volverse pude admirar a mi gusto a mi bella ahijada. Se vestía como si fuese un muchacho, aunque los pantalones estaban mejor rellenos que si se hubiera tratado de un varón. Roberto se aprestó a disculpar a su hija:

—Discúlpala, hombre, es una chiquilla, además, comprende, ha pasado aquí casi toda su vida.

—Bah! No hay cuidado, sabes que yo odio a los hipócritas, si ella cree que soy un viejo, dejémosla creer eso.

Aunque en el fondo me había dolido aquella observación. Treinta y nueve años eran ya una gran cantidad que pesaba sobre mis hombros. Roberto era cinco años mayor que yo, aunque lucía más viejo debido a su obesidad. Me tomó del brazo y me condujo a través de los lustrados corredores al interior de la finca. Era esa hora en la que la luz diurna ilumina muy tenuemente las habitaciones. Las sirvientas esperaban a encender los quinqués labrados. Poseía una fabulosa colección de éstos.

*

Cada vez que Roberto intenta una conversación, sólo pálidos intentos mueven mis labios. Él ha notado todo. Me ha preguntado qué anda mal, sabe que estoy aquí en una débil tentativa de algo. Es como cuando se trata de atrapar un insecto, se salta y escapa sin esfuerzo. Le he respondido que nada sucede; pero pienso que nada debería acontecer nunca, que todo debería estar muerto desde hace siglos.

Me sentí bien mientras caminaba sobre la tierra negra que se hundía a cada paso, haciéndome pisar torpemente. Algún chapulín me escoltaba con sus saltos verdes. El pensamiento está tullido por el hollín de la ciudad.

Durante la cena, él observa cómo muevo las manos nerviosamente antes de encender un cigarrillo. Las ventanas filtran el aire nocturno y tibio a través del mosquitero. Grillos. Sobre nosotros la luz amarilla de los focos pone pálidas mis manos. Les quita la poca fuerza que les queda; ayer me parecían más blancas. Él observa cuando cierro los ojos para aspirar el humo. Me levanto intempestivamente y salgo a la noche. Roberto me sigue con la mirada muda. No me entenderá nunca, nadie me entenderá nunca, no lo deseo. No sé, pero experimento una sensación de triunfo. Sale tras de mí y titubea al hablar.

—Sabes que todo lo que quieras aquí lo tienes, no importa lo que sea.

—Gracias —apenas respondo.

—Pero, ¡caramba! Sé que algo te come, yo sé cuándo te atraviesa, créemelo.

—Te creo, Roberto, te creo.

—Pues nomás eso faltaba, que yo no te ayudara, que yo....

Ya no escucho lo que dice, sé lo que dirá, adivino todas sus palabras. Las he oído tantas veces. No solucionará nada. Ni siquiera sé si hay algo que solucionar.

—Gracias, pero no hay nada que arreglar.

Siento deseos de golpearlo, de patear algo ahí mismo. Gritar, decirle que es repugnante su manera de verlo todo, su voz, su casa, su actitud. Hacer que vea que su solicitud es estúpida e inútil, que nada se mejorará nunca, que esos focos amarillos sobre la mesa nunca cambiarán, nunca opacarán la luz de afuera.

Si tan sólo el desaliento fuese pasivo, si tan sólo las acciones se me absorbiesen en el cuerpo. Me disgusta él, la noche, los grillos. El cigarrillo es amargo. Todo sigue desmoronándose estrepitosamente mientras le vuelvo la espalda y sigo hablando al aire. Me agito como si tratase de respirar en el vacío.

*

El sueño detiene el desmoronamiento, trae recuerdos. Despierto durante la madrugada a causa del silencio; es extraño, la falta de ruidos crea una atmósfera extraña. Todo está regido por el sol. En el interior de la alcoba la luz azulosa del amanecer va haciendo presentes los objetos, rodeándolos de un halo lechoso y frío que ayuda a fijar la imagen. Algunos objetos permanecen aún en la penumbra, el viejo cuadro de una virgen que no logro identificar, un florero repleto de rosas, la silla mecedora inmóvil. El frío se cuela por las rendijas, penetra pegado al suelo y viene a embarrarse en la cama, hostilizándome. Hace horas que se escuchan los pájaros. Pronto la claridad será nítida. Permanezco inmóvil, casi no respiro. Un despertar como éste hace tiempo.

*

Claudia estaba a mi lado, llenando todo mi costado con su presencia cálida y rítmica. Aún no despertaba. Ahora parece irreal. Como una débil impresión defectuosamente grabada en la memoria.

*

Estoy solo. Me percato ahora. Nada resulta tan rígido y presente como esta certeza. Si tuviese más suerte me sentiría más anulado. Así sólo tengo por delante un vacío veraz; detrás, sólo huecos llenados a medias por intenciones que me han abandonado dando rebotes y muriendo después. Todo se desgaja cuando amanece por completo, sigue el desgaste lento. Sólo hay calor en la cara interna de mis piernas y brazos, los mantengo pegados al cuerpo. Así, rígido, sé que nada me tomará desprevenido. Nada me sorprenderá. Sé que siempre estoy alerta. Tengo apetito.

Al bajar al desayuno encuentro a Roberto en medio de operaciones aritméticas. Desde hace horas está levantado y permanece a la mesa por acompañarme. Hoy lo veo con más agrado. Sin duda algo ha dejado de gotear en mi interior.

—Vaya! —exclama—, hoy tienes buena cara.

Me paso la mano por la mejilla. He olvidado afeitarme y vi una desagradable imagen reflejada en la pulida superficie de la mesa de cedro.

—He dormido bien, hace tiempo que no lo lograba.

—Hoy es sábado —responde—, a medio día llegarán Alicia y Felipe. Ellos se encargarán de distraerte; mientras tanto puedes vagar por ahí hasta la hora de la comida. He escogido un caballo para ti. Ellos no saben que estás aquí.

El desayuno llega agradablemente mezclado con el parloteo de la sirvienta. Es una muchacha con piel del color del cacao.

No cesa de ponderar lo bueno que es el chocolate molido en casa. No ceso de asociar su color con ese chocolate, que ella cree no he probado nunca. Es bueno en verdad. El pan es esponjoso y se me deshace en la mirada. Los dos me observan comer. Sus ojos se cruzan con miradas aprobatorias. Hablo entre bocados.

—No recuerdo bien a tus hermanos, ellos tampoco deben acordarse de mí.

Un hilillo de chocolate me escurre por el mentón. Usaré la servilleta.

LA AUSENCIA

Aquí se siente una ausencia, algo que empuja suavemente hacia atrás. Tranquilidad tan absoluta que aturde, ensordece. Es imposible tomarla en su estado natural.

La cocinera Lola ha muerto hace seis años. El campo es el mismo. Yo lo veo con otros ojos. El pensamiento no permanece conmigo, está en otra parte. No está en ningún lugar. Quisiera que algo saliese de mí. Me estrujo. Es inútil, estoy seco. El cielo azul es tan grande que no me cabe por las pupilas. Nada puede penetrarme, me rodea algo pétreo y gris que sólo se agrieta por dentro.

ESAS PINTURAS

Esas pinturas de los muertos, con su puñado de arbolitos tristes floreciendo entre el granito y mármol. Casi como en Granite House, último tema del pintor falsificador de James Ensor. Uno de aquellos museógrafos amigos de Pingua fue quien autentificó el cuadro vendido por uno de los asociados de Fernand Légros. Yo afirmé que se trataba de una falsificación, pero el museógrafo de marras sostuvo reconocer fácilmente los rasgos típicos de la época de la academia de Bruselas, después de los paisajes pintados en Ostende. Durante un momento dudé en preguntarle si le era familiar el autorretrato fechado en 1883, donde aparece con un sombrero adornado con flores y plumas, pero no permitió mayor diálogo y sólo repuso “¿Por qué cree usted [que pintó] esta barbita y la chaqueta de piel de antílope?”.

Bueno, verdaderamente a mí nunca me había interesado el autorretrato, y si pensé en él fue sólo porque Irul sigue manteniendo intransigente propensión hacia los autorretratos precoces. Es capaz de ejercer interminables derechos sobre hipotéticos autorretratos, especialmente “los aún no pintados”. Vamos, de los aún no concebidos. “Mira”, dice, “hay cuadros (así les llama) que ya me pertenecen, desde este momento, aunque todavía no existan pues los conozco ya. Los he visto”.

A MUSGO

Puertas de madera labrada que se abren y nos invitan a entrar.
Cadencia existencial que huele a musgo.

ESTRELLAS CONQUISTADAS

Hubo una vez que el hombre quiso refrescarse bajo la sombra de una catedral, de paredes grises untadas de pensamientos de tantos que quieren conquistar las estrellas.

Ah, y un Dios que exige laceraciones en peregrinación reptante.

Cuatrocientas veces me dije estar en la senda equivocada. Cuatro veces quise creer en los dioses del Olimpo. Tres veces vislumbré a Casiopea envuelta en angustias estelares. Números, sólo números atormentándome las circunvoluciones. No sé si ya se habrán desenvuelto. Sólo siento humedad rezumante de odio en el cerebro.

Una mano que era demasiado áspera para el contacto delicado de una caricia. Timidez doblemente estudiada y macerada por detergentes baratos.

—A lo mejor te quiero —murmuré.

—No mejor ni peor que antes estamos —repuso ella.

Sus cabellos rubios no estaban todavía lo suficientemente secos para ser acariciados. No me gusta la humedad entre las manos. Un vidrio refleja uno de sus medios rostros. Uno de sus ojos azules me recuerda un deseo que siempre he tenido.

Esa noche yo seguía fumando en un afán medio loco de retenerla en las circunvoluciones.

ANOTHER YEAR, ANOTHER CENTURY,
ANOTHER MILLENNIUM

Despertando a medianoche a bordo del tren. Estaciones pasando vertiginosamente por la ventanilla de mi vagón. Desiertas estaciones inundadas de la helada luz blanca de tubos fluorescentes.

Andén se dice *gleis* en alemán. Estación se dice *hauptbahnhof*.

DB son las siglas de los ferrocarriles alemanes: *Deutschesbahn*.

Sueño incompleto y fragmentado por el ruido de las ruedas sobre los rieles. Un muelleo que de tan suave es antinatural.

O, ¿debiera decir: sobre los raíles?

Despertando en el frío.

Gente rubiopajiza transitando por los pasillos de los vagones.

Niños pálidos con ropa vieja y de segunda mano.

Otros andenes desfilando en relámpagos ferroviarios.

Al caminar por los pasillos del tren, las piernas toman un balanceo que es gratificante. Se te mueve el piso. Las sonrisas toman otra dimensión.

MICROTOMO

Las calles aún estaban húmedas cuando los danzantes que iban llegando saltaban para no pisar los cadáveres. La llovizna había estado rociando la ciudad durante casi toda la noche. Un brillo resbaladizo difuminaba la tímida luz del amanecer, alargando sobre el pavimento los reflejos de los concheros que parecían deslizarse con vibraciones sonoras. Habían venido bailando desde muy lejos, desde remotísimas llanuras envueltas en nieblas de milenios y resonancias míticas.

Desde el aire, los helicópteros negros de la Guardia Meshica peinaban la zona centro con sus reflectores cortante, de brillante y despiadada luz color ámbar, que hierde los ojos y paraliza los nervios. Soltaban granadas muy de vez en cuando, como para mantener a la gente asustada e incapaz de salir de las madrigueras subterráneas que en otro tiempo habían sido los túneles del metro. Dos o tres veces por día disparaban un misil inteligente, capaz de llegar hasta blancos muy distantes. Los lanzaban al azar. A donde vayan a dar crearán unas horas de pánico, las suficientes para evitar que los insurgentes se reacomoden.

[ÁMOTE]

De pronto, el galán, agitado aún, observa cuidadosamente, al tiempo que se levanta de la cama, a la hermosa rubia que yace con los ojos cerrados, la piel sonrosada y los poros abiertos por el esfuerzo, con el vestido enrollado hasta la cintura, jadeando, sedienta.

—Ámote como desde el silencio. Ámote como saliendo de las burbujas de una cascada de o de las que salen del hombre-rana. Ámote como el señor que da de comer a las palomitas del parque. Ámote como a esa chica que mira muy tristemente a través de su ventanilla del camión. Ámote con el cariño especial con que el viejo arma un cigarrillo. Ámote con la mirada de la abuela hacia el pequeño que manotea dentro de la sopa. Ámote en el cuello sucio de un abrigo abandonado en el perchero de restaurante. Ámote en el terciopelo desleído de una butaca del viejo teatro. Ámote como el café con leche de los chinos. Ámote en las uñas sucias del estudiante pobre y en las muletas de esa joven que se quebró una pierna al caerse de la cama.

La doncella en cuestión no responde, se encuentra enternecida y dispuesta ya a una segunda andanada de palabras dulces.

—No. Eso ya no lo digas, lo has repetido muchas veces.

—¿Ya no te divierte?

—Sí, pero como juego cansa, chiquito.

—Bien, alcancemos, entonces, la altura de los héroes.

—No es posible, pues nos faltan todas nuestras piezas de identidad.

—Te he dicho que tengas mucho miedo, pero no me hagas caso. Conoces mis estados de ánimo a la perfección y sabes que el miedo es para mí solamente una excusa para meterme en tu cama.

—Ja, ja. Eres único.

—¿Verdad?

TANGENTILMENTE

Oscurece con una rapidez asombrosa. Las 17:20 y ya hay que encender las luces. Afuera la niebla, casi tangible, merodea entre los edificios, perdiéndolos, dándoles un carácter anónimo y frío. Ocasionalmente alguien cruza los caminos del parque. La imagen de ventana cerrada me invita a estar cerca y a abrirla, aún con el riesgo de enfriar la habitación y echar a perder todas las elaboradas imágenes que voy construyendo poco a poco, ayudado por el recuerdo de circunstancias similares a ésta: sumidos en una actitud que mucho tiene de milenaria —por la gravedad—, dejamos que de golpe, en el momento de comenzar a hacer el amor, todo se convierta en materia de nuestra incumbencia, todo pueda penetrarnos hasta los huesos para hacernos responsables de este acto esperado largamente, y que, una vez llevado a cabo, ha de trascender; porque, amigos, sencillamente todo nos atañe de la misma forma en que no puedes hacer de tu amor algo exclusivamente tuyo, bajo riesgo de quedarte a un lado, acariciando mezquinamente tu cuerpo sucio con tu propia baba. Acércate y dime, al mismo tiempo que inicia el movimiento final hacia mí, qué es lo que sientes cuando integramos el miedo a nuestros cuerpos y lo dejamos tomarnos libremente, poseernos como yo lo hago contigo, absoluta y necesariamente. Dime si la angustia toma una forma definida dentro de tus vísceras, si las retuerce o no, si solamente llega en forma

de presentimiento, o es lo que te hace rechinar los dientes, muy cerca de mi oído. Yo te he dicho ten mucho miedo, piensa que mientras te penetro avanzas al abismo negro, donde todo cae sin esperanza de llegar a un fondo, donde todo es una eterna caída hacia la nada y los puntos de referencia desaparecen tragados por lo negro. Cae hacia donde no hay sonidos, cae y no pienses en nada fuera de esto. Tangentilmente. De tangente. Aguanta. Espera un poco. Ya.

—Esto no tiene validez.

—No la que tú no quieras darle.

COPOS

El viento frío anunciaba ya la nevada del día siguiente, cuando al despertar entreviste sobre los techos de pizarra, a través de la cortina entreabierta, un gris sospechoso, sin duda no perteneciente a otra cosa que al hielo; pero, al moverte hacia la izquierda, en el aire viste los pequeños copos, casi insignificantes, remolineando, cayendo livianamente. La noche anterior supiste que ya la regamos, chula; porque andábamos a la greña y nomás nos hacíamos pendejos, no sé por qué; aunque a mí siempre me dio la impresión de que deseábamos destrozar lo que una vez habíamos hecho, lo que habíamos estado haciendo desde que nacimos, desde que tenemos conciencia, pues. O a lo mejor todo lo que hicimos no fue con otra intención que la de revitalizarnos, el uno a costa del otro. Sé, a ciencia cierta, eso sí, que le untamos demasiada vida a nuestras pieles, que algo se nos indigestó en el camino y que ahora estamos con los efectos de la purga. Mira, de la vida uno sólo se inmuniza a base de jaloneos, y de jaloneos dolorosos. De pasada también te inmunizas de las cosas que más quieres, ya ves, ahora ni siquiera sentimos, desgraciada. Nos agarramos a la cola de la serpiente como para que no nos mordiera, nos pepenamos con todas nuestras ganas, pero parece que se nos olvidó quitarle los dientes antes de aventarnos. Nos gustó el juego de los desesperados y no nos dimos cuenta de que ya nos estábamos quedando atrás atrás, mucho

más atrás de nuestros propios pasos. Yo creo que fue ahí donde nos agarró el miedo, y ni siquiera pudimos verlo porque estaba arriba y abajo y encima y adentro, como ya lo he dicho. ¿O no? Tú eres testigo-testiga, no me contradiga ni me haga quedar mal. Usted apóyeme en todas estas afirmaciones, y aunque se dé cuenta, muñeca, de que la mitad de todo es puro cuento, usted aguante y ríase, que yo, acá nomás como Burt Lancaster Pirata-Hidalgo cuando dijo después de descolgarse hasta un mástil “*Get arround, fellows; get arround. Don’t believe all you see* (gran sonrisa), *only a half!*” (música)”. Pero, a pesar de todo, haz de cuenta que yo no existo, que no estoy aquí. Ya no quiero pedir nada porque sé que estos juegos ya no me quedan.

—Ajá. Entonces se queda uno clavadito, amigo, amiga-zo. ¿O a poco quiere usted que le diga hermano? No, ¿verdad? Conforme a la ley no puedo hacerlo.

—Pero yo sí. Y prefiero llamarla camarada, ¿así se dice?

—¡Como se diga!

—Mira, chula: es una cosa que nos abre todas las fronteras y después se pitorrea de nosotros.

”¿Recuerdas?

”La madrugada frente a ti, la habitación vacía. Los libros, las palabras.

”Mira, esto es lo que voy a creer: que estás hasta la coronilla de esta bola de juegos estúpidos que van de la mano de las frustraciones y de los deseos de ser a toda madre el uno para el otro. Y mira, créeme que no puedo ponerme a decirte que el corazón se me rompe y que mis desvelos eternos serán. No, mi chicampiana. Hay cosas que dejan los músculos abdominales ateridos y un agujero en la panza, tan grande como para llenarlo de basura y después vomitarlo para sentirnos muy puros y muy regenerados.

LOS PEQUEÑOS HECHOS

—Te pregunté si no te arrepentirías de permanecer aquí dentro durante la mayor parte del tiempo, ¿verdad? Sabías ya, desde entonces, que nuestra vida iba a girar, durante estas semanas, alrededor de estas cosas, de esto que llamas los pequeños hechos. Mira, nunca me he sentido mejor, y eso lo sabes porque se me nota, mírame, anda, ven. ¿O eres ya incapaz de ver la felicidad en mis ojos, en mi sonrisa? Ven, te digo, no estoy dormida. Hace siglos que te espero aquí para prometerte calor. Acércate y pierde esa timidez que yo sé que disfrazas... ¿Cómo? Muy sencillo, pero si te lo digo eres muy capaz de enojarte conmigo o de sentirte mal; te conozco. Bueno, es que soy observadora por naturaleza y hay detalles en ti que no pueden pasar desapercibidos. Por ejemplo: ¿por qué nunca puedes mirarme fijamente a los ojos cuando hacemos el amor?, ¿y por qué prefieres hacerlo en la oscuridad?

Ahora calla. Sabes que cada una de las palabras que acabas de pronunciar cae por su propio peso. Molestan. Es tonto. Ahora es cuando has de empujar y tratar de encauzarlo todo dentro de tus especiales intereses. Por principio de cuentas, ubícala, conócela, solamente así podrás aniquilarla, destrozarla.

Háblale, ¿no?

[LA MÚSICA]

—Escuchábamos la música, durante esos días, como si fuera una manera de vivir de prestado, con un tiempo que no nos pertenecía realmente o como queriendo encontrarnos a través del encierro. Era como pensar de súbito en una misma cosa, y a pesar de ello estar alejándonos en una forma irremediable y anticipada. Esos días fueron como la reiteración de una espera alargada, dentro de un sucesivo estás llegando, ven para que te abrace y te bese y te mire y te ame, al margen de este miedo ritual que parece envolvernos, congelándonos en el instante mismo que cerrabas los ojos para no ver tu cuerpo, que yo imaginaba oloroso a recién salido de la tierra, limitado por esa línea que parte a la altura de su seno y se ondula y continúa en altibajos y meandros a lo largo de ti, haciendo que todas las imágenes se me queden inertes en la boca o en las manos; impidiéndoles llegar al papel para describir su extensión triste y cansada, ansiosa de agotar reservas, de contener un movimiento de la mano al despedirse. Pero no debe recordarlo ya, tiene una gran capacidad para el olvido. En cambio, yo sólo debo recordar dolorosamente que ella existe, como algo que crece ignorando todo desde la luz, tratando de no tocar nada y dejarlo todo quieto.

Me estrechas la mano. Callas y sonrías al escucharme. Fue cuando apareces nuevamente, esta vez sin consecuencias, dando

la impresión de salir de algún rincón que estuviese preservado para este momento desde mucho antes. Apareces a pesar de todos los factores que, por el momento, te mantienen lejos, en una reiterada ausencia permanente y deseada; o sea: como yo lo he preferido. Anoche, cuando di cuerda al reloj despertador, éste tenía encima una delgada capa de polvo, justamente igual a la del desván; casi tan tenue como la que te hizo estornudar repetidas veces, cerrando los ojos antes de que él te dijera salud. Oye, sí, a ti me dirijo. Si te aburres, recuerda estas palabras, y si ahora sientes que el sueño vuelve a llegar, solamente te bastará reflexionar sobre esto que estoy diciendo, para que ya nunca, he dicho nunca, vuelvas a encontrar la clave que te permita olvidar lo que te digo. O de otra manera: que regresando tres o cuatro palabras cada que me escuches, estarás aplanando, reaplanando el camino de su significado, de manera que ya no se te escape la memoria y queden aplastadas, ahí, detrás de tu frente, donde debe correr la sangre en pequeños torrentes a la temperatura de tu cuerpo; porque después de todo, es la sangre lo que te da el grado de calor, ¿no? Y es a la sangre a quien debes el color de tu piel, en ciertos momentos, muy a pesar del frío que hace afuera.

¿Recuerdas aquella noche, la del frío? Todos fueron a la fiesta, se trataba de la ceremonia del reencuentro. Tú ibas lleno de sueños y a la vez como esperando algo, probablemente el intento hacia la integración a ese grupo del cual nunca te sentiste formar parte. La música perdía las voces de todos antes de que pudieran alcanzarte, y aquello que iba a convertirse en un conocer nuevas caras, se volvió mundo separado y envolvente a la vez, con rostros desconocidos que deseaban seguir siéndolo. Recordaste el puente de Apollinaire y la riqueza te nació por dentro una vez más, alcanzando para ti sólo la alegría que durante todo ese día necesitaste. El puente. Una imagen

mezclada con el conato de voces que se mezclan lejanamente en una reunión donde estuviste ausente, aún en los pocos minutos que permaneciste. Ausencia hija de una expectación hacia algo que intuiste mejor, algo que no fue sino tu propia compañía, pensando en las cosas que no has tenido ni tendrás, en las cosas que solamente has entrevisto a través de otras miradas, pero que, extrañamente, no te hacen envidiarlas, mi querido amigo, ministro plenipotenciario del desierto viviente de Walt Disney *copyright*.

CIERRA LOS OJOS Y DIME A DÓNDE VIAJAS

—Realmente no hay derecho. La sangre de uno es algo muy sagrado, qué caray. Indito y no, de todas maneras cala mucho el saber de golpe y porrazo que el miedo es el manto con el que hemos estado cobijándonos durante siglos, arrastrando siempre la vergüenza, que todavía no se nos despega.

”Uno se avergüenza de que nos pase lo que nos está pasando, de que durante tantos años (como diría alguna película de los cuarenta) se nos haya dado atole con el dedo. Y tú, tigre ritual, de qué te escandalizas, güey, si bien que te enconchas para no ver nada y quedarte calladote. Porque dudas, ¿o no? Pues sí, pero, ultimadamente, a mí todo me vale madre; yo no estoy revestido con el manto del profeta ni me siento llamado a cambiar el mundo con las greñas, ¿sabes? Que todos se hagan bolas, eso sí, que se hagan bolas y que se desgañiten y canten para hacer su movimiento un poco más “decorativo”. Eso sí, que sigan viniendo los redentores en exilio con sus golpes de teatro a conseguir prosélitos en el extranjero, para que después puedan pavonearse y decir que ellos han recorrido el mismo camino de espinas que Juárez-en-Estados-Unidos-y-que-Fidel-en-México. Pamplinas, amigazo.

[LA ESCALERA DE CARACOL]

Hay una escalera situada en uno de los ángulos más tenebrosos del edificio; su construcción es tan absurda que se ha convertido en una magnífica muestra de lo que pueden llegar a ser las escaleras de caracol. Según mis conjeturas, debe haber sido colocada y construida en alguna época entre las dos guerras. Cada escalón posee un refuerzo de madera nueva, cosa que impide ver su verdadera edad. En los dos primeros pisos hay apartamentos habitados por esa gente normal que lleva niños limpios a la escuela y los educa para decir *bonjour, Monsieur* con un acento cortés e impersonal, ya desde los primeros años. Después del tercer piso no hay nada que valga la pena; eso, aquí es donde hay que hacer hincapié: nada que valga la pena, a excepción del desván.

Deseas entrar, ¿no es así? Te lo digo como una afirmación porque sé que subordinas la prudencia a la curiosidad. Y quién puede negar que no sea interesante echar una ojeada a los papeles del viejo. Después de todo, él no debió hacer sus anotaciones pensando que estaban dirigidas a él mismo. Forzosamente —y como todos los que tienen la pretensión de ser genios— debió haber dejado sus documentos para la posteridad, y tú eres una parte de ella, ¿o no? Claro, comunícate. Tú ya no te acuerdas bien de él. Para ti es poco menos que un personaje desconocido y perdido en los recuerdos de la infancia. Él de seguro nunca imaginó que la pequeña que a veces jugaba cerca de él pudiera

llegar a convertirse en una persona dotada de una alta capacidad de percepción y, sobre todo, dotada de una imaginación que va más allá de los límites de lo que podríamos llamar “normal”.

—Mira, esta gente está acostumbrada a vivir dentro de su cultura, y no hay nadie que les haga salir de sus hábitos y sus costumbres. No quieren salir de ellos, esto lo constituye todo. Créeme, a mí, ustedes me hicieron apreciar la vida. Al principio, me parecían extraños, pero ahora los amo mucho, los entiendo y quiero ser como ustedes.

Y te pones a tratar de averiguar hasta dónde irán a dar esos pájaros durante el invierno. ¿Al norte de África? Es lo más probable. Veo que te preocupas por ellos; temes que vayan a quedarse sin comida, como si no supieras qué tan previsores son. Idiota, ¿no?

La señora —en este particular caso, la abuela— está en su habitación, probablemente durmiendo la siesta. Tú que conoces sus hábitos a la perfección, puedes conjeturar acerca del momento oportuno. Hay mucho silencio; sólo el tic-tac del reloj de la sala.

OVER AND OUT

—¿A qué podemos llamar olvido, mi adorado profesor?

—Olvido podemos llamar a esa especial forma de hastío que dolorosamente nos embota a base de repetirnos que ya no nos duele lo que por la noche nos sigue doliendo.

—O sea....

—Que reclamamos un pedazo de tierra prometida cuando ya no tenemos ningún derecho a ella, y cuando todas las circunstancias que nos hacían desearla han pasado a formar parte de lo perdido.

—¿Recuerdas el barco?

—¿Cuál, el tuyo?

—Sí.

—Y tan bien, como si todavía estuviese viéndolo. Cuéntame más de él.

—No. Me pondría muy triste, ¿sabes? Y lo peor, trataría de recordar con toda precisión el día del desembarco; cosa imposible, por cierto.

—Anda....

—El olor de la tierra, ya próxima, era obsesionante. Nadie podía dormir. Sentíamos la presencia de tierra en cada bocanada de aire, como algo que nos oprimía, como cuando hace mucho calor y las sábanas se te pegan al cuerpo....

”Y por las noches, nos asustábamos como niños, tanto que nos daba miedo hasta asomarnos al mar, que presentíamos amenazador. Uy, de día claro que todo era muy distinto; pero no por esto he de decirte que estuviéramos bien tranquilos. Pensándolo bien, creo que eso es lo más curioso, que en ningún momento podíamos sentirnos completamente a salvo.

”Eso, en resumen, es todo lo que puedo contarte por ahora.

—Bien. *Over and out*, ¿no?

—*Certainement, mon capitán!*

TELL ME

Sí. Puedo quitarte el “don” para hablar contigo y para poder hablar de ti a mis amigos y a mi mujer, como si te hubiera conocido. He pensado en la multitud de preguntas que se te pueden plantear, todas ellas acuciadas por la curiosidad más pura... ¿Qué es lo que se le dice al lector de biografías? ¿Cuál es la definición que siempre nos ha sido dada? ¿Cuáles son los fines para los que fue creada la biografía?, se dice. No existe un sólo dato que lo niegue. Todo pretende que aceptemos sin más tener un deseo oculto de mejoramiento imitando las acciones de los personajes que la definición denomina como personajes ilustres de la historia. Pero, ¿qué sucede cuando nos decidimos, me decido a levantar el vuelo...

Atento a todos los sonidos que llegaban hasta su cerebro, entremezclados con las palabras de la pregunta: “*Tell me, are you ‘really’ living in one spot, I mean ‘for good’?*” La mujer, al interrogar, había subrayado con los ojos agrandados por el interés, o por la curiosidad.

22:03

Se reconfirma:

—*Tell me, do you live in Mexico City? I mean, do you have a home of any kind...?*

Inevitable: de la respuesta dada dependerá toda la vida futura. Conoces las atroces posibilidades de estos desencadena-

mientos alocados de hechos gratuitos aparentemente. Dudando, remirando palabras que quizás estuvieran esculpidas en oro sobre el ónice negro que forma el gigantesco pórtico de Inkel-Vad, la fabulosa ciudad del mar crepuscular: “Eres el resultado de cada uno de tus actos anteriores. No hay injusticias en el universo”. Sabemos que penetrando en esa ciudad, cada paso conduce seguramente a la verdad, por amplias avenidas de mármol bordeadas de jardines. Pero, cuidado, cuidado: existe una severa advertencia: Cada paso no tiene retorno.

—*I mean, do you actually leave “there”?* —Y en verdad, parecía encontrarlo todo muy fuera de lugar—. *What can one possible “do” in such a place? I mean, you know, doing things.*

00:19

Por supuesto, ésa no fue nunca la pregunta formulada en la realidad por la chica. En efecto, la interrogante fue de la misma naturaleza, pero en otro tono:

—*Do you live there all the time?*

—...

—*Oh, I see.*

El interés se apaga. Desaparece rápidamente y da lugar a una fría cortesía de despedida, de cortar y dejarte desaparecer en los andenes de la próxima estación. Lejos de todo lo que deseas. Descender en la próxima estación sin preguntarte si alguien comprenderá lo que digas o si lo pronuncias bien o mal. Esa maldita estupidez, siempre. Sopesarlo todo desde antes de que acontezca y aún evaluarlo cuando ya es parte de la historia. Esto es parte de las anotaciones encontradas en un diario de viaje, en donde quedan consignados los sueños y las experiencias de Renaldo. Renaldo el de las calles después de la nevada. El de las caminatas solitarias justo después del amanecer, cuando

aún nadie transita por las calles de una ciudad muy lejana a su lugar de origen, a su punto original de partida.

...Y adonde siempre llega porque sabe, intuye lo que encontrará ahí en la calle grisácea e iridiscente a causa del rocío y la niebla que atomiza la débil luz solar.

[SÓLO ESO]

—¿Quieres tomar un Martini?

—Es lo único que he tomado en casa —respondió Irina.

Se recargó sobre la esquina de la mesa y siguió escuchándome atentamente. Yo no sabía si era verdadera atención o condescendencia. No se aburría. Continué:

—¿Sabes?, quiero pedirte un favor —ella asintió con la cabeza— sé siempre así. Nunca cambies.

Yo sabía que la frase estaba muy sobada, pero no tuve escrúpulos y la lancé. Ella no se movió, me miró extrañada.

—Sí, como lo oyes, no quiero verte cambiada nunca, nunca.

Iba a responder cuando el mesero se acercó con los martinis, jugó un momento con la aceituna, antes de comerla, después dijo:

—¿Por qué dices eso, si nunca me vas a ver?

—Poco me importa si te veré más o no —respondí resuelto— pero, si hay personas como tú a mi alrededor, me sentiré bien, sólo eso, bien.

No podía decir más, así que callé, di un sorbo al trago y esperé su respuesta.

—Ahá, será como quieres —dijo al vaciar su vaso.

EL AMOR SE ENAMORA A LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Ya es de noche, el aire se satura de cansancio y miel. Una banqueta perdida rubrica la frialdad urbana. Él camina como si fuese la última vez que lo hiciera. No muestra interés de ninguna especie. Alguien le dijo que los jóvenes deben tener alegría para vivir; él diría más bien que hay que morir sonriendo, algún día saltará desde el edificio más alto y deseará quedar destrozado, sólo quiere que se conserve su sonrisa. Sólo sonreirá en el momento de morir, lo demás no importa.

Dos figuras se acercan a él en dirección contraria, serpenteando al caminar como si la calle se bambolease. Se acercan en un silencio absoluto; es una mujer joven abrazada por un hombre de aspecto macilento. Siente miedo al ver que se acercan demasiado a él, todavía no distingue sus facciones. Cuando la luz les da de lleno e ilumina sus facciones, toda la calle desaparece, todo desaparece, sólo quedan los tres pegados a un trozo de banqueta. El hombre es joven y tiene el mismo rostro de él. La mujer es joven y tiene el mismo rostro de ella. Los dos están borrachos, apestan a alcohol. Él pregunta:

—¿Quién eres?

—Soy el amor, y hoy me he emborrachado a las puertas del infierno.

La mujer permanece al margen de todo, con la mirada dirigida a un punto fuera del alcance de todo, no parpadea.

Algo le dice que es verdad lo que le ha contestado el ebrio. En otras circunstancias se reiría en su cara, pero ahora no. Hay algo que le impulsa a creer ciegamente en las palabras de ese hombre como él. Sabe que es verdad. Interroga de nuevo:

—¿Dónde te he encontrado?

—Me has encontrado siempre en este momento, durante este momento. El ciclo debe repetirse, lo sabes. Siempre me encontrarás y siempre pasará lo que va a pasar ahora. Al menos....

—Al menos qué.... —interrumpe él.

—Al menos que dejes de ver los ojos de Ella.

Los ojos de ella, ¿acaso todavía los recordaba? En un momento de deslumbradora y rápida memoria aparecieron en la oscuridad los ojos de ella, siempre fijos en algo fuera del alcance de nuestros ojos. En tal momento el hombre-amor se esfumó en el aire. Se esfumó siendo tragado por su propia boca, emitiendo un alarido desgarrador que pareciera salir de todas las gargantas de los infiernos. Por esa boca abierta va desapareciendo lentamente mientras el grito decrece. Espantosa autoabsorción oral. Gritos más dientes.

Ahora comprende qué quiso decir con “siempre pasará lo que va a suceder ahora....”.

Silencio. La banqueta y la calle nuevamente reaparecen. Los pocos transeúntes se mueven en cámara lenta, como si él los observase desde una dimensión diferente.

La mujer sigue allí, no habla. Observándola detenidamente ve que es idéntica a ella, sólo que no parece tener vida propia, parece un muñeco hecho a semejanza de ella. Sólo los ojos la delatan, a estos ojos les falta pecado. Pregunta él:

—A ti, ¿dónde te he encontrado?

—A mí me has visto siempre en ella, yo soy lo que ella pudo haber sido y quedó muerto cuando abrieron las puertas del infierno. Soy un aborto de tu pensamiento inmaduro.

....los ojos de ella, sus palabras, sus propios sentimientos, no era posible, esa mujer debe ser una prostituta loca....

—....Ustedes abrieron las puertas del infierno. Y él, el amor, ha tenido que embriagarse para poder hacerse visible y material en esta dimensión azucarada. Ustedes, ella y tú, han puesto una barrera de miedo.

”Desde hace millones de siglos el amor ha penetrado borracho a ese infierno azucarado. Acabarán aniquilándolo. El sagrado monstruo sólo le concedió siete aniquilaciones más. Ahora sólo le quedan seis.

Él no comprende, balbucea:

—Ññññlbbbb bbllddddggggstttt no entiendo, el infierno no existe.

—Tonto. Tienes los pies sobre él. Hasta ahora son pocos los que han comprendido que viven en el infierno, sólo los felices pueden entenderlo. Para los seres como tú el ciclo seguirá repitiéndose hasta que te liberes y logres ser feliz. Cuando te liberes nacerás en el verdadero mundo, a la verdadera vida, allá arriba, muy arriba, entre los hombres de las estrellas. No conoces la vida, has estado en el mismo ciclo desde que apareciste, y lo seguirás repitiendo mientras conserves tu mirada en los ojos de ella. Los siglos pasarán y tú seguirás repitiendo uno y otro ciclo hasta que un punto centrífugo te lance a la vida. Hasta que un punto centrífugo te coloque en el Verdadero Óvulo. A ti o a ella. Juntos jamás harán nada, se nulifican mutuamente.

Él comienza a comprender. Ahora se explica el porqué de ese sentimiento que nos asalta de vez en cuando, esas veces que tenemos la noción de haber hecho antes lo que actualmente

hacemos. Esos instantes que nos parecen repetidos, como vistos a través de un sueño. Los ciclos....

—Pero dime, mujer, ¿por qué eres tan semejante a ella?
¿Por qué estás aquí ahora?

—Porque yo soy ella misma después de los siete ciclos. Yo soy ella cuando haya roto el círculo y esté lanzándose al Verdadero Óvulo, cuando se lance a la vida. Hace muchos momentos tú estuviste a punto de lograr que ella encontrase un punto vital de escape, pero....

—Pero, ¿qué?

PERO ELLA

—....Pero ella tuvo miedo. No alcanzó a ver a tiempo. Temió caer en el círculo inferior del que recién había escapado. No fue capaz de concebir lo bueno. Su mente quedó envenenada por la desconfianza al ser. Desgraciadamente ahora, cuando se libere en el ciclo séptimo, ya no alcanzará el amor. Recuerda que él se aniquilará dentro de seis ciclos, ella ya no llegará a tiempo de hacerlo. Sólo conocerá la vida.

—¡Pero yo sé que ella quería ser amada! —gimió él.

—Sí, lo deseaba, pero tú no supiste hacerlo. Lo único que hiciste fue tratar de vencer al miedo con otros miedos. El punto vital pasó. Ella está condenada a vivir siempre en vegetación constante. A menos que tú le dejes lugar en el próximo ciclo, que es el tuyo. Eso es lo que me ha traído. Quiero cerrar las puertas del infierno, para siempre. Si lo hago, habrá nuevo amor allá arriba, en la vida. Pero tú tendrás que permanecer aquí, hasta la repetición de los siglos. Escoge ahora, tú o ella.

MI AMIGO BELGA

Defago es el nombre de un amigo que viene regularmente a Toluca. Como todo europeo se asombra todavía de infinidad de cosas que a nosotros ni siquiera nos harían voltear la cabeza en la calle. A veces llegamos a creer, los que le conocemos, que exagera, pero yo estoy convencido de que el asombro o la indignación que muestra son genuinas, y producto de su espíritu cultivado dentro de otros modos de vida. Al menos ésa es la explicación que me parece más lógica para tratar de entender su comportamiento.

Defago nació y vive en Bruselas; después de que descubrió este país en una excursión todo pagado, de ésas de agencia de viajes, se hizo la promesa de volver a visitarnos, al menos cada dos años.

Defago tomaba diario el metro que le llevaba del suburbio al centro comercial de Bruselas. En las mañanas de otoño e invierno podía vérselo saliendo de los pasillos oscuros y amplios del ferrocarril subterráneo, mirando con ojos de envidia a los pasajeros que recién abordaban el convoy en la estación de la terminal aérea de Zaventeen. Generalmente se trataba de norte o sudamericanos que, parloteando, trataban de descifrar el significado y monto de los billetes de banco que acababan de cambiar por sus *travelers checks* en el aeropuerto. Él se preguntaba si algún día podría abordar un convoy, con el optimismo

de esos turistas a quienes miraba. Para él ese acto de subir a uno de esos eficientes y puntuales trenes era un acto cotidiano y previsible, despojado de todo encanto, parte de una rutina que se remontaba ya a ocho años, es decir, desde que egresó de la universidad con un título de maestro en ciencias económicas y administrativas. La recompensa a esos años fue un escritorio con cubierta de vidrio, inmediatamente junto a la oficina de *madame* Desforges, hermosa superintendente-supervisora del departamento de asuntos pendientes del gran conglomerado industrial Flamand-Roussier.

Si antes no había emprendido un viaje hacia lugares lejanos, no era por falta de medios, pues su salario era todo lo satisfactorio que puede serlo en un europeo medio, con vacaciones de un mes cada año, comúnmente en agosto. Por lo general él y sus amigos emprendían programadas excursiones por España, Italia o Grecia, considerando esas distancias como aventuras de importancia, y llegando hasta el colmo del exotismo con un viaje a Argelia, donde descubrieron que la cultura europea no era la única realidad imperante en el mundo.

Defago era un hombre de gustos sencillos. Podía satisfacerse plenamente con los elementos que le proporcionaba su entorno inmediato, tanto en comodidades domésticas como en diversiones y gustos gastronómicos. Lo previsible era para él lo estable, y todo lo que eventualmente saliera de lo ya establecido significaba una ruptura con el equilibrio de la vida y, por lo tanto, resultaba reprobable y desagradable. Los horarios habían sido hechos para respetarse escrupulosamente, los programas para cumplirse, los propósitos para concretarse en actos y las intenciones para mover la voluntad y actuar en consecuencia. Cualquier ruptura con los actos rutinarios significaba para Sylvan Defago una disgresión para el orden vital, una

ruptura con la armonía de la existencia. Y no era su edad la que le había conformado tal carácter, ya que recién rebasaba la treintena, sino ese especial conformismo disciplinado y un poco triste que se encuentra en muchos europeos y norteamericanos que aceptan de buen grado su lugar, por modesto que sea, en una sociedad estratificada.

Su trabajo no implicaba grandes preocupaciones ni momentos excitantes. Las responsabilidades del departamento al que pertenecía descansaban en su mayor parte en los lindos hombros de *madame* Desforges, quien metódicamente iba despachando los asuntos con una eficiencia que Sylvan Defago admiraba en secreto. Diario, de ocho a doce y de una a cinco, tras su escritorio con cubierta de cristal, Defago miraba el transcurrir de la vida, durante cinco días a la semana. Los sábados durante el día haraganeaba, escuchaba música y leía; al anochecer ocasionalmente salía con alguna de sus tres o cuatro amigas regulares. Su interés se centraba principalmente en Ivette, que no exigía de él grandes muestras de cariño ni serio involucramiento emocional. Los domingos los pasaba visitando a sus padres, que vivían retirados, en un cercano villorrio. Siete años ya de esa rutina, firme y agradable. Seguramente le esperaban otros quince años de lo mismo. Quizá se casaría con Ivette. Una vida tranquila y sin sobresaltos. Hasta que pasó por la agencia de viajes de la misma calle que su oficina.

Visitez le Mexique

*

Fue un impulso lo que le hizo entrar a la agencia a inquirir por las formalidades que debía llenar si deseaba visitar México.

Él nunca se dejaba llevar por los impulsos, por ello fue mayor su extrañeza cuando se dio cuenta de que verdaderamente deseaba emprender un viaje de naturaleza tan desusada. Una distancia enorme, casi inconcebible. Un país desconocido, sólo vagamente relacionado con historias de violencia, de revoluciones, de sol permanente y de indios y gauchos o algo así. Pero el cartel que aparecía en el aparador de la agencia le produjo un impacto que no pudo resistir. Fue como un llamado a su dormido espíritu de aventura. Como una reminiscencia de su infancia, cuando jugaba a los *cow-boys* del oeste americano. O tal vez fue la luminosidad que aparecía en el cartel, en contraste con el gris día de enero, lo que finalmente le empujó a desear el viaje. Tres meses ya de lluvias y constantes nublados era algo que podía sobreesaturar los nervios de cualquiera y hacerle desear ese sol brillante y blanco que llenaba gran parte del cartel.

—¿A México? —preguntó Ivette. Terminaban el postre, después de una cena de mejillones a la portuguesa— ¿Qué diablos vas a hacer tú en México?

—En verdad no lo sé, pero ya he pagado el billete de avión y las reservaciones del hotel. Me han hecho un itinerario que yo acepté a ciegas. Quiero llegar ahí y dejarme llevar. No sé lo que voy a encontrar.

—Al menos deberías leer algo antes de salir. No sea que llegues en medio de una revolución o un golpe de estado o algo así. En esos países sudamericanos no se sabe nunca lo que puede suceder.

—¡Bah!, no quiero saber nada. Quiero ir descubriendo cosas al ir las viendo. Así de sencillo.

—Ese cambio tuyo me disgusta. Tú no acostumbras hacer ese tipo de cosas. Quizá te estás haciendo viejo. Además vas a gastar muchísimo dinero, cantidades as-tro-nó-mi-cas de dinero

—recalcó Ivette, golpeando con la cucharilla la mesa, como para reafirmar su voluntad de impedir tal disparate.

En ese momento le disgustó la frialdad de Ivette, sin saber exactamente por qué, ahora no era el momento adecuado para mostrar tanta sensatez. Después de todo, él también tenía derecho a ser un poco alocado de vez en cuando. Acaso se estuviese volviendo demasiado previsible para ella.

—Mira, está ya decidido. Estaré ausente veinticinco días —respondió con una convicción nueva aún para él—. Ni siquiera había solicitado el permiso de *madame* Desforges, pero estaba seguro de poder obtener las tres semanas que necesitaba, aunque estuviesen a mediados de enero y resultase tan poco común una ausencia tan prolongada en esa época del año.

—En fin, tú sabes lo que haces. Pero no quisiera creer que a tu edad vas a comenzar con sorpresas. En mis planes no entra eso, lo sabes. Nada de sorpresas, ¿eh? —dijo con firmeza absoluta, repitiéndolo y casi deletreándolo, como hablándole a un niño pequeño— *Pas de surprises*.

*

—Mira —dice Defago—, cuando bajé del avión, después de un trayecto increíblemente largo, me di cuenta de lo descabellado de mi comportamiento durante los últimos días antes del viaje. Por supuesto se da que no me arrepiento, pues si algo valioso he descubierto es que ustedes me dieron lo que yo necesitaba. No es nada material ni comprensible en el lenguaje de todos los días, no. Se trata de algo que va más allá de palabras o hechos concretos. Es más bien como un contagio, como si me hubieran mostrado un camino o una manera de recorrer el camino de mi vida. Y confieso que ni yo mismo lo entiendo, porque todavía no acabo

de entenderlos. Hay miles de cosas que nunca comprenderé de ustedes los mexicanos, pero a pesar de ello me gusta mucho estar entre ustedes, es como si me contagiaran todas esas actitudes que son aparentemente tan negativas, como ese jugar siempre a hacer las cosas y nunca hacerlas verdaderamente, como ese hablar y hablar apasionadamente de cosas que ni siquiera comprenden ni conocen, como esa superioridad herida que muestran cada vez que un extranjero se les pone enfrente, como ese gusto —para mí incomprendible— que tienen hacia todo lo inmediato y ese desprecio, es ignorancia del futuro, del tiempo que está más allá del ahora mismo. No puedo comprenderlo y, sin embargo, me gusta. Eso es lo absurdo. Te juro que cuando bajé del avión ya venía asombrado por lo que había visto desde el aire, justo antes de aterrizar: una superficie infinita de luces que se extendía hasta el horizonte a ambos lados del avión, un mar de luces que rebasaba toda la concepción previa que yo traía de la ciudad de México. Y después aquel caos en las aduanas del aeropuerto, aquel ir y venir de gentes con expresión alucinada, empujándose y gritando, reclamando equipajes que nunca aparecían y abriéndose paso, cargados de contrabando hasta las salidas donde esperaba una verdadera multitud, como si en ese vuelo hubiesen llegado importantes personajes, como si cada uno de los que desembarcaban fuera alguien muy importante. Cada uno de los que llegaban tenía por lo menos a seis o siete esperándole, y ¿tú sabes lo que eso significa para un vuelo donde vienen más de trescientas personas? ¡La locura! Cada vez que allá en Bruselas hablo de ello nunca pueden creerme que sucedan cosas así. Y luego los norteamericanos con sus voces nasales, surgiendo por todos lados, es increíble.

El interlocutor de Sylvan Defago es ahora un profesor universitario de Toluca. Mira atentamente al belga y no parece

divertirle lo que escucha. Mira con expresión solemne a través de sus anteojos rayban con vidrios graduados. Caminan por el campus universitario tolucense, sorteando las vacas que pastan entre uno y otro edificio académico.

—Mire mesié Defago. México es un país mágico. O ¿acaso no ha leído a Octavio Paz?

—Sí, pero no pude pasar de la página tres.

—Es que no ha leído *El laberinto de la soledad*.

—Ése fue el libro que comencé a leer, pero me resultó muy pesado, muy cocinado. Como si hubiera un intento demasiado racionalizado para tratar de explicar lo que en ningún momento es racional. Una serie de razonamientos históricos interpretados con un criterio apasionado y emocional.

—Pero, mesié Defago, usted no es sociólogo ni antropólogo. Usted no puede juzgarnos tan a la ligera, no es posible, no es posible que no comprenda que somos un pueblo que se está encontrando, más bien reencontrando, como se dice, que está buscando su identidad, en fin, no encuentro los términos justos para expresarle a usted mi modo de pensar...

(La conversación tenía lugar en lengua francesa. Defago se consideraba incapaz de aprender el castellano y el profesor universitario era un posgraduado de la Sorbona que agradecía la oportunidad de desempolvar su *langue française*.)

”...Mire, lo invito a que asista a una de mis clases en la UAEM para que se dé cuenta de cómo la juventud local está imbuida de conciencia social, de sentido nacionalista, de ganas de integrarse a las corrientes mundiales del pensamiento, de romper con esa imagen que se tiene de nosotros en el exterior, de fincar las bases del mexicano moderno, plenamente consciente de la modernidad, de la electrónica y sus avances portentosos, de las

presiones económicas que caracterizan a esta turbulenta época que nos ha tocado vivir...

—Ah, *merde*, por favor no diga usted eso. Parece que es una canción recitada de memoria. No es eso lo que yo creo de ustedes —Defago parecía impaciente y enfadado—. No creo que usted sepa de lo que estoy hablando, usted es solamente palabras y más palabras.

”Ah, *merde* —repite Defago al ver de pronto su pie derecho sumergido hasta el tobillo en gigantesco excremento bovino.

Por un momento había olvidado que en el campus abundan las vacas y bueyes pastando libremente, bueno, casi libremente, dadas las restricciones académicas.

—Pero no, mesié Defago, usted no acaba de entender. Nosotros hacemos verdaderos esfuerzos por integrarnos a la civilización, a la cultura universales. Y es precisamente debido a puntos de vista como el suyo que no nos comprenden, que seguimos siendo marginados en el concierto internacional...

Las palabras fluían con facilidad en boca del profesor universitario.

RETOS

Los estudiantes se preparaban a terminar el año, revoloteaban con alas impresas de ecuaciones y teorías. Yo impregnado de la dulce modorra de la indolencia, hacía que las fórmulas que me harían ir a otras disciplinas permaneciesen estériles. Algo ya no cuajaba, un párrafo que se negaba a desfilar frente a mis ojos; un número que encerraba sus unidades dentro de sus rasgos, apartándome de sus complicaciones y andamiajes maravillosos. Hastío, tedio. Tazas de café trasnochado sobre el buró. Blasco Ibáñez y su vuelta al mundo eran lo único vivo dentro de mis cuatro paredes de humo y pensamientos sietemesinos. Meses viviendo a base de conjeturas agradables. Deseos que no conducen a nada. Una vida hecha a base de retos.

ES DISTINTO

Es distinto, todo es distinto, en sólo unas horas todo el panorama ha cambiado. No se conoce nada fuera de la certidumbre de la noche.

Las garras de todos van tomando forma al atardecer, las clavarán cuando el sol se pierda. No sé cómo estoy pensando en esto, sin embargo aquí están todos estos pensamientos, muy quietos, todos ellos grises o de ligeros tonos verdosos, puedo verlos, son musgosos y están sentados, como pequeñas figuritas viejas de barro. Conozco sus caras, no sé sus nombres ni sus significados. Sé que a su debido tiempo uno de ellos se levantará parsimonioso y me tomará de la mano, desde dentro de mí; me llevará sin moverme del mismo sitio. Alguien me observará y solamente yo, como ahora, sabré que es un pensamiento llevándome de la mano.

Un brazo se levanta, pero sólo veo la sombra. Toma algo y lo lleva a la cabeza. Es un cepillo. La cabeza es cepillada rítmicamente, el pelo crepita bajo las cerdas de nylon, Laura se estremece a cada jalón del cepillo. Sabe que la observo. No se mueve, es como una ceremonia, todas las noches, antes de ir a la cama, hace lo mismo, en esa hora, sólo ese cepillo cuenta. Cierra los ojos, y las cerdas se enredan y jalonean con fruición. Nunca he querido pensar en ellas como algo vivo, pero

ahí están, incrustadas en el plástico rosado, esperando siempre ponerse en actividad e impregnarse de electricidad.

ANOCHÉ

Anoche, al dar cuerda al reloj despertador, éste dejó sobre tus dedos una fina capa de polvo, como el polvo de los desvanes, tenue, que hace estornudar, cerrar los ojos.

Dormir nuevamente mientras afuera el viento evoluciona, llega desde arriba, vertical, desconcertando todos nuestros puntos de referencia, levanta las hojas que quedaron sobre el suelo. Crujen (como ella dirá dentro de un momento), crujen al ponerse en movimiento contra el pavimento áspero, permanecen brevemente en un lugar, se mueven en círculo y nunca pasan dos veces por el mismo punto.

ESE OLOR

—Nos dice acá mi carnal, que los olores que llegaron eran también olores nuevos, diferentes.

—Sí, esos peludos traían consigo otros olores; los olores picantes de sudor y de cuero y de ajos, de sebo y de caballos. Podía sentirseles venir desde muy lejos solamente por el penetrante olor a animal rancio. Encima del estómago y unido a la sensación de miedo, había el regusto que dejaba aquella hedentina a su paso, y hubo más de un vigía que, denunciado por las arcadas que lo sacudían, fue muerto por ellos al ser descubierto entre las copas de los frondosos árboles de Tabasco. Se parecía mucho al olor que subyugaba a los mexicas. Era casi hermano del olor de la sangre.

OASIS

“No existen ya” —recuerdo que me dije cierto día lleno de escepticismo.

Sí, aún recuerdo esas palabras, palabras, palabras favoritas de cualquier incrédulo. Las pronuncié cuando alguien me hablaba acerca de los Oasis, así, con mayúscula, porque hay Oasis y oasis, y no son lo mismo. Y en este pequeño relato voy a describir cómo vi un verdadero Oasis, y cómo me convencí de que lo era. Quizás hay muchos escépticos en lo que respecta a esto, pero creo que cuando reflexionen en lo que voy a decir, entonces querrán encontrar uno. Pero debo advertirles algo: quedan pocos, muy pocos....

Cuando me di perfecta cuenta de que estaba frente a un Oasis, creí que estaba siendo juego de una broma pesada, pues, para el espíritu incrédulo no hay choque mayor que la verdad que desagrada.

No pude creerlo.

Sentí de inmediato su presencia, pero era simplemente inverosímil, aunque lo viera ahí, frente a mí. Yo sabía que existía, pero simplemente como un ser.

Lo encontré bruscamente, sin preámbulos y de inmediato me sentí aplastado brutalmente por aquella irresistible corriente de sensatez que emanaba de él, y me sentí reducido a virus, a la categoría de un virus insignificante y ridículo,

porque éste era un Oasis de sensatez en medio de un desierto de estupidez....

Mi caminata a través de un páramo tonto, terminó bruscamente una mañana tibia y aburrida, ese tipo de mañanas en las que no se hace nada, simplemente escuchar el zumbido de las moscas gordas y sacarse partículas de polvo, que imprudentemente vienen a caer en un ojo nuestro cuando empezamos a mirar algo con interés.

Era una de esas mañanas hechas especialmente para el hastío, pero ya ni lo notamos, ya que a fuerza de vivir siempre rodeados por una aridez terrible, todo nos parece igual, todo nos parece normal. Esa aridez nos va matando poco a poco el alma, nos va sumiendo en un bochorno pesado y degradante, del cual muy pocos suelen salir avante.

Y para salir con vida del desierto es preciso encontrar un oasis.

Yo, afortunadamente, encontré uno.

Al verlo, mi primera reacción fue de incredulidad, creí que se trataba de un espejismo. “Es imposible” —pensé—, “ya no hay oasis”, “todos han sucumbido, a todos los ha matado la manada”. Pero, para mi fortuna no fue así, y ahora creo que quedan unos cuantos, y me propongo buscar más, pues todos necesitamos llenar nuestras cantimploras de sensatez, y con sensatez, de vez en cuando.

Pero lo malo es que todos conocen el oasis y no se percatan de que es un Oasis. Pasan de largo frente a él, o se detienen a saciar una sed, que es todo, menos verdadera sed; y que, en vez de satisfacerlos, empieza a secar los oasis poco a poco, quitándoles todo su fluido vital, acabándolos despiadadamente. Debido a una gran desventaja: los Oasis brindan sinceridad pura, por eso sólo hay dos tipos de gente que se acerca a ellos,

los estúpidos y los sedientos. Los estúpidos no pueden darse cabal cuenta de lo vital que encuentran, no pueden apreciar, ni en una millonésima parte, la importancia de estos remansos tranquilizadores y benéficos para los otros; los sedientos casi siempre llegan cuando el oasis se ha agotado, o se ha disfrazado de mar solamente para satisfacer a los estúpidos.

Pero yo encontré un oasis.... que no sabe que es Oasis....

Lo primero que podemos leer en él son palabras como éstas: ¡Estúpido imbécil! ¿Por qué? Simplemente porque a cada momento dice la verdad, no hace más que repetir esa verdad, para que —aún sin saberlo él— nos demos cuenta de lo que somos: precisamente imbéciles. Al empezar a sentirlo hablar, todas nuestras ideas e impresiones anteriores se van borrando, como las letras de esos papeles manuscritos que van muriendo bajo la lluvia pertinaz del verano, así como se desvanecen esas letras, sutilmente, así se va vaciando nuestra cabeza de tonterías y se va llenando muy poco a poco con una sensación de tibieza y bienestar, porque cada nueva palabra va adquiriendo un nuevo sentido en presencia del Oasis.

Esa mañana, el sol caía a plomo, como sólo él sabe hacerlo, produciendo molestos cosquilleos en la nuca y dibujando en el suelo sombras ridículas que parecen ser el verdadero retrato de nuestra alma. Las manos empezaban a cansarse de estar ociosas y alrededor sólo flotaba el aburrimiento, todo igual que siempre. Pero, súbitamente, la presencia estaba allí, el Oasis existía.

Y desde ese momento empezó a contagiar a cuantos estábamos a su alcance un fluido que empezó a saturarnos, lleno de sensatez joven, palpitante de vida, de energía, de *algo* diferente que nos hizo sentir inconformes; pero no es una energía común, es una energía sublime, caracterizada por una frescura contagiosa, por una naturaleza maravillosa y creativa.

Podría comparar este Oasis con una nube; son iguales: etéreos, serenos, sutiles, tanto que no se dan cuenta de su propia fuerza, de la terrible fuerza que poseen, porque siempre las cosas suaves y tenues tienen más fuerza efectiva que las cosas fuertes y brutales. Y este Oasis, como la nube, no se da cuenta que; con sólo proponérselo, puede desencadenar la más furiosa y devastadora de las tempestades.... Pero sigue en su plácida calma, flotando en el espacio sin dañar a nadie, negándose al mundo.

LAS LÍNEAS PERDIDAS

Las cosas eran demasiado simples como para poder ser torcidas o encauzadas por el esfuerzo de un fantaseador como él. La idea de rodearse de un halo de celebridad e importancia quedaba por completo descartada, principalmente a causa de lo pobre del ambiente de la preparatoria. Todos salían de la última clase comentando simplezas, ansiosos por salir a comer algo antes de llegar a casa, ignorando todo lo que a esa hora pudiese acercarlos entre sí.

Ambrosio consideró muchas veces la posibilidad de abordar a la muchacha a la salida de la escuela, pero nunca faltaba el grupo de inoportunos que también la esperaban, muchos de ellos ni siquiera eran estudiantes; así que hubo que pensar en otra técnica.

“Es sólo cuestión de tiempo y paciencia”, reflexionaba por las noches, con el libro de texto abierto sobre la mesa, en un rincón de su habitación. “Si planeo todo como debe ser, calculando todo meticulosamente, nada podrá impedir que sea mi novia, o hasta mi amante”. Y casi siempre interrumpía sus reflexiones a causa del llamado a cenar, pues su padre nunca admitía irregularidades en lo relativo a la nutrición. Don Julián, como todos lo llamaban en la fábrica, era a los cincuenta y ocho años un ejemplo de vigor. “Los achaques que nunca faltan cuando se llega a determinada edad”, repetía cada vez que se encontraba

ante más de dos personas, “pero si no fuera porque desde los catorce años soy un consumado deportista, a estas alturas ya hubiera estirado la pata, como tantos otros de mis compañeros”, y con una sonora carcajada, que iluminaba su rostro, terminaba sus peroratas acerca de la salud.

Ambrosio nunca lo había llamado “padre”, más por convicción que por falta de buena crianza, y eso era algo que siempre deambulaba por la cabeza del adolescente, obligándolo a plantearse las interrogantes de siempre, muy imprecisas, pero al mismo tiempo desconcertantes. Algo parecía no funcionar en las relaciones con el hombre que siempre le había llamado “niño” y, después, “jovencito”. “Una palabra siempre mantenida en el cerebro”, pensaba, “no tiene valor. No vale la pena el objeto de esa palabra”. Pero, cuando agotado por las reflexiones se rendía al sueño, se hacía el firme propósito de nunca llamarlo “padre”.

—¡Uy, anoche agarré una onda ultrarromántica, maestro! ¡Con decirte que hasta pensé que el viejo no era mi verdadero padre!

Y continuaba escuchando al profesor.

—En una ciudad pequeña donde aún perduran costumbres debilitadas por los años y la intolerancia, nadie puede pensar claro ni actuar abiertamente. Las comunicaciones asombrosas con que cuenta el mundo moderno son insignificantes en comparación con las utilizadas en esta Toluca para divulgar lo más secreto y lo más generoso. La provincia en México debe tomar una drástica purga y, después, renacer de sus excrementos...

Todos nos mirábamos azorados. Nadie sabía lo que el maestro decía. Mati se había vuelto hacia mí y, sonriendo, hizo una mueca de burla dirigida al “profesor filoputo”, como ella lo llamaba. Esa vez, como muchas otras, matamos el tiempo

de la clase intercambiando notas, más o menos como ésta: “Cuatro borrachos salen de una cantina y sólo uno llega a su casa. Pregunta: ¿qué sucedió con los otros?”. Otra nota, la respuesta: “Se los cargó la chingada debido a que el más fuerte se bebió a los otros, *am I all right?*”. De repente, se sonrojaba por la cosa más simple, o se quedaba totalmente apática.

Otro día y otra vez las mismas reflexiones durante la cena, las miradas concentradas en los grandes vasos de leche, en la carne asada, en las ensaladas y en el pan, buscando un apetito que no existe y farfullando excusas para levantarse de la mesa. Don Julián, en bata, le ordenaba terminar todas las porciones asignadas a él, pues cada una de ellas estaba científica y exactamente calculada para él. “Ambrosio, el estudiante necesita comer, ya que a tu edad es cuando el cuerpo necesita más elementos nutritivos. La gran actividad desplegada por ti requiere de muchas calorías y proteínas, y ni qué decir de los estudios. Eso, ESO requiere más energía que acostarse con tres mujeres a un tiempo”. En esta parte interviene la madre, tratando de contener el torrente que brota de la boca de su marido. “¿Te gustó la ensalada, Brosi?”, “¡No le digas así, mi hijo es hombre!”. Algunos vasos se tambaleaban, amenazando derramar su contenido sobre el blanco mantel, impecablemente almidonado. “¡Con razón cada vez que va a la fábrica los empleados de la oficina se burlan de él!”. “Claro, claro que se burlan”, piensa Ambrosio, “les cae en gracia que un hijo tuyo les haya ofrecido mariguana el día del puto brindis de Navidad”.

Ella todavía no vivía en Toluca cuando Ambrosio ingresó a la preparatoria. Llegó meses después, procedente de Jalapa, con dos hermanos menores, padre y madre, una tía y todo lo que se transporta cuando alguien se muda de ciudad. Cierta vez, Pepe se la mostró a Ambrosio en la calle, “Mira, ésa es Mati. La

de Jalapa. Dicen que le gusto mucho”. Desde entonces aquellas facciones permanecieron nítidas en su mente y cuando la vio en la escuela experimentó un sentimiento de rabia. Debería de existir un medio de acercarse a ella sin llamar demasiado la atención, sobre todo, de aparecer ante ella como un ser excepcional y superatractivo.

—Mira, para los planes que he estado elaborando, el edificio de la escuela no se presta mucho. Yo necesito un espacio más abierto, donde pueda prever sus movimientos desde lejos primero, después ya sabré cómo llegarle, con eso no hay problema.

”No, hombre, te digo que no tiene pierde, es un plan perfecto. Tengo ya tres semanas madurando el plan y creo que no se presenta ningún obstáculo.

”Pero, pues, ese planecito no se llevó a cabo porque estaba jaladísimo, gruesísimo, y más propio de un asalto a un banco que a una declaración amorosa, ¿ves?

”No, pero en aquel entonces yo me traía una onda de la puta madre y por donde quiera andaba organizando puras mamadas. Total, que una mañana me puse a esperar hasta que comenzara a bajar las escaleras. Yo estaba en la planta baja y uno de los cuates debería bajar corriendo para avisarme. ‘¡Ahí viene!’, me dijo de pasada. El corazón se me volvió loco y saqué un cigarrillo, encendiéndolo mientras simulaba que iba a subir las escaleras. De pronto comencé a darme cuenta de la situación. Las paredes se mostraban más llenas de manchas y rasguños, las voces de quienes bajaban y subían a los pisos superiores quedaron opacadas con un zumbido pesado dentro de mi cabeza. Cuando por fin apareció, me miró instintivamente, tratando de sortear el obstáculo que yo representaba en su carrera hacia

abajo. Hablé después de un momento de decisión. Total, nada que perder.

Muy simple: la joven desea cualquier cosa que pueda entretenerla de verdad. Nada le desagrada más que un discurso preconcebido. Carece de convicciones y de voluntad, aunque en ocasiones puede mostrarse ingeniosa y útil. Su natural carácter viene cayendo dentro de lo que vulgarmente se diría “impetuoso”. El razonamiento más avanzado y elaborado que ha mostrado no va más allá de la elemental idea de que “toda premeditación hacia ella, de parte de un varón, es igual a: agresión alevosa y malévola”.

Al despedirse, Mati admitió que sí le gustaría ir al cine con Ambrosio. Exhibían una complicada película francesa y tenían que verla, aseguró nuestro héroe. Se encontraron a la entrada del cine, donde ya había esperado Ambrosio durante media hora (con los boletos en la mano). Ella llegó puntualmente, ¿verdad, señor? Entraron en la sala cuando aún no se apagaban las luces. Una falda a cuadros, una carpeta forrada de plástico y una pluma fuente en la mano. Buen despiste. Fue en algún momento de esa tarde cuando Ambrosio se percató de que la sonrisa de Mati era triste e insegura.

LE CHAUVE-SOURIS

Ahora no vas a negarme que ciertas estructuras sean insuficientes para contener la avalancha de pensamientos que se suceden en el momento.

Desde luego, existe el deseo de clasificarlos y encasillarlos para, en su oportunidad, irlos emplazando en el punto donde funcionen mejor; pero cuando viene ese sonido (el de las hojas) todo queda aplastado dentro de este ahora que, más que transcurrir, parece prolongarse en un solo e interminable acto angustioso, medido solamente por las sonrisas que recuerdas, o por ciertos sonidos que en ocasiones te sirven de punto de referencia. Tus hechos, importantes o no, han quedado como aplastados entre dos vidrios, sin perspectiva, deslizándose banalmente hacia el olvido más completo. Dime, ¿qué sería de todos tus pequeños relatos sin la mirada acuciosa, sin el oído exigente de Quien los investiga minuciosamente en su pantalla, a una distancia y en un lugar que ni siquiera puedes soñar en concebir? Respuesta ignorada. Sencillamente habrá que conjeturar sobre bases que no tienen nada de científico, y que, por consiguiente, carecen de valor ante los ojos de Quien registra.

Ahora estás haciendo trampa, indudable e indiscutiblemente, aprovechando la coyuntura para empujar las contingencias que dentro de circunstancias normales jamás serían realizadas ni puestas bajo un nombre ni reconocidas bajo una forma específica,

pero, reconoce: no te queda más remedio que seguir explorando y presionando. A ver hasta dónde va a dar todo esto....

En aquel momento, lo más indicado era tratar de continuar la marcha en el mismo instante de accionar el encendido del motor —después de haber ajustado el asiento a la longitud de sus piernas—; pero otra idea se hizo manifiesta y decidiste posponer un momento más la partida, a pesar del calor insostenible y de los ruidos que llegaban de abajo, desde la hondonada invisible, cerca del auto. La temperatura subía y los dos ya estaban envueltos en el calor pegajoso que te haría aún más molesto el conducir durante dos horas antes de que refrescara.

Ella echó una mirada por encima del hombro, como para cerciorarse de que estabas ahí todavía; después se movió muy despacio, al parecer meditando cada uno de sus pasos para llegar hasta el borde del acantilado y mirar hacia abajo con el miedo muy claramente marcado en los ojos. Observabas, o más bien, observabas al miedo como parte integrante de su cuerpo, que se ajustaba contra el delgado vestido amarillo pálido que el viento hacía parecer más ceñido.

—Mira, ven —dijo, extendiendo hacia atrás el brazo derecho, hacia ti— ¿a ti no te da miedo esto?

—No. Es más, siempre me ha gustado.

—Es verdad —repuso después de mirar hacia el fondo con más atención—, fascina. Es imposible dejar de verlo. Ahora me explico lo del mareo de las alturas.

Reímos, reíste y no era una burla, aunque lo pareciese. Ella debió creerlo así, por la manera como se volvió y regresó

rápidamente al auto. Dijo que era de un tacto reprobable el no tomar sus palabras completamente en serio. Respondiste que sería absurdo tratar de estar siempre serios y callados; como las momias que se miran los ojos.

Después, quiso manejar. En silencio, aunque con sonrisa burlona, observaste cómo trataba de acomodar el asiento a la longitud de sus piernas. Le ayudaste un poco, te dio las gracias y arrancó bruscamente, haciendo sonar las llantas con crepitaciones calientes al tocar la grava de la orilla de la carretera. *Esas llantas deben hervir ahora, cuántos miles de grados deben soportar. Bueno, miles no, cientos sí, cientos de grados....*

—¿En qué piensas?

...y recuerden mensajeros: la raza ha de perpetuar su movimiento glorioso en todos los confines de nuestro universo....

Pensaste que sería mejor continuar el camino en el mismo instante de subir al auto y ajustar el asiento, pero, recuerda: una idea vino y decidiste posponer un momento más el instante de la partida. El calor se hacía insoportable y los ruidos que venían de abajo, desde la hondonada invisible desde el auto, te daban, por un extraño mecanismo deductivo, la certeza de que el calor iba a hacer muy molesto el conducir durante esa hora de la tarde. Por otra parte, si posponías la partida, llegarían muy tarde a Guanajuato, cuando ya hubiese oscurecido. Y mira que en ese aspecto no hay nadie más exigente que tú, lo sabes. Y si fuiste en ese viaje loco fue porque creíste que todo iba a cambiar, como en efecto sucedió en el mismo instante de poner en marcha el motor. Ya ves que hay ocasiones en las que una

premonición se manifiesta crudamente y ya nadie puede convencernos de que los hechos no van a tomar otra ruta que no sea la que nosotros, en ese mismo instante, les hemos marcado. Estoy seguro de que así es. Pero de todas formas fue muy curioso y notable el hecho de que desearas permanecer a pesar del clima y de los ruidos animales que llegaban desde abajo.

El zumbido de los insectos llenaba el aire de un ambiente de selva irreal que no pertenecía en modo alguno a ustedes.

—Ojalá hubiera alguna manera de bajar hasta allá donde se ve aquel río.

Respondiste que no lo creías.

—No debe ser muy ancho —insistió—, a lo mucho quince metros, y no muy caudaloso, debe de haber algún modo de bajar hasta la orilla, algo diferente, no sé....

—¿Quieres bajar?

—Desde luego —y quedó un momento pensativa—. Aunque no ahora.

”Sí, creo que me gustaría bajar allá, pero lo haremos a nuestro regreso; ahora, te digo, hay que aprovechar la luz natural —dijo, mientras regresaba al auto.

Es muy claro; pero, ¿quién va a querer relatar las cosas desagradables? Yo no, ciertamente, aunque, como ya se ha dicho, no tiene caso encerrarnos en este mutismo, que más que nada se parece al miedo. Estuviste mirándola durante algún tiempo, tratando de captar en sus gestos algo que pudiese indicarte lo que pensaba en esos momentos, y he aquí condensado lo que puedes comprender. Pensaste: “Las víctimas —he oído— son colocadas contra la pared. Es un procedimiento tan viejo como la historia”. Pero, ¿tomarías un puñado de esa tierra verdosa que presientes?, ¿harías desaparecer el infantil temor de ensuciar-te las manos?, ¿y de cuántas cosas más serías capaz? Yo he de

saberlo antes de soltarte libre a explorar abiertamente esos terrenos inmensos donde la voz se pierde en ecos pegajosos, llenos de olor de sudor. Sí, he de saber cómo se reflejan las nubes en los meandros del arroyo antes de que su imagen quebradiza se pierda en lo intrincado de la vegetación, que en ese momento te será por completo desconocida, amenazante. He de conocer el exacto desarrollo de las imágenes, en el momento mismo de que pases por ese riachuelo, ablandando el cuerpo a cada paso, tratando de ver más allá del recodo en la vereda hecha quizá por los pies de aborígenes de especie —o raza— desconocida. Imágenes que te detengan, claro está, solamente en mis ojos de observador exigente.

Pero, para el momento de esta reflexión, ya habré roto las finas pajas de vidrio que todavía conservaban las huellas de tus dedos delgados y frágiles; las habré quebrado, una a una, con un gesto de dolor a cada crujido, a cada chisporroteo del vidrio amarillo. Eran tus objetos para relatar, escribiendo sobre las tablillas de cera, describiendo a los habitantes de las casas blancas. A veces escribías en serio, con ese lápiz que permanece quieto entre las cosas que dejaste y, sin que nadie pueda verlo, se empolva, reposa olvidado, aunque tantas cosas hayan adquirido vida gracias a él: las casas blancas de la colina donde siempre había fuego en el hogar al atardecer.

[SOLES SUAVES Y GENEROSOS]

“—Hay que evadirse, y para ello existen muy diferentes maneras. Las más sencillas son, por supuesto, las más peligrosas.

—No veo por qué tengas que advertírmelo tan seriamente. Sabes que me bastaría una simple indicación tuya para hacer lo que me ordenes”.

Bueno, esto era parte del sueño, ¿no? Por cierto muy agradable: una mujer se rinde incondicionalmente a ti y obedece sin chistar. Todo lo acepta, espero, hasta lo más indigno y, por supuesto, también se sacrifica en aras de su adoración por ti, ¿no es así?

—En efecto.

Pero eso debe suceder hacia el final, cuando el suspenso esté logrado, y cuando ya no exista la posibilidad de otro cambio.

¿Ves qué sencillo era todo? Ni la llave estaba enmohecida ni tuviste que luchar contra ningún espíritu malo durante el intento. Es verdad que la cerradura estaba polvosa y eso dificultó un poco el giro de la llave que hizo chillar el mecanismo de la chapa; pero, ignorando eso —que al fin y al cabo viene a ser lo más banal de toda la operación—, te saliste con la tuya, mi Reina de Bastos.

Pero cuida tu gesto, pequeña, y no lo echas a perder. Mira que eres constantemente observada y un paso en falso o una afectación, por muy superficial que sea, romperá el transcurrir

lógico que estamos ahora siguiendo paso a paso. No has de modificar nada, so pena de derrumbar sin remedio la estructura de mi tiempo. Cuida tu gesto, pequeña, sobre todo al correr esa cortina, ahí en tu cuarto solitario, ya que si te percatas de los ojos que te observan febrilmente, correrás el riesgo de titubear por un momento, de romper la secuencia que te estaba prefijada, y sólo lograrás abrir una brecha por donde van a colarse vertiginosamente las contingencias que por el momento sólo están etiquetadas como posibles.

El frío llega desde la ventana. Puedes ver a través de tus ojos semicerrados. Respiras la madrugada.

—¿Sabes?, extraño mucho el sol, nuestro sol.

—¡Bah! —respondes— Olvida eso. Mira con mi calor; no sentirás frío nunca.

La besas tratando de imaginar su idea de soles suaves y generosos, de mundos poblados por gente bondadosa que habita en altas torres blancas, de fantasía y palabras hermosas y ligeras, porque eso de verdad lo cree.

[SHHH]

Ella está ahí y la observas. Encuentras toda la situación como un hecho inverosímil en el cual has sido colocado como por azar, nunca debido a tus especiales condiciones. Está ahí dormida o pretendiendo estarlo, desnuda bajo la sábana revuelta, reposando, en esta hora silenciosa que la madrugada ha hecho privada. Ahora es cuando el elemento luz adquiere su importancia dentro del contexto, sabes que si esa lámpara no estuviese colocada sobre el buró del lado izquierdo de la cama, si no esparciera su luminosidad tan atenuada por la pantalla de vidrio verde, toda esta elucubración carecería de significado y tú no estarías ahí sentado, respirando el aire cerrado de esta habitación del tercer piso, ni escucharías con tanta atención los ruidos aislados de la calle, pensando que todo —en este momento— puede integrarse a la figura que reposa blandamente frente a ti. Estrictamente hablando: recuerdas —y eso no puedes negarlo— las miles de veces que intuiste este momento y lo hiciste existir a base de repetirte que no había un límite verdadero entre lo soñado y lo realmente sucedido, que una premonición es suficiente para construir toda una concepción de la realidad, enteramente a tu gusto y dentro de tus moldes.

Justo a las 2:45 a.m. te preguntará algo que va a unir muchos destinos. Vas a averiguar inconscientemente un secreto que no te pertenece, que ha permanecido como tal durante

muchos años, anidado en las notas amarillentas de un hermoso viejo loco.

Pero antes de todo, antes de que planees algún movimiento, hubiste de buscarla. ¿Recuerdas?

Afuera comienza a soplar y las hojas recién arrancadas corren por las calles con un sonido muerto y prolongado que nunca habíamos escuchado. Mudos, estamos escuchando con los ojos muy abiertos desde la habitación en penumbra, semiocultos en el calor del cuerpo.

—El invierno siempre llega así, al menos por acá...

—Los días van a ser muy cortos, tendremos que permanecer dentro todo el tiempo.

—¿Te desagrada?

—Shhh, escucha —dice al poner un dedo sobre tus labios—. Escucha cómo suenan las hojas al arrastrarse. ¿Lo oyes? Parece un crujido alargado.... me gusta.

Oprime tu mano y calla. Sonríes, presintiendo lo que va a decirte.

—Ríe y acércate. Tú y yo sabemos que si se piensa fuertemente todo va a ser como lo deseamos, cuando y como lo deseamos. Eso lo aprendí hace mucho, cuando me bastaba cerrar los ojos para que mis juguetes adquirieran colores nuevos, para que el agua de limón fuera más dulce. Lo aprendí desde niña niñita.

HAY IMÁGENES

Hay imágenes que me obsesionan, que me persiguen. En ciertas épocas del año surgen como destellos a lo largo del día... y en la noche, cuando el entendimiento se aclara, ayudado por el silencio, se hacen omnipresentes. Los sentimientos que experimento ahora reviven los recuerdos y me sumergen en una cascada de imágenes repetitivas de sabor agridulce, de tierno dolor y de melancolía; sobre todo de nostalgia.

Una ciudad lejana y desconocida, vista por vez primera al amanecer. Octubre o noviembre. La fatiga de un largo viaje en tren a través de campos nevados. Nombres nuevos a los lados de las vías. Nuevas sensaciones. Un absoluto despertar de los sentidos. Después, mis pasos que resuenan solitarios sobre las aceras húmedas. Miro hacia la avenida de edificios grises, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Unas pocas líneas trazadas con tinta verde sobre un pedazo de papel. La escritura casi infantil de su mano: "siebensternstrasse...".

Los primeros copos de nieve, todavía acuosos y frágiles, van a estrellarse oblicuamente sobre el pavimento, desapareciendo en cuanto lo tocan, empujados por el viento que corre a lo largo de la calle. La luz del semáforo guiña inútilmente ante la mañana solitaria de domingo. El reloj marca 09:05 con los impulsos eléctricos de sus números. Mi cansancio se desvanece ante la perspectiva del acontecer imprevisto. "Siebensternstrasse...".

Calle de las siete estrellas. El viento frío, la humedad y el ligero dolor en las orejas me alegran el ánimo, aceleran mis pasos y dibujan una sonrisa de anticipación, nostalgia y tan sólo añoranza. Lugares en donde las células de mi cuerpo han vibrado al unísono, llenando de vida el pasado y confundiendo en un ahora eterno el presente y el futuro. Sensaciones y olores, impresiones que se hacen infinitas.

Las calles rectas y bien trazadas, los edificios de estilo y color uniformes. La nieve licuándose instantáneamente al tocar el asfalto. El eco de mis pasos solitarios siguiendo una ruta invisible. Luego, la certeza de que sobreviene un cambio en la humedad de la mañana. Silencio. Lejos, en línea recta frente a mí, pasa un bulevar donde algunos vehículos van con las luces encendidas, distinguiéndose nítidamente como puntos dorados en medio de la bruma y los copos casi microscópicos. De pronto, la nieve cesa de caer y ni siquiera hubo un cambio que la anticipara, simplemente ya no estaba ahí. Entonces comprendí lo lejos que me hallaba de ese lugar que en el idioma de Irina se deletrea Me-xi-ko, con k. Lejos, muy lejos de todos los puntos familiares: lejos de Toluca, de Guadalajara o del D.F. Ahora tan sólo eran nombres casi olvidados. En Mexiko, en esos días, las campanas de Puebla seguirían tañendo parsimoniosamente. Las muchachas mexicanas seguirían caminando por el lado sombreado de la calle porque no quieren ver su piel oscurecida, prieta. Malinches. (¿Cómo se pluraliza Malintzin?)

“Una taza de chocolate, o una copa de coñac”, pensaba, y un airecillo de felicidad se filtraba por mi ropa. Detenerme frente al edificio marcado con el número 2750. El ruido de los autos en el bulevar. La niebla filtrando delicadamente la luz del sol oculto tras las nubes, suavizando las facciones. Una puerta de cristales se cierra tras ella. La misma sonrisa, como estimando

y valorando la complicidad encontrada tan rápidamente. De nuevo el viento helado y pienso, al ver el color de sus ojos, “los europeos son hijos de los bosques”. Azul cobalto intenso. Como el cielo que se intuye más arriba de las nubes. Los colores del sol son mis colores. Verde es nuestro verano. En Europa siempre estoy hambriento de sol. En Mexiko, muchos años después, los dioses de los vientos me trajeron tu aliento envuelto en flores. Mis dioses de mis ríos que cantan canciones de águilas y de ocelotes, que nos cubren de plumajes con el color del arcoíris.

DISLOQUE II

No se puede hacer nada. El humo corre horizontalmente y la penumbra no permite ver mis ojos.

—Salgamos, sé que las luces estarán sobre la marquesina. Pero no sonrías, podrías estropearlo todo de un golpe.

Creo que me estrujaré las manos cada vez que esto se haga presente. No intentes sonreír nunca.

El agua estará moviéndose. Es muy lejos y sé que nadie llegará ahí. Con un ligero roce la haré ondular, cuando yo regrese.

Hoy sé que nunca tomarás la libertad. También sé que hay millones de ojos como los tuyos.

—¿Por qué no sales y respiras libremente?

—¿Cuándo dejarás de preguntarme lo mismo? Siempre responderé lo que conoces.

—Encerrado aquí nada parece obvio. ¿Sabes?, cada vez que hablas rompes algo, hasta estas piedras negras terminarán gastándose con el sonido de tus pasos. Aquí al menos levanto los brazos y alcanzo algo.

Me balanceo y quiero que te vayas.

Te vas y quedo quieto. Los salvajes de-no-sé-qué-parte-del-mundo tienen el pelo rizado, no quiero pensar en ellos, pero están aquí constantemente. Son peores que tú. Tampoco quiero hablarte. Permaneces en objeto. Hay una capa que revolotea cuando el aire la sacude, puedo verla desde aquí. Un

rasgo que descende, después se toca los extremos y creo ver un círculo perfecto. Sabremos demasiado tarde que los conquistadores se nos quedaron en las tripas.

Sal en la lengua y los pies húmedos.

Al estar boca abajo no sabré si tengo dioses, tú de todas maneras ya no estarás aquí.

Sé que hay tres millones de manos como las tuyas.

LA SENSACIÓN

La sensación seguía molestándome. Con algo de anatomía hubiera asegurado que se trataba del epigastrio. El nombre no importaba ahora, no importó entonces, debió carecer de descripciones, al fin era únicamente una presencia sin necesidad de ser explicada, viniendo a través de la piel y envolviendo el mundo a mi alrededor. Todo aquel mundo. De cuando en cuando acercaba la mano a la nariz para percibir el olor rancio del pan. Me observaban aunque supieran que sus miradas nunca llegarían a mí. Sólo una tonalidad distinta fue capaz de desviar-me la atención. Era un cabello de distintas tonalidades, peinado hacia arriba. Me preguntaba si sería suave al tacto, si olería bien.

El pantalón debía estar ajado terriblemente. Comprobé con miedo que me había sentado en posición incorrecta, otro descuido y se desgarraría el fondillo.

Sin choques, sin mujeres interesantes ni comunes; lo distinto a lo común fue en ella. En sus ojos hubo una fijeza demasiado distraída en mi dirección. Creí que tenía un nombre hermoso. Y no recordaba ya nada referente al cuidado y limpieza de la pipa noruega.

Ahora cuento los días porque sé que es necesario, me gusta decir que no puedo evitarlo, pero me gusta siempre. Digo que el tiempo debería escurrírseme por debajo del alma para no sentirlo como un chorro frío, pero me gusta, me gusta.

L'ÉTINCELLE DE LA RÉVOLTE

—Si en los años sesenta no hubiéramos sido tan ingenuos, si tan sólo Ramónides hubiera ganado las elecciones generales, las elecciones *totales* hubieran sido ya otra cosa, muy por encima del sucio producto que se ha obtenido con el triunfo de los opositores de dentro y de fuera.

—¿Se refiere usted, señor conferenciante, a los fluidos vitales?

El conferenciante, al sentirse interrumpido, dirige una mirada helada a la mujer que, desde atrás de unos anteojos desmesuradamente grandes para su metro veinte de estatura, tiene levantada la mano derecha, agita un lápiz amarillo y dice:

—Me permito citar directamente *L'étincelle de la révolte*; en su edición del 28 de febrero de 1990 menciona a un tal Varguitas quien, sintiendo la muerte muy de cerca, decidió sin más ni más efectuar la travesía que soñaba desde sus años mozos: emprendería la aventura del vuelo del cóndor. *L'aventure du vol du condor*. Usted, Excelencia, usted, con su sabiduría que data ya de un lustro (con esto de la devaluación del tempo revolucionario), ha condoreado, ha tenido la osadía de condorear. Casi podría asegurar que en algún liceo de cualquier pueblecillo perdido de la Francia Meridional, ya aparece este verbo, pues desde los años sesenta los cóndores son un elemento *trés connu* en las calles de París, especial y sucintamente *au 5^e arrondissement*.

—¡Basta! —ha gritado el señor— ¡Otra referencia en lengua extranjera y la hago expulsar de este Recinto de Comunicaciones!

(Sí, hagan de cuenta que primero vemos una extensión majestuosa, en medio de la gran ciudad. Después aparece una torre marmórea que, en su base, cerca de la puerta de colosales dimensiones, reza: “Recinto de Comunicaciones. Las comunicaciones, corazón de la patria”.

—Bueno, y quizá por aquello del bombeo...

—Y, sí... se bombea la información a lo largo de las venas y las arterias de la patria.)

—¡Silencio! —estalla el moderador— ¡Cualquier otra interrupción y crearemos, nos veremos obligados a creer que nuestra actitud, señores y señoras (esto último mirando especialmente a la reportera, que evidentemente ha asistido sin pareja, al menos visible), que vuestra actitud es deliberadamente hostil hacia este presidium...

—¡Usted está fuera de orden! —grita, apenas logrando hacer salir su vocecita de entre la barahúnda— ¡Yo sólo deseaba saber si Su Excelencia se refería a los mismos fluidos vitales que mencionaba el general aquel del doctor estréinchlob...

El señor parece recordar algo, entrecierra los ojillos y con su multipantallada expresión entre aindiada y vizcaína, murmura como para sí. Uno de los edecanes señoriales procura acercarse discretamente la oreja para adivinar los deseos del jefe. Murmura palabras inconexas... “puro... llave... ese buen hombre incomprendido...”. La reportera sabe leer los labios y capta de inmediato el significado de las palabras apenas susurradas de Don Persona. Comienza a memorizar las frases aparentemente incoherentes, delgadas como hilos. Ella los enhebra en un significado periodístico-críptico, de primera plana, como quien dice.

Esa noche se suscitó gran inquietud en los círculos oficiales de Mexerland. La nostalgia de los años sesenta pasó a ser tema de estudio, en sí misma, ya desconectada del contenido mismo de la citada década.

LAS MENINAS

—*Las meninas*. Sí, indudablemente es un cuadro maravilloso.

Lo observaron cuidadosamente durante largos minutos, después salieron al exterior tomados de la mano. El sol se había ocultado desde hacía horas, los sistemas de alumbrado aún eran defectuosos, pasaría mucho tiempo antes que los perfeccionasen nuevamente. Todo tardaría mucho en normalizarse.

Ikkra logró detener el papelito que en esos momentos pasaba volando frente a ellos. El viento soplaba violentamente. Tuvo que correr para atraparlo. Elmo se incomodó un poco al quedar parado en medio de la autovía desierta mientras ella correteaba.

—¿Tienes que hacer eso?

—Sabes que los colecciono —respondió ella mientras desdoblaba cuidadosamente lo que resultó ser un viejo cupón para comida.

Una mañana habían resuelto visitar el Museo del siglo xx. Se interesaron desde que recibieron la primera clase de historia de los pueblos primitivos. Pasaban todas las tardes en el museo. Su trabajo consistía en averiguar la edad de ciertos cuadros, como el de *Las meninas*. Elmo sostenía que era una manifestación típica de la era postnuclear. Sus amigos lo juzgaban mal por interesarse en manifestaciones artísticas de trece siglos atrás.

Elmo adoraba *Las meninas*.

Se tomaron de la mano nuevamente y decidieron olvidarse de todo.

Al llegar a los dormitorios encontraron a su esclavo muerto en la cama. Había muerto de hambre. Elmo le hubiese dado su cupón para la cena, pero ya era demasiado tarde. Tendrían que resignarse a dormir en una cama fría, el que la calentaba había muerto sin pizca de calor en el cuerpo. No habría más remedio que ir a la cama con las ropas puestas. A la mañana siguiente despertarían de mal humor, después habría que ir al mercado a adquirir otro esclavo. Al próximo le darían de comer más frecuentemente.

Pero se levantaron y fueron a extasiarse ante *Las meninas*.

Índice

7 Presentación, *Porfirio Hernández*

Mejicanos en el espacio

13 Carlos Olvera y la ciencia ficción, *Alberto Chimal*

21 *Mejicanos en el espacio y en el tiempo*, *Samuel Manickam*

33 Uno

45 Dos

55 Tres

67 Cuatro

87 Cinco

103 Seis

115 Siete

127 Ocho

141 Nueve

161 Diez

El colmillo del gato

169 [Uno] 

171 [Dos] 

- 172 [Con fu y con fa] 🔊
- 173 [Tres] 🔊
- 175 El reloj de ceniza 🔊
- 177 Espuma de detergente 🔊
- 179 Las tijeras de Harry 🔊
- 180 Encuesta
- 182 Tres de cabeza 🔊
- 183 La ardorosa poeta 🔊
- 184 Una guitarra nueva
- 190 *The black day*
- 192 La laguna hambrienta
- 193 Del beso
- 196 El *volks* de Julia
- 197 Sus manjares favoritos
- 199 Ni se enteró
- 201 [Cuatro]
- 202 Un amor para un hombre sencillo
- 204 Un día magnífico
- 208 El círculo vicioso
- 211 [El silencio]
- 213 Sí
- 215 Relato de una pequeñez
- 219 El colmillo del gato
- 220 Del frío
- 222 De la carne cruda

| | |
|-----|---|
| 223 | De las semillas |
| 224 | Yo había nacido en el mismo mundo |
| 230 | No soy estúpido, es sólo este afán tardío de retenerla y amarla |
| 233 | Ixtubtún |
| 235 | Prositas |
| 239 | La decisión |
| 242 | Anotaciones sobre cómo murió El Primero en Llegar |
| 244 | Un buen descubrimiento |
| 247 | Relación |
| 249 | Laurita |
| 251 | El tiempo |
| 253 | La agenda de Tallinn |
| 262 | Aquellos momentos |
| 263 | No soportaba |
| 265 | Abro la ventana |
| 267 | Su espalda |
| 268 | Las dos de la mañana |
| 269 | Vivir |
| 270 | Frío |
| 272 | La muerte |
| 273 | [En la finca] |
| 280 | La ausencia |
| 281 | Esas pinturas |
| 282 | A musgo |

- 283 Estrellas conquistadas
- 284 *Another year, another century, another millennium*
- 285 Microtomo
- 286 [Ámote]
- 288 Tangentilmente
- 290 Copos
- 292 Los pequeños hechos
- 293 [La música]
- 296 Cierra los ojos y dime a dónde viajas
- 297 [La escalera de caracol]
- 299 *Over and out*
- 301 *Tell me*
- 304 [Sólo eso]
- 305 El amor se enamora a las puertas del infierno
- 309 Pero ella
- 310 Mi amigo belga
- 318 Retos
- 319 Es distinto
- 321 Anoche
- 322 Ese olor
- 323 Oasis
- 327 Las líneas perdidas
- 332 *Le chauve-souris*
- 337 [Soles suaves y generosos]
- 339 [Shhh]

| | |
|-----|----------------------------------|
| 341 | Hay imágenes |
| 344 | Disloque II |
| 346 | La sensación |
| 347 | <i>L'étincelle de la révolte</i> |
| 350 | <i>Las meninas</i> |

el colmillo del gato

Antología narrativa

de Carlos Olvera, se terminó de imprimir en noviembre de 2014, en los talleres gráficos de Impresora San Buenaventura, S.A. de C.V., ubicados en la calle Libertad núm. 111, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de dos mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif* y *Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristobal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos Cué. Formación: Iván Emmanuel Jiménez. Portada: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez y los compiladores. Supervisión en imprenta: Iván Emmanuel Jiménez. Editor responsable: Félix Suárez.

